

Amor Complicado

(Ángeles de la Guarda 1)



Maryah Well

Amor Complicado

(Ángeles de la Guarda 1)

Maryah Well

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

El timbre de la puerta resonó en el silencio de la casa sorprendiendo a todos sus habitantes que aún dormían en sus camas.

Una mujer con una trenza blanca bajó a toda velocidad las escaleras de mármol blanco mientras se abrochaba el cinturón de la bata. Abrió la puerta y se sorprendió al no ver a nadie esperando. Miró hacia su derecha y luego a su izquierda, pero allí no había nadie. Estaba dando un paso atrás cuando vio un paquete en el último escalón de la pequeña escalera de entrada a la casa. Se agachó para cogerlo y leyó la etiqueta. Iba dirigido a su jefe.

La mujer cerró la puerta y se dirigía hacia el despacho cuando vio a su jefe bajar las escaleras.

—¿Quién era Marga? —le preguntó el hombre moreno con mechones blancos acercándose a ella.

—No había nadie, señor. Solo estaba este paquete con su nombre.

—Dámelo, yo lo llevaré a mi despacho. Duerme un poco más, es demasiado temprano.

—Gracias, señor.

El hombre cogió el paquete marrón y se encaminó hacia su despacho leyendo su nombre en la etiqueta blanca. ¿Quién le mandaba un paquete a las cuatro de la madrugada? Lo dejó encima del escritorio de madera de roble, se sentó en la silla y lo abrió rompiendo el papel. Levantó la tapa de la caja blanca y la tiró a un lado mientras se alejaba de ella con la silla. La respiración se le agitó y el color de su piel bronceada desapareció dejándolo blanco como la nieve. Respiró hondo, calmándose. Se acercó con la silla y miró el explosivo desactivado. Cogió la nota que acompañaba al artefacto y la leyó:

—“Vive cada segundo que pases con tus seres queridos porque podría ser el último. Tal vez la próxima no esté desactivada”.

El hombre se llevó las manos a la cabeza mientras su corazón latía con ferocidad.

Aquello había sido una amenaza en toda regla y él no iba a quedarse de brazos cruzados. No dejaría que volvieran a arrebatarse lo que más quería. Cogió el teléfono de encima de la mes y llamó a su amigo.

—Florencio, siento despertarte a estas horas, pero necesito que me des el número de teléfono de la agencia de guardaespaldas que tú has contratado.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber su amigo por la otra línea preocupado.

—Nada de momento, pero no voy a esperar a que pase.

—¿Tienes para apuntar?

El hombre apuntó el número que su amigo le recitó y lo repitió para confirmarlo.

—La agencia se llama “Ángeles de la Guarda S.L”. Pregunta por Vicenta Velasco.

—Gracias, Floren. Te debo una.

El hombre colgó, marcó el número de teléfono con dedos temblorosos y esperó con impaciencia a que le contestara alguien.

—¿Diga? —preguntó una voz femenina somnolienta por el otro lado del auricular.

—Hola, soy Gaspar Merino, ¿podría hablar con Vicenta Velasco, por favor?

—Esa soy yo. ¿Qué desea, señor Merino?

—Guardaespaldas para mi familia y para mí.

—De acuerdo. Dígame su dirección y por la mañana iremos a verle.

Gaspar le dio la dirección con la voz temblorosa por los nervios.

—Tranquilícese, señor Merino. Seguro que encontramos solución a su problema.

—Gracias, la estaré esperando.

Capítulo 1

La verja de hierro forjado se abrió para dejar paso al *Ford Fiesta* gris. La puerta de la casa se abrió y un hombre moreno, trajeado y con unos ojos celestes penetrantes salió. Estaba nervioso, esperando con impaciencia a que el coche parara frente a la entrada.

En cuanto escuchó que el motor se apagaba, bajó los escalones y se encaminó hacia la puerta del copiloto. Dejó espacio para que pudiera salir y les echó un vistazo a la mujer y a la chica que se apeaba por la puerta del conductor. La chica estaba ataviada con un traje oscuro, una camisa blanca y el pelo dorado y largo recogido en una cola de caballo. La mujer, por el contrario, llevaba un vestido estampado de flores ajustado, el pelo dorado liso y recogido en un intrincado moño bajo, y con los ojos color avellana resaltados por la sombra de ojos amarilla.

—Buenos días. Soy Gaspar Merino. ¿Es usted Vicenta Velasco? —le preguntó el hombre ofreciéndole la mano.

—Encantada, señor Merino. Ella es Micaela, mi sobrina y socia. ¿Hablamos de su problema? —respondió la mujer cogiendo el maletín del asiento trasero.

—Por supuesto. Acompañenme, por favor.

Las mujeres siguieron al hombre hacia el interior de la casa. Sus bocas se abrieron de par en par al observar el espacio y el lujo de la estancia iluminada por las claraboyas del techo.

Micaela contemplaba las escaleras de mármol blanco tan brillantes como un diamante cuando unos zapatos caros de hombre se interpusieron en su campo de visión. Siguió subiendo su mirada por las piernas tapadas por unos pantalones grises a juego con una chaqueta, una camisa blanca y una corbata de distintos tonos de grises. Continuó por los hombros hasta llegar al rostro. Los ojos negros del dueño de aquél traje la miraban escudriñándola con el ceño fruncido.

—¿Otra vez se ha traído amiguitas Miguel? —inquirió el hombre poniendo los ojos en blanco y terminando de bajar la escalera.

—No, hijo. He puesto un anuncio para conseguir un chófer y ellas vienen a

la entrevista —contestó Gaspar quitándole importancia.

—Al fin te has decidido. Te vendrá bien un chófer. Tengo que irme. Encantado, señoras.

El hombre caminó hacia la puerta de la casa y cerró la puerta a su espalda.

—Mi hijo. Pasen por aquí, por favor —les dijo Gaspar dejándoles paso.

Vicenta entró en el despacho, pero se quedó parada en la puerta cuando se dio cuenta que su sobrina no la seguía.

—Micaela, ¿estás bien? —le preguntó despertándola del sueño en el que se había sumergido.

La chica sacudió la cabeza, le dedicó una sonrisa y se encaminó hacia el despacho.

—Vamos, tenemos trabajo —le apremió a su tía al pasar por su lado.

Gaspar cerró la puerta y se dirigió hacia el escritorio. Les señaló el paquete con el explosivo desactivado y les ofreció asiento.

—Esto es lo que ha hecho que la llamara —le explicó el hombre temblando—. No es la primera vez que me amenazan, pero sí la primera que lo hacen tan explícitamente.

—Me imagino. ¿Vio quién lo trajo? —quiso saber Micaela leyendo la nota.

—No. Y tampoco me explico cómo han podido entrar sin que mis guardias de seguridad lo vean.

—Las cámaras tienen un punto ciego y lo aprovecharon —respondió Vicenta observando el artefacto.

—Necesito su ayuda. No quiero volver a perder a un ser querido. Les suplico que me ayuden.

—No se preocupe. ¿A cuántas personas hay que proteger? —inquirió Micaela.

—A mis tres hijos, a mi nieta y a mí, pero...

—¿Pero qué? —quiso saber Vicenta acercándose al paquete.

—Deben ser guardaespaldas encubiertas. Ninguno puede saber que son guardaespaldas.

—¿Por qué?

—Bueno... mis hijos no consentirían que una mujer los proteja y mi nieta... es complicado.

—Señor Merino, no nos importa ser encubiertas, pero necesitamos saber por qué, para que no hayan malos entendidos —manifestó Micaela con el tono de voz más suave que podía poner.

—Hace años que no hablo con mi hijo mediano y no conozco a mi nieta en persona, solo por fotos que mis empleados me consiguen.

—De acuerdo. Seremos discretas.

—Gracias, señora Velasco.

Las dos mujeres se marcharon hacia la agencia para prepararlo todo y añadir más personas a su equipo.

Micaela las reunió en la sala de juntas y las informó sobre la misión.

—Tenemos nueva misión, Ángeles —las informó pasándoles la carpeta con la información de la familia Merino—. Mariana, tú serás guardaespaldas de Gaspar Merino. Tienes toda la información en la carpeta. Gabriela y Alexa vosotras protegeréis a Adam y Alma Merino. Gabriela, serás la nueva administrativa de Adam. Ya he dado la orden de quitar el anuncio. Y tú, Alexa, tendrás que conseguir ser la niñera de Alma. Mayka y Rebeca serán vuestros refuerzos. Rafaela, tú te harás cargo del hijo menor, Flavio Merino. Serás su nueva auxiliar de vuelo. Según su padre, tratará de seducirte, déjalo, pero no caigas. Hazle sufrir un poco. Bárbara y Verónica serán tus refuerzos. Y yo me ocuparé del hijo mayor, Ferrán Merino. Seré su chófer. Candy y Ángela nos ayudarán a Mariana y a mí. Ser unos buenos Ángeles —les deseó con una sonrisa en los labios.

Las mujeres salieron de la sala de reuniones y se dispusieron para empezar con la misión, excepto Micaela. Se quedó sentada observando la foto de Ferrán Merino sin pestañear. Había algo en aquél hombre que no la dejaba apartar la vista de él. Ni siquiera en la foto podía apartar sus ojos de su rostro.

—Micaela, ya está todo preparado para tu tapadera —la informó Marta, su secretaria—. Micaela —la volvió a llamar.

—Dime.

—Ya está todo preparado. Puedes comenzar tu misión.

—De acuerdo. Gracias, Marta.

La chica cerró la carpeta y salió de la sala dirigiéndose a toda velocidad hacia el vestuario para coger la maleta que siempre tenía preparada. Se miró al espejo para cerciorarse de que estaba bien arreglada, se puso bien la cadena con un corazón alado, el símbolo de la agencia, colgada a su cuello y se puso en marcha para empezar cuanto antes.

La joven llegó al concesionario donde Gaspar le había indicado que encontraría a su protegido. Dejó la carpeta con la información en la guantera del coche que su cliente le había dado para que recogiera a su hijo, salió del vehículo abrochándose la chaqueta del traje negro y se encaminó hacia la entrada del concesionario. Las cabezas de los comerciales se levantaron de sus ordenadores y se quedaron con la boca abierta al ver a aquella atractiva mujer. En menos de tres segundos los cuatro se levantaron de sus sillas y se acercaron a la chica con las manos extendidas para estrechársela.

—Buenos días, preciosidad. ¿Estás interesada en un coche? —le dijo el primero que llegó hasta ella y le había cogido la mano.

Micaela le devolvió el apretón con más fuerza hasta que vio una mueca de dolor en la cara del hombre.

—En realidad, estoy buscando al señor Ferrán Merino.

—¿Al jefe? —Preguntó otro hombre con sorpresa—. ¿Y para qué?

—No creo que eso sea de su incumbencia.

—Cree usted muy bien —dijo una voz grave a la espalda de los vendedores.

—Señor, sólo estábamos siendo amables con la señorita —se excusó otro comercial.

—Volved al trabajo —les ordenó Ferrán con autoridad—. Acompañeme —le dijo a la chica.

Micaela lo siguió escaleras arriba hasta su despacho, cerró la puerta detrás de ella y clavó su mirada color miel en la negra de él.

—¿Para qué me busca? —quiso saber el hombre recostándose en el respaldo de la silla y cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Soy su nueva chófer —respondió la joven sin poder dejar de mirarle.

—¿Mi nueva chófer? ¿Quién ha dispuesto que lo sea?

—Su padre. Me ha contratado esta mañana.

—Ya la recuerdo. Creía que la entrevista era para ser el chófer de mi padre.

—Su padre ya tiene chófer. A mí me ha contratado para que sea suya... su chófer —rectificó cuando se dio cuenta de su pequeño desliz.

—No necesito ningún chófer. Le daré un cheque por su tiempo y no vuelva.

—Lo siento, señor, pero su padre me ha dicho que solo siga las órdenes de él y sus órdenes son que yo soy su chófer y que lo tengo que llevar a dónde

usted me indique.

—Como no. Mi padre siempre actuando sin pedir explicaciones a nadie. Está bien, espéreme fuera. Terminaré en diez minutos —le dijo Ferrán acomodándose para seguir escribiendo en el portátil.

La muchacha asintió y salió del despacho quedándose con la secretaria de su jefe. Se sentó en un pequeño sillón rojo enfrente de ella y le dedicó una sonrisa.

—Eres la primera que le planta cara —le anunció la chica mientras tecleaba en el ordenador.

—Alguna vez tenía que ser la primera. Tengo la impresión de que todos le tenéis miedo.

—¿Miedo? No, terror —contestó la chica en un susurro.

—¿Por qué? No creo que se coma a nadie.

—Pues lo parece. Es muy guapo y está tremendo porque, aunque no lo parezca, debajo de ese traje hay un cuerpazo, pero tiene un carácter de mil demonios. Yo creo que es la reencarnación de algún demonio o del mismo diablo.

—No puede ser para tanto —le dijo Micaela sentándose en la silla delante de la chica.

—No lo conoces. Hace un año que trabajo aquí y en ningún momento le he visto sonreír. Ni una pequeña mueca de una sonrisa.

—Vaya. Eso sí que es raro. ¿Y qué le ha pasado para no sonreír? —la interrogó Micaela con curiosidad.

—Pues, yo creo que fue desde el asesinato de su madre. Fue un gran mazazo para todos los hombres Merino.

—¿Fue asesinada? ¿Por quién?

—Por sus secuestradores. Pidieron una gran cantidad de dinero. El señor Gaspar pagó hasta el último céntimo, pero cuando hicieron el intercambio le dispararon por la espalda. Murió en los brazos del señor Gaspar.

—Qué fuerte.

—Muy fuerte. Si eso me llega a pasar a mí me hubiera muerto solo de la impresión de tener a un muerto entre mis brazos.

—Probablemente a mí me pasaría lo mismo. No sé a ti, pero a mí los muertos me dan un poco de *yuyu*.

—A mí también —contestó la chica con una sonrisa.

La puerta del despacho se abrió para dejar paso a un serio Ferrán y la sonrisa de su secretaria se desvaneció.

—Vámonos —le ordenó a Micaela que no había perdido la sonrisa.

La chica se levantó de la silla y siguió al hombre despidiéndose de la secretaria con la mano.

—¿Qué coche ha traído?

—El *Lexus*.

Micaela abrió el coche y después la puerta de los asientos traseros. El hombre se sentó dejando el maletín a un lado y preparándose para hacer una llamada.

La chica cerró la puerta un poco más fuerte de lo necesario y dio la vuelta hasta el asiento del conductor.

—¿A dónde le llevo? —le preguntó mirándolo por el espejo retrovisor.

—A mi casa.

La muchacha le dedicó una pequeña sonrisa, arrancó y se dirigió hacia la carretera para llegar a la casa de la familia Merino.

Micaela aparcó el coche delante de la entrada de la casa y le abrió la puerta a Ferrán que seguía escribiendo en el móvil.

—Ya hemos llegado. ¿Va a salir o se va a quedar ahí dentro? —le preguntó la chica esperando con paciencia a que el señorito se decidiera.

La mirada negra y fría del hombre se clavó en ella dejándola congelada mientras sostenía la puerta. Ferrán se deslizó por el asiento hacia la otra puerta, la abrió y salió del coche.

—Coja mi maletín —le mandó dirigiéndose hacia los escalones de la entrada.

La puerta principal se abrió dejando ver al ama de llaves ataviada con el uniforme negro y blanco como si estuvieran en los años 70.

—Buenas tardes, señor —lo saludó la mujer con una sonrisa maternal en los labios.

—Hola, Marga. ¿Dónde está mi padre?

—En su despacho.

Ferrán se encaminó con pasos fuertes y firmes hacia el despacho, llamó a la puerta y entró cerrando detrás de él.

Micaela entró en la casa dejándole a Marga el maletín del hombre y observando la puerta cerrada del despacho.

—Usted debe ser Micaela, la “chófer” de Ferrán —dijo la mujer ofreciéndole la mano a la chica—. Encantada. Yo soy Marga, el ama de llaves. No dude en pedirme lo que necesite.

—Gracias, Marga. Puedes llamarme Micaela. ¿Podrías ayudarme a encontrar mi habitación? No me ha dado tiempo de instalarme.

—Por supuesto, sígueme. El señor te ha instalado en la habitación de invitados enfrente de Ferrán. Así podrá cuidarlo mejor.

Ambas subieron las escaleras de mármol y giraron hacia la izquierda hasta llegar al fondo del pasillo. Marga abrió la puerta de la habitación y dejó espacio para que Micaela entrara.

—Las sábanas están limpias y el armario puede utilizarlo para su ropa. Si necesitas algo más no tienes más que pedirlo.

—Muchas gracias, Marga. Voy a instalarme, si alguien requiere mi presencia, avísame, por favor.

—Claro. En diez minutos serviremos el almuerzo.

Marga cerró la puerta al marcharse y Micaela dejó la maleta encima de la cama de matrimonio.

La habitación era enorme, espaciosa, luminosa y muy bien decorada con las paredes empapeladas de rayas en tonos rojos.

Abrió la maleta y empezó a colgar sus trajes y camisas antes de que se arrugaran aún más. Se asomó a la ventana e inspeccionó el terreno. A su izquierda había un balcón que, estaba segura, llevaba a la habitación de Ferrán. Ese balcón le iba a dar quebraderos de cabeza. Candy y Ángela iban a tener que estar muy atentas. A su derecha había una gran explanada de cemento y arriates con rosales y jazmines sembrados y una piscina redonda rodeada de enormes setos.

Tendrían que instalar más cámaras de seguridad y una alarma.

Ferrán se sentó enfrente de su padre quitándose la chaqueta.

—Creía que el chófer era para ti —le dijo a su padre que escribía una carta a mano, aún no conseguía llevarse bien con los ordenadores.

—He pensado que a ti tampoco te vendría mal. Estás muy ocupado llevando mis negocios y el tiempo que pierdes conduciendo lo puedes invertir ahora mejor al tener un chófer —respondió Gaspar sin apartar la vista del

papel.

—Así que, ahora, no podré relajarme ni cuando conduzco. Bueno, tú siempre lo has dicho: “el tiempo es oro”.

—Exacto. ¿Y qué te ha parecido tu chófer?

—No está mal, aunque habla y sonríe demasiado.

—¿Eso es un problema?

—De momento, no. Me voy a dar un baño en la piscina, te dejo que sigas con tu carta.

Ferrán salió del despacho con la chaqueta bien doblada sobre el brazo y leyó el mensaje que le había llegado al móvil. Subió las escaleras y se quedó parado cuando vio a su chófer salir de la habitación enfrente de su dormitorio.

—¿Esa es la habitación que le ha asignado mi padre? —le preguntó sin despegar la mirada de la pantalla del móvil.

—Sí. Si le molesta puedo decirle...

—No hace falta. No voy a salir a ningún sitio, así que tiene el resto del día libre.

—De acuerdo.

Micaela dio un paso para emprender el camino hacia la cocina, pero se paró cuando llegó al lado de su protegido y éste le habló:

—Por cierto, no me ha dicho su nombre —la mirada del hombre por fin se levantó hacia ella.

—Puede llamarme Velasco.

—Prefiero llamarla por su nombre no por su apellido.

—Micaela —la voz de la chica se había agudizado sin entender por qué.

—Micaela, tiene el día libre y la noche también —Ferrán se alejó de ella y entró en su habitación.

La chica resopló y se abanicó con la mano, volvió a su habitación y se cambió de ropa. Era un día caluroso y el traje de chaqueta era demasiado abrigado para estar a cuarenta grados a la sombra.

Se puso unos pantalones cortos vaqueros, un top rojo y unas sandalias. Se dejó la cola y bajó a la cocina. Alrededor de una mesa cuadrada había cinco personas sentadas y dispuestas para almorzar.

Marga se levantó al verla y la condujo hasta la silla vacía al lado de un joven muy atractivo.

—Chicos, ella es Micaela, la chófer del señor Ferrán. Micaela, ellos son Braulio, el mayordomo; Elisa, la cocinera; el joven a tu lado es Miguel, el jardinero; y ella es Mariana, la chófer del señor Merino.

—Encantada. ¿Lleváis mucho tiempo trabajando aquí? —preguntó Micaela sirviéndose un poco de ensalada en su plato.

—Pues Braulio y yo toda la vida. Elisa y Miguel hace nueve años. Y Mariana desde hoy como tú —le contestó Marga pasándole un trozo de pan.

—Toda la vida. Eso es mucho tiempo. El señor Ferrán no es de sonreír mucho, ¿no?

—Antes sí, pero desde hace dos años no ha vuelto a sonreír. Creo que aún está de luto por su madre.

—Qué os aproveche —les deseó una voz desde la puerta de la cocina.

Marga, Braulio, Elisa y Miguel se levantaron de un salto.

—¿Necesita algo, señor? —le interrogó el mayordomo casi atragantándose con la lechuga que aún tenía en la boca.

—Solo vengo a por una botella de agua, Braulio. Seguid comiendo —respondió Ferrán entrando en la cocina.

Micaela miró a Mariana y después al hombre que se dirigía hacia la nevera. Los ojos color miel de la chica se abrieron de par en par al ver a aquél hombre vestido solo con un bañador y una toalla descansando alrededor de su cuello. La mirada de la chica recorrió de arriba abajo el musculado y torneado cuerpo del chico. Involuntariamente, la lengua de la joven humedeció sus labios como si estuviera lamiendo un helado.

—Si necesita algo, aquí estaremos, señor —le dijo Braulio con total disponibilidad.

—Lo sé. Tranquilo, puedes seguir almorzando, no necesito nada.

Ferrán cogió la botella de agua y salió de la cocina.

Todos se volvieron a sentar y Mariana le dio un pequeño toque en la pierna a Micaela para que volviera a la realidad. La chica parpadeó varias veces para salir del hechizo que el cuerpo de aquél hombre le había lanzado y siguió comiendo disimulando el calor que había recorrido todas las partes de su cuerpo.

Cuando terminaron de almorzar, Micaela ayudó a Elisa a recoger la cocina.

—¿Tienes calor? —le preguntó la cocinera dejando el último vaso que había limpiado en el armario.

—Sí. La verdad es que me daría un baño en la piscina, pero no creo que a los señores les haga mucha gracia —contestó Micaela recordando el cuerpo de Ferrán ataviado solo con el bañador.

—No, no les haría gracia. Pero Miguel ha encontrado un sitio en el que sí

podemos bañarnos. Y lo mejor es que los señores no van por allí —susurró la cocinera con una sonrisa pícaro en los labios.

—No sé si deba ir. Si el señor Ferrán me necesita y no me encuentra es muy capaz de despedirme —dudó la chófer metiéndose en su papel de empleada.

—Antes has dicho que te ha dado el día y la noche libre. Eso significa que no va a necesitarte —le dijo la cocinera cogiéndole las manos y casi suplicando con sus ojos verdes claros—. Por favor.

—Está bien. Voy a cambiarme.

—¡Sí! Nos vemos en la parte de atrás del cobertizo —gritó Elisa en un susurro y llena de emoción.

Micaela salió de la cocina y buscó a Mariana. La chica estaba sentada en un banco en el porche de entrada de la casa, observando con atención a su alrededor.

—¿Puedes quedarte sola durante una hora o dos? —le preguntó Micaela sentándose a su lado.

—Por supuesto. ¿Tienes cosas que hacer?

—Más o menos. Me llevaré el auricular por si necesitas mi ayuda.

—De acuerdo. Pásalo bien —le deseó la chica con una sonrisa.

—Eso haré. Mantenme informada.

Micaela subió las escaleras hasta su habitación, se puso el biquini bajo la ropa, cogió la toalla y el auricular pequeño, y bajó corriendo para llegar hasta la parte de atrás del cobertizo. Pasó por la piscina y echó un vistazo. Ferrán estaba echado en una tumbona con los ojos cerrados y con pequeñas gotas de agua aún en su bronceada piel. La chica se mordió el labio inferior evitando que su lengua volviera a humedecerle los labios sin su consentimiento.

—Micaela —la llamó Elisa en un susurro desde el otro lado de la piscina—. Vamos.

La chica se movió con sigilo hasta que pasó el arco que daba paso a la entrada de la piscina y corrió hacia el cobertizo junto a la cocinera. Se montó en el *Jeep* donde las esperaba Miguel y se marcharon.

El jardinero condujo entre los árboles que rodeaban la finca y paró cuando llegaron casi al límite de los terrenos de la familia Merino, al sureste.

—Llegamos —informó Elisa saliendo del coche emocionada y quitándose el vestido mientras corría hacia el lago.

Micaela se bajó del vehículo observando a su alrededor y quedándose prendada por la hermosura de aquél lugar. ¿Cómo podía ser que ninguno de los

dueños conociera aquello tan precioso?

—Esto es una belleza. ¿Estáis seguros de que los señores no vienen por aquí? —preguntó con cautela.

—No. Creo que nunca han ido más allá de la casa —respondió Miguel a su lado.

—Pues no saben lo que se pierden.

Micaela dejó la toalla en una roca, se quitó la ropa y corrió hacia el agua cristalina del lago tirándose de bomba para salpicar a Elisa. Cuando sacó la cabeza, Miguel se tiró al agua.

Tras una hora de risas y juegos, los tres salieron del agua y se quedaron sentados bajo la sombra de un árbol cercano mientras bebían un poco de zumo de melocotón que Elisa había llevado en una pequeña bolsa-nevera.

Jugaron a las cartas durante un rato más y volvieron a la casa cuando ya pasaban las seis de la tarde.

—¿Por qué tenemos que irnos? —preguntó Micaela remoloneando tumbada en la toalla al solecito.

—Tengo que preparar la cena. Pero mañana podemos volver —le contestó Elisa recogiendo su toalla.

—Espero que mañana también me dé el día libre —rezó la chófer levantándose.

—Probablemente te lo dé. El señor Ferrán no suele salir los fines de semana. Y si sale es para ir a alguna de sus empresas.

—No tiene mucha vida social, ¿no?

—No. Ya casi no le quedan ni amigos. Se alejó de todo el mundo cuando su madre murió y no parece querer la compañía de nadie.

—No quiere ni su propia compañía, pero no le queda más remedio —añadió Miguel metiendo los bultos en los asientos traseros del *Jeep*.

—¿Tan mal está? —quiso saber Micaela empezando a preocuparse por su protegido.

—Ahora está de lujo. Si lo hubieras visto cuando todo sucedió notarías el cambio —respondió el jardinero sentándose al volante.

—Yo creí que podría llegar a suicidarse por la depresión tan grande en la que cayó —dijo la cocinera abrazándose a sí misma al sentir un escalofrío

cuando recordó aquellos días.

—Le afectó mucho. Estaba muy unido a su madre —añadió el jardinero.

Micaela se quedó observando los árboles que pasaban a su lado. Debía haber sufrido mucho. No podía imaginarse el dolor que sentiría si su madre muriera y, mucho menos, que fuera asesinada.

Dejaron el *Jeep* detrás del cobertizo y caminaron hacia la entrada trasera de la cocina. Elisa se puso el uniforme encima del biquini y Micaela se quitó la gomilla del pelo dejándolo caer mojado por su espalda y sus hombros.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa. Gracias por enseñarme aquél espectacular lugar —les agradeció a Miguel y Elisa.

—De nada. Mañana lo repetiremos —le dijo el joven con una sonrisa.

—Por supuesto. Hasta luego —Micaela salió de la cocina y se dirigió escaleras arriba mientras se escurría el cabello en la toalla.

Giró a la izquierda para ir a su habitación y chocó contra algo duro dejándola un poco desorientada.

—¿Estás bien? —le preguntó una voz masculina mientras unas manos la sujetaban con fuerza de los brazos.

La mirada de Micaela llegó hasta el rostro de Ferrán y bajó hasta su pecho ahora cubierto por un polo azul marino.

—Sí, estoy bien. Perdona, no miraba por dónde caminaba.

—¿Por qué tienes el pelo mojado?

—Porque tenía calor y he ido a nadar un poco a la piscina pública —respondió la chica.

—Ten más cuidado por donde caminas.

Micaela abrió la boca para replicar, pero recordó su lugar en aquella casa. Debía seguir con su tapadera de chófer para proteger la vida de aquél cretino. No le iba a dar la satisfacción de tener una excusa para despedirla. Se mordió la lengua para callarse y siguió su camino hacia su habitación. Aunque, mirándolo por el lado bueno, ahora podría entrar en el dormitorio de él y poner las cámaras y los micrófonos. No le gustaba ni un pelo el balcón, pero no podía demolerlo. Tendría que improvisar y poner las cámaras y los micrófonos. Era una buena manera de vigilarlo.

Corrió hacia su habitación, cogió todo lo que necesitaba del maletín escondido en la maleta y entró en el dormitorio de Ferrán. En cuanto sus pies tocaron el suelo de madera gris, sintió la energía negativa y el dolor del hombre. El sufrimiento de él la aplastó dejándola paralizada en la puerta. Una lágrima rezagada recorrió su mejilla. Aquél sufrimiento, aquél dolor, era

imposible de describir. Casi podía sentir cómo su corazón dejaba de latir poco a poco hasta casi no encontrar su pulso. Se agarró con fuerza al marco de la puerta mientras con la otra sostenía el maletín. La respiración de Micaela se intensificó, agitándola y asustándola aún más. Con gran esfuerzo consiguió salir de la habitación y cerrar la puerta. Se apoyó en ella durante unos segundos que se le hicieron eternos y se obligó a tranquilizarse. No podía entrar en aquella estancia con tanto dolor y culpa acumulados. Se llevó una mano temblorosa al auricular de su oído y llamó a Mariana.

—Mariana, necesito que me hagas un favor. Sube a mi habitación, por favor.

—Voy para allá.

Las piernas de Micaela se aflojaron, aún sentía el sufrimiento contenido en la habitación del hombre. Intentó alejarse de la puerta, pero no pudo, sus pies no respondían. Dejó que su espalda resbalara por la pared hasta llegar al suelo y gateó hasta una de las paredes de su habitación. Respiró hondo y se quedó sentada en el suelo de mármol con la espalda apoyada en la pared. Cerró los ojos unos segundos y los abrió cuando escuchó que alguien se acercaba. Era Mariana. La chica corrió hacia ella cuando vio en el suelo y con la cara blanca como la leche.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó la chica preocupada, ayudándola a ponerse en pie.

—Vamos a mi cuarto —respondió Micaela con la voz cansada.

Mariana la ayudó a llegar a la cama y la sentó.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha descubierto?

—No. He entrado en su habitación para poner cámaras y micrófonos, porque el balcón no me gusta ni un pelo, pero me he sobrecargado al sentir el dolor, el sufrimiento y la culpa que impregna toda la estancia.

—¿Y qué esperabas? Ese hombre tiene una cara de amargado que no puede con ella —la regañó su compañera.

—No pensé que fuera tanto. Bueno, te he llamado para que entres y pongas las cámaras y los micros tú.

—¿Yo? ¿No es más fácil cerrar el balcón?

—No, sospecharía.

—¿Y no va a sospechar si ve las cámaras y los micros?

—Pues no, porque los vas a poner donde no los vea.

—¿Por qué me toca siempre a mí el trabajo sucio? —preguntó la chica cogiendo el maletín con todos los utensilios.

—No te quejes tanto. Hazlo, yo vigilo.

—Claro, cómo no. ¿Sabes? Muchas veces no me gusta nada tu don.

Las dos chicas salieron de la habitación. Mariana entró en el dormitorio de Ferrán mientras Micaela se quedaba fuera, vigilando por si el hombre volvía.

Mariana puso los micros detrás de los muebles e instaló dos cámaras. Una encima del armario apuntando hacia el balcón y la cama. Y la otra encima del ventanal del balcón, detrás de una pequeña viga que atravesaba la habitación.

Estaba subida al sillón negro de la esquina cuando escuchó la voz de Micaela.

—Buenas tardes, señor. ¿Qué le trae por aquí? ¿Va a salir? No tengo ningún problema en llevarle a dónde usted me diga.

—Buenas tardes —dijo Ferrán con el ceño fruncido—. Voy a mi habitación y no creo que necesite el coche para llegar hasta ella. ¿Te importaría quitarte del medio?

—Claro, perdone.

Mariana bajó del sillón, cogió el maletín y salió al balcón. Agarró el maletín con los dientes, se deslizó por la barandilla del balcón y saltó cuando estuvo cerca del suelo.

—Lo dicho, siempre me toca el trabajo sucio —susurró sacudiéndose las manos y la ropa.

Micaela seguía sin dejar paso a Ferrán. Cuando él se iba a la derecha, ella también. Parecía que estaban bailando. La chica le sonreía para que creyera que solo era coincidencia.

El hombre suspiró cansado, la agarró de los hombros y la hizo a un lado. Abrió la puerta de su habitación y cerró tras él.

Mariana se asomó por la barandilla de hierro blanco de la escalera y subió cuando la puerta del dormitorio se cerró.

—Deberías subirme el sueldo —le susurró a Micaela entregándole el maletín vacío.

—Lo pensaré —respondió guiñándole un ojo y dirigiéndose a su dormitorio con bastante premura.

Cerró la puerta con pestillo, se sentó en la cama abriendo el maletín que descansaba en sus muslos y le dio a encender. La pequeña pantalla del maletín se encendió dejando ver la habitación de Ferrán, pero él no estaba. Cogió el mini auricular y se lo puso en el oído. Se escuchaba cómo caía agua. Se estaba duchando. El agua se dejó de escuchar a los diez segundos y el hombre salió del baño desnudo y mojado, muy mojado y muy desnudo. La lengua de Micaela

humedeció sus labios. Si no fuera por ese carácter amargado y si no fuera el hijo de su cliente, ese hombre no se le escapaba vivo. Pero no podía ser.

Dejó el maletín en la cama y se levantó dirigiéndose hacia la ducha. Necesitaba una ducha fría urgentemente.

Estaba disfrutando de la ducha cuando escuchó la melodía de un móvil. No era el suyo. Si lo fuera, ahora mismo estaría cantando Luis Fonsi y Demi Lobato con Échame la culpa. Apagó el agua de la ducha y escuchó por el mini auricular.

—Diga —dijo la voz grave de Ferrán al descolgar.

Lo único malo era que no podía escuchar a la otra persona. ¿Quién sería?

—Por supuesto que nos vamos a ver. En este mismo momento me estaba vistiendo. Ya sabes cómo esperarme —continuó Ferrán.

Micaela salió de la ducha y corrió como pudo hasta la cama para ver la pantalla. El hombre se estaba vistiendo con unos vaqueros y un polo negro. Se peinó un poco con los dedos, cogió las llaves y la cartera, y salió de su habitación.

La chica se vistió rápidamente y lo siguió a distancia. Esperó dentro de la casa hasta que lo vio conducir hacia la verja, corrió a su coche y lo siguió con cuidado. La chica se llevó la mano al oído y conectó el auricular para hablar con su compañera.

—Mariana, ¿puedes oírme?

—Sí, jefa.

—He salido de la finca. Estoy siguiendo a Ferrán. Ha quedado con alguien. Ten cuidado de Gaspar.

—De acuerdo. Si necesitas ayuda avísame.

—Gracias.

El hombre giró para entrar en el garaje de unos bloques altísimos y grises.

Micaela aparcó delante de la entrada peatonal y bajó del coche. Corrió hacia la puerta del garaje y entró antes de que se cerrara. Se agachó, escondiéndose entre los coches aparcados hasta que vio al hombre entrando en el ascensor. La joven subió por las escaleras parando en cada planta para cerciorarse de que no había bajado. Llegó hasta la séptima planta y lo vio salir del ascensor y caminar hacia la puerta en la que había una “B” dorada encima de la mirilla.

El hombre llamó a la puerta y una chica pelirroja ataviada con un salto de cama rojo con encajes abrió. Lo agarró del cuello y le plantó un beso en toda la boca que era imposible que pudieran respirar.

La boca de Micaela se abrió de par en par. <<¿El amargado tiene novia? >>, se preguntó extrañada y sorprendida a la vez.

La puerta del piso se cerró cuando la chica le dio una patada. Aquello era muy raro. Gaspar no le había hablado de aquella novia de su hijo. Aunque era posible que no estuviera en peligro como ellos. Pero también es cierto que los asesinos atacarían a cualquiera que pudiera importarles. Tendría que hablar con su cliente de aquello.

La muchacha se acercó a la puerta y apoyó la oreja en ella. Se escuchaban besos y gemidos. Se apartó de un salto y se alejó. Se montó en el ascensor y bajó hasta la planta baja. Buscó el buzón de la chica pelirroja para saber su nombre y llamó a su secretaria para que la investigara.

—Marta, encuentra todo lo que puedas sobre Candela Alvarado.

—De acuerdo, jefa. Te llamaré cuando lo encuentre todo.

Micaela salió del complejo de bloques y caminó hasta su coche para esperar. En la acera de enfrente vio un todoterreno negro con las ventanillas traseras negras y tres hombres sospechosos dentro. Le dio a la palanca del capó y lo subió. Desenroscó un cable de la batería, se escondió una barra de hierro en una de las mangas del traje y se escabulló entre las sombras de la noche. Llegó hasta el todoterreno y escuchó un poco de la conversación.

—El objetivo está en uno de esos pisos —dijo la voz grave de un hombre mientras cargaba el arma—. Tiene el coche en el garaje, así que hay que atacarlo cuando salga.

Micaela rodeó el vehículo y caminó con decisión hacia la ventanilla bajada del conductor.

—Perdona —lo llamó la chica con una voz dulce y suave—. El coche no me arranca. ¿Te importaría ayudarme a empujarlo?

Los tres hombres se miraron extrañados, pero cautivados por la belleza y la voz de la muchacha.

—Sí, claro. Seguro que no es nada —respondió el copiloto apeándose del coche y acercándose demasiado a ella.

—Muchas gracias de verdad. No sabía qué hacer y ya no puedo llamar a la grúa.

—No te preocupes. ¿Qué es lo que le pasa?

—Pues, básicamente, que no arranca. Lo siento, no soy de mucha ayuda. No sé nada sobre mecánica —se disculpó la chica como una damisela en apuros.

—De acuerdo. Le echaremos un vistazo.

Dos de los tres hombres se asomaron bajo el capó mientras el otro entraba en el coche para intentar arrancarlo.

Micaela aprovechó la distracción y arremetió contra uno de los hombres que estaban asomados golpeándole la cabeza con una barra de hierro que había escondido en la manga de la chaqueta.

El amigo intentó golpearla, pero la chica fue más rápida. La barra de hierro golpeó al hombre en la cara.

El tercer individuo salió del coche y sacó la pistola cuando vio a sus compañeros en el suelo, inconscientes.

—¿Quién coño eres? —quiso saber el hombre con la voz temblorosa.

En ese momento, la puerta del garaje se abrió y el coche de Ferrán salió.

—Tu peor pesadilla —respondió la chica antes de mover la barra de hierro hacia la mano del atacante para arrebatárselo el arma.

El hombre esquivó el hierro y arremetió contra Micaela lanzando puñetazos a diestro y siniestro.

Ferrán salió del garaje y esperó hasta que la puerta se cerrara. Un movimiento lo hizo mirar a la izquierda. Una pareja se estaba peleando en la acera. Una pelea que había llegado a las manos. El hombre intentaba golpear a la chica, pero ésta era rápida y escurridiza. Esquivaba todos los golpes del hombre sin esfuerzo. La chica retrocedió ante el ataque del hombre hasta quedar bajo la luz de una farola.

Los ojos de Ferrán se abrieron como platos al ver el rostro conocido de su chófer. ¿Qué hacía ella allí? ¿Y quién era ese tipo? ¿Por qué la estaba atacando de esa manera?

Se bajó de su coche y llegó en dos zancadas hasta el hombre que había conseguido agarrar a Micaela por el cuello. Le dio un toque en el hombro al atacante y le asestó un derechazo cuando volvió la cabeza hacia él. El individuo cayó en el suelo inconsciente y Micaela rompió a toser.

—Gracias —le dijo la chica tosiendo.

—¿Qué haces aquí? ¿Y quién es ese? —le preguntó Ferrán con el ceño fruncido.

—Me han intentado atracar. Me he resistido.

—Eso responde a mi segunda pregunta. ¿Qué haces aquí?

—Estaba visitando a una amiga. Cuando he salido para montarme en el coche me han atacado.

—¿Y por qué está el capó levantado? —inquirió desconfiado.

—Porque el coche no arranca. Supongo que le han hecho algo —contestó señalando a los hombres tirados en el suelo—. ¿Por casualidad no sabrá de mecánica?

—Pues no. No tengo ni idea. Coge la llave del coche y ciérralo.

—Yo tampoco sé de mecánica, pero no creo que así se arregle.

—No tenía intención de arreglarlo. Lo dejaremos aquí. Te vienes conmigo y mañana vuelves con el mecánico.

—De acuerdo. Muchas gracias, señor.

—¿Dónde vive tu amiga?

—En el bloque de la esquina —contestó la chica caminando hacia el asiento del conductor.

—No. Yo conduciré. Te di la noche libre, ¿recuerdas?

—Ya, pero no me importa conducir.

—Ya te he dicho que no. Siéntate en el asiento del copiloto.

—Pero...

—Pero nada. Obedece.

—Como quiera.

Micaela rodeó el coche sin dejar de sonreír, abrió la puerta y miró a Ferrán. Se había quedado quieto delante de la puerta sin dejar de mirarla.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella sin apartar sus ojos color miel de los negros de él.

—¿Por qué nunca dejas de sonreír?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Me gusta mi vida y soy feliz. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Es feliz?

—Sí. Tengo trabajo, salud y... bueno, amor de novio no, pero sí el de mi familia. ¿Usted no es feliz?

El rostro de Ferrán se puso aún más serio y rígido que antes, abrió la puerta del coche y se montó.

—Sube —le dijo con brusquedad.

—Al parecer no —susurró Micaela antes de sentarse.

El regreso a la casa fue en silencio. Un silencio tenso al que Micaela no se le ocurrió otra manera de animarlo que cantando.

Murmurando empezó a cantar la canción “Despacito” de Luis Fonsi. Ferrán frunció el ceño y la miró de reojo.

—¿Qué estás murmurando? —le preguntó sin apartar la mirada de la carretera.

—Estoy cantando. Supongo que, por la cara que ha puesto, a usted no le gusta cantar en particular ni la música en general.

—Sí que me gusta la música, pero no la que cantan en estos tiempos. Prefiero las antiguas.

—Con antiguas no se referirá a las de Beethoven, Mozart o Bach, ¿verdad?

—No, pero esos también me gustan.

—Bueno, para gustos los colores. Yo prefiero las bailables y si son sexis, mejor.

—¿Sexis?

—Sí. Una salsa, una bachata... Lo que viene siendo los bailes latinos.

Llegaron a la verja y entraron en la finca. Ferrán metió el coche en el garaje. Micaela salió y se dirigió hacia la casa. Esperó a que el hombre abriera la puerta y subió las escaleras a su lado.

—Gracias por traerme. Suerte que estaba por allí cerca —le dijo Micaela dedicándole una gran sonrisa—. Ahora que lo pienso, no me ha dicho qué hacía allí.

—Ve a dormir. Debes de estar cansada.

—Hasta mañana —la chica entró en la habitación y cerró la puerta despacio mientras no apartaba la mirada del rostro de Ferrán.

El hombre se quedó paralizado durante unos segundos sin dejar de mirar la puerta cerrada del dormitorio de su nueva empleada. Parpadeó varias veces, sacudió la cabeza para salir de aquella paralización y entró en su habitación quitándose la ropa y acostándose en la cama ataviado solo con los calzoncillos.

Capítulo 2

Gabriela se cambió de ropa en el vestuario cuando la reunión terminó. Debía ponerse algo más apropiado para la entrevista de administrativa. Se calzó los zapatos de tacones negros, se echó unas gotas de perfume detrás de las orejas y se puso el auricular en el oído, camuflado con su largo y ondulado cabello marrón.

—Gabriela, ¿me escuchas? —le preguntó la voz de Alexa por el auricular.

—Sí, alto y claro.

—Ya estoy frente al colegio. Todo está tranquilo.

—De acuerdo. Voy a la entrevista. Mantenme informada.

Gabriela metió su arma en el bolso y puso rumbo hacia el taller de Adam Merino. Se apeó del coche cuando aparcó delante del taller, se enderezó la falda negra de tubo y caminó hacia la puerta. Echó un vistazo al local y sus alrededores. No parecía que hubiera nadie. Ni siquiera su protegido.

—Mierda —se escuchó al fondo del taller.

Gabriela se asomó por un lado del coche frente a ella y vio unas piernas sobresaliendo debajo de un vehículo.

—¿Hola? ¿Podría hablar con Adam Merino, por favor? —preguntó la chica dando un paso hacia las piernas.

—Ese soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Venía por el anuncio de administrativa.

Las piernas se flexionaron para ayudar a la carretilla a rodar fuera del coche y dejar ver a un hombre con la camiseta gris manchada de aceite. Los ojos negros del hombre se quedaron observando a la chica de arriba abajo y con la boca abierta.

—Buenos días, señor Merino —lo saludó la muchacha ofreciéndole la mano con una sonrisa en sus carnosos labios pintados de rojo.

El hombre se limpió las manos en un trapo que tenía en el bolsillo del pantalón y cogió la mano de la mujer sin apartar los ojos de ella.

—El señor Merino es mi padre. Llámame Adam.

—Mi nombre es Gabriela. Vengo por el anuncio de administrativa. ¿O ya está ocupado?

—No, no. ¿Tiene experiencia en el puesto?

—Por supuesto. Estuve durante diez años en otro taller, pero hace poco cerró.

—¿Por qué?

—El dueño se jubiló y no tenía a nadie para dejárselo, así que vendió el local. Hoy en día es una funeraria.

—Vaya. Bueno, pues, el puesto es suyo. ¿Podría empezar ahora mismo?

—Claro, sin ningún problema.

—Estupendo. Allí está la oficina —le dijo señalándole hacia un cubículo de aluminio blanco acristalado—. Arriba hay un almacén con los archivos.

—¿Ya ha tenido otra administrativa?

—Sí, pero se acaba de jubilar. En aquella taquilla están las llaves de los coches que dejan para reparar con una etiqueta con la matrícula. Creo que eso es todo. Si tienes alguna pregunta estaré debajo del coche.

—Tengo una pregunta. ¿Cuál es el horario?

—De nueve de la mañana a una y media. Y de cinco a ocho de la tarde. En verano de nueve de la mañana a tres de la tarde.

—Vale. Pues, me pongo manos a la obra enseguida.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Gabriela le sonrió agradecida, dejó el bolso en un perchero al lado de la taquilla y se sentó delante del ordenador para comenzar con su tapadera.

La mañana pasó lentamente entre tantos papeles, pero había estado atenta a todo lo que ocurría a su alrededor, en constante alerta. Nadie sospechoso se había acercado. Salió de la oficina para estirar las piernas y se acercó al coche en el que Adam se había puesto a mirar bajo el capó. Dio dos pasos hacia él y se quedó parada observando a la derecha del hombre. Una luz blanca lo rodeó, protegiéndolo. <<Vaya, tiene su propio ángel de la guarda>>, pensó la muchacha con una leve sonrisa en los labios.

Desde aquél accidente no había vuelto a ser la misma. Nunca había creído con firmeza en la existencia de los fantasmas, pero cuando despertó del coma en el hospital todo fue diferente. Su punto de vista ante todo lo paranormal había cambiado por completo. Le dedicó una pequeña sonrisa a la luz blanca con cuerpo femenino y miró la hora en el reloj de su muñeca. Ya casi era la

una y media.

—Señor... Quiero decir, Adam. Faltan dos minutos para cerrar, ¿bajo la puerta?

El hombre se enderezó mirando la hora y asintió a la chica.

Gabriela se acercó a la puerta del garaje e intentó bajarla, pero no pudo. Pesaba mucho y casi no llegaba a cogerla. Saltó para agarrarla, pero se le resbaló de las manos. Escuchó una risita a su espalda.

—No llego —dijo la joven con los colores subiéndole al rostro.

—Lo veo. Ya la bajo yo, no te preocupes.

Adam se acercó a ella, levantó los brazos y tiró hacia abajo cerrando la pesada puerta de hierro.

—¿Cómo puedes saltar con esos tacones? —le inquirió el hombre mirando los finos y altos tacones de ella.

—Bueno, los tacones favorecen mucho y más si vas a una entrevista de trabajo.

—El lunes puedes venir sin tacones. A mí no me importa.

—Lo tendré en cuenta.

—Tengo que irme o no llegaré a tiempo.

—¿A dónde?

—A recoger a mi hija en el colegio.

—¿Tiene una hija? —le interrogó haciéndose la sorprendida.

—Sí. Es mi pequeña princesa —Adam dejó el trapo sucio encima de un coche, abrió la puerta pequeña de al lado y le dejó paso a la joven.

—Mi bolso. Por poco me lo dejo —la chica corrió a la oficina, cogió su bolso y salió del taller.

—¿Has venido en coche? —quiso saber él mientras echaba todos los cerrojos.

—Sí. Hasta esta tarde.

—Esta tarde no abrimos. Es la fiesta de mi princesa en el colegio.

—Ah, entonces hasta el lunes —caminó hacia atrás sonriéndole y sacó las llaves del coche del bolso.

El hombre se montó en su ranchera *Mitsubishi L200* gris e intentó arrancarla.

—No puede ser. No me hagas esto, bonita —suplicó Adam a la camioneta.

Salió del vehículo y le dio una patada a la rueda. Gabriela bajó la ventanilla del copiloto de su coche y le preguntó:

—¿Estás bien?

—No. No me arranca y no tengo tiempo de ver lo que le pasa.

—Yo puedo llevarte, si quieres.

—¿De verdad? ¿No tienes prisa? —inquirió el hombre con ilusión.

—Ninguna prisa. Sube.

Adam rodeó el coche y se sentó en el asiento del copiloto.

—Muchas gracias.

—De nada, jefe.

Ambos dibujaron una sonrisa y la chica puso rumbo hacia el colegio de Alma con su jefe indicándole el camino.

La joven paró en doble fila y Adam se bajó rápidamente para recoger a su hija.

—¿Gabriela? ¿Qué haces aquí? —le preguntó Alexa por el auricular.

—Se le ha estropeado el coche y me he ofrecido a traerle —respondió la chica sin mover mucho los labios.

—Qué casualidad. No se la habrás estropeado tú, ¿verdad?

—No. Ha sido una muy buena casualidad. Esta tarde es la fiesta de fin de curso. Habrá mucha gente, así que tendremos que estar preparadas —le informó observando al hombre que se acercaba con su hija en brazos.

La chica cogió el móvil del bolso y fingió que atendía una llamada.

—Está bien, pero estaría mejor si pudiéramos entrar —le apuntó Alexa dándole un sorbo al batido helado de fresa que se había comprado.

—Sí, veré qué puedo hacer. Hasta luego —Gabriela colgó y clavó su mirada celeste, casi gris, en los grandes ojos celestes de la niña—. Hola.

—Papi, ¿quién es esta señorita? —le preguntó a su padre mientras él le abrochaba el cinturón.

—Una amiga, princesa.

—¿Cómo te llamas, amiga de mi papi?

—Gabriela. ¿Y tú, preciosa?

—Alma Merino Jiménez.

—¡Qué nombre más bonito!

—Gracias. El tuyo también es bonito.

—¿Quieres que comamos en el restaurante de Dante, mi niña? —quiso saber Adam.

—¡Sí! Pero papi, ya no soy tu niña. Ya soy mayor.

—Tú siempre vas a ser mi niña, hasta cuando tengas cincuenta años — contestó el hombre achuchándola y besándola.

—¡Ay, papi! Me haces cosquillas con la barba —le riñó la pequeña con una enorme sonrisa.

—Bueno, ¿quién tiene hambre? —inquirió Gabriela arrancando el motor cuando su jefe se sentó en el asiento.

—¡Yo!

—Muy bien. Indícame el camino —dijo la chica mirando a su protegido con una sonrisa.

Quince minutos después, Gabriela paró enfrente del Dante's Restaurante.

—Hemos llegado. Que os aproveche —les dijo a padre e hija cuando ambos salieron del coche.

—¿Te apetece comer con nosotros? —le propuso el hombre cuando sintió el apretón de su hija en la mano.

—No quiero molestar.

—No molestas. Además, así te compenso por hacer de chófer.

—Ven con nosotros, por favor —le pidió la niña juntando las manos.

—Está bien. Voy a aparcar y ahora entro.

—¡Bien! —gritó la niña de felicidad.

Gabriela encontró un hueco milagrosamente, cogió el bolso y caminó rápido hacia donde Adam y Alma la esperaban.

—Pareces una de mis muñecas con esa ropa —le dijo la pequeña.

—Gracias. ¿Entramos?

—¡Sí! ¡Estoy hambrienta!

Entraron en el restaurante y Adam saludó a un hombre con un gran parecido a Gaspar, pero en rubio. La niña se agarró al cuello del hombre y le dejó un beso en cada mejilla.

—Hola, tío abuelo. ¿Qué hay para comer? —le preguntó Alma con la voz dulce.

—Lo que tú quieras, princesa.

—Tío, ella es Gabriela, mi nueva administrativa. Gabriela, él es Dante, mi tío —los presentó Adam cogiendo a su hija y dejándola en el suelo.

—Encantado. Es usted muy hermosa —la halagó el hombre cogiéndole la mano y dejándole un beso en la mejilla.

—Gracias, señor.

—Tutéame, por favor. Seguidme, os pondré en mi mejor mesa.

Tras el almuerzo, los tres se dirigieron hacia el apartamento de Adam.

—Gracias por traernos. Te debo una —le dijo él a la chica cuando ésta paró delante del portal.

—De nada. Tranquilo, tampoco era nada de vida o muerte.

—Todo lo relacionado con mi princesa es de vida o muerte.

El corazón de la chica se sobrecogió cuando el hombre pronunció aquellas palabras. Le dedicó una gran sonrisa y, después, miró a la niña que se había quedado sentada en el asiento con el cinturón aún puesto.

—Que te lo pases muy bien esta tarde en la fiesta del cole —le deseó la joven con una sonrisa.

—¿No vas a venir? —preguntó Alma con desilusión.

—Bueno, nadie me ha invitado.

—Yo te invito. Voy a bailar con mis amigos. Quiero que me veas.

—Alma, cariño, Gabriela tendrá cosas que hacer...

—La verdad es que no. ¿A qué hora os recojo? —lo cortó la chica. Era una gran oportunidad para entrar y estar cerca de ellos para protegerlos.

—A las siete tengo que estar allí —contestó la pequeña rápidamente.

—Vale. Estaré aquí a las seis y media. ¿A qué piso tengo que llamar?

—Al tercero A. Hasta luego —se despidieron padre e hija a la vez.

Alma esperó a que su padre abriera su puerta, se quitó el cinturón, se acercó a la chica y le dejó un sonoro beso en la mejilla. Salió del coche y agarró la mano de su padre mientras con la otra le decía adiós a la joven.

La muchacha le sonrió y guiñó un ojo. En cuanto entraron en el bloque la voz de Alexa se escuchó en su oído.

—Bien hecho, Ángel Gabriela.

—¿Lo dudabas? Ten operativo el móvil porque es posible que consiga que puedas estar con la niña las veinticuatro horas del día.

—Eso sí que no me lo creo. Ha sido fácil ganarte a la niña, pero que consigas que yo esté con ella, lo dudo.

—Ya veremos, mujer de poca fe.

A las seis y media de la tarde, Gabriela llamó al telefonillo.

—¿Sí? —preguntó la voz de Adam.

—Soy Gabriela.

—Ahora bajamos.

En menos de un minuto, Alma corría hacia la puerta del portal, la abrió con trabajito y abrazaba a la chica con fuerza.

—Estás preciosa —le dijo la mujer observando el disfraz de roquera ochentera de la niña.

—Gracias, pero me falta el maquillaje. Mi papi no sabe pintarme.

—Eso son cosas de mujeres, princesa. Yo no me maquillo —se defendió él sin apartar los ojos negros del cuerpo de Gabriela. Su hija tenía razón, parecía una muñeca. Estaba preciosa con ese vestido de flores que se ajustaba a sus curvas.

—No te preocupes. A ver... —la chica cogió su bolso del asiento del copiloto y sacó un pequeño neceser—. Vengo preparada para estos pequeños problemillas. Ven.

La muchacha se sentó en el asiento con el neceser en el regazo y la niña delante de ella. Cogió sombras de ojos rosa y se lo puso a la pequeña como Jem de la serie de dibujos Jem y los Holograms. Después le pintó los labios de color rosa y la raya del ojo un poco más larga acabando en una curva hacia arriba. Luego le puso el colorete rosa y le cardó un poco el pelo negro.

—¿Qué te parece? —le preguntó girándola para que se pudiera mirar en el espejo de la puerta.

La niña se miró y se le iluminó el rostro.

—Está estupendo. ¡Me encanta! Gracias, Gaby —Alma la abrazó con fuerza.

—Vámonos o llegaremos tarde —las apuró Adam mirando la hora.

La chica guardó el maquillaje y rodeó el coche para sentarse delante del volante.

—¿Listos?

—Sí.

La joven arrancó el motor y puso rumbo hacia el colegio.

El colegio estaba lleno y la calle saturada de coches. Con mucho trabajito, Adam vio que un coche se marchaba de un hueco y Gabriela pudo aparcar relativamente cerca del cole.

Los tres se apearon y corrieron hacia la puerta de hierro del centro. Casi eran las siete y Alma estaba nerviosa por si no podía salir al escenario con sus amigas y bailar.

En cuanto entraron por la puerta, el profesor de la niña se la llevó. En cinco minutos salían.

—¿Te apetece un refresco? —le inquirió Adam a la chica.

—Mucho, estoy sedienta.

El móvil de la chica sonó.

—Te espero aquí —le dijo al hombre antes de descolgar.

En cuanto Adam se alejó, Gabriela colgó la llamada, pero hizo como que hablaba por el móvil.

—Dime, Alexa.

—No parece que haya nadie sospechoso.

—Vale. Tenme informada.

El hombre regresó con dos cervezas.

—¿Te gusta la cerveza? —le preguntó ofreciéndole el vaso.

—Claro. Gracias.

La joven le dio un trago bebiéndose medio vaso del tirón.

—Ese vestido te queda muy bien —la halagó sin poder dejar de admirar sus curvas.

—Gracias. Lo estoy estrenando. ¿Qué canción va a bailar tu hija?

—“A quién le importa”. Ese es el título, no es que te esté diciendo que no me importa —le explicó el chico.

—Tranquilo. Conozco la canción. ¿Vamos a ver si encontramos unos asientos?

Dos niños subieron al escenario y presentaron la siguiente actuación. Era la clase de Alma y todos los niños subieron cuando los presentadores bajaron.

Adam y Gabriela aplaudieron y el hombre se preparó con el móvil para grabarla en vídeo.

La canción comenzó a sonar y los niños empezaron la coreografía.

La actuación había sido espectacular y, aunque habían ido poco acompañados, al fin y al cabo solo era unos niños de ocho años, había estado

muy bien.

Alma bajó del escenario y corrió hacia su padre y Gabriela. Se tiró al cuello de su padre con una gran sonrisa y Adam le dejó un fuerte beso en la mejilla.

—Has estado genial, princesa —le dijo orgulloso.

—Gracias, papi. ¿Os ha gustado?

—No, nos ha encantado —respondió la chica abrazándola cuando la niña le rodeó el cuello con un brazo y la pegó al hombre.

—Papi, ¿podemos quedarnos un poquito más?

—Claro. Ve a jugar, pero no salgas del colegio.

—Vale.

Adam dejó a Alma en el suelo y ésta se fue corriendo a los toboganes.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquirió Gabriela mirando a la niña.

—¿Cuál?

—¿Cómo vas a trabajar si Alma ya no tiene colegio? ¿Con quién la dejas?

—Buena pregunta. No tengo ni idea. El año pasado estuvo conmigo en el taller, pero se aburrió considerablemente. Supongo que tendré que buscar una niñera, pero no puedo pagarle mucho.

—Yo tengo una amiga que podría cuidar de ella las veinticuatro horas del día por alojamiento y poco dinero al mes —le propuso ella.

—¿Cuánto dinero al mes?

—200 o 300 euros al mes.

—Vaya. Pues no está mal. ¿Crees que podría venir mañana para conocerla?

—En realidad está aquí. Su primo está en el instituto de la esquina.

—¿En serio?

—Sí. Puedo decirle que se pase por aquí y te la presento.

—Llámalas. Me viene de maravilla.

—La madre que te parió —dijo la voz de Alexa por el auricular con una sonrisa.

Gabriela cogió el móvil e hizo que llamaba. Habló con Alexa y colgó.

—Ya viene. En cinco minutos está aquí —le informó a Adam.

Efectivamente, en cinco minutos la chica entraba por la puerta y se acercaba a ellos con una sonrisa de oreja a oreja en los labios.

—Gabriela —la llamó con los brazos abiertos.

—Alexa. Mira, te presento a Adam Merino. Adam, ella es Alexa Martínez.

—Encantado. ¿Tienes experiencia como niñera? —quiso saber el hombre

estrechándole la mano.

—Por supuesto. Soy licenciada en Educación Infantil y Primaria. Me encantan los niños y no me llevo mal con ellos.

—Bueno, voy a buscar a mi hija para que la conozcas. Ella es la que da el último vistazo y la última palabra.

—Aquí estaré.

El hombre le dedicó una sonrisa a Gabriela y se marchó en busca de la niña.

—¿Te metía en la casa o no? —le preguntó a Alexa con sorna.

—De acuerdo. Has ganado. Por cierto, ¿has notado cómo te mira tu protegido?

—¿Cómo me mira?

—Parece que le gustas. Desde luego, tu cuerpo y ese vestido lo conocen de *pe a pa*.

—Exagerada. La verdad es que el vestido me queda estupendo. Pero no por eso le gusto. Además, no me gusta mezclar el trabajo con el placer — contestó la chica dándole un trago a la cerveza.

—Ya —dijo su compañera no con mucha convicción.

Adam regresó con Alma diez minutos después y las presentó. Desde el primer “hola”, Alexa ya se había ganado a la niña.

—El puesto es tuyo —la informó el hombre.

—Gracias.

—Ven, te voy a presentar a mis amigas. Aunque va a ser mejor que vengan ellas aquí porque también les tengo que presentar a Gabriela. Voy a por ellas, no os mováis de aquí —las avisó Alma corriendo hacia los toboganes, llamando a sus amigas y volviendo hacia las mujeres—. Chicas, ellas son Alexa, mi nueva niñera y, Gabriela, posiblemente mi nueva mami —esto último lo dijo en un susurro, pero las dos mujeres lo escucharon.

Alexa le dedicó una mirada pícaro a su amiga y ésta le sacó la lengua en una burla.

Ya eran las diez de la noche cuando Alma se acercó a ellos y le dijo a su padre que tenía sueño.

—Ya podemos irnos, papi.

—¿Te has despedido de tus amigas?

—Sí.

—Está bien. ¿Vamos? —le preguntó Adam a Gabriela.

La chica asintió y se encaminaron hacia la puerta cuando la niña se acordó de algo.

—Papi, se me olvidó esta mañana la mochila de gimnasia en clase.

—Verdad. Voy a por ella. ¿Te importa cuidarla mientras voy...?

—Ve, no te preocupes. Te esperamos en el coche —le dijo la chica.

El hombre corrió hacia el interior del centro educativo mientras Gabriela, Alexa y la niña se dirigían hacia el *Toyota Auris* rojo.

Las tres estaban cruzando el paso de peatones cuando una furgoneta negra les cortó el paso. Cuatro hombres enmascarados salieron del vehículo derechos hacia ellas.

Alexa atacó a dos de los hombres mientras Gabriela echaba a la niña hacia atrás antes de atacar a los otros dos dejándolos curvados por el dolor y corriendo hacia la furgoneta para escapar. Gabriela dio media vuelta y abrazó a Alma que lloraba desconsolada y asustada.

—Tranquila, princesa. Vamos al coche. Tranquila —la cogió en brazos y la llevó hasta el vehículo sentándola en el asiento trasero—. Alma, tienes que tranquilizarte.

—¿Qué querían esos hombres? —preguntó entre hipidos.

—Solo que te asustaras. Pero sé que tú eres una princesa muy valiente y no vas a dejar que se salgan con la suya, ¿a qué no?

La niña sorbió los mocos que se le amontonaron en la nariz, levantó el mentón y dijo:

—No.

—Esa es mi princesa. Alma, tenemos que tener este percance en secreto, ¿vale? No queremos que papá se preocupe, ¿verdad?

—No. Si se preocupa se pone triste.

—Y no queremos que esté triste. Entre Alexa y yo vamos a cuidarte. Las dos vamos a ser tus Ángeles de la guarda, ¿vale?

—¿Como el corazón con alas de tu collar?

—Exacto. Igual. Alexa también tiene otro. ¿Nos vas a ayudar a protegerte?

—Sí.

—Ahí viene —informó Alexa rodeando el coche para sentarse al lado de la pequeña.

—¿Estás bien? —Le preguntó Gabriela enjugándole las lágrimas a la niña

y abrochándole el cinturón—. Eres una princesa brujita guerrera.

—Ya estoy aquí —anunció Adam cogiendo aire por la carrera.

—Vámonos, entonces.

Gabriela se sentó en el asiento del piloto, se abrochó el cinturón y puso rumbo hacia el piso de su protegido.

Los cuatro se apearon y Alma abrazó a Gabriela dejándole un beso en la mejilla, manchándola con el pintalabios rosa.

—Soy una princesa guerrera. ¿Por qué me has dicho brujilla? —le susurró la niña al oído con una sonrisa.

—Por la verruguita que tienes en la nariz —la chica la abrazó más fuerte, orgullosa por la fortaleza de la pequeña—. Qué duermas bien, princesa.

—Papi, ¿podemos invitar a Gabriela para que venga mañana con nosotros a Isla Mágica?

—Pregúntaselo a ella —Adam miró a la muchacha.

La chica clavó sus ojos celestes en los negros de él y no pudo resistirse.

—Me encantaría ir con vosotros.

—¡Bien! —gritó la niña saltando de alegría entre los dos.

Alexa pasó la mirada de uno a otra y asintió. No se había equivocado ni un poquito con aquellos dos. Se gustaban y, en cierta medida, era un problema. Era posible que su compañera no estuviera tan concentrada en el trabajo y más en el hombre. Tendría que estar en alerta por las dos. Sólo por precaución. Y ahora sería más fácil viviendo en la misma casa.

—Os recojo a las diez de la mañana —le informó Gabriela sin apartar la mirada del hombre.

—Estupendo —contestó él con una sonrisa.

—Hasta mañana, reina guerrera —le dijo Alma a Gabriela guiñándole un ojo antes de entrar en el bloque seguida de una sonriente Alexa.

—Hasta mañana. Qué duermas bien —le deseó Adam caminando hacia atrás.

Gabriela lo siguió con la mirada hasta que los tres desaparecieron en el interior del ascensor. <<Gabriela, ¿qué estás haciendo? No puede gustarte ese hombre, es tu cliente>>, se reprendió caminando hacia su coche.

—Alexa, estate en alerta —le pidió por el auricular.

Se sentó al volante, arrancó y se marchó cuando vio a los refuerzos aparcar delante del portal.

Capítulo 3

Rafaela dejó el *Fiat Punto* blanco en el aparcamiento del aeropuerto, cogió su maleta y se encaminó hacia la oficina de la empresa de mensajería.

—Perdona, soy Rafaela Morales. Estoy buscando el hangar del vuelo 737 —le dijo a la recepcionista.

—¿La nueva azafata? La están esperando en el hangar número tres. Al fondo a la izquierda.

—Gracias.

Rafaela se dirigió hacia el último hangar y a lo lejos vio a su protegido revisando el exterior del avión azul y blanco.

Flavio estaba revisando los motores del avión cuando escuchó el sonido de unos tacones resonando en el hangar. Giró la cabeza y vio a una chica pelirroja con el pelo suelto cayéndole hasta la cintura, piel blanca y ataviada con el uniforme de auxiliar de vuelo de la empresa de su padre que se ajustaba como un guante a sus curvas.

La boca de Flavio se quedó abierta al contemplarla mientras se acercaba a él quitándose las gafas de sol para dejar ver sus ojos verdes como la piel de una lima.

—Buenos días —dijo la chica con su voz un poco rasgada—. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Flavio Merino?

—Ya lo ha encontrado. Tú debes de ser la señorita Morales.

—La misma. Su padre le ha avisado del cambio de último momento.

—Sí, pero no me importa. He ganado con el cambio.

—Voy a instalarme en el avión si no le importa.

—Por favor, no me llames de usted. Una pregunta, ¿cuál es tu nombre? No quiero tener que llamarte por tu apellido.

—No te preocupes. No me importa. Puedes llamarme Morales sin ningún problema.

—Está bien. Morales, instálate y prepárate para despegar.

—Bien. Cuando quieras podemos irnos.

Rafaela subió las escaleras mordiendo el labio inferior. Tenía que aceptar las órdenes que aquél Don Juan le diera. Eso le iba a dejar el labio rojo como un tomate de tanto mordérselo para no rechistar a cualquier orden que ése mujeriego le diera.

Flavio la siguió mirándole el culo y entró en la cabina para empezar con el despegue.

—Morales, ponte el cinturón. Vamos a despegar —le anunció por megafonía.

El avión salió despacio del hangar hacia la pista de despegue mientras Flavio avisaba a la torre de control. En cuanto le dieron luz verde, los motores del *Boing 737* rugieron. El piloto aceleró y despegó poniendo rumbo hacia el aeropuerto de Barcelona.

Cuando el enorme pájaro de metal estaba estabilizado, Flavio encendió la luz para que Rafaela se quitara el cinturón y pudiera entrar en la cabina.

La chica estaba nerviosa. Hacía más de diez años que no dejaba que nadie llevara el control de un avión en el que ella se montara, pero en aquella ocasión tenía que resignarse. Debía aparentar una auxiliar de vuelo y no una piloto. <<Desgraciadamente>>, pensó desabrochándose el cinturón de seguridad y levantándose para entrar en la cabina.

—Hola, señores. ¿Necesitan algo? —preguntó la chica con la sonrisa más amable que pudo gesticular.

—Yo quiero un café con leche con dos cucharadas de azúcar —contestó Flavio con una sonrisa seductora.

—Yo un té con leche, si no te importa. Por cierto, me llamo Max, soy el copiloto —se presentó el hombre rubio de tez blanca y ojos verdes sentado al lado de Flavio.

—Encantada. Puedes llamarme Morales. Os voy a traer las bebidas.

Rafaela cerró la puerta mordiendo el labio y preparó los refrigerios.

—Te gusta —le afirmó Max a su compañero.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre que te gusta una chica le dedicas esa sonrisa seductora, pensando que así caerán loquitas en tus brazos.

—Y lo hacen. ¿Por qué iba a ser ella diferente?

—Te aseguro, comandante, que esta chica no es como las otras. No tiene pinta de una *Barbie* operada ni de una superficial o materialista que solo se acercan a ti para poder llegar a la fortuna de tu padre. Si quieres ligártela vas

a tener que cambiar de táctica.

—Nadie ha sido tan claro como tú.

—Sólo te advierto. Creo que esa chica es más de lo que aparenta.

—¿Eres adivino?

—No, pero conozco a la gente y no suelo equivocarme. Flavio, no le hagas daño —le pidió Max seriamente.

—Tranquilo, ni que fueras su hermano. Te recuerdo que estás casado, por si se te ha pasado por la mente tener algo con ella.

—No te preocupes. Por mí tienes vía libre. Quiero demasiado a mi gordita.

La puerta se abrió dejando paso a Rafaela con una bandeja en la que descansaba las bebidas.

—Si necesitáis algo más sólo tenéis que llamarme —anunció la chica entregándoles las tazas humeantes.

—Gracias, Morales —respondió Max con una sonrisa.

El vuelo había sido tranquilo y todo había estado en orden. Los mozos ya estaban descargando los paquetes de la bodega y Flavio ya había recogido el equipaje de los tres dispuesto para llegar al hotel, ducharse y salir a tomar una copa.

—¿Os venís conmigo a tomar una copa al puerto? —les preguntó entregándoles las maletas.

—Yo no, gracias. Estoy molido. La niña no me ha dejado dormir en toda la noche —contestó Max bostezando.

—¿Morales? ¿Te atreves a salir conmigo?

—Estoy segura de que te emborracharías antes que yo y fastidiarías la diversión —respondió la chica confiada.

—¿Segura? ¿Hacemos la prueba?

—Cuando quieras.

—Esta noche. Te recojo a las nueve —le dijo Flavio guiñándole un ojo y dirigiéndose a la salida del aeropuerto.

Max miró a Rafaela y ésta levantó los hombros quitándole importancia. Si su protegido quería jugar, ella jugaría. <<Se va a enterar ese gallito>>, pensó con diversión.

Se montaron en un taxi y se dirigieron hacia el hotel donde tenían la reserva. Cada uno tenía una habitación en la misma planta. La de Flavio y Rafaela se conectaban para que la chica pudiera protegerle mejor.

La joven sacó la ropa de la maleta y guardó la pistola en el neceser. Lo cogió y se metió a la ducha. El agua caía como una cascada del techo del baño. Dejó que el agua resbalara por su cuerpo relajándola después del viaje. No pilotar el avión ella misma la había estado agobiando durante la hora y media. Necesitaba calmarse y nada mejor que una ducha relajante en un hotel de cinco estrellas en pleno centro de la ciudad. Cogió el bote de champú y se lavó el pelo rojo como el fuego. Se estaba enjuagando la espuma cuando escuchó que alguien abría la mampara de cristal. Siguió con los ojos cerrados hasta que sintió una caricia en el hombro. Con un movimiento rápido cogió la mano del intruso doblándola para que el atacante no tuviera más remedio que arrodillarse con una mueca de dolor.

—¡Ay! Tranquila, soy yo —gritó la voz de Flavio desde el suelo de pizarra negra de la placa ducha.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber ella con el semblante serio y sin soltarlo, al contrario, dobló un poco más la mano.

—¡Ay! Solo quería verte.

—Podrías haber llamado a la puerta o esperado en la habitación.

—Está bien, me he pasado. ¿Puedes soltarme ya?

La chica soltó la mano de Flavio y salió de la ducha ataviándose con el albornoz blanco del hotel.

—Vaya. No sabía que supieras defenderte tan bien —le dijo el hombre aún arrodillado y rozándose la muñeca dolorida con la mano.

—Tengo cuatro hermanos mayores. Uno de ellos policía. Querían que fuera capaz de quitarme de encima a los babosos.

—¿Eso va con segundas? —le inquirió irguiéndose desnudo y sin ningún pudor.

Los ojos verdes de Rafaela se posaron en el tatuaje de la cabeza de un águila de perfil con una corona, en el lado izquierdo del pecho. Aquel tatuaje lo había visto antes, pero no recordaba dónde.

La chica estaba absorta con ese dibujo cuando la voz de él la atrajo a la realidad.

—Parece que te gusta lo que ves —le dijo el hombre dando un paso hacia ella con una sonrisa seductora en sus labios.

La joven dio un paso atrás, cogió el otro albornoz y se lo dio antes de salir

del baño con el ceño fruncido. <<Piensa, Rafaela, ¿dónde has visto ese tatuaje?>>, se regañó por no acordarse.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? —le preguntó Flavio amarrándose el albornoz a la cintura.

—Sí y, hasta entonces, quiero estar sola —contestó la chica. Necesitaba tiempo para ubicar el tatuaje.

—De acuerdo, lo he captado. No me hagas esperar —le advirtió antes de entrar en la habitación contigua.

Rafaela se sentó en el borde de la cama observando la puerta cerrada. ¿Cómo no podía acordarse de aquél tatuaje?

La tarde pasó lenta mientras el cerebro de Rafaela no dejaba de pensar, de repasar cada momento de su vida. La alarma del móvil sonó avisándola de que eran las ocho y media de la tarde y tenía que prepararse para salir de copas con el hijo de su cliente.

Se estaba terminando de peinar cuando su móvil sonó. Miró en la pantalla quién era y una sonrisa se le dibujó en los labios.

—Hola, mamá. ¿Qué tal estáis? —la saludó la chica dándose el último toque en el pelo rojo y largo que le caía por la espalda como una cascada de fuego.

—Rafi, cariño —la voz acongojada de su madre no era un buen augurio.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —preguntó con preocupación.

—Cariño, tu padre ha...

La respiración de la chica se agitó junto con su corazón. Las lágrimas se agolparon en sus ojos queriendo salir.

—No —dijo la chica con un nudo en la garganta.

—Estamos en el hospital. El cáncer ha vuelto a dar la cara. Los médicos dicen que no pueden volver a operarle y tu padre no quiere recibir ni radioterapia ni quimioterapia.

—¿Por qué?

—Porque está cansado de luchar. Cariño, lleva casi tres días sin comer y con tos. Cada vez sangra más. Está sufriendo y no sé qué hacer para calmar ese dolor —sollozó la mujer por la otra línea.

—Mamá, dile que se ponga.

—Amor, Rafi quiere hablar contigo —se escuchó decir a la mujer junto con una tos que parecía que alguien vomitaba—. No quiere ponerse. No puede hablar, cariño.

—Mamá, pon el altavoz para que pueda oírme.

—Eloy, ¿cómo se pone el altavoz? —le preguntó a uno de sus hijos.

—Rafi, te oímos —le anunció su hermano.

—Papi, no puedes darte por vencido. ¿Qué vamos a hacer sin ti? ¿Qué voy a hacer sin ti? —lloró la chica sin poder evitarlo.

La única respuesta fue una tos que no le gustó ni un pelo.

—Hermanita, no puede hablar. La tos no le deja —contestó Eloy mientras su madre acompañaba a su padre al servicio para vomitar.

—Eloy, hazle entrar en razón, por favor —le suplicó de rodillas en el suelo del baño.

—Ya lo hemos intentado, pero no escucha a nadie. Y si tampoco te escucha a ti es que ya no aguanta más. Sabes que a ti siempre te escucha, pero esta vez es un no rotundo. Ha perdido peso y no está dispuesto a luchar de nuevo —respondió la voz de su hermano con resignación—. Tenemos que dejarlo ir, Rafi.

El llanto de la chica ya no la dejaba hablar. Asintió con la cabeza aunque su hermano no la veía, tragó con dificultad y se aclaró la voz.

—Dale muchos besos de mi parte y que no se le ocurra irse sin que yo lo vea antes.

—Se lo diré. Hasta pronto.

La chica colgó y se quedó arrodillada en el suelo, abatida. Le dio rienda suelta al llanto y se aovilló poco a poco en el suelo de baldosas blancas.

Ya eran las nueve en punto cuando Flavio llamó a la puerta de la habitación de Morales, esperó unos segundos y volvió a llamar.

—Morales, vamos a tomar una copa —le dijo acercando la oreja a la puerta. Escuchó que alguien se sorbía la nariz, pero no le abrió—. Morales, sé que estás ahí. Te he escuchado. Abre.

Los segundos pasaron y la puerta siguió cerrada. Flavio frunció el ceño, entró en su habitación y abrió la puerta que llevaba al dormitorio de la chica. Vio el albornoz en la cama, pero no a la joven. Volvió a escuchar cómo sorbían por la nariz y lo llevó hasta el baño. Rafaela estaba tumbada en el suelo, totalmente arreglada, pero llorando a lágrima viva.

El hombre corrió hacia ella, le quitó el pelo de la cara con suavidad y la

cogió entre sus brazos para llevarla hasta la cama.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó preocupado y abrazándola. La chica solo negó con la cabeza rodeándolo con sus brazos y llorando sin poder parar —. Morales, ¿te han hecho algo?

Ella volvió a negar con la cabeza.

Flavio dejó que llorara y se desahogase. Más tarde le preguntaría. <<¿Qué le ha podido pasar?>>, se preguntó desconcertado.

Los minutos pasaron y la camisa azul marino de Flavio estaba empapada de lágrimas. La chica se había quedado dormida sin decirle lo que había ocurrido para que estuviera así. El hombre se movió un poco para alejarse, pero los brazos de Rafaela lo mantuvieron junto a ella.

—No te vayas —le pidió medio adormilada.

—Está bien.

El chico la abrazó con más fuerza y con una sonrisa en los labios. <<Ay, Morales. Al final caerás>>, pensó. Sintió que el móvil le vibraba en el bolsillo del pantalón y, con una mueca de desagrado, lo sacó para mirar quién era.

—Dime —susurró descolgando—. ¿Has descubierto algo? —La decepción de Flavio se reflejó en su rostro—. Sigue buscando y solo quiero tener noticias tuyas cuando tengas algo que contarme.

El hombre colgó antes de que el otro pudiera responderle, dejó el móvil en la mesita de noche y cerró los ojos atrayendo a la chica un poco más cerca de él.

Capítulo 4

El sol ya alumbraba el cielo cuando Micaela se despertó de un salto de la cama al escuchar un grito. Miró a su alrededor y escuchó a Ferrán que blasfemaba por el auricular de su oído. Se levantó de la cama y se acercó a la puerta de la habitación del hombre.

—¿Está bien, señor Merino? —le preguntó llamando con los nudillos suavemente y con la otra mano agarrando la pistola que tenía escondida a la espalda.

—Sí. Me he dado con la pata del sillón —contestó Ferrán sujetándose el pie sentado en la cama.

—Si me necesita estaré en la cocina.

—No te preocupes. Tienes el día libre. No voy a salir a ningún lado.

—Claro, igual que ayer —murmuró la chica en un susurro.

La puerta de la habitación se abrió y el hombre se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Has dicho algo?

—No.

Micaela dio media vuelta ocultando la pistola con el chaleco del pijama y bajó las escaleras dirigiéndose hacia la cocina donde ya estaban todos los empleados sentados a la mesa para desayunar.

—Buenos días —saludó la joven sentándose al lado de Miguel y Mariana.

—¿Has dormido bien? —quiso saber el jardinero acercándose un poco más a ella.

—Como un angelito. Y, además, tengo el día libre.

—Qué suerte. Yo también. ¿Nos vamos al lago? Podemos llevarnos algo de comida y almorzar allí.

—Me vendría bien despejarme. Ayer intentaron atracarme —respondió Micaela mirando a su compañera con complicidad.

—¿De verdad? ¿Estás bien? —le inquirió Marga con preocupación.

—Estoy bien. Por suerte, el señor Ferrán estaba por allí cerca y me ayudó.

—¿Ferrán Merino peleándose con unos delincuentes? —interrogó el jardinero asombrado—. Habría pagado por ver eso.

—Bueno, solo le dio un puñetazo al último que había conseguido

agarrarme, pero, por lo menos, me ayudó. Otro se hubiera ido corriendo —lo defendió la chica casi sin darse cuenta.

Mariana entrecerró los ojos observando con atención el brillo en los ojos color miel de su jefa cuando había hablado de ese hombre.

—Menos mal que estaba allí —dijo Miguel poniendo los ojos en blanco—. Elisa, ¿puedes prepararnos unos sándwiches a Micaela y a mí?

—Por supuesto.

—Gracias, guapetona.

—Bueno, basta ya de tanta cháchara. Los que no tenemos el día libre debemos trabajar —regañó Braulio levantándose.

—Tomad. Hay dos sándwiches para cada uno —la cocinera le entregó una bolsa al jardinero con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—Eres un encanto. Gracias —Miguel le dejó un beso en la frente—. ¿Vamos? —le preguntó a Micaela.

—Me cambio y nos vamos. Espérame en el *Jeep*.

La chica salió de la cocina seguida de Mariana. Ambas subieron las escaleras y se encerraron en la habitación de Micaela.

—¿Qué pasó ayer? —quiso saber Mariana sentándose en el borde de la cama mientras su jefa se ponía el biquini.

—Lo seguí. Mientras lo esperaba vi una furgoneta sospechosa. Escuché lo que decían. Iban a secuestrarlo, así que intervine. Derribé a dos y el tercero se me resistió. Me tenía agarrada por el cuello. Ferrán lo derrumbó de un puñetazo y me trajo hasta aquí. Por cierto, por la tarde recogeré mi coche —le explicó abrochándose el pantalón corto.

—¿Qué le ha pasado a tu coche?

—Nada. Le desenrosqué un cable de la batería y, con esa excusa, atraje a los secuestradores. A Ferrán le dije que habían sido los atracadores.

—¿Se lo creyó?

—Sí. Intentaré venir después del almuerzo. Si ves que va a salir me avisas y vuelvo antes.

—De acuerdo. De todas formas hay una escolta fuera de la casa. Puedes hablar con ellas por el auricular.

—Vale. Me llevo también el auricular de los micrófonos. Ve a tu puesto.

Mariana le asintió y salió de la habitación para empezar su ronda.

Micaela cogió una mochila y metió la toalla, la crema solar y su arma. Si tenía que salir corriendo quería estar preparada. Le echó un vistazo a la pantalla del maletín y vio a Ferrán ataviándose con un bañador. Cerró el

maletín y salió de su habitación para ir a la parte trasera del cobertizo donde Miguel la esperaba en el *Jeep*.

En cuanto subió al vehículo, el jardinero aceleró y se dirigieron al lago.

Ferrán se asomó al balcón y miró al cielo. El día se estaba nublado y soplabla una brisa agradable que quitaba el bochorno. Se había preparado para darse un baño en la piscina, pero se le habían quitado las ganas. Volvió a entrar en la habitación y se cambió con las botas camperas. Daría un paseo en caballo. Hacía tiempo que no lo hacía y casi se le estaba olvidando cómo montar. Bajó las escaleras y se dirigió a los establos, en la parte trasera de la casa. Cogió la silla de montar y se la puso a su semental, *Lucifer*, un caballo negro azabache de pura raza.

—Hola, amigo —le susurró cuando el caballo le relinchó como si lo estuviera saludando.

Ferrán puso un pie en el estribo y se impulsó para sentarse en la silla. Acarició la crin negra y ondulada del caballo y le dio un pequeño toque con el talón sin espuelas para que emprendiera el camino.

Decidió rodear toda la finca, así que comenzó por el oeste hacia el norte para acabar en los establos, en el mismo sitio donde había empezado. Siguió el sendero del bosque contemplando los nuevos brotes de rosas silvestres y la altura de los árboles. Hacía más de dos años que no paseaba por allí y podía ver cómo había cambiado todo, excepto el sendero, Braulio había ordenado que lo mantuvieran aunque nadie lo usara. Giró para continuar hacia el sur y se detuvo cuando escuchó unas risas. El ceño se le frunció y continuó para ver de dónde y de quiénes provenían. Se quedó escondido detrás de un enorme roble y observó el lago. Ya casi no recordaba que aquel lago estaba allí. Miró con atención a las dos cabezas que flotaban en el agua. Una era dorada y la otra morena. Ferrán se bajó del caballo y se acercó un poco más.

—Te vas a enterar —escuchó que decía una voz de mujer que conocía.

—Eso si consigues atraparme —le contestó una voz de hombre.

Las dos cabezas se movieron hasta que la dorada se detuvo.

—¡Ay! —Se quejó la chica—. Tengo un calambre en la pierna.

La cabeza morena se acercó a la muchacha.

—¿Estás bien? Apóyate en mí —le dijo la voz masculina preocupada.

La chica rodeó el cuello del hombre con una mano y, sin previo aviso, lo sumergió en el agua. La muchacha nadó con rapidez hacia la orilla mientras no podía parar de reír. Salió del lago y corrió hacia la toalla estirada en el pequeño césped que rodeaba el lago.

Cuando la cabeza morena salió a flote, nadó hasta la orilla sonriendo.

—Eres una tramposa —le riñó Miguel saliendo del agua.

—No me gusta perder —se excusó Micaela todavía riéndose.

Los ojos negros de Ferrán se quedaron clavados en la chica, contemplándola de arriba abajo, sin dejarse ningún rincón. El cuerpo torneado y sus espectaculares curvas lo impactaron. ¿Cómo una chófer podía tener ese escultural cuerpo?

Micaela se cogió el pelo y se lo echó a un lado para escurrirlo. Un tatuaje entre los omóplatos captó aún más la atención de Ferrán. Un atrapa sueños con un búho en el centro del círculo lo miraba desde la distancia.

La chica sacó un bote de crema solar de la mochila y se la entregó al joven.

—¿Te importa echarme crema en la espalda? —le preguntó ella.

—Por supuesto que no.

La muchacha se tumbó bocabajo en la toalla y Miguel se puso de rodillas a su lado. Volcó el bote encima de la espalda y esparció la crema por toda la zona, los hombros y un poco más abajo de la espalda hasta llegar al elástico de la braguita de talle bajo del biquini verde y amarillo.

El coño de Ferrán se frunció aún más haciendo que sus cejas se juntaran formando una sola. Dio un brinco saliendo de su ensoñación cuando sintió que alguien le daba en la espalda.

Lucifer intentaba captar su atención y lo había conseguido. Cogió las riendas y se subió al caballo guiándolo hacia los establos. Dejó al semental en su cuadra y corrió hacia su habitación con una sensación extraña en su cuerpo.

—Ferrán Merino, ¿qué coño te está pasando? Ni se te ocurra volver a hacerlo —se regañó a sí mismo mirándose al espejo.

Se volvió a poner el bañador y bajó las escaleras para ir hacia la piscina. Se tiró de cabeza y sintió cómo se desentumecía y lo que había sentido se desvanecía.

Micaela estaba poniéndole crema a Miguel en la espalda cuando escuchó a Ferrán por el auricular. <<¿Hacer qué?>>, pensó la chica sentándose en la toalla.

—Miguel, deberíamos volver ya —le dijo levantándose para recoger la toalla.

—¿Ya? Pero si no hemos almorzado.

—Ya lo sé, pero no puedo esperar.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿He hecho algo malo?

—No, claro que no. Es que, creo que... bueno, son cosas de mujeres.

—Ah, eso. Vale, sí, vámonos —contestó el chico comprendiéndolo.

La chica recogió las toallas y metió las mochilas y la bolsa con la comida en el *Jeep*. Miguel regresó al vehículo con las manos detrás de la espalda, haciendo que Micaela se pusiera en alerta.

—Gracias por esta mañana —le agradeció el chico entregándole un nenúfar en flor que había cogido del lago.

—Es precioso. No tenías por qué regalarme nada. Gracias.

El joven dejó el *Jeep* detrás del cobertizo y la chica se bajó corriendo para regresar a la casa. Cuando pasó por el arco de flores que llevaba a la piscina, se quedó parada al escuchar una voz.

—¿Has vuelto a ir a la piscina pública? —le preguntó Ferrán acercándose a ella.

Micaela dio un paso atrás y se quedó enfrente del hombre.

—Sí, tenía calor y el día libre —contestó.

—¿Y esa flor? No sabía que tienes novio.

—Es un nenúfar y, aunque no es de su incumbencia, no tengo novio. Me la ha regalado un amigo.

—¿Es tu cumpleaños? —quiso saber él con el ceño fruncido.

—No. Solo ha querido tener un detalle conmigo por acompañarlo. Si no tiene nada más que preguntarme, me voy a mi habitación a cambiarme.

—No tengo preguntas, pero sí tengo que salir. Te espero en el coche.

—¿Ha cambiado de idea?

—Sí, y ya que has vuelto, pues me llevas. No tengo ganas de conducir y, además, te pago para ello. No tardes.

—Lo intentaré, señor Merino —respondió Micaela con los dientes apretados.

Mientras subía a su habitación para cambiarse informó a Mariana por el auricular.

—¿No te había dado el día libre? —le preguntó la chica sorprendida.

—Pues ahora quiere salir. Irá a ver a su amiguita —contestó su jefa con sarcasmo.

—¿Su amiguita? —Mariana no entendía nada.

—Da igual. Ten cuidado —la avisó bajando la escalera y dirigiéndose hacia el garaje.

Allí estaba Ferrán ataviado con unos pantalones vaqueros y un polo negro, apoyado en el capó del *Lexus* y con los brazos cruzados a la altura del pecho. La chica se quedó petrificada durante unos segundos en la puerta del garaje cuando lo vio. ¿Cómo podía enfadarla y dejarla paralizada de aquella manera? <<Micaela, céntrate. Es tu cliente>>, se regañó.

—No has ido a recoger tu coche. ¿Por qué? —le inquirió él.

—Porque hasta por la tarde no puede mi mecánico.

—Llámallo, vamos ahora.

—Acabo de decirle que hasta por la tarde no puede.

—Está bien, iremos a almorzar mientras llega. Conduce, yo te indico —le ordenó sentándose en el asiento del copiloto.

—¿Por qué se ha sentado ahí?

—Es mi coche, puedo sentarme donde quiera.

—Vale. ¿A dónde le llevo? —le preguntó arrancando el motor.

—Sal de la finca y te indico.

Micaela siguió las indicaciones del hombre y aparcó delante de un restaurante.

—Le esperaré aquí —le informó ella apagando el motor.

—No vas a esperarme. Vas a entrar conmigo.

—¿Yo? ¿Para qué? Soy su chófer no su guardaespaldas — <<Si él supiera>>, pensó divertida.

—Ya lo sé. Vas a comer conmigo.

—No tengo hambre, gracias. Coma que yo le espero aquí.

—No me obligues a que te obligue. Vamos —Ferrán salió del coche y caminó hacia la puerta del conductor para abrirla—. Vamos.

La joven quitó la llave del contacto y salió del vehículo despacio.

—Tranquila, tú a tu ritmo. Las cocinas cierran a las cuatro, tenemos

tiempo.

—Es que no estoy segura de entrar. ¿Por qué no come solo?

—Porque no me apetece. Venga, vamos —la apremió con un pequeño empujón en la parte baja de la espalda.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la chica de los pies a la cabeza. <<¿Eso lo he sentido yo o él?>>, se preguntó extrañada. <<Por supuesto que lo has sentido tú. ¿Cómo va a sentirlo él?>>, la regañó una pequeña vocecita en su cabeza.

La chica cerró el coche y caminaron hacia la puerta del restaurante. Ferrán le sostuvo la puerta acristalada para que pasara y saludó a un hombre que tenía un gran parecido con Gaspar.

—Dichosos los ojos que te ven, sobrino —le dijo el hombre abrazando a Ferrán con efusividad.

—Buenas tardes, tío. ¿Tienes mesa para dos?

—Para mi sobrino y su novia siempre tengo mesa.

—No soy su novia, señor. Soy su chófer —respondió Micaela rápidamente.

—Ah, perdón. No sabía que tenías chófer —se disculpó el hombre mirando a la chica casi sin pestañear—. Una chófer preciosa, he de añadir.

—Gracias. Usted tampoco está mal.

El hombre se rio a carcajadas.

—Me gusta esta chica. ¿Cómo te llamas?

—Tío, por favor. ¿Podrías dejar de intentar ligar con mi chófer? —le rogó Ferrán con el ceño fruncido.

—¿Intentar? Yo no intento nada. O ligo o no ligo, pero no intento. No debe ser fácil ser tu chófer con ese carácter que te gastas.

—Tiene toda la razón del mundo —le dijo la chica dedicándole una sonrisa al hombre.

—Me encanta. No tiene pelos en la lengua. Me llamo Dante, soy el hermano pequeño de Gaspar, el padre de este aguafiestas.

—Micaela. Se parece mucho a su hermano, físicamente —se presentó la joven estrechándole la mano.

—Somos hermanos, en algo tenemos que parecernos. Seguidme, os llevaré a vuestra mesa.

—Por fin —bufó Ferrán caminando detrás de su tío y de Micaela, a la que su tío le había cogido de la mano.

—Aquí estaréis bien. Ahora os traen un vino y la carta. Encanto, te

recomiendo el pollo a la naranja, lo hago yo mismo.

—Entonces seguro que me gusta. Lo pediré —contestó ella sentándose cuando Dante le retiró la silla y luego se la acercó.

Ferrán se sentó enfrente de la muchacha y la observó mientras le sonreía a su tío. Sintió que algo le arañaba en el interior de su cuerpo, dispuesto a salir para matar a su rival.

—De verdad que no puedo creer que seas chófer. Deberías ser modelo. Eres preciosa y tu cuerpo es divino, aunque ese traje tan oscuro no acentúa tus curvas y me priva de las vistas —la halagó Dante sentándose en la silla al lado de la chica.

—Voy a tener que venir más a menudo. Los hombres de ahora no saben piroppear —respondió Micaela con una sonrisa risueña.

—Cariño, eso es porque no has encontrado al hombre que sepa admirar tal monumento de mujer.

—Va a hacer que me ponga roja —la joven se abanicó con la carta.

—Por favor, tutéame. Me siento un viejo cuando me hablan de usted.

—Tío, tienes que seguir atendiendo a tus otros clientes —le recordó su sobrino poniendo más énfasis en la palabra “otros”.

—Pueden apañarse sin mí, sobrino.

—Jefe, no dan abasto en la cocina —los interrumpió un camarero.

—De acuerdo. El deber me llama. Volveré con tu comida, ángel —le dijo a Micaela dejándole un beso en la mano.

—No sabía que su tío era tan amable. ¿Está casado? —le preguntó la chica a Ferrán que la miró con sus ojos negros fríos, congelándola.

<<Micaela, has metido la pata>>, le dijo la voz de su conciencia. Cogió la copa llena de agua y le dio un sorbo mirando a su alrededor. Estaban en un lugar público y, aunque pareciera que nadie intentaría matar o secuestrar a alguien, la verdad era que podrían estar vigilándolos para en cuanto bajasen la guardia, atacar. Debía estar en alerta constante y más con tanta gente. Cualquiera podría ser un enemigo.

La mirada de Ferrán seguía clavada en ella como un puñal. ¿Por qué la miraba así? Podía sentir algo muy extraño, pero no conseguía descifrar qué era. Una mezcla entre celos, aturdimiento, agobio y culpa. Todos los entendía, pero los celos la desconcertaba. ¿Estaría sintiendo los sentimientos de todos los del restaurante?

La chica dejó la copa en la mesa y tragó el sorbo de agua con dificultad.

—¿Se encuentra bien? —preguntó carraspeando.

—Perfectamente. Llama al mecánico para avisarle de que vamos a por el coche —contestó Ferrán con la voz más grave.

Micaela cogió el móvil y buscó el número. Le dio a llamar y esperó a que contestaran.

—¡*Cuchicuchi!* ¿Qué tal estás? —le respondieron por la otra línea con un grito que casi sonó en todo el restaurante.

Las fosas nasales del hombre se dilataron cuando cogió aire con fuerza al escuchar a aquél tipo.

—Estoy bien. ¿Puedes ir esta tarde a la dirección que te voy a mandar? El coche no me anda —le inquirió la chica avergonzada ante su jefe.

—Claro, *Cuchicuchi*. ¿Por qué no me has avisado antes?

—Porque he estado liada. Te llamo cuando llegue.

—Vale. Hasta luego, *Cuchicuchi*.

Micaela colgó antes de que terminara de despedirse y miró a su jefe.

—En un rato está allí —le informó.

—Bien. Comamos.

Estaban a un paso de la puerta acristalada del restaurante cuando escucharon que Dante se acercaba a ellos.

—¿Ibais a iros sin despediros? De ti me lo creo, sobrino, pero de Micaela no.

—Tenemos trabajo, tío —se excusó Ferrán.

—Dante, la comida estaba deliciosa. Tenías razón con el pollo a la naranja. Vendré otro día con unos amigos para que ellos también puedan deleitarse con esos sabores espectaculares. Gracias por todo.

—Así se despide uno. Toma nota, sobrino. Ha sido un verdadero placer, ángel. Y ven cuando quieras. Las puertas de mi restaurante están abiertas de par en par para ti y tus amigos. ¿Puedo? —le preguntó con los brazos abiertos.

—Pues claro. Me he sentido como en casa.

—Me alegro. No tardes en volver.

Ferrán la agarró del antebrazo y tiró de ella para sacarla del local y de las garras de su tío.

—Su tío es un encanto —le dijo la chica sentándose al volante.

—Arranca o haremos esperar al mecánico —la voz del hombre estaba aún

más grave que antes.

La chica arrancó el motor y puso rumbo hacia donde la noche anterior había dejado el coche supuestamente estropeado. Aparcó delante de su coche y llamó al mecánico.

—Dime, *Cuchicuchi* —contestaron por la otra línea.

—Ya estoy aquí. ¿Dónde estás? —le preguntó Micaela mirando por los retrovisores.

—A cinco minutos.

—Vale, aquí te espero —colgó y miró a su jefe que tenía la cabeza apoyada en el reposacabezas con los ojos cerrados y los dientes apretados—. Ya viene. Puedo llevarle a su casa y volver yo sola.

—No —esa fue la única respuesta que obtuvo.

Con la voz que se lo había dicho le había dado hasta miedo. ¿Qué coño le pasaba a ese hombre? ¿Había hecho algo malo? ¿O es que venía así de revenido de serie? ¿Habría discutido con su amiguita y lo estaba pagando con ella?

Por el retrovisor derecho vio el coche del mecánico y abrió la puerta del *Lexus* para escapar de toda aquella tensión.

—Ya está aquí —le anunció a su jefe.

El hombre abrió los ojos y salió del automóvil cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Micaela se quedó delante de su coche con el capó levantado y esperó al mecánico con Ferrán a su lado con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Un hombre alto, rubio, con los ojos color miel, piel bronceada y ataviado con unos pantalones grises llenos de grasa y una camiseta de tirantas, se acercó a la chica y la abrazó levantándola del suelo y dejándole un fuerte beso en la mejilla.

—*Cuchicuchi*, cuanto tiempo sin verte. Trabajar tanto no es bueno.

—No me queda más remedio si quiero pagar las facturas. Échale un vistazo al coche. No arranca —le contestó la chica intentando ignorar la vergüenza incomprensible que sentía en ese momento.

—A ver qué le pasa a esta joya —se acercó al vehículo y vio al hombre ceñudo con cara de pocos amigos—. Hola, soy Roberto, el her...

—Mi mecánico particular —lo interrumpió la chica antes de que el hombre metiera la pata—. Él es Ferrán Merino, mi jefe.

Roberto miró a la chica sin entender por qué le había interrumpido y después al hombre ofreciéndole la mano.

—Encantado —le dijo el mecánico con una pequeña mueca de dolor al recibir el apretón del hombre.

—Igualmente.

—Bueno, arréglame el coche —los interrumpió Micaela.

Roberto se inclinó sobre el interior del vehículo y buscó la posible avería.

—*Cuchicuchi*, intenta arrancar.

Un bufido salió de la garganta de Ferrán apretando aún más los dientes. El mecánico no le hizo caso y siguió con su tarea. En cuanto Micaela giró la llave, el hombre descubrió el problema.

—*Cuchicuchi*, ya sé cuál es el problema. Lo que no entiendo es por qué no lo has arreglado tú. Hay un cable de la batería que está suelto.

—¿Ah, sí? —preguntó la chica inocentemente—. Pues no me he dado cuenta.

—Ya está. Por cierto, Michael me pregunta todos los días por ti. ¿Cuándo vas a ir a casa? —quiso saber Roberto.

—Cuando pueda. Ahora mismo el trabajo no me lo permite. Yo lo llamo en cuanto tenga un minuto.

—Se lo diré, pero se va a mosquear. Ah, y papá me ha dicho que lo llames. Vuelven la semana que viene de Málaga.

Los ojos de Ferrán se abrieron de golpe.

—¿Papá? —inquirió sorprendido.

—Sí. Así le decimos a nuestro padre —respondió Roberto con una sonrisa.

—¿Vuestro padre? ¿Sois hermanos?

—Sí. O eso dice mi madre.

La tensión que la chica había estado sintiendo se esfumó en un segundo dejando un gran sentimiento de alivio.

—Bueno, tu mujer te estará esperando. Ya los llamaré más tarde —le apremió Micaela guiándolo hasta su camioneta.

—Tranquila, *Cuchicuchi*. Sé andar solito. Llama a Michael, por favor.

—Que sí. Adiós.

Roberto se alejó de la calle pitando para despedirse de su hermana y ella regresó a su coche.

—¿Por qué no me has dicho que era tu hermano? —quiso saber Ferrán.

—No creía que le interesara.

—Eres mi empleada y no veo la razón para esconder a tu familia.

—Prefiero separar mi vida personal de la profesional. Así no hay malos

entendidos.

El hombre se mordió el labio y extendió la mano hacia la chica.

—Dame la llave de mi coche. Puedes irte con tu coche. Yo voy a visitar a una amiga —le ordenó con la voz otra vez grave.

—¿No va a volver conmigo? —inquirió la chica con la mirada en la mano de él.

—No. Vuelves a tener el día libre.

<<¿Y ahora qué hago?>>, se preguntó la muchacha. Le entregó la llave del *Lexus* y lo vio dirigirse hacia el portal de su amiguita.

—Arg, me desespera este hombre —murmuró llevándose la mano al auricular—. Mariana, necesito que alguien recoja mi coche.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. El señor Ferrán ha decidido hacerle una visita a su amiguita. Me ha dado otra vez el día libre, pero no puedo dejarlo solo.

—Este hombre no se decide. Mandaré a alguien para que traiga tu coche.

—Gracias.

Había pasado una hora y Ferrán no había bajado aún. Micaela estaba sentada en el capó del *Lexus*, esperando a que su dueño apareciera. Estaba bostezando cuando un chico se paró delante de ella con la cara llena de felicidad.

—¿Eres Micaela Velasco? —le preguntó el chico emocionado.

—Sí. ¿Y tú eres?

—Es normal que no me recuerdes. He cambiado mucho desde el colegio. Isaac López. Me sentaba detrás de ti.

—¿El niño que tenía las gafas enormes?

—El mismo.

—Vaya. Sí que has cambiado. No te hubiera reconocido ni en un millón de años.

—¿Qué haces por aquí?

—Trabajo. Soy la chófer de un señoritingo.

—Te va bien, entonces.

—No me puedo quejar. ¿Y a ti?

—Bueno, yo hice ciencias del deporte y me han contratado en un colegio

como profesor de educación física. Tampoco puedo quejarme.

—Me alegro mucho.

—Deberíamos quedar un día de estos para hablar de los viejos tiempos y tomar una copa.

—Es posible que no tenga ningún día libre hasta dentro de varios meses —contestó Ferrán al lado del chico, cortando a Micaela.

—Él es mi jefe. Dame tu número y yo te llamo, seguro que algún día puedo —le dijo la chica entregándole su móvil para que anotara su teléfono.

—Yo te aseguro que no. Vas a estar muy atareada desde el lunes —añadió Ferrán.

—En ese caso podemos quedar mañana. Conozco... —empezó a decir Isaac con entusiasmo.

—No, tampoco. Mañana también estará atareada —lo interrumpió el hombre.

Micaela entrecerró los ojos y se mordió el labio para aguantar las ganas de matar a ese hombre.

—Bueno, tú me llamas cuando puedas. Estaré esperando tu llamada —dijo el chico devolviéndole el móvil y despidiéndose con un beso en la mejilla.

El rostro de la chica se coloreó de rojo y se abanicó con la mano contemplando la espalda ancha de su amigo del colegio.

—¿No te había dicho que te fueras? —la regañó su jefe aguantando las ganas de matarla.

—Sí, pero he llamado a su padre y me ha dicho que no me mueva de aquí. Y, con todo respeto, su padre es más jefe que usted.

—¿Y tu coche?

—Se lo ha llevado una amiga.

—Sube.

—No, no. Conduzco yo, para algo me paga —le dijo intentando quitarle la llave de la mano.

Ferrán levantó el brazo a tiempo para que la chica no llegara a cogerlas.

—Sube o te despido.

—Usted no puede despedirme, ¿recuerda? Solo su padre puede.

—Pero eso no te da derecho a replicar como lo haces.

—Está bien. Usted gana este asalto. Me he pasado —Micaela se sentó en el asiento del copiloto, se puso el cinturón, cruzó los brazos y clavó su mirada en la ventanilla.

—Así pareces una niña pequeña con una rabieta —el hombre arrancó y se

dirigió hacia la autovía.

La chica lo ignoró. Siguió mirando por la ventanilla sin pronunciar palabra ni sonreír.

—¿Vas a quedarte callada todo el trayecto? —Le interrogó el hombre mirándola de vez en cuando—. Eso es un milagro.

No hubo ninguna respuesta.

Llegaron hasta la casa en silencio y subieron las escaleras. Micaela iba delante, abrió la puerta de su habitación y miró a su jefe.

—Hasta mañana, señor Merino.

La puerta se cerró de un portazo que hizo que las paredes temblaran y Ferrán entró en su dormitorio con las manos en dos puños.

La chica abrió el maletín para observar y verificar que todo estaba en su sitio en el cuarto de su jefe mientras se ponía el pijama de verano.

Todo estaba en orden y Ferrán ya se había tumbado en la cama semidesnudo.

La joven cerró el maletín y se acostó. Se puso la almohada en la cara y gritó. Necesitaba soltar el enfado antes de dormir o no podría. Se relajó y cerró los ojos.

Capítulo 5

A las diez de la mañana, Gabriela llamó al telefonillo y esperó a que contestaran.

—Ya vamos —respondió Adam.

En menos de dos minutos, Alexa, Adam y Alma salieron del bloque. La niña corrió hacia Gabriela y la abrazó.

—Buenos días —saludaron los tres a la vez.

—¿Estáis preparados para pasarlo en grande? —les preguntó Gabriela con una sonrisa de oreja a oreja y tan emocionada como la niña.

—¡Sí! —gritaron Alexa y Alma.

—Pues al coche que nos vamos.

La chica arrancó y se dirigieron hacia el parque. Dejaron el vehículo en el aparcamiento y caminaron hacia la entrada. Adam se fue hacia las taquillas y compró las entradas.

A las once de la mañana, las puertas del parque de atracciones se abrieron y Alma corrió para ser la primera en entrar.

El parque era enorme y la niña estaba emocionada. Estaba dispuesta a montarse en todas las atracciones en las que pudiera, pero eso, de momento, hasta que abrieran los espectáculos del Circo del Cóndor.

La pequeña no se estaba quieta mientras esperaba en la fila para subirse a la primera atracción junto a su padre y las dos mujeres. Conforme las personas se movían hacia delante para que pasara el siguiente, Alma se ponía cada vez más nerviosa. Les llegó el turno y se acercaron al tronco que flotaba en el carril lleno de agua de la última ronda. Se sentaron y el tronco siguió su recorrido. Subió lentamente por los raíles y después bajó con rapidez para salpicar el agua que les aguardaba abajo. Volvió a subir, esta vez un poco más alto y luego bajó salpicando más agua. Retomó una tercera subida, la más alta de las tres, y descendió empapándolos.

Alma no paraba de sonreír y, más aún, cuando se dio cuenta de que ya era la hora para ver el primer espectáculo del día. Entraron en las instalaciones del Circo del Cóndor, un semicírculo hecho de enormes piedras con un escenario de madera y rodeado de una grada con asientos de hormigón.

La niña no dejaba de aplaudir viendo las aves que pasaban volando por

encima de las cabezas del público. Las carcajadas de la gente resonaban en el espectáculo cuando una de las aves le robó el trozo de comida al actor.

Cuando el espectáculo terminó, buscaron un bar para almorzar y relajarse unos minutos hasta la próxima actuación.

Tras comer unos bocadillos y refrescarse con el agua helada de las botellas, los cuatro se pusieron en pie y se dirigieron hacia el cine en 3D. La película no duró mucho y decidieron ir a otra atracción poco movida para no vomitar en medio del parque. Pusieron rumbo hacia el Capitán Bala. ¿Quién tendría más puntería y conseguiría más puntos?

Esperaron pacientemente a que la cola avanzara y llegara su turno. Se sentaron cada uno en una silla, espalda contra espalda, se prepararon con las pistolas láser y las sillas empezaron a moverse para entrar en el túnel donde los esperaba diferentes escenas de piratas y distintos acontecimientos como explosiones; cada cual con una diana que sumará diez puntos al marcador individual.

Las luces, los movimientos de cada objeto y las dianas pasaban a su lado mientras las sillas se dirigían hacia el final de la travesía.

Alma disparaba sin ton ni son acertando de vez en cuando alguna diana, con lo que su marcador contó treinta puntos.

Adam había estado concentrado durante el trayecto y, en alguna ocasión, había conseguido dar en el blanco, por lo que su marcador contó cien puntos.

Sin embargo, Alexa y Gabriela estaban bien entrenadas para aquellas circunstancias, o casi todas. Durante el recorrido, sus pistolas láser no dejaron de disparar, pero cuando las sillas giraban, el disparo se desviaba. Sus marcadores estaban empatados con seiscientos puntos.

—Vaya, se os da bien disparar. Tenéis buena puntería —las felicitó Adam asombrado.

—Hemos practicado mucho en esta atracción —contestó Alexa encogiéndose de hombros.

—Eso no es justo. Papá y yo es la primera vez que entramos —se quejó Alma frunciendo los labios.

—Tranquila, princesa. La próxima vez no seremos tan benevolentes. Esta vez las hemos dejado ganar, pero la siguiente tendremos la victoria —la consoló su padre.

—Eso no te lo crees ni tú —le dijo Gabriela.

—Mi papi tiene razón. La próxima vez ganaremos nosotros.

—Está bien. ¿Por qué no nos dividimos en parejas? Sumaremos las

puntuaciones y sabremos quiénes son los ganadores —propuso Alexa.

—Me parece estupendo. Yo voy con Gaby —contestó la niña cogiendo la mano de la mujer.

—¡Oye! ¿Abandonas a tu padre? ¿Sangre de tu sangre? —la regañó Adam sorprendido y traicionado al mismo tiempo.

—Papi, es que tú no tienes ninguna puntería.

Las chicas disimularon una sonrisa y caminaron hacia la cola de la atracción.

—No te preocupes, jefe. Las vamos a machacar —le dijo su niñera en un murmullo.

—¿Nos apostamos algo? —les retó Gabriela con picardía.

—Me parece buena idea —respondieron jefe y empleada al unísono.

—Si vosotros ganáis, nosotras nos metemos en los globos transparentes que van sobre el agua. Si ganamos nosotras, vosotros os subís a la Lanzadera —en cuanto la última palabra salió de su boca los ojos de la chica y el hombre se abrieron como platos.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser en esa monstruosidad tan alta? —se quejó Alexa con la voz temblorosa.

—Porque sé que a los dos os da miedo las alturas y en eso consiste una apuesta —respondió Gabriela con una sonrisita maléfica en sus labios sonrosados.

—Eres mala —la riñó su compañera—, pero acepto la apuesta. ¿Jefe?

Los ojos negros del hombre estaban entrecerrados mientras observaba a Gabriela con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes que me dan miedo las alturas? —le inquirió a la mujer.

—Lo has dicho antes cuando hemos pasado por la Lanzadera.

—No tendría que haberlo dicho. Aunque no pensé que lo utilizarías en mi contra. Acepto la apuesta. Vais a perder —les dijo señalándolas con un dedo amenazador.

Volvieron a sentarse en las sillas, espalda contra espalda, y se prepararon para la batalla.

En esta ocasión, Alma consiguió algunas dianas más acabando con cien puntos. Adam se concentró un poco más y, aunque Gabriela de vez en cuando tiraba del cable de su pistola, consiguió ciento cincuenta puntos. Las chicas se habían adecuado a los giros de la silla y, esta vez, a pesar de las trampas de sus adversarios, consiguieron casi la misma puntuación. Alexa setecientos puntos y Gabriela un total de... ¡ochocientos puntos!

Cuando salieron de la atracción hicieron la suma y Gabriela y Alma saltaron de alegría al ganar.

—¡Hemos ganado! ¡No tenemos que meternos en las bolas infernales! — gritaron al unísono.

—Vale, vale. Tampoco hay que regodearse —intentó tranquilizarlas Adam mientras Alexa se sentaba en un escalón para respirar profundamente.

—¡Ahora toca la Lanzadera! —la voz de la niña resonó en los oídos de la pareja que, en ese momento, se arrepentían de haber hecho aquella absurda apuesta.

Se dirigieron hacia la Lanzadera y Gabriela intentó quitarles el miedo por el camino, pero fue inútil. En dos ocasiones tuvo que correr detrás de ellos para que no huyeran.

—No seáis miedicas —les dijo la mujer empujándolos a los dos con ayuda de la niña.

Llegaron a la fila de la atracción y Gabriela se alejó unos metros para hacerles una foto con su móvil. Sus caras no eran precisamente de diversión, pero una apuesta había que cumplirla.

—Está bien. Hagamos otro trato —dijo el hombre intentando escapar por enésima vez de la fila—. Yo me subo si después Gabriela se sube conmigo...

—¿Te vas a subir dos veces? —le preguntó Alexa nerviosa y horrorizada.

—No me has dejado terminar. Si después Gabriela se sube conmigo en el Jaguar.

—¿Qué? ¿No puede ser en otro? —quiso saber la aludida.

—No. En el Jaguar o no me subo en esta.

La chica se lo pensó durante un minuto y después asintió.

—Vale. Os toca —respondió cuando el joven de la atracción se quedó parado delante de ellos y los llamó con un toque en el hombro—. ¡Nos vemos abajo! —les gritó con una sonrisa mientras los grababa con el móvil.

El cuadrado insertado en una enorme barra de hierro comenzó a subir despacio hasta lo más alto que pudo llegar, se quedó unos segundos parado y, cuando nadie se lo esperó, el cuadrado bajó a toda velocidad.

Los gritos de Alexa se escuchaban a kilómetros de distancia mientras Adam tenía los ojos cerrados con fuerza y se sujetaba a la barra de seguridad.

Gabriela y Alma se carcajaban desde el suelo firme.

El cuadrado volvió a subir y bajar un par de veces más hasta que aterrizó donde comenzó.

Jefe y empleada saltaron de sus asientos y corrieron hacia donde la niña y

la chica los esperaba. Alexa se sentó en el suelo, ya que las piernas no le sostenían. Adam se inclinó apoyando las manos en las rodillas y respirando hondo para calmarse.

—¿A que ha sido divertido? —les preguntó la niña carcajeándose.

La mirada de ambos parecía que la mataban en silencio.

—Toca el Jaguar —apuntó el hombre cuando se hubo recuperado del susto.

—¡En marcha! —gritó Alma entusiasmada.

El entusiasmo de Gabriela no era el mismo, pero era mujer de palabra, así que no le quedaba más remedio.

La fila para el Jaguar era enorme, pero Adam no la dejó irse. Estaba seguro que si se iban no volverían y si él se había subido a la Lanzadera, ella se subiría al Jaguar.

—Mira, mira —le dijo él señalando al cacharro de metal con asientos que había cogido una curva a toda velocidad.

La chica lo siguió con la mirada mientras su corazón latía con más fuerza. <<¿Por qué los humanos no podemos tener los pies en el suelo?>>, pensó con nerviosismo.

—¿Cómo esto no te da miedo y la Lanzadera que es más tranquila te aterrera? —quiso saber la chica.

—En este veo el recorrido y no estoy parado arriba del todo esperando la caída.

Solo quedaba la mitad de la fila para que les tocara a ellos y la respiración de la chica se agitó. No podía con las montañas rusas. Nunca le habían gustado y nunca le iban a gustar. ¿Cómo podía alguien gustarle pasar miedo? Aquella cosa podía salir volando por los aires si algo no iba bien como, por ejemplo, que se soltara algún tornillo.

—Espero que lo hayan revisado a conciencia —dijo la mujer con la voz temblorosa.

—Tranquila, no va a pasar nada.

Llegó el turno de ellos y la chica se sentó tapándose los ojos con las manos cuando el encargado de la atracción bajó los cinturones que parecían un chaleco salvavidas.

—Gabriela, ¿estás bien? —la llamó desde su izquierda.

—No. Estoy acojonada.

Una sonrisa se dibujó en los labios del hombre, alargó la mano para coger la de ella, pero no la encontró.

—Dame la mano. Ya verás como en dos minutos todo ha pasado.

—¡Ay, mamá! —exclamó ella cogiéndole la mano con fuerza.

—Vale, tampoco vayas a dejarme sin circulación en la mano.

—Esto es una pesadilla.

—Esto es lo que yo he pasado hace un momento en la Lanzadera.

Los asientos empezaron a moverse con un traqueteo hasta llegar arriba y coger velocidad mientras bajaba y daba vueltas por las vías.

Gabriela seguía con los ojos cerrados, agarrada con fuerza a la mano de Adam y gritando como si no hubiera un mañana.

Cuando el improvisado tren llegó al final, el hombre tuvo que sujetarla para que no se cayera. Las rodillas de la chica temblaban como gelatina.

—Ya puedes darte por satisfecho. No voy a subir de nuevo aunque mi vida dependa de ello —lo informó con los dientes apretados.

—Ni yo me subiré a la cosa esa tan alta. Ni de coña.

—Estamos en paz.

Ya casi era la hora del espectáculo final, así que decidieron ir hasta el lago, coger sitio y cenar mientras lo veían.

Alma se estaba comiendo un perrito caliente cuando las motos acuáticas aparecieron por el lago llevando a los malos que querían matar a la pareja.

El calor de los lanzallamas llegó hasta ellos. La pareja protagonista consiguió su objetivo y los fuegos artificiales explotaron sobre el lago.

Toda la gente comenzó a aplaudir y los actores saludaron desde las motos de agua.

A las doce y media de la noche, Gabriela aparcó enfrente del portal y salió del coche para despedirlos.

Adam cogió a Alma en brazos, ya que se había quedado dormida, y le dio a Alexa las llaves para que abriera.

—Gracias por la invitación. Me lo he pasado muy bien... la mayor parte del tiempo —le agradeció la chica al hombre cerrando la puerta trasera del coche.

—No hay de qué —se quedó mirándola durante unos segundos sopesando si decírselo o no.

Alexa llegó en ese momento y le pidió al hombre que le diera la niña para ir acostándola.

Gabriela le dejó un beso en la frente a la pequeña antes de que su amiga se la llevara.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —le preguntó el hombre acercándose a ella un poco más.

—Nada especial.

—Iremos a almorzar al restaurante de mi tío. ¿Querrías venir con nosotros?

—Claro, aunque no sé si sería correcto. Eres mi jefe, no quiero parecer...

La frase de la chica se quedó interrumpida cuando Adam la agarró de la cintura atrayéndola hasta él y besándola.

Gabriela no esperaba aquella pasión. La había cogido desprevenida. Pero no podía hacer que parara. Su cuerpo perdió el control y sus brazos rodearon el cuello del hombre para pegarlo aún más.

Alexa dejó a Alma en su cama después de ponerle el pijama y fue hacia el balcón para echar un vistazo a los alrededores. Miró hacia abajo y su boca se abrió de par en par al ver la escena. <<Menos mal que no mezcla el trabajo con el placer>>, pensó la chica con una sonrisa en los labios.

Desvió la mirada hacia la esquina y vio a una furgoneta negra girar y acelerar en la calle. Se llevó la mano a la espalda para coger su arma y avisó a su compañera.

—Gabriela, entrad en el portal. ¡Ya!

La mujer recibió el mensaje y llevó a Adam hasta el interior del portal sin dejar de besarlo.

La furgoneta frenó y tres hombres enmascarados salieron armados. Se dirigían hacia el edificio, pero dos mujeres se interpusieron en su camino.

—Gabriela, entretenlo. Los refuerzos están aquí —la informó Alexa preparada por si tenía que intervenir.

La chica estaba apuntando a uno de los hombres cuando oyó unos pasos a su espalda. Miró de reojo y vio las zapatillas de *Hello Kitty* de Alma. Se dio

la vuelta y guardó el arma en su espalda.

—¿Qué pasa, princesa? —le inquirió acercándose a ella para que no saliera al balcón.

—Tengo sed.

—Vamos a la cocina.

Gabriela esperó a que la informaran de que no había peligro mientras intentaba que los besos de Adam no la desorientaran.

—Todo despejado —escuchó por el auricular.

Se alejó del hombre con la respiración agitada y lo esquivó cuando se acercó a ella.

—Adam, esto no... no puede ser. Eres mi jefe y nunca se debe mezclar el trabajo con el placer.

—Puedo despedirte si así te quedas más tranquila —contestó él con una sonrisa pícaro.

—Necesito un trabajo y tú una administrativa.

—Gabriela, tranquilízate —la agarró de las manos para calmarla—. Mira, sé que es un poco precipitado, pero no veo ningún problema para que lo intentemos.

<<Yo veo unos cuantos problemas>>, pensó la chica dejando que los brazos de él la rodearan para abrazarla.

—Podemos intentarlo y si no sale bien, pues no pasa nada. Cada uno a lo suyo y ya está —le dijo él dejándole un beso en la frente.

—¿Y Alma? Puede hacerse ilusiones y si no sale bien se decepcionará.

—Tienes razón —se alejó de ella y llamó al ascensor.

—Adam...

—Nos vemos mañana en el restaurante de mi tío. Que descanses —la puerta del ascensor se cerró y comenzó el ascenso.

Gabriela se quedó mirando la puerta cerrada durante unos segundos y volvió a la realidad cuando escuchó la voz de Alexa.

—Compi, ¿estás bien?

—Sí. No les quites el ojo de encima. Mañana nos vemos.

La chica salió del portal, se sentó en el coche y salió disparada hacia su casa mientras intentaba olvidar el beso de Adam.

Capítulo 6

Rafaela se movió en la cama y buscó con la mano el cuerpo de Flavio, pero no estaba. Se sentó y miró a su alrededor. ¿Dónde se había metido? ¿Y por qué no había sonado la alarma de su móvil? Cogió el aparato de la mesita de noche y lo desbloqueó. Tenía dos llamadas perdidas de su hermano Eloy. <<¿Cómo no lo he escuchado?>>, se preguntó extrañada. Devolvió la llamada, pero su hermano no lo cogió. Se levantó y se dirigía hacia el baño cuando escuchó que alguien intentaba abrir la puerta de su habitación. Se pegó a la pared y esperó a que el intruso entrara.

El pelo moreno y despeinado de Flavio se dejó ver por una rendija de la puerta abierta y entró con una bandeja en sus manos.

—Morales, despierta —la llamó caminando hacia la cama.

—¿Qué es eso? —le preguntó la chica a su espalda.

Flavio dio un brinco al escuchar la voz de ella detrás de él.

—¿Qué haces ahí? —quiso saber el hombre.

—Iba al baño y me has asustado. No eres precisamente silencioso.

—Haz lo que tengas que hacer y después desayunamos.

—¿Me has traído el desayuno? —inquirió sorprendida por aquel detalle.

—Sí. Aligera que se enfría.

Rafaela entró al baño con una sonrisa en los labios y salió dos minutos después corriendo para descolgar el móvil que sonaba encima de la mesita de noche. Miró quién era y contestó rápidamente con los dedos temblorosos.

—Dime, ¿qué ha pasado? —le interrogó con preocupación a su hermano.

—Aún nada. Va a intentar esperarte.

—Vuelvo el domingo por la mañana. Nos vemos allí a las doce.

La chica dejó el móvil encima de la cama y Flavio llegó a leer el nombre del que le había llamado. Dejó la bandeja en la cama, entre los dos, y le dio un sorbo a su café.

—¿Qué te ocurrió ayer? —le preguntó él sin querer parecer que le importaba tanto.

—Tuve un bajón. Nada importante. ¿Vas a ir a alguna parte hoy?

—No. Voy a quedarme en mi habitación. Tengo visita —contestó guiñándole un ojo.

—No pierdes el tiempo.

—Como dice mi padre, “el tiempo es oro”.

—Cierto. Muy rico todo. Voy a darme una ducha. Tengo que hacer una visita.

—¿Ah, sí? ¿A quién?

—Aunque no es de tu incumbencia, voy a visitar a un amigo que hace tiempo que no veo —respondió ella caminando sugerentemente hacia el baño y con una sonrisa pícaro en los labios.

—Que te lo pases bien con tu amigo, pero no trasnoches. Mañana salimos temprano.

—Lo tendré en cuenta —contestó la chica desde el interior del baño.

Flavio apretó los dientes y se fue hacia su habitación por la puerta que las conectaban.

Rafaela se sobresaltó cuando escuchó el portazo, cogió el auricular y se lo colocó en el oído.

—¿Hola? ¿Alguna me escucha? —preguntó en un susurro.

—Sí. Bárbara y Verónica al aparato —respondió la voz suave y tranquila de Bárbara.

—Voy a salir y él, supuestamente, no. Vigíladlo. No lo perdáis de vista.

—Recibido —respondieron al unísono.

Rafaela terminó de arreglarse, se guardó el arma en el bolso y salió de la habitación. Al pasar por la puerta del dormitorio de Flavio escuchó unos gritos. Se acercó a la puerta y pegó la oreja mientras metía la mano en el bolso y tocaba el arma.

—¿Pero cómo se puede ser tan incompetente?! —vociferó el hombre con la furia reflejada en todas sus palabras pronunciadas—. ¿Tan difícil es encontrar a una chica que se llame Rafaela? No creo que en el siglo XXI haya muchas chicas con ese nombre.

Los ojos verdes de la muchacha se abrieron como platos. ¿Por qué buscaba a una chica que se llamaba precisamente como ella? <<¿Qué me estoy perdiendo en esta historia?>>, se preguntó. La chica pegó un poco más la oreja, pero no escuchaba la voz de nadie más, por lo que estaría hablando por teléfono con alguien. Se alejó de la puerta y emprendió el camino hacia el ascensor. Se montó en un taxi y se dirigió hacia un restaurante del puerto. Entró en la marisquería y buscó a su acompañante. Como siempre, para no variar, él ya había llegado. Cruzó el salón y saludó al hombre cuando éste se levantó en toda su altura.

—¿Qué tal estás? —le preguntó su compañero abrazándola y dejándole un beso en la frente.

—Mal. Se ha rendido y no sé si podré superarlo.

—Rafi, esa es su voluntad. No podemos obligarle. Y seguro que sales adelante. Por tu madre y tus hermanos debes ser fuerte —la consoló sin dejar de abrazarla.

—Vamos a hablar de otra cosa. No quiero amargarte el almuerzo —le dijo la chica sentándose enfrente de él con las manos agarradas a las del hombre—. ¿Cómo te va?

—Bien. Ya casi he terminado con los exámenes.

—Me alegro. Aunque todavía no he llegado a comprender cómo un hombre como tú ha podido llegar a la conclusión de que su vida está hecha para...

—¿Morales? —la interrumpió Max acercándose a la mesa.

Rafaela miró al hombre que la había llamado y le dedicó una sonrisa y dos besos en las mejillas.

—¿Qué haces aquí, Max? —le preguntó sorprendida. Con todos los restaurantes que hay en Barcelona y ha tenido que ir donde está ella.

—He invitado a mis tíos y me han sugerido este local.

—Pues te han sugerido muy bien. Max, él es Jesús, un amigo. Jesús, él es Max, el copiloto del avión —los presentó Rafaela.

Jesús se levantó y le estrechó la mano con una gran sonrisa.

—Encantado. ¿Cómo habéis hecho para conseguir mesa? —quiso saber el copiloto.

—Hice la reserva antes de venir. ¿Por qué no nos acompañáis? —le propuso Rafaela. Estaba segura de que a su acompañante no le importaría.

—No, no. No queremos molestar.

—No es ninguna molestia, al contrario, será un placer —apuntó Jesús.

—¿Seguro? No queremos interrumpir vuestra cita.

—No te preocupes. Ve a por tus tíos mientras avisamos al camarero —le dijo la chica.

Max se alejó para avisar a sus tíos.

—¿Ese es tu protegido? —le preguntó Jesús.

—No. Nadie puede saberlo. Solo soy una auxiliar de vuelo para ellos.

—De acuerdo. Tu secreto está a salvo.

Flavio colgó y tiró el móvil a la cama enfadado.

—¿Cómo se puede ser tan inepto? —murmuró dando vueltas por la habitación como un león enjaulado.

Miró hacia la puerta que conectaba las habitaciones y la abrió despacio y en silencio. La habitación de la chica estaba vacía.

—Mierda —blasfemó cerrando de un portazo y corriendo hacia la cama para coger el móvil. Buscó el número de su amigo y lo llamó—. ¿Qué tal, Max? ¿Te apetece salir a tomar algo?

—Hola, Flavio. Pues estoy almorzando con mis tíos en el puerto. Me he encontrado con Rafaela y un amigo de ella. ¿Si quieres unirte a nosotros?

—No, no importa. En otra ocasión. Saludo a tus tíos de mi parte.

Flavio cogió la llave del hotel, las gafas de sol, la cartera y una gorra de béisbol que había comprado en Nueva York el año anterior, y salió a toda velocidad del hotel. Se montó en un taxi y le indicó la dirección. Se apeó después de pagar y la buscó desde el escaparate de fuera. Allí estaba. Sonriendo y charlando con Max, sus tíos y un hombre que, adivinaba, era su cita.

—Qué oportuno eres, Max —murmuró antes de echarle un último vistazo y entrar en la marisquería.

El hombre se sentó en un rincón de la barra donde no lo pudieran ver y observó. Aunque estaba el problema de que no podía escuchar nada de lo que decían.

La chica se levantó y se alejó de la mesa dirigiéndose hacia él. Flavio se escondió detrás de una carta del menú y la siguió con la mirada hasta que desapareció en el servicio de mujeres.

Rafaela entró en el servicio y se llevó la mano al auricular de su oído.

—Chicas, ¿está localizado el objetivo? —preguntó en un susurro.

—Sí, sigue en la habitación —respondió Bárbara dando un sorbo al café.

—¿Seguras? Confirmármelo.

Verónica se levantó de la silla del recibidor del hotel, subió a la planta y llamó a la puerta de la habitación. Esperó un minuto a que le abriera, pero no lo hizo. Cogió la llave maestra y abrió.

—No está. ¿Cómo coño se ha ido sin que lo viéramos? —inquirió

cerrando la puerta y corriendo hacia el ascensor.

—Está aquí. Yo me encargo —las informó Rafaela.

¿Por qué estaba allí? Y, si era para vigilarla, ¿cómo sabía que estaba allí?

La chica se retocó un poco el maquillaje y salió del servicio meneando las caderas. Se sentó en la silla y se despidió de Max y sus tíos que habían decidido irse ya.

El copiloto estaba llamando al camarero para pedirle la cuenta, pero la chica no lo dejó.

—Otro día me invitas tú —le dijo dándole un beso en la mejilla a los tres.

—Gracias. Encantado de conocerte, Jesús. Espero que nos veamos en otra ocasión —se despidió el copiloto estrechándole la mano.

—Por supuesto. Quiero ir a Sevilla dentro de poco.

—Estupendo. Hasta pronto.

Los tres se marcharon y Jesús se sentó con una sonrisa.

—Son muy majos —le dijo a Rafaela siguiéndola con la mirada—. ¿A dónde vas?

—A sentarme a tu lado. Necesito que me hagas un favor.

—¿Qué favor? Espero que no sea nada sexual.

—No, tranquilo. Sólo voy a darte un beso.

—Ah, bueno. Me has asustado.

Rafaela se inclinó hacia el chico y le dejó un beso en la mejilla contraria y enmarcándole el rostro con sus manos.

—¿Qué beso ha sido ese? —le preguntó el chico extrañado por el comportamiento de su amiga.

—Un beso que me ha servido para comprobar una cosa. ¿Está mirando el hombre sentado al final de la barra con la gorra de béisbol?

—¿El moreno oculto detrás de la carta? —Rafaela le asintió—. Sí. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—Es mi protegido. No sé cómo me ha encontrado y mucho menos lo que hace aquí.

—Pues, por la cara que está poniendo y la pobre carta arrugada, yo diría que está celoso.

—O furioso porque creía que caería en sus brazos como todas.

—Pobre hombre. No sabe lo que le espera.

—¡Oye! Lo dices como si yo fuera el diablo.

—No estoy muy desencaminado.

—Qué gracioso. Vámonos a dar un paseo.

—¡Ay, Señor! Me vas a utilizar como conejillo de indias.

—Sí. Tranquilo, no te va a pasar nada.

—Ya. Eso no me tranquiliza.

Ambos se levantaron y Rafaela entrelazó su mano con la de Jesús mientras caminaban hacia la salida sonriendo.

Flavio dejó unas monedas encima de la barra para pagar el refresco y los siguió a una distancia prudente.

Rafaela sabía que los seguía, así que abrazó a Jesús riendo.

—¿Entonces, crees que debo dejar marchar a mi padre? —le inquirió la chica mirando al frente.

—Eso es lo que él ha decidido. Seguro que lo ha meditado durante mucho tiempo.

—Pero él era el que siempre nos decía que no nos rindiéramos nunca. Que lucháramos para llegar a donde queramos.

—Lo sé, pero estar enfermo desgasta el cuerpo y la mente. Lo ha intentado durante tres largos años y el cáncer ha vuelto después de todo el dolor y el sufrimiento que ha tenido que pasar. Ya no está viviendo, ahora solo sobrevive.

—Nunca he pensado en este momento. En el momento en que mis padres no estén conmigo ni con mis hermanos. ¿Cómo se sobrevive a eso?

—Con tu familia y amigos que te quieren. Todos estaremos contigo para que sigas adelante y alegrarte en esos días nublados.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la chica. Jesús se paró y la abrazó dejándole un beso en la frente.

—Gracias.

—No hay de qué. Por cierto, tu protegido se ha ido mosqueado —la informó el chico.

—Tengo que irme. Voy a trabajar —le dijo con una mueca de disgusto.

—Hasta pronto. Nos veremos en Sevilla.

Rafaela le dejó un beso en la mejilla y corrió detrás de Flavio. Éste llamó a un taxi y la chica corrió más deprisa para alcanzarlo.

—¡Taxi! —gritó la muchacha cogiendo la mano de Flavio cuando intentó agarrar el pomo. Lo miró y le dedicó una sonrisa inocente—. Qué casualidad.

¿Qué haces aquí? ¿No ibas a quedarte en el hotel?

—Iba, pero cambié de opinión y he ido a visitar a una amiga. ¿Y tú? —le preguntó con los dientes apretados y una sonrisa forzada en los labios.

—He quedado para almorzar con un amigo. Me he encontrado con Max y sus tíos. Son un encanto.

—Sí, son muy majos.

—¿Vas al hotel? Podemos compartir el taxi.

—Claro, sube. Y ese amigo tuyo, ¿es muy amigo? —quiso saber Flavio sentándose a su lado.

—Pues sí. Hace diez años que nos conocemos. ¿Y tu amiga?

—No, es más bien conocida. Es la prima de un amigo.

—Ah, estupendo.

El trayecto hasta el hotel fue silencioso y tenso. Flavio le pagó al taxista y salió corriendo hacia el bar del hotel agarrado a la mano de Rafaela.

—¿A dónde vamos? —le preguntó ella intentando llevar su ritmo.

—A terminar la apuesta que hicimos ayer.

—No era una apuesta. No ganábamos nada ninguno de los dos. Bueno, sí, un dolor de cabeza monumental a la mañana siguiente.

—Apostemos algo —le dijo sentándola en un taburete y alzando la mano para llamar al barman.

—¿Cómo qué? No tienes nada que me interese.

—Si tú ganas prometo que te dejaré en paz y no intentaré ligar contigo. Si yo gano, el domingo almuerzas conmigo y cenas.

—Interesante. De acuerdo, trato hecho.

<<Rafaela, vas a tener que dejarle ganar>>, pensó sopesando las posibilidades. No podía dejar que se rindiera o ella no tendría excusa para estar con él.

El barman dejó diez vasos de chupitos para cada uno encima de la barra y Flavio la miró con una sonrisa prepotente.

Rafaela puso los ojos en blanco y se preparó para empezar con la apuesta.

Los chupitos fueron cayendo, hasta que solo les quedaba uno a cada uno.

Flavio meneó la cabeza para intentar despejarse y miró a la chica inclinada sobre la barra con el último chupito en la mano.

—De acuerdo, tú ganas. No puedo con el último —le informó la chica con la lengua trabada y resbalando del taburete.

—¡Ja! Sabía que te ganaría. Me debes un almuerzo y una cena —contestó él con la lengua enroscándosele dentro de la boca.

—Me encuentro mal.

—Vamos, te ayudo a llegar a la cama —el hombre pagó los chupitos y agarró a la joven por la cintura.

Ambos se tambalearon y cayeron al suelo riendo a carcajadas.

—¿No ibas a ayudarme? —le inquirió ella cogiendo la mano que él le tendía.

—Sí, pero has tropezado. ¿Para qué tropiezas? Así no hay quién te ayude.

Caminaron con dificultad hasta el ascensor y Flavio tardó un minuto en darle al botón de la quinta planta.

—¿Por qué se tiene que mover todo? Se han confabulado contra mí para que no lleguemos a la habitación —regañó él.

—Eres tú el que se mueve. Quédate quieto —le dijo Rafaela abrazándolo.

El ascensor llegó a la quinta planta y Flavio caminó junto a la chica hasta la habitación de ésta. Abrió la puerta y la dirigió hacia la cama como pudo.

La joven tropezó con la cama y cayó en ella con el hombre, que aún la seguía abrazando.

—Morales, eres un poco torpe —le dijo riendo con ella.

—Tú lo que quieres es aprovecharte de mí. No puedo defenderme en este estado —lo riñó señalándolo con un dedo acusador.

—Podría aprovecharme, pero prefiero que lo recuerdes a la mañana siguiente.

—¿Quién dice que no lo voy a recordar? Puede que esté un poco achispada...

—¿Un poco achispada? —la interrumpió con una carcajada.

—Vale, muy borracha, pero siempre recuerdo lo que he hecho y con quién. Es un don que tengo —se enorgulleció ella alzando la barbilla.

La mirada celeste como el cielo de Flavio se quedó clavada en los labios rosados de la chica y en el pequeño hoyuelo que tenía exactamente en la mitad de la barbilla. Se inclinó hacia el hoyuelo y le dio un pequeño mordisco seguido de un suave beso.

Rafaela se quedó quieta y una imagen de su pasado regresó a su memoria. Otro hombre había hecho el mismo movimiento años atrás. Otro hombre... ¿Había sido otro hombre?

Flavio continuó dejándole pequeños besos por todo el rostro mientras ella pensaba rápidamente. No podía seguir por ese camino. Estaba trabajando. La chica cerró los ojos y soltó un ronquido.

El hombre levantó la cabeza y la miró.

—Estoy perdiendo facultades—murmuró el chico levantándose y agarrando las piernas de la chica para tumbarla bien en la cama—. Hasta mañana, Bella Durmiente.

La muchacha siguió roncando hasta que escuchó que la puerta se cerraba. Abrió un ojo y se llevó la mano al auricular.

—Chicas, vigilad.

Rafaela giró en la cama para quedarse bocarriba, mirando al techo blanco de la habitación. No podía ser él. ¿Cómo iba a ser él? La imagen del tatuaje llegó a sus recuerdos. No podía ser casualidad. Aunque, si lo pensaba con claridad, ya eran tres coincidencias. La primera su nombre. La segunda su tatuaje. Y la tercera el mordisco seguido del beso en el hoyuelo. Ningún otro lo había hecho igual.

—No puede ser él —se dijo en un susurro intentando recordar aquella noche con más claridad.

Las imágenes se agolpaban en su cabeza y las luces de la discoteca no ayudaban a distinguirlo. Debía averiguarlo. No podía quedarse con aquella duda, pero ¿cómo podía averiguarlo? Se estrujó la cabeza pensando en alguna estrategia, sin conseguir nada. Había bebido mucho como para pensar en un plan. Dormiría y mañana pensaría algo.

Capítulo 7

Unos golpes en la puerta hicieron que Micaela se despertara sobresaltada. Miró a su alrededor con el arma en la mano y volvió a escuchar el ruido y una voz grave.

—Micaela, despierta —la llamó Ferrán desde el otro lado de la puerta—. Vamos o llegaremos tarde.

—¿Tarde? ¿A dónde? —quiso saber adormilada y sorprendida.

—Al aeropuerto.

—¿Se va de viaje? —preguntó esperanzada.

—No. Vamos.

—Voy.

La chica se levantó de la cama y se preparó en dos minutos. Abrió la puerta mientras se peinaba el pelo con los dedos y se dio de bruces con Ferrán.

—¿Ahora también es mi despertador particular? —inquirió la chica recogiendo el pelo en una trenza improvisada.

—No. Reconozco que ha sido mi culpa. Ayer no te dije ninguna hora.

—¿Está bien? No tendrá fiebre, ¿verdad? —Micaela le tocó la frente con la mano.

—¿Por qué? Soy humano, cometo errores como todos.

—Écheme el aliento.

—¿Para qué?

—Para comprobar que no está borracho. No habrá mezclado medicamentos, ¿no? Eso es malísimo.

—No entiendo a qué viene esto.

—A que me parece raro que diga que usted se ha equivocado.

—¿Y por qué no iba a decirlo?

—Porque es orgulloso. ¿Para qué vamos al aeropuerto? —quiso saber la chica bajando las escaleras y encaminándose hacia el garaje.

—Mi hermano Flavio llega de Barcelona. Vamos a recogerlo para ir a almorzar al restaurante de mi tío.

—Suba —le dijo Micaela abriéndole la puerta de los asientos traseros.

—Buen intento —Ferrán rodeó el coche y se sentó en el asiento del copiloto.

—No perdía nada por intentarlo.

La joven se sentó al volante, arrancó el motor y se puso rumbo hacia el aeropuerto de la ciudad.

—No vamos a ese aeropuerto, sino al de mi padre —le apuntó el hombre cuando ella iba a coger el desvío—. Sigue hacia delante.

—¿Tienen un aeropuerto privado? —preguntó asombrada.

—Sí. Desde allí salen los aviones y helicópteros con los paquetes o los coches. En el siguiente desvío tienes que entrar —la avisó.

Micaela giró y siguió la carretera hasta una barra que le cortaba el paso. Un guardia salió de la cabina y se acercó al coche agachándose para mirar en el interior.

—Buenos días, Fernando —lo saludó Ferrán con un movimiento de la mano.

—Buenos días, señor Merino. Ahora le abro.

El guarda volvió a la cabina y pulsó el botón que accionó la barra para levantarla.

—Gira a la izquierda para dejarlo en el aparcamiento —le aconsejó su jefe señalando con el dedo.

La chica hizo lo que le dijo y aparcó al lado de un coche que conocía. El viejo *Fiat Punto* blanco con desconchones de Rafaela descansaba en una plaza del aparcamiento.

—Vamos, no quiero perderme el aterrizaje —la apremió el hombre.

La joven salió del coche, lo cerró y caminó al lado de su jefe hasta que su móvil sonó. Miró en la pantalla quién era y sonrió cuando leyó el nombre. Se quedó un poco rezagada y descolgó:

—Hola, cariñito. ¿Cómo estás? —le preguntó la chica con la cara llena de felicidad.

Ferrán se quedó parado al escucharla decir “cariñito” y volvió la mirada hacia ella con cara de pocos amigos.

Micaela sintió la mirada de su jefe clavaba en ella y la furia que desprendía. La sonrisa se le borró de los labios al instante.

—Cariño, después te llamo. Hasta luego.

Colgó y caminó hacia Ferrán guardándose el móvil en el bolsillo de la chaqueta negra.

—Lo siento —se disculpó.

Emprendieron el camino y llegaron al hangar número tres donde tenía previsto aterrizar Flavio.

—¿Era tu novio? —le inquirió el hombre serio.

—Era un amigo.

—¿Le dices cariñito a tus amigos?

—Cuando son amigos tan íntimos, sí —contestó la chica poniendo énfasis en la palabra “íntimo”.

Las fosas nasales del hombre se abrieron para respirar hondo y contenerlo hasta que no pudo aguantar más.

Micaela se acercó a la enorme puerta del hangar y miró hacia el cielo azul despejado de nubes. A lo lejos vio un avión que sacaba el tren de aterrizaje.

—Creo que ahí llega —le informó a su jefe.

Ferrán se acercó hasta ella y vio el avión. Flavio ya se estaba preparando para aterrizar y, como siempre, lo haría fantásticamente.

El pájaro de metal descendió poco a poco hasta que las ruedas tocaron el suelo y comenzó a frenar.

Flavio lo condujo hasta el hangar y abrió la puerta del avión para dejar salir primero a Rafaela y después a Max.

La chica cogió su maleta cuando el mozo la sacó de la bodega y se encaminó hacia la salida junto al copiloto.

—Hermano —lo llamó Flavio desde lo alto de la escalera—. ¿Qué haces aquí?

—Siempre me ha gustado verte aterrizar. ¿Almorzamos juntos en el restaurante del tío?

—Claro, como todos los domingos. ¿Te he dicho que tengo una auxiliar de vuelo nueva? Está tremenda.

—No lo sabía. Yo tengo chófer —añadió Ferrán señalando a Micaela.

Flavio le echó un vistazo de arriba abajo y se mordió el labio inferior.

—Madre mía. Hola, preciosa. Soy Flavio, el hermano pequeño de este gruñón —se presentó cogiéndole la mano para besársela.

—Micaela, encantada. ¿Le llevo la maleta? —le ofreció, haciendo su papel de chófer.

—Vaya, veo que tú tampoco sonríes mucho. Puedo llevarla yo, gracias. Hacéis buena pareja —apuntó el hombre caminando hacia el aparcamiento.

Ferrán dejó que su hermano se adelantara y cogió a Micaela del brazo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó entre dientes.

—Nada. Solo estoy haciendo mi trabajo —contestó mirándolo fijamente a

los ojos.

Se deshizo del agarre del hombre y caminó hasta quedar al lado de Flavio. Cuando llegaron al coche, Rafaela aún estaba allí, dentro de su *Fiat Punto*, hablando por teléfono. Una sonrisa se dibujó en los labios del piloto y, en silencio, se acercó a la ventanilla para llamarla.

La chica se sobresaltó, colgó y abrió la puerta.

—Acuérdate de nuestra cita, Morales —le recordó el hombre.

—Tranquilo, allí estaré. Tengo que irme. Hasta luego.

Micaela metió la maleta en el maletero, se sentó al volante dando un portazo y siguió a su amiga con la mirada cuando salió del aparcamiento. Algo le pasaba. Podía sentir su dolor.

Ferrán se sentó a su lado y puso los pestillos de las puertas.

—¿Qué coño te pasa? —le preguntó de nuevo, esta vez con más seriedad.

—Ya le he dicho que nada. Estoy trabajando, así que, si no le importa, póngase en los asientos de atrás con su hermano —Micaela quitó los seguros de las puertas.

Flavio estaba a punto de abrir cuando su hermano las volvió a cerrar.

—No quiero ponerme detrás. Es mi coche. Y en cuanto a tu trabajo, no consiste en ponerme de mala leche. Debería hablar con mi padre para que te despida.

—¿Ah, sí? Pues me haría un gran favor. Así no tendría que aguantarle su cara revenida y sus frías miradas. No, tengo una idea mejor. En cuanto volvamos a su casa le diré a su padre que renuncio. Esta misma noche me iré —abrió los pestillos y Flavio abrió la puerta.

—¿A qué jugáis? —les inquirió sentándose detrás de la chica.

—¿A dónde los llevo? —quiso saber la joven con la mirada al frente.

—Al restaurante de nuestro tío Dante. ¿Sabes dónde es? —contestó Flavio mirándola por el retrovisor.

Micaela asintió, arrancó y se puso en marcha. Salió a la autovía y aceleró un poco más. Sabía que no debería hablarle así, pero la desconcertaba y eso la sacaba de sus casillas. Empezaba a darle igual el trabajo. Su tía podría mandar a otra en su lugar y ella cogería un caso que la alejara. Cuanto más lejos, mejor; o acabaría como una puñetera cabra. Frenó delante del restaurante y esperó a que los hermanos se apearan del coche. Flavio se bajó y saludó a su tío que estaba en la puerta con el maître.

Ferrán se quitó el cinturón y volvió su mirada hacia la chica que seguía observando al frente.

—Aparca y entra —le ordenó el hombre.

—Mi cometido es de chófer y ya lo he cumplido.

El hombre respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Micaela, sigues siendo mi empleada. Obedece.

La chica se mordió la lengua y giró el volante para aparcar en un hueco un poco más adelante, en la acera de enfrente. Quitó la llave del contacto y salió al mismo tiempo que su jefe. Lo siguió hasta la puerta y miró su móvil. Había llegado un mensaje de Rafaela.

<<¿Estás con mi protegido?>>, leyó. Tecleó la respuesta y lo mandó. Un nuevo mensaje llegó. <<En diez minutos te relevo>>. Le escribió OK y levantó la mirada hacia su jefe que la contemplaba desde la entrada del local junto a su tío Dante y su hermano.

—Micaela —la llamaron desde la esquina de la calle.

La aludida giró la cabeza y una sonrisa se le dibujó en los labios.

—Isaac. ¿Qué haces por aquí? —le preguntó dejándole un beso en cada mejilla.

—Mi hermana vive al lado del restaurante. ¿Y tú?

—Mi jefe es el sobrino del dueño.

—Vaya, vaya. ¿No me digas que tienes novio? —los interrumpió Dante rodeando los hombros de la chica con su brazo y ofreciéndole la mano al joven.

—Es un amigo, de momento —contestó la chica sonriendo con complicidad a Isaac.

—Esto promete. ¿Por qué no entráis y almorzáis? Yo invito.

—Gracias, pero ya he quedado. Otro día estaré encantado —se disculpó el chico sin apartar la mirada de la muchacha.

—Te tomo la palabra.

—Tengo que irme —anunció Isaac acercándose a ella para dejarle dos besos en las mejillas.

—Te llamaré —le dijo ella.

—¿Vas a almorzar aquí? —quiso saber Dante guiándola hasta la puerta donde estaban sus sobrinos esperando.

—Me temo que...

—Sí —la interrumpió Ferrán con la voz grave y el ceño fruncido.

—No. Estoy en horas de trabajo, no de descanso —contraatacó ella volviendo a perder la sonrisa.

—En ese caso, te doy treinta minutos de descanso —añadió su jefe.

—No tengo hambre.

—Me da igual. No quiero que te desmayes por falta de alimento. No soy un tirano.

Un bufido incontrolable salió de la chica.

—No me importa. Estoy acostumbrada a comer poco.

Flavio y Dante abrieron la boca de par en par mientras pasaban la mirada de uno a otra sin dar crédito a lo que veían. <<Menudos ovarios tiene la chica>>, pensó el piloto con asombro.

—Vas a almorzar quieras o no. Es una orden —le dijo Ferrán enfadado y entrando en el restaurante tirando del brazo de ella.

—¡Au! No tengo hambre y no puede obligarme a comer —Micaela intentaba zafarse de su agarre.

—Me estás mosqueando y si no te gusto de buenas menos te voy a gustar de malas. Sé una buena empleada y obedece —le murmuró pegándola a él.

La chica levantó la mirada hasta el rostro de su jefe, se zafó del agarre y se sentó en un taburete de la barra.

—¿Qué haces? —le preguntó Ferrán desconcertado.

—Soy una buena empleada y acato sus órdenes. Voy a almorzar aquí.

—No vas a comer ahí sentada.

—Ah, perdón. Entonces lo haré de pie. Dante, ¿qué tienes de primero? —le inquirió al hombre con la carta en las manos.

Ferrán cerró las manos en dos puños para controlar las ganas de matarla y se dirigió hacia la mesa que su tío tenía siempre reservada para ellos.

Dante se acercó a Micaela mientras Flavio seguía a su hermano con una sonrisa divertida en los labios.

—Ángel, ¿qué me he perdido? —quiso saber Dante, aún estupefacto por la escena que acababa de presenciar.

—Nada. No es nada nuevo que no aguanto a tu sobrino.

—Reconozco que es un poco irritante, pero...

—¿Un poco? Me saca de mis casillas y eso es prácticamente imposible, pero él lo consigue. Y lo peor de todo es que no sé por qué lo paga conmigo. Si necesita desahogarse que lo haga con su amiguita.

—¿Amiguita? Tienes que tenerle paciencia.

—Precisamente la peor de mis virtudes.

—Tranquila, se le acaba cogiendo cariño.

—No lo sé. Esta noche le doy mi renuncia a tu hermano.

—¿¿Qué?! No, no. Eso lo dices porque estás enfadada, pero seguro que si

lo piensas esta noche, mañana lo verás todo más claro.

—No tengo nada que pensar. Ya está decidido. Tengo algunos ahorritos y trabajo no me falta.

—Pero en ninguno te pagan como aquí.

—No me importa. No voy a aguantar a ese hombre ni aunque me den todo el oro del planeta.

—Eres muy cabezota. Tengo que ir a la cocina, pero vamos a seguir hablando cuando regrese.

—Como quieras —Micaela se encogió de hombros y le dio un sorbo al agua que un camarero le sirvió.

Dante desapareció por la puerta abatible de la cocina y regresó cinco minutos después con un plato en la mano.

—Toma. Lasaña a la boloñesa, hecha con mis propias manos —le dijo a la chica dejándole el plato delante.

—Gracias. Tiene buena pinta.

—Lo sé. Cómetela mientras le doy un repaso a mi sobrino.

Una leve sonrisa asomó en los labios de la chica.

El hombre se dirigió a la última mesa del pasillo y le dio una colleja a Ferrán.

—¡Ay! ¿A qué viene eso? —se quejó.

—¿Crees que no me he dado cuenta? ¿Por qué te empeñas en alejarte de las mujeres que, por alguna extraña razón, llegas a caerles bien?

—Si te refieres a Micaela, estás equivocado. No le caigo bien. ¿O no lo has visto?

—¿Quieres saber lo que he visto? A un hombre que le gusta una mujer, por no decirte amarla. Y cuando se ha dado cuenta de ello se comporta como un gilipollas para alejarla todo lo que pueda de él.

—¿Qué estás diciendo? No me gusta esa mujer. Es demasiado terca y replicona.

—Sobrino, eso es exactamente lo que te gusta de ella, además de su sonrisa y su energía. Es todo lo contrario a ti y los polos opuestos se atraen.

—Sabes que ese tipo de mujeres no me gustan —replicó Ferrán.

—Cierto, no te gustan, pero sí esa mujer. ¿Tengo razón? —le preguntó a Flavio que estaba flipando con todo lo que estaba pasando.

—Toda la razón del mundo. Solo la conozco de unos minutos, pero se te nota a la legua, hermano.

—¿Queréis dejarme en paz o vais a darme el almuerzo? —Se quejó

frunciéndoles el ceño—. Ahí está Adam.

—Salvado por la campana, de momento —le dijo Dante al ver a la compañía de su sobrino. Puso su mejor sonrisa y se dirigió hacia ellos—. Dejadme las gafas de sol porque estos tres soles me han deslumbrado.

—Tío, ¿has visto lo bonitas que son? —le inquirió Alma corriendo hacia él para abrazarlo.

—Por supuesto, princesa. ¿De dónde has sacado a tantas bellezas?

—No las busco, vienen a mí —contestó Adam con una sonrisa y un guiño de ojo.

—Picarón. Estáis preciosas. Seguidme, os están esperando.

Gabriela divisó a Micaela en la barra y le asintió levemente. Se sentaron después de ser presentadas y Dante llamó a un camarero.

—Bueno, ¿cómo os va? —le preguntó Adam a sus hermanos.

—Bien. No puedo quejarme. Aunque Ferrán acaba de tener una discusión con su chófer —contestó Flavio señalando a Micaela con un movimiento de la cabeza.

—¿Tienes chófer? —Quiso saber Adam echándole un vistazo a la chica—. Menudo chófer.

—Puede que no la tenga por mucho tiempo, es más, mañana ya no la tendrá —apuntó Flavio dando un sorbo a su copa de vino.

—¿Por qué?

—¿Podemos dejar ya el temita? No estoy de humor —respondió Ferrán clavando su mirada negra en su chófer con el ceño fruncido.

En ese momento, Rafaela entró en el restaurante ataviada con un vestido rojo con flores estampadas que se pegaba a su cuerpo realzando su figura.

Flavio se levantó de un salto al verla y se acercó a ella hipnotizado.

—Vaya, estás preciosa —le dijo sin poder apartar los ojos de ella.

—Gracias.

—Ven, te voy a presentar a mis hermanos —la cogió de la mano y la guio hasta la mesa—. Chicos, ella es Morales. Morales, ellos son Ferrán y Adam, mis hermanos. Esa princesita es Alma, la hija de Adam. Y ellas son Alexa, la niñera de Alma, y Gabriela, la nueva administrativa de Adam.

—Encantada.

—¿Te llamas Morales? —le preguntó la niña con cara extrañada.

—No, es mi apellido —respondió Rafaela sentándose entre Flavio y Adam.

—¿Y por qué te llama por tu apellido?

—Porque me gusta y parece más profesional.

—¿Qué vas a querer comer, princesa? —le inquirió su padre para que la niña se olvidara de aquél tema de conversación.

Micaela seguía sentada en el taburete y, aunque no volvía la mirada hacia su protegido, sabía que él la observaba. Sin embargo, ella estaba más atenta a estar en guardia y en los mensajes de Isaac. Una sonrisa se dibujó en sus labios y Dante se sentó a su lado.

—¿Sabes que tienes una sonrisa preciosa? —le dijo el hombre.

—Gracias.

—¿Con quién hablas? Si puedo saberlo, claro.

—Con el chico de antes.

—Entonces, esto promete de verdad.

—Es posible.

Dante se alejó de ella y caminó hacia sus sobrinos.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le preguntó a Ferrán con el semblante serio.

Su sobrino le asintió y se levantó de la silla para seguirlo. Se quedaron a un lado de la puerta de la cocina y Dante le señaló hacia la chica con un gesto de la cabeza.

—¿Qué ves?

—¿A qué te refieres? —inquirió su sobrino sin comprenderlo.

—¿Qué está haciendo?

—Jugar con el móvil.

—Error. Está enviando mensajes al chico que ha visto antes en la puerta del restaurante. ¿Qué ves ahora?

—Que ha comido.

—Madre del amor hermoso. ¡Está sonriendo, ceporro! Tiene el rostro iluminado. Y la pregunta no es por qué sino por quién.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—No creía que fueras tan tonto. ¿La vas a dejar ir? ¿Vas a dejar que otro la haga sonreír? Y no vuelvas a decirme que no te gusta. Te he observado y cada vez que la miras, un pequeño rayo de luz brilla en tus ojos, aunque no dejas que se note. Ferrán, no te cierres. Ya han pasado dos años. Déjala

marchar.

—No puedo.

—Sobrino, no fue culpa tuya. Hazme caso por una vez en tu vida. Vuelve a vivir. Cree.

—Lo pensaré —Ferrán regresó a la mesa y observó a Micaela. Sonreía de oreja a oreja mientras leía y escribía la contestación en el móvil.

El hombre respiró hondo y lo soltó contemplando las miradas y las sonrisas de sus hermanos junto a Gabriela y Morales.

Micaela levantó la mirada del teléfono y miró por el ventanal detrás de ella. El rostro se le iluminó y la sonrisa se le ensanchó. Se bajó del taburete y se dirigió hacia la puerta. Salió a la calle y le dio dos besos a Isaac.

Ferrán la siguió con la mirada y apretó los dientes cuando vio al chico.

Gabriela y Rafaela observaron al protegido de su amiga. Al parecer, las cosas se les estaban yendo de las manos a las tres. No deberían de estar allí, por lo menos ellas dos no.

El hombre agarró el vaso para dar un sorbo sin apartar la mirada de su chófer, se lo bebió de un trago y se levantó caminando hacia la puerta con decisión.

Gabriela y Rafaela se miraron con asombro y un poco de miedo. ¿Qué iba a hacer?

Micaela se reía a carcajadas cuando alguien la cogió del brazo y tiró de ella, llevándola hacia el *Lexus* con muy poca delicadeza.

—¡Ay! ¿Qué coño hace? —Se quejó la chica refrenando las ganas de romperle el brazo a aquel gañán—. ¡Suélteme!

—Entra en el coche —le dijo Ferrán abriendo la puerta del copiloto.

—¡Micaela! ¿Estás bien? —le preguntó Isaac dando un paso hacia ellos.

—No te metas donde no te llaman —le advirtió Ferrán con una mirada fría.

—¿Micaela? —Isaac ignoró al hombre y miró a la chica.

—Estoy bien. Vuelvo enseguida —contestó la muchacha zafándose del agarre de su jefe—. Le llevaré a su casa, jefe —le dijo con el ceño fruncido y rodeando el coche para sentarse al volante.

Ferrán se sentó en el asiento del copiloto y le dedicó una mirada asesina a Isaac cuando el *Lexus* comenzó a moverse.

La chica no apartó la vista de la carretera mientras sentía una sensación extraña dentro del vehículo.

El camino fue silencioso y tenso. La joven dejó el coche en el garaje y le

abrió la puerta a su jefe.

—Hemos llegado a su casa. ¿Desea algo más? —le avisó mirando hacia la puerta cerrada del garaje.

El hombre se apeó del vehículo y abrió la boca para hablar con ella, pero el enfado se reflejaba en su hermoso rostro y decidió callar. Se marchó dando un portazo y la muchacha cerró la puerta del coche con furia. <<¿Qué coño está pasando?>>, se preguntó sin comprender la ira de Don Gruñón.

El móvil de la muchacha vibró en el bolsillo de la chaqueta y leyó el mensaje. Isaac quería saber si estaba bien. Le escribió para que no se preocupara y se dirigió hacia la cocina donde estaba Miguel bebiendo un vaso de gazpacho fresquito.

—Buenas tardes, hermosa —la saludó con una sonrisa.

—Hola. ¿Sabes dónde está el señor Gaspar?

—Pues creo que en su despacho. ¿Qué te ocurre? —quiso saber al ver su rostro serio.

Micaela le negó con la cabeza y salió de la cocina dirigiéndose al despacho de Gaspar Merino. Llamó a la puerta y abrió cuando escuchó la voz del hombre.

Gaspar levantó la mirada del papel en el que estaba escribiendo y frunció el ceño al ver el semblante de la chica.

—¿Ha pasado algo? —le inquirió su cliente con la preocupación reflejada en sus ojos.

—Me despido.

—¿¿Qué?! ¿Por qué?

—Porque no aguanto los arrebatos de su hijo.

—¿Arrebatos? ¿Ferrán?

—Sí. No sé qué le pasa para tener ese carácter, pero yo no lo aguanto más. Llamaré a mi tía para que le asigne otra compañera. Me quedaré hasta que llegue mi reemplazo.

—Pero... eres una de las mejores. No quiero a otra para proteger a mi hijo.

—Lo siento mucho. La paciencia no es una de mis virtudes.

—Hablaré con él.

—Señor Merino, no quiero que hable con él. Bueno, sí, hable con él para que busque ayuda profesional. Se culpa de algo y eso no le deja vivir.

Gaspar bajó la mirada comprendiendo lo que le decía y sabiendo la razón de aquella culpa.

—Si lo convengo para que vea a una profesional, ¿reconsiderarías tu decisión de irte?

—Me lo pensaría.

—De acuerdo. Hablaré con él.

Micaela dio media vuelta y regresó a la cocina donde escuchó la voz de su cliente por un intercomunicador.

—Marga, dile a mi hijo que venga a mi despacho.

—Enseguida, señor.

La chica se sentó al lado de Miguel y se sirvió una taza de café.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el jardinero en un susurro.

—Nada. Estoy cansada.

Ferrán entró en el despacho de su padre y se sentó en la silla enfrente de él. Cruzó los brazos y miró a su padre.

—¿Me has llamado?

—Sí. Quiero saber qué le has hecho a Micaela para que me haya pedido su renuncia.

—¿Lo ha hecho?

—Sí, pero he conseguido retenerla con una condición.

—¿Qué condición?

—Hijo, necesitas ayuda.

—¿Ayuda de quién? —quiso saber Ferrán con el ceño fruncido.

—Ayuda profesional. Hijo, Micaela y yo queremos que vayas a ver a una terapeuta.

—Querrás decir loquero.

—No. Quiero decir terapeuta. Te ayudará a quitarte la culpa que te achacas y que no es tuya. No fue culpa tuya lo que pasó.

—¿Si voy a esa...terapeuta, Micaela se quedará?

—Sí. Ella ha sido la que lo ha sugerido.

—Está bien. Iré.

—¿En serio? ¿No vas a quejarte ni a enfadarte? —inquirió Gaspar sin poder creer que aceptara sin más.

—Lo acepto.

—De acuerdo. Voy a buscar a la mejor y concertar una cita. ¿Quieres que

vaya contigo?

—No, no te preocupes. Yo buscaré al terapeuta —Ferrán se levantó y salió del despacho antes de que su padre pudiera contestar.

No sabía cómo había podido convencerle tan fácilmente, pero tampoco se iba a quejar.

Ferrán se dirigía a las escaleras cuando escuchó la risa de Micaela proveniente de la cocina. Se acercó en silencio y miró por la rendija de la puerta entreabierta. La chica estaba sentada a la mesa con una taza de café en la mano y sonriendo a Miguel. Un mechón de pelo dorado cayó delante de su rostro, tapándolo. El jardinero alzó la mano y se lo puso detrás de la oreja con una caricia demasiado íntima.

Micaela dejó de sonreír y carraspeó levantándose de la silla para dejar la taza vacía en el fregadero.

—Voy a echarme una siesta mientras al jefe no le dé por cambiar de opinión. Aprovecharé. Si pregunta por mí... —le dijo la chica.

—Te avisaré. No te preocupes. Descansa —la interrumpió Marga.

Ferrán se alejó de la puerta y subió la escalera despacio.

Micaela salió de la cocina y puso un pie en el primer escalón cuando vio a su jefe observándola. La chica lo miró sin muchas ganas de enfadarse de nuevo.

—¿Necesita que lo lleve a algún sitio? —le preguntó.

—No. Tienes la tarde y la noche libre, de momento.

—Estaré en mi habitación si me necesita —le informó ella subiendo las escaleras y pasando por su lado sin mirarle.

La puerta de la habitación se cerró detrás de ella, caminó hacia la cama y se dejó caer quedándose bocabajo. Estaba agotada mentalmente. Aquel hombre, las emociones de aquel hombre, la agotaban.

Capítulo 8

Gabriela aparcó delante del bloque de Adam y los acompañó hasta la puerta. Alexa se llevó a Alma hasta el ascensor para dejarles intimidad.

—Gracias por el almuerzo —le dijo Gabriela con timidez.

—De nada. ¿Podemos hablar del beso de anoche?

—Adam, no podemos continuar con eso. Estamos bien así, amigos y jefe-empleada. No deberíamos seguir pensando en ello.

—Pues yo creo que deberíamos hacer todo lo contrario a lo que has dicho. ¿Qué podemos perder intentándolo?

—No estoy segura. ¿Y si no sale bien? ¿Qué pasa con Alma?

—¿Y si sale bien? Y Alma está deseando que recupere mi vida sentimental. Hace unos meses me organizó una cita con la madre de una de sus amigas.

—Pero... —el móvil de Gabriela sonó interrumpiéndolos—. Perdona — se alejó un poco de él y descolgó—. ¿Diga?

—Hola, hermanita. ¿Cómo estás?

—Vaya, vaya, vaya. ¿Desde dónde me estás llamando?

—Desde una cabina de Barcelona. ¿Me puedes hacer un favor?

—¿Cuál?

—Voy a montarme en un avión hasta Sevilla. ¿Puedes recogerme en el aeropuerto?

—Claro. ¿A qué hora?

—En dos horas. El avión sale con retraso.

—De acuerdo. Allí estaré.

Gabriela colgó con una gran sonrisa de oreja a oreja en los labios y regresó junto a Adam.

—Tengo que irme —lo informó.

—Hablaemos en otro momento, pero hablaemos —le advirtió antes de entrar en el portal y subir en el ascensor.

La chica respiró hondo y se montó en el coche. Arrancó y puso rumbo hacia el aeropuerto.

Ya eran casi las seis de la tarde cuando Adam, Alexa y Alma salieron al calor de la calle para tomar un helado. A la niña se le había antojado uno y su padre no había podido decirle que no.

Los tres cruzaron la calle y giraron a la izquierda. El hombre se quedó parado al ver a Gabriela sentada en una mesa de aluminio con un hombre al que había abrazado y besado en la mejilla antes de sentarse. <<¿Quién es ese? >>, se preguntó con los celos llamando a su puerta.

Alma se soltó de la mano de su padre y corrió hacia la chica para saludarla.

—¡Gaby! —la llamó mientras corría.

La chica volvió la cabeza y le dedicó una sonrisa abriendo los brazos para darle un achuchón.

—¿Qué haces aquí, princesa? —le preguntó mirando a Adam.

El hombre tenía el semblante serio, la mandíbula tensa y las manos en dos puños.

—¡Papi! —lo llamó su hija.

Adam empezó a caminar hacia ella junto a Alexa que no había apartado la mirada del hombre que acompañaba a su compañera.

—Buenas tardes —los saludó Adam con la voz grave.

—Hola. Él es Jesús, mi hermano —los presentó Gabriela observando la relajación de su protegido.

—Encantado. No sabía que tenías un hermano —le dijo a la chica estrechándole la mano a Jesús.

—Tengo más, pero no están aquí.

—Es bueno saberlo.

—¿Y dónde te tenía escondido Gabriela? La conozco desde hace tiempo y yo tampoco sabía que tenía un hermano —le inquirió Alexa sentándose al lado del hombre.

—Lo cierto es que ella no me tenía escondido. Yo me escondí.

—¿Dónde? ¿Por qué?

—En el seminario de Barcelona.

—¿Seminario? —interrogó Alma sin saber el significado de esa palabra.

—¿Eres cura? —la sorpresa estaba reflejada en el rostro de Alexa.

—Aún no, pero ese es el plan —contestó el chico con una sonrisa.

—Bueno, ¿quién quiere un helado? —quiso saber Gabriela para cambiar

de tema.

—¡Yo! Uno grande —respondió la pequeña levantándose de un salto de la silla.

La hora del helado acabó juntándose con la hora de la cena, por lo que Adam los invitó a cenar en un bar cercano.

Jesús no pudo dejar de observar el brillo en los ojos de su hermana cada vez que miraba a Adam o a la niña, pero sabía que algo la hacía retroceder y alejar aquellos sentimientos. Tendría que hablar con ella. Su hermana parecía feliz por fuera, sin embargo, no todo lo que reluce es oro. Él la conocía mejor que nadie y estaba seguro de que por dentro había un caos de sentimientos que él debía poner en orden.

Adam se acercó a Gabriela y le susurró al oído:

—Tenemos que hablar.

—Ya te he dicho lo que tenía que decir.

—Aun así, tenemos que hablar.

—Eres persistente, ¿no?

—Mucho —contestó con una sonrisa.

—Papi, tengo sueño —le dijo Alma sentándose en el regazo de su padre.

—Ya nos vamos, princesa.

—Os acompañamos —se ofreció Gabriela levantándose de la silla.

Adam cogió a su hija en brazos y empezó la caminata hacia su casa.

La chica caminó al lado del hombre mientras Alexa y Jesús los seguían hablando sin parar.

—¿Te dan miedo las relaciones? —le preguntó Adam de sopetón, así, sin anestesia.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Por qué entonces no quieres hablar conmigo sobre el beso?

—Porque no hay nada de lo que hablar. Eres mi jefe y yo tu empleada, ya no hay más. No puede haber nada más.

—Pero ¿por qué? Si es por el trabajo ya te he dicho que no pasa nada. No te despediré si no sale bien.

—Eso es precisamente lo que me da miedo, que no salga bien.

—Si no lo intentamos nunca lo sabremos —le dijo Adam llegando hasta el

portal—. ¿Podrías, al menos, pensártelo?

—Lo pensaré —Gabriela se acercó a la niña y le dejó un beso en la frente—. Hasta mañana, princesa.

—Hasta mañana, mami.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par al escuchar aquella palabra y miró al hombre con los labios fruncidos.

—Seguro que está soñando —se excusó el padre con una sonrisa inocente—. Hasta mañana —se despidió entrando en el portal seguido de Alexa.

Jesús apoyó el brazo en los hombros de su hermana y la guio hasta el coche. Se sentaron y le preguntó:

—¿Qué ocurre, hermanita?

—¿De qué?

—Por Dios, hermana. No estoy ciego. Te he observado y ese chico te gusta.

—¿En qué te basas para decir eso?

—En que cada vez que le miras te brillan los ojos y, por lo que he escuchado, sin querer, os habéis besado.

—Eres un cotilla, Padre Jesús —respondió Gabriela.

El hombre se rio a carcajadas.

—Hermana, no le dejes escapar. Ya sé que solo lo conozco desde hace unas horas, pero sabes que soy bueno calando a la gente y te puedo asegurar que ese hombre es estupendo. Está hecho para ti.

—Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—Que es el hijo de mi cliente, mi protegido y, además, mi jefe temporalmente.

—No veo el problema.

—Él no sabe que su padre me ha contratado para ser su guardaespaldas. Cree que soy su administrativa.

—¿Por qué tenéis que estar encubiertas?

—¿Tenemos? —le preguntó desconcertada.

—Me encontré con Rafaela en Barcelona —le dijo Jesús sabiendo que había metido la pata.

—¿Os vieron?

—Sí, el protegido de ella.

—Joder.

—Esa boca —la regañó su hermano.

—Ahora hay que tener cuidado. No te pueden ver con Rafaela o Micaela. No las conoces.

—Está bien, tranquila. Pero no vas a cambiar de tema. Dale una oportunidad a Adam.

—Lo consultaré con la almohada —respondió la chica poniendo rumbo hacia su piso.

Capítulo 9

Rafaela terminó de prepararse y se sentó en el sofá de su salón a esperar a Flavio que la recogería para ir a cenar. Lo cierto era que no tenía muchas ganas de salir, pero había hecho una apuesta aunque, en realidad, no la había perdido. Había fingido la borrachera.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando sonó el timbre de la puerta. Se levantó con un resoplido y abrió después de mirar por la mirilla. Flavio estaba allí de pie ataviado con una camisa negra y unos vaqueros, muy informal para ir a un restaurante.

—Vaya, estás preciosa —la halagó el hombre recorriéndola con su mirada celeste de arriba abajo.

—¿No vas un poco informal para un restaurante?

—Si fuéramos a un restaurante sí, pero no vamos a ir.

—¿Ah, no? Por favor, no me digas que vamos a comer comida basura.

—No. Vamos al mejor restaurante de la ciudad. ¿Puedo pasar?

—Supongo que sí. ¿Cuál es el restaurante? —quiso saber la chica observando la actitud extraña del hombre. Llevaba algo en las manos que no dejaba que ella viera.

—Tranquila, lo conoces muy bien. ¿Dónde está la cocina?

—En esa puerta —contestó señalando la puerta de la derecha.

Flavio entró y dejó unas bolsas en la encimera. Sacó todo lo que llevaba en las bolsas y buscó por todos los armarios hasta que encontró las copas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le inquirió la chica desconcertada y desconfiada.

—Te estoy sirviendo una copa de vino y, después, te voy a hacer la cena.

—¿Tú? ¿Sabes cocinar? —su rostro reflejaba la gran sorpresa que aquella palabra le había dejado.

—Sí, yo. Mi tío me enseñó cuando decidí independizarme y, para serte sincero, se me da muy bien.

—Sincero y modesto —le dijo con sarcasmo cogiendo la copa que le ofrecía.

—Opina por ti misma cuando rebañes el plato y te chupes los dedos.

—Seré muy mala crítica gastronómica. No soy fácil de contentar.

—Ya veremos.

Flavio se puso manos a la obra y Rafaela se sentó en una de las sillas de la pequeña mesa que tenía en la cocina.

La chica estaba hipnotizada observando cómo el hombre manejaba los cuchillos con agilidad y precisión, cortando los ingredientes tan rápido como un profesional, aunque, por otra parte, también estaba conteniendo la risa al verle ataviado con el delantal rojo de lunares blancos y volantes como si fuera un vestido de flamenca.

—No te rías por debajo de la nariz —le advirtió Flavio escuchando los esfuerzos de la chica por contenerse.

—Es que estás muy sexi con ese delantal —contestó Rafaela con un ronroneo.

—Eres mala. Te aprovechas de que tengo las manos en la masa, literalmente.

—Uh, qué miedo —se burló ella dando un sorbo al vino.

Flavio entrecerró los ojos, cogió un puñado de harina y se lo tiró a la chica.

Rafaela cerró los ojos a tiempo, antes de que le cayera la harina en los ojos, y se levantó de un salto.

—Te vas a enterar —le amenazó cogiendo el cacharro con la harina y tirándoselo encima de la cabeza.

—Morales, acabas de firmar tu sentencia de muerte pastelera.

Flavio cogió el paquete de la harina y lo derramó encima del vestido de la chica. La joven frunció el ceño, cogió la masa de lo que el chico estaba haciendo y se lo arrojó.

Tontamente empezaron una guerra de comida en la que acabaron de harina hasta los ojos y la cocina hasta el techo.

Los ingredientes sólidos se acabaron y Rafaela no tenía munición para contraatacar a la avanzadilla de Flavio, por lo que solo le quedaba una opción. Agarró el mango extensible del grifo y abrió fuego, o más bien, agua. El agua salió en un chorro que mojó al chico de pies a cabeza.

—Conque esas tenemos —le dijo el hombre caminando hacia ella.

Estaba a un paso de la chica cuando resbaló y cayó de espaldas en el suelo.

—¿Estás bien? —se preocupó Rafaela cerrando el grifo.

—Auch. Creo que me he hecho daño en la espalda —se quejó él con una

mueca de dolor.

La chica soltó el mango y se acercó a él arrastrando los zapatos de tacón por el suelo de baldosas, se arrodilló a su lado y Flavio la agarró del brazo tirando de ella para que cayera encima de él. La cogió de la nuca y la besó mientras ella intentaba resistirse. Pero no pudo. Los labios carnosos y la intensidad del beso la hicieron caer en el hechizo.

El beso se intensificó aún más haciendo que sus respiraciones se agitaran y sus corazones latieran con más fuerza. Las manos de ella arrancaron los botones de la camisa del hombre mientras él le rompía el vestido al no poder bajar la cremallera.

Estaban dirigiéndose a un punto en el que dar marcha atrás sería difícil, muy difícil, pero no podían pensar. Sus mentes se habían nublado haciendo que solo pudieran pensar en satisfacer el uno al otro.

Rafaela echó la cabeza hacia atrás mientras Flavio le besaba el cuello y el pecho dejándole pequeños mordiscos que aliviaba con un beso.

Un recuerdo guardado en la memoria de la chica desde hacía años, llegó a su mente. Enmarcó el rostro del hombre entre sus manos, mirándolo a los ojos celestes, y el recuerdo llegó con claridad.

Flavio la observó durante unos segundos y le preguntó:

—¿Quieres que pare?

La joven estaba en una encrucijada. ¿Seguía con aquella locura o paraba? Era su protegido, pero también era... su primera experiencia. ¿Qué debía hacer? Era posible que él no la recordara o que mañana se olvidara de ella como había hecho con tantas otras antes. La penetrante mirada del hombre la llamaba, la instaba a que siguiera.

—Morales —la llamó el hombre con suavidad, apartándole un mechón de pelo de la cara.

La chica volvió a la realidad y tomó la decisión que, esperaba, fuera la acertada. Le acarició el labio inferior con el pulgar, le dedicó una sonrisa y le dijo:

—No pares nunca.

Sus labios chocaron con los de él, pero Flavio parecía estar lejos. Su ceño se frunció al recordar a la primera chica que le había dicho esa frase, pero sin saber por qué, no paró. Sus manos acariciaron el cuerpo de su nueva compañera como si lo reconociera y sus labios no dejaron ni un rincón que no besaran.

Rafaela estaba sentada a horcajadas sobre él, atrapándolo con sus piernas

para no dejarlo escapar de entre sus brazos.

Tras toda aquella pasión ambos se habían quedado tumbados en el suelo de baldosas de la cocina, abrazados. Rafaela se apoyó en un codo y lo miró mientras le acariciaba el pecho y el abdomen bien definidos con la punta de los dedos.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le inquirió ella.

—Sí, aunque creo que ya sé lo que vas a preguntar —contestó Flavio dejándole un beso en el hombro.

—¿Eres adivino?

—No, soy intuitivo. Me vas a preguntar si quiero una pizza, ¿a qué sí?

—Pues no. Pero no es mala idea pedir una. Nos hemos quedado sin cena.

—¿Y de quién ha sido la culpa? —le inquirió con una sonrisa divertida.

—Tuya, por supuesto.

—¿Cómo que mía? Tú has empezado. ¿Quién me ha tirado harina en la cabeza?

—Yo, pero no lo hubiera hecho si tú no me hubieses tirado la harina a la cara. Por suerte, cerré los ojos a tiempo sino me habrías dejado ciega.

—Tú me provocaste —le dijo atrapándola entre su cuerpo y el suelo.

—Está bien. Ambos tenemos la culpa. ¿Puedo hacerte ya la pregunta?

—Dispara. Espera, no me preguntarás con cuántas mujeres me he acostado, ¿verdad? —le advirtió señalándola con un dedo.

—No, pero podríamos retomar esa pregunta más adelante. Lo que quiero preguntarte es: ¿quién es Rafaela?

La sonrisa de Flavio desapareció y sus ojos se entrecerraron.

—¿De dónde sacas ese nombre?

—Bueno, te escuché en Barcelona. Hablabas por teléfono con alguien y le dijiste que encontrara a una tal Rafaela. ¿Es tu novia o esposa?

—Qué más quisiera yo —murmuró en un susurro. Sin embargo, la chica lo escuchó y reprimió una sonrisa—. Es una chica a la que conocí hace mucho tiempo. Perdimos el contacto y quiero recuperarlo.

—¿Por qué?

Flavio se levantó incómodo con aquella pregunta y se sentó en una silla. La muchacha lo siguió y se sentó en sus piernas.

—Perdona, no es de mi incumbencia —se disculpó con suavidad.

—Morales, es complicado y no quiero hacerte daño con mi respuesta.

—¿Y estás seguro de que no me harás daño si no me lo cuentas? —le inquirió ella mirándolo fijamente a los ojos.

—No, no estoy seguro.

—Pues prefiero que me lo digas. Quiero estar preparada.

—Supongo que tienes razón —Flavio respiró hondo y lo soltó poco a poco —. Rafaela fue mi primera experiencia sexual e, inconscientemente, mi primer amor. Creo que me enamoré de ella nada más verla en aquella discoteca, pero estaba ebrio, la verdad es que no sé lo que sentí.

—¿Perdiste la virginidad borracho? ¿Te acuerdas?

—Sí, pero no mucho de ella. Solo sé su nombre.

—Rafaela. ¿No sabes su apellido?

—No se lo pregunté. No estaba precisamente para preguntarle el apellido.

—Pues sin el apellido es difícil encontrar a una persona. Es posible que no haya muchas chicas llamadas Rafaela, pero habrá que reducir la lista de alguna manera. ¿No sabes nada sobre ella?

—No, solo me dejó una nota y se fue antes de que me despertara.

—¿Una nota? ¿Qué ponía? Si se puede saber, claro —quiso saber la chica con curiosidad.

—“Muchas gracias por hacer que esta noche fuera tan especial. Rafaela”.

—¿Te lo sabes de memoria? —El hombre asintió encogiéndose de hombros—. Vale. Supongamos que consigues encontrarla, ¿qué harías?

—Primero, darle todos los besos que no he podido darle en estos años. Segundo, le haría el amor toda la noche. Y, por último, aunque no por ello menos importante, me casaría con ella.

—Qué claro y bien pensado lo tienes todo.

—He tenido mucho tiempo para pensar en ello.

—Bueno, pues como está todo dicho, creo que deberías irte.

—Te has enfadado. Por eso no quería contarte nada.

—No estoy enfadada. Es que son las dos de la madrugada y, la verdad, me gusta tener la cama enterita para mí —la chica cogió el albornoz que tenía colgado detrás de la puerta del baño y se lo puso.

—Eres muy avariciosa —Flavio cogió los pantalones y la camisa sin botones—. Acuérdate de que mañana por la tarde tenemos un vuelo.

—Me acuerdo.

El chico le echó un vistazo a la cocina. Estaba sucia, muy sucia.

—¿Quieres que te ayude a limpiar? —le preguntó mientras se calzaba con los zapatos.

—No, gracias.

—De acuerdo. Mañana nos vemos. No llegues tarde —le advirtió señalándola con el dedo.

—Llegaré antes que tú —la chica le abrió la puerta y esperó a que saliera, pero Flavio se quedó delante de ella, mirándola fijamente.

—¿Seguro que no estás enfadada? —quiso saber quitándole un poco de harina de la mandíbula.

—Segura.

El hombre se inclinó para darle un beso en los labios y salió del piso bajando las escaleras para salir del bloque.

Rafaela cerró la puerta y apoyó la frente en ella. Respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—Esto se está complicando cada vez más —susurró con angustia. Ya no tenía ninguna duda y había localizado el tatuaje del águila—. Es él.

Estaba asimilando aquel descubrimiento cuando escuchó la melodía de su móvil. Levantó la mirada de golpe y con el miedo reflejado en sus ojos verdes. Corrió hacia el salón y cogió el teléfono de la mesita auxiliar delante del sofá.

—Dime —contestó al descolgar.

—Rafi, papá... ha... —Eloy no pudo terminar la frase.

—Voy para allá.

Tragando con dificultad el nudo que tenía en la garganta se dirigió hacia su habitación cuando llamaron a la puerta. La ignoró. No podía perder más tiempo. Se atavió con unos pantalones vaqueros, una camiseta con un búho en blanco y negro y los botines. Se recogió el pelo rojo como el fuego en una cola alta, cogió el bolso y abrió la puerta dándose de bruces contra Flavio.

—¿A dónde vas? —le preguntó el chico observando el rostro pálido de la chica.

La joven se quedó callada y quieta unos segundos hasta que las lágrimas resbalaron por sus mejillas y el hombre la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué ocurre? —se preocupó el chico.

—Mi padre... ha... muerto —respondió ella abrazándolo con fuerza y dejando que las lágrimas brotaran como cascadas de sus ojos.

—Lo siento. ¿Vas al tanatorio?

—Sí.

—Vamos, yo te llevo.

La chica cerró la puerta con la llave y bajó las escaleras. Se sentó en el asiento del copiloto del coche de Flavio y éste emprendió la marcha hasta el tanatorio. Dejaron el vehículo en el aparcamiento y Rafaela corrió hacia los brazos de un hombre alto, moreno, ojos verdes y piel bronceada.

—¿Dónde está? —le inquirió la chica.

El hombre la llevó hasta la sala donde descansaba el cuerpo de su padre y la abrazó más fuerte cuando sintió que las piernas le fallaban. La joven se acercó al cuerpo inerte de su padre y le acarició el pelo canoso con la punta de los dedos.

—¿Ha sufrido? —quiso saber la chica.

—No. Lo habían sedado para que pudiera dormir un poco.

Rafaela le asintió, se inclinó hasta la frente arrugada de su padre y le dejó un beso.

—Ven, te llevaré con mamá.

El hombre la agarró de la mano y la guio por el pasillo hasta la sala de espera.

—Cariño —la saludó su madre con un abrazo.

Flavio se quedó en la puerta de la sala observando a la chica. Podía sentir la angustia y la tristeza de la muchacha y lo comprendía muy bien. No era fácil superar la pérdida de un ser querido.

Tres hombres más, con mucho parecido al que la había recibido en la entrada, la abrazaron a la vez, haciéndola desaparecer entre ellos.

Rafaela consiguió salir del abrazo colectivo de sus hermanos y miró a Flavio que le dedicó una leve sonrisa para que supiera que se quedaría hasta que ella quisiera. Se acercó a él, le cogió la mano y lo llevó hasta los asientos.

—Mamá, hermanos, él es Flavio. Flavio, ella es Pilar, mi madre y ellos son Lucas, Eloy, Valentín y Pablo, mis hermanos —los presentó la chica rodeándole la cintura con el brazo.

—Encantado y siento lo de vuestro padre —se lamentó Flavio estrechándoles las manos.

—Gracias. ¿Eres su novio? —quiso saber Eloy, el hombre que los había recibido en la puerta.

—Eloy, no empieces. Es solo un buen amigo —respondió su hermana poniendo los ojos en blanco.

—Solo era una pregunta curiosa —se defendió el hombre sentándose al lado de su madre.

Las horas habían pasado lentamente. Rafaela y su madre se quedaron dormidas en los hombros de Flavio y Lucas, respectivamente.

Flavio miró la hora en el reloj de su muñeca y bostezó. La chica se despertó sobresaltada y miró a su madre, a sus hermanos y, por último, a su protegido. Le sonrió levemente y se sentó derecha en la silla.

—¿Has dormido? —le preguntó la chica refregándose las manos por los ojos.

—No. Tus hermanos y yo hemos estado hablando toda la noche.

Rafaela lo miró en alerta. <<No les habrán dicho mi nombre, ¿verdad?>>, pensó con miedo.

—Creo que debería ir a darme una ducha. Llamaré a la empresa para que busquen a otro piloto y otra auxiliar de vuelo —contestó Flavio volviendo a bostezar.

—Gracias.

—De nada. Vuelvo en unas horas. ¿Quieres que te traiga algo?

—Un chocolate caliente y agua fresquita, por favor.

—Vale. Hasta luego —le dejó un beso en la comisura de los labios, se despidió de todos y se marchó.

Rafaela lo siguió con la mirada hasta que desapareció en la esquina y mandó un mensaje a Bárbara y Verónica por el móvil. Cuando levantó la mirada se encontró con la verde mirada de su hermano Eloy que la escrutaba con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido.

—¿Qué? —le preguntó la chica.

—¿Seguro que no es tu novio?

—Seguro. Es mi protegido, aunque él no lo sabe. Solo estoy interpretando un papel. Y, cuando él esté delante, no me llaméis por mi nombre ni por la abreviatura de mi nombre. Para él soy Morales y quiero que siga siendo así —les advirtió a todos acuclillándose delante de su madre.

—De acuerdo, pero sigo sin comprender esa manía tuya de que te llamen por el apellido —le dijo Lucas con los brazos cruzados.

—Ese es mi problema.

Capítulo 10

La alarma del móvil de Micaela sonó despertándola al instante. Aún no se había bajado de la cama cuando alguien llamó a la puerta.

—Vamos, Micaela. No quiero llegar tarde —le dijo la voz de Ferrán.

La chica miró la hora en el móvil y frunció el ceño. Solo eran las siete de la mañana. ¿A dónde tenía que ir tan temprano? Se levantó, se lavó la cara, se vistió y se peinó. Cogió el arma escondiéndola en su espalda y abrió la puerta. Para variar, allí estaba él, ataviado con un traje de chaqueta gris y con su rostro serio.

—¿Se ha caído de la cama? —le preguntó la chica cerrando la puerta de su habitación.

—No. Me he levantado a la misma hora de siempre. Hoy hay que ir a otro sitio antes de ir a la oficina.

—¿A dónde?

—Yo te indico. Te espero en el coche —el hombre bajó las escaleras y salió de la casa.

—No hay quién lo entienda.

Micaela entró en la cocina, cogió el café que Marga le había preparado para que se lo llevara, le dejó un beso a la mujer en la mejilla y se dirigió al garaje. Buscó con la mirada a Ferrán mientras le daba un sorbo al café, se agachó un poco para mirar dentro del coche y allí estaba, sentado en el asiento del copiloto y mandando cosas por el móvil.

—Qué manía —se quejó en un murmullo la chica antes de abrir la puerta, sentarse delante del volante y abrocharse el cinturón después de dejar el café en el soporte al lado del sillón.

—Arranca o llegaremos tarde —le dijo su jefe dándole al botón del mando para abrir la puerta del garaje.

Micaela fue despacio hasta la verja y, en cuanto ésta se abrió de par en par, la chica aceleró saliendo a la carretera como un rayo.

—¿A dónde le llevo? —quiso saber sin apartar la mirada de la carretera.

—A Los Remedios. Ve por Virgen de Luján. Por el puente del Quinto Centenario no, habrá atasco —respondió el hombre pulsando en la pantalla táctil del móvil para hacer una llamada.

La joven se desvió para ir por donde él le había indicado y el hombre le señaló un hueco para que aparcara. Se quitó el cinturón, colgó la llamada y salió del coche dejando el maletín.

—Vuelvo en una hora —la informó asomándose por la ventanilla abierta del conductor.

—Aquí estaré, señor.

Ferrán cruzó la calle corriendo y entró en un portal.

La chica observó el edificio de arriba abajo. <<¿Tendrá otra amiguita aquí?>>, se preguntó sin querer pensarlo.

El móvil le vibró en el bolsillo, lo cogió y miró el mensaje. Era Marta, su secretaria, con la información de la amiga de su jefe.

—Vaya, vaya. Qué calladito lo tiene Gruñón —murmuró al leer “Escort” en profesión.

El teléfono volvió a vibrar con la llegada de otro mensaje. Era Isaac saludándola y deseándole un buen día. Una sonrisa se dibujó en los labios de la chica y le escribió:

—Lo dudo teniendo a Gruñón como jefe.

Le dio a enviar y en diez segundos el chico contestó con el emoticono que lloraba de risa.

Los minutos pasaron lentamente mientras Micaela esperaba a que Ferrán se dignara a aparecer. Durante media hora había estado entretenida chateando con Isaac, pero él estaba trabajando en la academia de verano y no podía seguir entreteniéndola. Las piernas empezaban a entumecerse, así que salió del coche y lo rodeó para andar un poco y que las piernas se despertaran. Observó a su alrededor, confirmando que no había enemigos a la vista y volvió la mirada hacia el edificio donde había entrado su jefe. Vio un cartel en uno de los balcones y lo leyó:

—Teresa Vila. Psicoterapeuta. ¿Psicoterapeuta? No puede ser.

Micaela buscó el número de Gaspar en su móvil y lo llamó.

—Señor Merino, ¿ha convencido a su hijo para que busque ayuda? —le preguntó sin poder dejar de mirar el cartel blanco con las letras azul marino.

—Sí. Yo le he dado una lista con algunos de los mejores. ¿No me digas que no ha ido?

—Al contrario. Está en consulta. Lo estoy esperando. ¿Cómo lo ha convencido?

—Pues, la verdad es que no tengo ni idea. Solo se lo dije y él aceptó.

—Bueno, no le entretengo más. Gracias.

La chica volvió a leer el cartel y sonrió.

—¡Quién lo hubiera dicho! —murmuró regresando al coche.

Apoyó el trasero en la puerta y siguió esperando. No tenía más remedio.

Ya casi terminaba la hora cuando su móvil sonó. Descolgó y escuchó la voz de Jesús, el hermano de Gabriela.

—Buenos días con alegría —la saludó el hombre emocionado.

—Buenos días. Dichosos los oídos que te escuchan. ¿Desde cuándo tienes teléfono?

—Desde que mi hermana se ha empeñado en que esté comunicado. ¿Cómo te va el trabajo?

—Mucho mejor desde ahora, espero.

—¿Antes no iba bien? No me asustes —le preguntó preocupado.

—Digamos que no ha sido fácil lidiar con Gruñón.

—¿Gruñón? ¿Es que estás protegiendo a uno de los enanitos de Blancanieves? —quiso saber desconcertado.

—Más o menos. Es Gruñón, pero de enanito no tiene nada. Es igual de alto que tú.

—¿Y por qué gruñe tanto?

—Buena pregunta. No tengo idea. ¿Y tú qué? ¿Cómo te va en el seminario?

—Bien. Ya he terminado los exámenes finales y ahora toca un descanso para ver a la familia antes de comulgar.

—¿Vas a venir? —Inquirió la chica con ilusión—. Dime que sí.

—¿Quién va a venir? —quiso saber la voz de Ferrán delante de ella.

—Tengo que colgar. Después hablamos —colgó sin apartar los ojos del rostro de su jefe—. Un amigo. ¿Le llevo a la oficina?

—Sí. Tengo mucho trabajo.

—Suba. ¿Cómo le ha ido la terapia? —la chica se atavió con las gafas de sol y una leve sonrisa en los labios.

—¿Cómo sabes que he ido a terapia? —se sorprendió el hombre.

—Hay un cartel en el balcón y le he preguntado a su padre.

—Ah, ya. Me ha ido bien. Teresa es estupenda escuchando y comprendiendo lo que siento.

—¿Teresa? —<<Qué familiaridad para conocerla desde hace una hora”>>,>

pensó con el monstruo de los celos llamando a la puerta.

—Así se llama la terapeuta. Mañana tengo que volver.

—¿A la misma hora?

—Sí, es a la única que puedo y a Teresa no le importa empezar antes.

—Claro. ¿Cómo le va a importar? —murmuró girando para salir a la autovía y llegar al concesionario.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Qué suerte que ha encontrado a Teresa.

—Pues sí. Es una de las mejores de Sevilla.

—Genial. ¿Le espero en el coche? —le preguntó cuando aparcó delante del concesionario.

—Entra. Dentro se está mejor.

Micaela cerró el vehículo y lo siguió hasta el despacho.

—Estaré aquí por si me necesita —lo informó sentándose en uno de los sillones rojos enfrente de la mesa de Maribel, la secretaria.

—Puedes entrar en mi despacho.

—No hace falta. Esperaré aquí —contestó desbloqueando el móvil y leyendo el mensaje de Isaac con una sonrisa.

Ferrán cogió aire y agarró el pomo con fuerza conteniendo las ganas de matarla o de... ¿besarla? Estaba indeciso.

—No me importa que estés en mi despacho —le dijo intentando que sonara suave.

—Y a mí no me importa esperar aquí —arremetió la chica sonriendo y sin mirarlo.

—Como quieras —entró en el despacho y cerró detrás de él con un portazo.

Micaela miró de reojo y lo vio dejando el maletín en el suelo de malas maneras y sentándose en la silla. La chica esbozó una sonrisa victoriosa y siguió charlando con Isaac. Era increíble que pudieran hablar de tantas cosas y durante tanto tiempo sin cansarse el uno del otro.

—Buenos días —la saludó Maribel, la secretaria de Ferrán.

—Buenas. ¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó Micaela con una sonrisa.

—Estupendo. Uy, conozco esa sonrisa. Estás con un chico, pillina.

—Aún no estamos, pero puede que pronto lo estemos.

—Cotilleo calentito. ¿Quién es? ¿Tienes una foto? ¿Cómo se llama? —la interrogó Maribel sin casi respirar y sentándose en el borde del otro sillón.

—Se llama Isaac, es un amigo del colegio que hacía tiempo no veía y, sí, tengo una foto.

Micaela buscó la foto que su amigo tenía en el perfil de Whatsapp y se la enseñó. La imagen de un hombre rubio, con ojos verdes turquesa y en bañador dejando ver su cuerpo bronceado y trabajado en el gimnasio, de pie frente al mar como un dios surfero, apareció delante de ella.

—*Mae mía* de mi vida, acabo de tener un orgasmo —dijo la secretaria llevándose una mano al pecho.

Micaela soltó una carcajada y la chica se fue a su silla giratoria cuando vio que la puerta del despacho de su jefe se abría.

—Maribel, necesito las ventas del mes —la informó Ferrán pasando la negra mirada de una a otra.

—Enseguida se la llevo, señor.

En cuanto la puerta se volvió a cerrar detrás del hombre las dos se rieron cuando Micaela le enseñó la foto de nuevo y la secretaria suspiró de gusto.

—Si te cansas de él, avísame. Le daré consuelo —le dijo la secretaria señalando la foto de Isaac, cogiendo el informe y entrando en el despacho.

La jornada laboral llegaba a su término, mucho antes de lo habitual gracias al horario de verano, y Maribel se despidió de Micaela echándole un último vistazo a la foto de Isaac.

Micaela había estado toda la mañana mirando los expedientes de todas las chicas que su tía tenía contratadas. Buscaba una posible sustituta por si la cosa con la terapeuta no iba bien. <<Siempre es bueno tener un plan B>>, pensó encontrando a la chica perfecta.

Ferrán salió del despacho quitándose la corbata y le hizo un gesto con la cabeza a la chica para que se pusiera en marcha.

—¿Le llevo a su casa? —le preguntó la joven abriendo la puerta trasera del coche.

—Casi pico —contestó Ferrán guardándose el móvil y cerrando la puerta que la chica había abierto. Se sentó de copiloto y le dijo—: Vamos a ver a Teresa.

—¿Teresa? ¿La terapeuta? ¿Para qué? ¿Se le ha olvidado algo allí? —quiso saber la chica sin darle tiempo a que respondiera a sus preguntas.

—Sí, a Teresa, la terapeuta. Y no, no me he olvidado de nada. Le he preguntado si tenía cita para esta tarde y me ha dicho que sí.

—Vaya, dos veces en un día. Al parecer le va muy bien, ¿no?

—Pues sí. Lo cierto es que me siento más ligero. Como si me hubieran quitado un peso de encima.

—Estupendo —dijo Micaela sin mucha ilusión y arrancando el motor.

—¿Sabes qué? Mejor ve a mi casa. Te dejaré allí y yo voy a ver a Teresa. Te dejo el resto del día libre.

—No, no importa. Yo lo llevo.

—¿Por qué no acatas mis órdenes?

—Sí las acato. Pero si me lleva y después se vuelve a ir va a ser un gasto innecesario de gasolina. Eso no es bueno para el medio ambiente.

—¿Ahora eres del Greenpeace?

—No, pero no hay porqué contaminar a lo tonto.

—Está bien. Vamos, entonces.

Micaela miró por los retrovisores para asegurarse de que no venía nadie y salió del aparcamiento.

Estacionó enfrente del bloque de la terapeuta y apagó el motor.

—Vuelvo en una hora.

—Le acompaño.

—No hace falta. Quédate en el coche.

La chica abrió la boca para replicar, pero no se le ocurrió nada. No tenía ninguna excusa para acompañarlo.

—Aquí estaré —le dijo cuando el hombre bajó del vehículo.

Ferrán desapareció en el portal y Micaela resopló. ¿A quién se le ocurría estar en la calle a las tres de la tarde con cuarenta grados a la sombra?

La chica se abanicó con la mano, pero el sudor ya le chorreaba por la espalda. Salió del coche y se quitó la chaqueta negra.

—Tengo que buscar un uniforme de verano —murmuró sentándose en el asiento con la puerta abierta.

Una furgoneta negra pasó por su lado muy lentamente. Los tres hombres, de hacía unas noches atrás, clavaron sus miradas en ella, pasaron de largo y giraron en la primera calle a la derecha.

Micaela los siguió con la mirada, se palpó el arma que llevaba en la espalda y miró por los retrovisores. Dejó el arma en la guantera, se levantó del asiento, cerró el coche y entró en el portal cuando una pareja salió. Se escondió a un lado de la puerta y esperó. Estaba segura de que vendrían y no

la iban a pillar por sorpresa.

La chica miró el reloj de su muñeca y blasfemó en un susurro cuando vio que solo quedaban diez minutos para que su jefe terminara con la terapeuta. Levantó la mirada y sus comisuras ascendieron en una sonrisa. Ahí estaban los tres buscando a la joven.

La muchacha abrió la puerta y se acercó a ellos cuando se agacharon para poner algo en los bajos del vehículo. Uno se quedó de pie, vigilando. Micaela se acercó a él, lo agarró del cuello en una presa perfecta hecha con sus brazos y esperó a que el hombre se quedara inconsciente. Lo dejó caer con cuidado en la acera y se acercó a los otros dos. Se quitó los cordones de los zapatos, los anudó formando una horca y lo ató a una farola junto al pie de uno de los secuestradores. Cuando lo hubo inmovilizado, sigilosamente agarró el pie del tercero y tiró de él sacándolo de debajo del coche.

El hombre intentó agarrarla, pero la chica era escurridiza y lo abatió con varios golpes.

El secuestrador que había atado a la farola consiguió escapar y corrió hacia ella con furia y rabia. La placó estrellándola contra el capó del *Lexus* y aferró su cuello con fuerza.

Micaela intentó zafarse del agarre, pero el hombre era más fuerte por la adrenalina del momento. Los pulmones de la chica se vaciaban de aire. No podía respirar. La vista empezó a nublársele y las ganas de pelear se esfumaron.

Ferrán salió del portal mirando el móvil, levantó la vista para buscar a su chófer y el corazón se le puso en un puño cuando vio a un hombre agarrando el cuello de la chica encima del capó de su coche. El móvil se le cayó de las manos, dio dos zancadas hacia la pareja con los ojos cegados por la furia, cogió al hombre de los brazos y lo alejó de la chica propinándole un puñetazo y dejándolo inconsciente en el suelo.

Ferrán miró a Micaela y se acercó a ella. Le buscó el pulso y soltó un suspiro de alivio cuando sintió que el corazón aún latía. Abrió el coche y la levantó entre sus brazos para tumbarla en los asientos traseros con la cabeza en su regazo. Buscó el móvil de ella en los bolsillos de la chaqueta que descansaba en el asiento del copiloto y llamó a la policía. Recordaba a

aquellos hombres. Eran los atracadores.

Micaela abrió los ojos despacio mientras se adaptaban a la luz del día. Miró a su alrededor observando el techo color beige del coche y sintiendo que alguien le acariciaba el pelo con ternura.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la voz de su jefe muy cerca de ella.

La chica levantó la mirada y lo vio. Era él el que le estaba acariciando el pelo, pero ¿por qué? Intentó levantarse, sin embargo, un mareo la hizo volver a caer hacia atrás.

—Tranquila. No te levantes tan deprisa.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber la chica desorientada.

—Han intentado atracarte otra vez. Casi te estrangula uno de ellos.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Porque se lo he impedido. La policía ya se está haciendo cargo de ellos.

—¿La policía? —preguntó extrañada.

—Sí. Los he llamado y se los han llevado.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Veinte minutos. Los de la ambulancia te han examinado. Estás bien.

—¿También ha venido la ambulancia? —Ferrán asintió—. Será mejor que nos vayamos —le dijo buscando las llaves del coche en los bolsillos de su pantalón.

—Las tengo yo. No estás en condiciones de conducir. Yo lo haré.

El hombre salió del vehículo y la chica se interpuso entre él y la puerta del conductor.

—Ni lo sueñe. Conduzco yo —lo informó la joven viendo estrellitas de colores alrededor de su jefe.

—No.

Ferrán la guio hasta los asientos traseros, le puso el cinturón y se encaminó hacia su casa. Dejó el coche en el garaje, abrió la puerta y sacó a la chica cogiéndola de nuevo entre sus brazos. Se había vuelto a marear y estaba inconsciente. Entró en la casa y Marga se llevó las manos a la boca angustiada.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó la mujer a su jefe.

—Han intentado estrangularla, pero está bien. No te preocupes.

—Micaela, por Dios. ¿Qué le ha hecho? —le arremetió Miguel quitándosela de los brazos a su jefe y subiendo las escaleras hasta la habitación de ella. La tumbó en la cama y le acarició el pelo dorado.

—¿Qué te hace pensar que yo le he hecho algo? —le inquirió Ferrán con los dientes apretados y reprimiendo las ganas de matarlo.

—Seguro que no le ha dado ni un respiro para desayunar o beber un poco de agua.

—Para tu información no soy un tirano como crees. Han intentado estrangularla los mismos atracadores de la otra noche.

—¿Y dónde estaba usted para dejarla sola? —le gritó el jardinero acercándose a él para enfrentarlo.

—Aunque eso no es de tu incumbencia, estaba trabajando.

—Me importa un comino lo que estuviera haciendo. Es su responsabilidad su seguridad.

—Estás despedido. Recoge tus cosas y vete.

—¿Qué pasa? ¿No le gusta que le digan las verdades a la cara? —le dijo Miguel empujándolo.

Las manos de Ferrán se cerraron en dos puños y, estaba a punto de estrellárselos en la cara cuando Micaela se volvió a despertar.

—Micaela, ¿estás bien? —la interrogó el jardinero abrazándola.

—Lo estaré cuando me dejes respirar —contestó la chica clavando su mirada en su jefe que se había quedado en el marco de la puerta con la mandíbula en tensión y los puños cerrados a los costados.

El hombre dio media vuelta y se metió en su habitación con un portazo.

—¿Te han estado siguiendo esos atracadores? —le preguntó Miguel llamando su atención.

—Eso parece —la chica se llevó la mano al cuello dolorido.

—Me has preocupado.

—Tranquilo, estoy bien. ¿Te importaría dejarme sola?

—No, claro. Querrás descansar. Si necesitas algo no dudes en avisarnos.

En cuanto Miguel cerró la puerta, la chica conectó el auricular y las cámaras de la habitación de Ferrán. Se había quitado el traje y puesto un bañador. Cogió la toalla colgada detrás de su puerta y salió de la habitación.

La joven levantó la mirada hacia su puerta cerrada y esperó escuchar unos golpes, pero no escuchó nada. Se levantó despacio de la cama y caminó en silencio hasta la puerta. La abrió lentamente y esperó encontrar a su jefe detrás, pero no estaba. El pasillo se había quedado desierto. Desilusionada

volvió a la cama y cerró los ojos.

Micaela se despertó sobresaltada y llevándose la mano al cuello.

—Necesito dar un paseo —murmuró levantándose de la cama con cuidado. Bajó las escaleras y salió de la casa dirigiéndose hacia el cobertizo. Vio a Miguel metiendo unas maletas en el *Jeep* y se acercó a él—. Hola. ¿A dónde vas?

—A casa de mis padres.

—Hay que mantener el contacto con ellos —el jardinero la miró extrañado—. ¿Qué?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Ferrán Merino me ha despedido.

—¿Que ha hecho qué? —inquirió la chica estupefacta.

—Me ha despedido. Ya me han dado el cheque con mi finiquito.

—¿Por qué?

—Bueno, es verdad que me he pasado un poco enfrentándome a él, pero no pasa nada. Mañana mismo buscaré trabajo.

—¿No se puede hacer nada? ¿Qué ha dicho el señor Gaspar?

—Como es lógico se ha puesto del lado de su hijo. No me importa. No tenía planeado quedarme mucho tiempo más, así que me ha hecho un favor. ¿Puedo llamarte para tomar un café?

—Claro. Ten cuidado. El sol ya está bajo y puede deslumbrarte —le aconsejó la chica abrazándolo para despedirlo.

—Hasta pronto. Cuídate de los atracadores.

El *Jeep* se alejó del cobertizo y salió por la verja abierta. Micaela se dirigió a la piscina y se acercó a Ferrán enfadada.

—¿Por qué ha despedido a Miguel? —le inquirió quitándole la revista que estaba leyendo.

—Por varias razones que a ti no te incumben —contestó el hombre con el ceño fruncido.

—Pues sí que me incumben. Acaba de despedir a un buen hombre y, por lo que parece, no le importa un pimiento.

—Un buen hombre trabaja para ganarse su sueldo. Te aseguro que Miguel

no es uno de ellos.

—¿Ah, no? ¿Alguna vez lo ha visto haciendo otra cosa que no fuera estar pendiente de su jardín?

—Sí, lo he visto. No sé por qué me estás echando esta bronca. La decisión de despedir a mi empleado es mía y no de otra empleada.

—Pues despídame. Acabaremos todos en un lugar mucho mejor que este. A ninguno de sus empleados le gusta tener a un ogro como jefe y a mí menos.

—Serán despedidos cuando crea que no cumplen con sus obligaciones por las que fueron contratados. No vuelvas a cuestionarme o le diré a mi padre que te despida.

—¿Sabe qué? No hace falta que le diga nada. Ahora voy a entregarle mi renuncia.

La chica dio media vuelta para emprender el camino hacia el despacho de Gaspar, pero Ferrán la cogió del brazo, reteniéndola.

—¿Tanto te importa Miguel? —le preguntó con un gruñido.

—Mis amigos me importan y él lo es.

—Mi padre no aceptará tu renuncia.

—No puede obligarme. Estoy harta de aguantarlo. Es difícil sacarme de mis casillas, pero parece que usted tiene ese don innato.

—Acepté tu condición de acudir a una profesional. Ahora no puedes irte.

—Y muy bien que hizo aceptándolo, pero no puedo más. Sus emociones me están afectando, me desconcentran. Y eso no puedo permitirlo.

—¿Mis emociones? —inquirió extrañado.

Micaela se dio cuenta de su metedura de pata e intentó zafarse del agarre del hombre sin darse cuenta de que se acercaba al borde de la piscina. La chica logró soltarse, pero dio un traspié y cayó a la piscina. Cuando su cabeza salió, escuchó algo extraño. Se quitó el agua de los ojos y se quedó con la boca abierta, sorprendida de ver aquella escena.

Ferrán se había quedado de cuclillas en el borde de la piscina, sonriendo. Levemente, pero sonriendo.

—¿De qué se ríe? —quiso saber la chica acercándose a él, sorprendida y enfadada a partes iguales.

—De ti. Se te ha quedado una cara muy graciosa. ¿Está buena el agua?

—Tenga cuidado no vaya a atragantarse por no estar acostumbrado a sonreír. Y, sí, está buenísima el agua. Aunque, creo que... —agarró la mano del hombre y tiró de él— debería probarla por sí mismo.

Ahora la que se reía era ella. Empezó a nadar hacia los escalones, pero no

llegó. Ferrán la cogió del pie y tiró de ella sumergiéndola.

—Por esto también podría despedirte —le dijo el hombre atrapándola entre sus brazos.

—Hágalo —lo retó Micaela bajando la mirada hacia sus labios carnosos.

Sin previo aviso, aquellos labios que ella observaba con hambre se posaron en los suyos. Los ojos de la chica se abrieron de par en par, asombrada por aquel inesperado beso. Poco a poco el beso se intensificó y los brazos de la joven quedaron libres para poder rodearle el cuello y pegarlo aún más a ella. Las piernas de la muchacha rodearon la cintura de Ferrán y las manos de éste la despojaron de la camisa blanca rompiéndole los botones.

Sin saber por qué, la imagen de la pelirroja con el camisón rojo llegó a su mente y se alejó de él con rapidez.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el hombre intentando retenerla.

—Esto no tendría que haber pasado —contestó la chica avergonzada, soltándose del agarre.

—¿Por qué?

—Porque es mi jefe. No es bueno mezclar lo profesional con lo personal. Esto no ha pasado —le advirtió intentando cerrarse la camisa y caminando rápidamente hacia la casa.

Micaela aprovechó la oscuridad de la noche para escabullirse hasta su habitación y meterse en el cuarto de baño para darse una ducha de agua fría. <<Micaela, no lo fastidies. Es tu cliente, solo eso>>, se regañó mientras no dejaba de pensar en el beso.

—¡Para ya! —se rió con un gruñido.

Ferrán se había quedado en la piscina, desconcertado. Las luces exteriores se encendieron haciéndolo regresar a la realidad. Salió de la piscina, se secó un poco con la toalla y se fue hacia los establos. No podía subir a su dormitorio o entraría en la que no debía. Saludó a *Lucifer* con una caricia y se quedó hasta que fue seguro regresar a su habitación. Se dio una ducha de agua fría y se metió en la cama, desnudo y mojado.

Micaela estaba sentada en la cama con un cojín arrugado en sus manos y mirando las cámaras de vigilancia de la habitación de Ferrán. Ya había pasado una hora desde que lo había dejado en la piscina y no aparecía. Estaba a punto de salir en su búsqueda cuando la puerta se abrió y el hombre entró derecho hacia el baño.

La chica esperó unos minutos más y la respiración se le cortó cuando salió mojado y desnudo del baño. El hombre se tumbó en la cama y cerró los ojos con una leve sonrisa en los labios.

La joven lo contempló durante unos segundos mordiéndose el labio inferior y, cuando sintió que el corazón le iba a mil, cerró el maletín de un manotazo. Intentó dormir, pero aquella imagen junto con el beso no la dejaban en paz. Se tapó la cara con la almohada y gritó. Debía soltar aquella tensión acumulada de alguna manera. Aquel truco no sirvió para nada. Se quedó tumbada con los ojos abiertos de par en par mirando al techo blanco de la habitación.

Capítulo 11

Gabriela aparcó en la calle de atrás del taller, se llevó la mano al auricular de su oído y conectó con los refuerzos.

—Mayka, Rebeca, ¿todo bien?

—Todo bien. Él ya está en el taller y Alexa está en el piso con la niña. No hay nada sospechoso —la informó Mayka.

—Podéis ir a descansar.

—De acuerdo. Avísanos si necesitas ayuda —le dijo Rebeca arrancando el motor del coche, pero sin salir del hueco aún.

Gabriela respiró hondo, salió del coche y se encaminó hacia el taller. El vehículo de Rebeca pasó por su lado y la saludaron con un leve gesto de la cabeza. La chica entró en el taller y saludó a Adam que estaba debajo de un coche al fondo del taller.

—Buenos días —respondió él siguiendo con su tarea.

La chica se quedó quieta, sorprendida de que no se acercara a ella para hablar del beso. Pero así era mejor. Lo había estado pensando durante toda la noche y no le parecía una buena idea tener una relación con el hijo de su cliente. Se dirigió a la oficina y continuó con el papeleo que dejó el viernes sin terminar.

Varios clientes nuevos dejaron sus coches en el taller y Gabriela les hizo una pequeña ficha para tenerlo todo más ordenado y para que Vicenta, su jefa, buscara información sobre ellos. Ninguno parecía sospechoso, pero no perdían nada investigando.

Las tres de la tarde llegó y Gabriela salió de la oficina para avisar a su jefe que seguía debajo del coche.

—Adam, son las tres. ¿Puedes bajar la puerta?

—Voy, un segundo.

El hombre terminó de atornillar, se levantó limpiándose las manos en un trapo y bajó la puerta. Se dio media vuelta, se acercó a la chica, la cogió de la

cintura atrayéndola hasta él y plantó sus labios en los de ella.

La joven intentó alejarse, pero cuanto más lo intentaba más fuerte la aferraba e intensificaba el beso. Gabriela dejó de resistirse y le devolvió el beso.

—Me tienes loco —le susurró el hombre besándole el cuello.

Las manos de la mujer se posaron en el pecho de él, sintiendo su respiración agitada y su corazón que latía desbocado. Se armó de voluntad y lo alejó unos centímetros.

—¿Por qué te empeñas en torturarme? —Le preguntó la chica—. Esto no puede ser.

—¿Y tú por qué te empeñas en torturarme a mí? ¿Por qué no puede ser? ¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo de todo lo que se refiere a ti. No quiero decepcionarte, sufrir o, peor, morirme por ti. De no poder vivir sin ti —respondió ella sentándose en el capó del *Mercedes* negro detrás de ella.

Adam se acercó a la joven y le enmarcó el rostro con las manos para que lo mirara a los ojos.

—Nunca podrías decepcionarme, nunca te haré sufrir y jamás dejaré que mueras por mí —le dijo con la voz suave, casi en un susurro.

—Ooohh, ¡qué bonito! —le habló Alexa por el auricular, sorbiéndose la nariz.

Gabriela la ignoró. Estaba demasiado ocupada sumergiéndose en los ojos negros y sinceros de Adam. Se levantó del capó, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con pasión. Mandó todo a la mierda y se dejó llevar. No tenía nada que perder, pero sí mucho que ganar.

El calor entre ambos creció cuando sus manos acariciaron cada rincón de piel obstaculizada por la ropa. Los dedos de la chica agarraron el borde de la camiseta del hombre y se la quitó con premura.

En menos de dos minutos los dos estaban encerrados en la oficina, tumbados en el suelo y desnudos.

—De acuerdo, os daré un poco de intimidad —la informó Alexa bajando el volumen del auricular por donde podía escuchar los besos y gemidos de la pareja.

Alexa se sentó en una silla de la mesa cuadrada del comedor al lado de Alma y siguió con la partida de parchís que habían empezado antes de que ella fuera a traerle un vaso de agua.

Alma tiró los dados y movió la única ficha que tenía en juego. Se quedó a dos casillas delante de Alexa, expuesta a que su niñera se la comiera y se contara veinte.

—No me comas, por favor —le suplicó la niña mientras su niñera movía los dados en el cubilete azul.

Los dados cayeron en el tablero sacando un tres y un cuatro.

—Menos mal —suspiró la niña con alivio.

—Qué suerte tienes.

—¿Qué hora es? —le preguntó Alma tirando nuevamente.

—Las tres y diez. ¿Por qué? ¿Has quedado con tu novio? —Alexa le dedicó una sonrisa pícara y le guiñó un ojo.

—Yo no tengo novio. Soy muy pequeña todavía —respondió la niña con una sonrisa tímida y las mejillas sonrosadas—. Mi padre tendría que haber llegado ya.

—Bueno, supongo que se habrá entretenido un poco con algún coche. Pero seguro que no tardará mucho más.

<<Dependiendo de lo rápido que sea en otras áreas>>, pensó con una sonrisa.

Adam le quitó un mechón de pelo de la cara a Gabriela, acariciándole el pómulo, la mandíbula y el cuello.

—Para que te quedes más tranquila te diré que no me has decepcionado, al contrario, estoy agotado. No sabía que eras tan fogosa.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —contestó la chica sentada a horcajadas sobre él y con el largo pelo castaño tapándole los pechos.

—¿Cómo qué?

—Como que soy alérgica al chocolate. Te lo digo porque los hombres sois un poquito cliché y soléis regalar bombones a vuestras novias. Un regalo de emergencia.

—¿En serio eres alérgica al chocolate? —le preguntó Adam sorprendido—. Qué putada —añadió cuando ella asintió.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Llevo treinta y un años sin poder probarlo, aunque sea una gota de chocolate.

—Oído cocina. ¿Alguna otra alergia o enfermedad que deba saber?

—No, solo esa. ¿Te parece poco?

—Quiero estar prevenido.

—¿Y tú tienes alguna alergia que deba saber?

—Que yo sepa no. Bueno, me dan miedo las alturas, pero por lo demás nada.

—Eso ya lo sabía —contestó la chica con una sonrisa traviesa.

—Cierto. Me hiciste subir a la atracción infernal —Adam le dio un pellizquito en la nalga y la besó cuando dio un pequeño respingo.

—Pero te vengaste. Me subí al leopardo ese.

—Jaguar.

—Me da igual el felino que sea. No voy a volver a montarme.

—¿Ni siquiera conmigo?

—Contigo menos que nadie. Ni aunque mi vida dependa de ello.

—Está bien. En ese caso, yo tampoco me voy a subir en la Lanzadera. Ni aunque me supliques de rodillas.

—Trato hecho.

Un sonido lejano llegó hasta sus oídos. ¿Qué era aquello? Se miraron extrañados y el hombre desvió la mirada hacia sus pantalones colgados en la silla de una forma rara.

—Es mi móvil —la informó abrazándola más fuerte y besándole la mandíbula.

—Podría ser importante. Cógelo.

—No quiero. Estoy muy a gustito aquí.

—Adam, puede ser Alma.

La boca del hombre se quedó parada a medio camino del pecho de Gabriela, levantó la mirada y alargó la mano para coger una pata del pantalón y tirar de él. Sacó el aparato del bolsillo y vio la foto de su hija en la pantalla.

—Dime, princesa —le dijo al descolgar.

—Papi, ¿te queda mucho? Se está enfriando la comida.

—No, princesa. Ya voy para allá.

—Vale, papi. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Adam colgó, dejó el móvil en el suelo y miró a la chica.

—Vamos —le apuró ella dándole un último beso y levantándose para

vestirse.

—¿Por qué no te quedas a dormir conmigo? —le inquirió él subiéndose los pantalones.

—Porque es demasiado pronto. Ni siquiera le has dicho a Alma nada de lo nuestro.

—Se lo digo esta noche.

—Para el carro. ¿No vas un poquitín rápido?

—No. Lo tengo muy claro. Incluso más que con la madre de Alma.

Una luz blanca apareció al lado del hombre de nuevo, como cuando lo conoció. La misma mujer que lo protegía. La mujer la miró con una sonrisa dibujada en sus labios y asintió levemente.

—Nunca te he preguntado por ella. ¿Dónde está? —sabía dónde estaba, pero tenía que fingir que no.

—Murió hace seis años.

—Lo siento —Gabriela dio un paso hacia él, se puso de puntillas y le dejó un beso en los labios.

La luz blanca los abrazó a los dos y la mujer le dedicó una cálida sonrisa a Gabriela.

—Cuídalos —le susurró la luz blanca antes de desaparecer.

—Será mejor que nos pongamos en marcha o Alma volverá a llamar —la avisó él tragándose la congoja que se le había atascado en la garganta.

—¿Arreglaste tu camioneta? —quiso saber la chica.

—Ups. Se me ha pasado. ¿Me llevas?

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

—No. ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Ya sabes lo que dicen, “en casa del herrero cuchillo de palo”.

—Ya, ya. Y voy yo y me lo creo —la chica cogió su bolso y buscó la llave de su coche mientras Adam cerraba el taller.

—Se me ha olvidado de verdad. No necesito esa artimaña para que vayas a mi casa.

—¿Ah, no? ¿Y qué te hace pensar que iría a tu casa si no fuera para llevarte?

—Yo no he dicho en ningún momento que fueras voluntariamente.

—¿Ahora eres un secuestrador?

—Si así te tengo a mi lado cada segundo del día, sí, soy un secuestrador —la pegó a él y le dejó un beso en los labios.

—Inténtalo —lo retó alejándolo de ella.

—¿Crees que no lo haría?

—Creo que no llegarías a tocarme un pelo. Sé defenderme.

—¿Ah, sí? De acuerdo. A ver qué has aprendido.

Gabriela echó un pie hacia atrás poniéndose en guardia. Adam la observó con atención y buscó un punto débil. <<Mierda>>, blasfemó. No veía ningún punto débil. Había aprendido muy bien de quién fuera que la hubiese enseñado.

—Sigo esperando —lo apremió la joven.

De repente, el móvil de Adam sonó. Lo sacó del bolsillo y contestó.

—Dime, princesa.

—¿Te falta mucho, papi? —le preguntó Alma desesperada.

—Ya estoy saliendo.

—Vale. Te quiero.

Adam abrió la boca para responderle con un “te quiero”, pero se quedó callado hasta que la niña colgó.

—¿Cómo dices, princesa? —inquirió a nadie—. ¿Que si Gabriela va a ir a casa? Por supuesto. En este momento nos estamos montando en el coche. En diez minutos estamos allí.

La chica quitó la postura de alerta y le hizo señas negando con la mano. Adam asintió con la cabeza, dio un paso hacia ella y, sin previo aviso, se agachó y la cogió cargándola al hombro.

—¿Qué estás haciendo? Déjame en el suelo —le dijo la joven pellizcándole en el culo sin mucho éxito.

—Te estoy secuestrando. Y, para tu información, mi hija ya había colgado.

—¿Me has mentado? Eso es trampa.

—Me da igual. Te he secuestrado, por lo que ahora te vas a venir conmigo a mi casa —giró a su izquierda y caminó hasta su camioneta.

—No creo que llegemos muy lejos... —se quedó callada cuando lo comprendió—. La has arreglado.

—Antes de que tú llegaras. ¿Tengo que seguir con el secuestro o vas a venir conmigo voluntariamente? —le preguntó preparado con la llave para abrir el vehículo.

—De acuerdo, tú ganas. Bájame ya o se me va a ver hasta el pensamiento con el vestido.

Adam la bajó, le abrió la puerta y la ayudó a subir.

—¿Cómo puedes andar con esos tacones? —quiso saber el hombre mirando los tacones de aguja que parecían que se iban a romper en cualquier

momento.

—Es cuestión de acostumbrarse. Y, aunque no lo parezcan, son cómodos.

—Unos zapatos planos también son cómodos y menos dañinos para los pies.

—Mañana vendré con unos planos, ¿contento?

—Mucho —contestó él con una sonrisa de victoria y dejándole un beso rápido en los labios.

Rodeó la camioneta, arrancó y puso rumbo a su apartamento.

Adam dejó la camioneta en el garaje, ayudó a Gabriela a bajar del vehículo, le dejó un beso en los labios y la guió hasta el ascensor. Subieron a la tercera planta cogidos de la mano y el hombre estaba a punto de introducir la llave para entrar en el piso cuando la puerta se abrió dejando ver a Alma con cara de enfado, los brazos cruzados a la altura del pecho y moviendo la punta del pie de arriba abajo.

—Han pasado más de diez minutos —le regañó la niña a su padre.

—La culpa es de Gabriela. He tenido que convencerla para que viniera — se excusó él sin soltar la mano de la joven.

—La próxima vez seremos puntuales —se disculpó la mujer poniendo cara de ángel.

Las comisuras de la boca de Alma ascendieron poco a poco hasta sonreír de oreja a oreja cuando vio las manos entrelazadas. La cara se le iluminó sin apartar la mirada de las manos.

Adam siguió la mirada de su hija y le dijo:

—No te aceleres. Vamos a probar. Si no sale bien seguimos como amigos y aquí no ha pasado nada.

—Vale —asintió la niña con cara de felicidad.

—¿Dónde está mi comida? Tengo hambre —inquirió el hombre para desviar la atención de la pequeña.

—En el microondas. Sentaros. ¿Tú quieres comer, ma... Gaby? —corrigió Alma cuando miró a su padre.

—Un poco sí que tengo, pero si no hay nada hecho no importa.

—Sí hay hecho. Alexa ha hecho comida para todo el bloque —respondió la niña.

—Es que estoy acostumbrada a cocinar para toda mi familia y somos muchos. Pero mañana haré menos —se defendió la niñera levantándose para ir a la cocina.

—No te preocupes, Alexa. Yo voy a por la comida. Siéntate, ahora vuelvo —le susurró a Gabriela dejándole un beso en la mejilla antes de soltarle la mano.

La mirada marrón de la niñera se quedó clavada en su amiga mientras le sonreía con travesura.

Gabriela se sentó enfrente de su compañera y le dio una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—¡Alma! ¿Puedes ayudarme? —la llamó su padre desde la cocina.

La niña dio media vuelta y corrió hacia donde se encontraba su padre.

—Menos mal que no juntabas el trabajo con el placer —le mencionó Alexa en un susurro quitando el tablero del parchís.

—Cállate. He pensado que así es mejor. Tengo una muy buena excusa para estar cerca de él y poder protegerlo.

—Tú siempre muy profesional. Bueno, ¿y para cuándo la boda? —Alexa no pudo aguantar la risa.

—Qué graciosa.

Adam y Alma regresaron de la cocina cada uno con un plato de macarrones gratinados, lo dejaron en la mesa y la niña volvió para coger dos vasos y una botella de agua fresquita.

—Al ataque —dijo el hombre sentándose al lado de Gabriela.

Tras el almuerzo-merienda, ya que casi eran las cinco de la tarde, los cuatro se pusieron a jugar al parchís. La niña era una gran estratega y les ganó cuando de una sola tirada les comió una ficha a cada uno y logró llegar a su casa en un *pispás*.

—Menuda paliza nos ha dado en un momento —se quejó Alexa harta de perder.

—¿Jugamos otra? —preguntó la pequeña con una sonrisa de victoria.

—No, señorita. Hay que ducharse y dormir. Con la tontería son las diez de la noche.

—No quiero dormir. Ya no tengo cole.

—Da igual. Es para que no pierdas la costumbre. Si te acuestas más tarde, te despertarás más tarde y cuando llegue el cole no vas a poder dormir temprano para levantarte temprano y no llegar tarde —le contestó Alexa tirando de la niña para que se levantara de la silla—. Vamos, perezosa.

—¡Jo! —Se quejó Alma acercándose a su padre—. Hasta mañana, papi. Hasta mañana, ma... Gaby —les dejó un beso en la mejilla y se marchó junto a su niñera.

En cuanto la puerta de la habitación de la pequeña se cerró, Adam se acercó a Gabriela y la besó.

—No aguantaba más —murmuró entre besos—. ¿Te quedas a dormir?

—No creo que... —la frase quedó cortada por un beso—. Es demasiado... —Adam la acalló con otro beso—. Vale, me quedaré.

El hombre le sonrió victorioso y se levantó de la silla.

—Voy a darme una ducha, ¿me acompañas? —le preguntó con una mirada traviesa.

—Debería ir a por ropa.

—Puedo dejarte algo.

—No creo que me quede muy bien tu ropa, más bien grande.

—No estoy hablando de mi ropa. Aún tengo algunos vestidos de mi esposa.

—No estoy segura de que sea buena idea ponerme esos vestidos.

—No te preocupes. Ya está superado. Es un pequeño préstamo hasta que puedas traer tu ropa.

—¿Traer mi ropa? Adam, no voy a mudarme contigo, al menos, por ahora.

—Ya lo iremos viendo. Te dejaré una camiseta para dormir.

El hombre se marchó después de dejarle un beso y entró en el baño. Abrió la ducha y Gabriela se levantó de la silla para echar un vistazo por el balcón. Parecía que todo estaba tranquilo, sin ningún sospechoso a la vista.

Alexa tapó a Alma con la sábana para que no cogiera frío con el aire acondicionado, le dejó un beso en la frente y se sentó en la cama de al lado. Había puesto una pierna encima del colchón cuando escuchó un ruido proveniente del pequeño balcón de la habitación.

—¿Qué ha sido ese ruido? —quiso saber la niña con el miedo reflejado en

sus inocentes ojos.

La niñera se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio, se acercó sigilosamente a la pared y miró por una rendija de la cortina rosa. Un hombre enmascarado y vestido completamente de negro estaba agachado para abrir con unas ganzúas la cerradura de la puerta acristalada. La chica miró a la pequeña y, por señas, le dijo que se tapara con la sábana hasta la cabeza y se hiciera la dormida.

El hombre logró abrir la cerradura, sacó una jeringuilla de la riñonera atada a su cintura y entró en la habitación. Estaba a unos pocos pasos de la niña cuando sintió que alguien le tocaba en el hombro. En cuanto se giró, el puño de la niñera aterrizó en su nariz y la jeringuilla en su muslo.

Alexa acercó el rostro hacia él y le susurró:

—¿Quién te ha enviado?

No hubo ninguna respuesta oral por parte del hombre, pero sí el intento de agarrar el cuello de la chica.

La niñera esquivó el golpe y vació el contenido de la jeringuilla en el torrente sanguíneo del secuestrador. Los ojos de éste se cerraron poco a poco hasta que cayó desplomado en el suelo.

—Gabriela, tenemos visita aquí —le informó a su compañera buscando el pulso del intruso. Estaba dormido.

En menos de diez segundos Gabriela abrió la puerta de la habitación y Alma se echó en sus brazos temblando.

—Tranquila. Está bien —la consoló la mujer acariciándole el pelo.

—Deberíamos irnos de aquí. Este balcón les da muchas posibilidades —le dijo Alexa moviendo al hombre hasta el balcón.

—Me ocuparé de ello mañana. No creo que lo vuelvan a intentar esta noche. Avisa a Mayka y Rebeca. Las quiero en alerta —la chica guio a la niña a su cama y la tapó—. Estarás a salvo. Te lo prometo —le dejó un beso en la frente, otro en la nariz, otro en la mejilla izquierda y un cuarto en la mejilla derecha haciéndola reír—. Hasta mañana, princesa.

El agua de la ducha dejó de escucharse y la mujer regresó al salón. Adam salió del baño y la chica se echó en sus brazos llevándolo a la habitación principal.

—Yo tampoco aguantaba más —le susurró la joven mordiéndole con suavidad el lóbulo de la oreja.

—Mm. Estupendo —cayeron en la cama y la ropa de Gabriela voló por la estancia.

Mientras ella entretenía al hombre, Alexa sacó al secuestrador del dormitorio y avisó a sus compañeras para que estuvieran en alerta constante durante toda la noche.

Capítulo 12

Flavio abrió la puerta de su apartamento, se dio una ducha para cambiarse de ropa y regresó al garaje para ir al tanatorio. Estaba a punto de salir cuando recibió un mensaje de Morales. Se habían ido a casa de su madre y le había mandado la ubicación.

Mientras conducía, miró por el retrovisor y tuvo la sensación de que aquel *Ford Focus* azul eléctrico le seguía. El semáforo se puso en rojo y Flavio apuntó en el móvil la matrícula. Giró a la derecha cuando el semáforo se puso en verde y aparcó en la calle de la casa de la madre de Morales. Volvió a mirar por el retrovisor y el coche siguió hacia delante. Al parecer no lo seguía. Su intuición le había fallado. Entró en una cafetería cercana, compró un chocolate caliente y una botella de agua fría, y se dirigió hacia el portal. Subió a la primera planta y se acercó a la chica entregándole lo que le había pedido después de dejarle un beso en los labios cuando ésta lo recibió en la puerta.

—Gracias —le agradeció Rafaela con una leve sonrisa.

—Ya he llamado a la empresa. Esta semana la tenemos libre.

—Pero...

—Pero nada. Estás de luto.

—Recuperaré las horas en cuanto me incorpore.

—No hay prisa.

Flavio saludó a todos los presentes y se sentó en una silla al lado de Morales.

Las horas pasaron y el móvil de Flavio sonó en el silencio de la estancia. El hombre miró el nombre y se extrañó al ver el número de la empresa a las once y media de la noche.

—Dime, Berta —contestó descolgando.

—Señor... el helicóptero se ha... —las palabras se quedaron atascadas en la garganta de la chica.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha... estrellado. Peter y Frida han muerto.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Aún no lo sabemos, señor. Perdimos la comunicación hace dos horas. Una patrulla de la guardia civil lo ha encontrado. Han recuperado... los dos cuerpos.

—¿Se va a abrir una investigación?

—Sí, señor.

—Voy para allá. ¿Lo sabe mi hermano?

—No, señor.

—Llámallo, me reuniré con él en el aeropuerto.

—De acuerdo.

Flavio colgó con los ojos brillándole por las lágrimas contenidas. Rafaela le cogió la mano y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—El helicóptero se ha estrellado.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No lo sabemos. Se va a abrir una investigación.

—Vamos. Te acompaño.

—No, no. Quédate con tu familia. Yo me encargo de esto.

—Voy a ir contigo.

La pareja se despidió de los hermanos de la chica y de la madre y corrieron hacia el coche.

Flavio no entendía cómo había podido estrellarse el helicóptero. Peter no era ningún novato como piloto y, en cualquier circunstancia habría conseguido aterrizar, mejor o peor, pero vivo. ¿Qué podría haber pasado? Aparcó en su plaza de aparcamiento y salió del coche con rapidez, casi sin esperar a Morales.

Ambos llegaron hasta la recepción y Flavio abrazó a Berta que comenzó a llorar de nuevo cuando vio a su jefe.

—¿Se sabe algo más? —le preguntó el hombre. La mujer negó con la cabeza—. ¿Ha llegado mi hermano?

—Aún no —consiguió decir la chica con la voz acongojada.

—Berta, vete a casa. Yo esperaré a mi hermano y te tendré informada —la joven no dejaba de llorar y de negar con la cabeza—. Berta, tienes que descansar. Piensa en el bebé.

—Pero...

—No. Necesitas estar tranquila y descansada. Yo te llamo en cuanto sepa

algo.

—Está bien —cogió su bolso, se despidió de la pareja y se marchó.

—¿Está embarazada? —le inquirió Morales a su protegido en un susurro cuando la recepcionista se alejó.

—Sí. Peter es... era el padre —respondió el hombre abatido.

Morales se acercó a él y lo abrazó cuando se derrumbó llorando a moco tendido y apoyando la cabeza en el hombro de ella.

La puerta automática de la recepción se abrió cuando Ferrán se acercó seguido de Micaela.

—Flavio —lo llamó su hermano.

El chico se alejó de Rafaela y abrazó a su hermano mayor sin poder dejar de llorar.

Las chicas se miraron y se dedicaron un leve asentimiento mientras los hermanos se consolaban mutuamente por la muerte de sus amigos.

—Vamos al despacho —Ferrán guio a su hermano hasta la puerta detrás del mostrador de la recepción y lo sentó en el pequeño sofá de dos plazas negro debajo de una ventana.

Micaela y Rafaela se quedaron atrás dándoles intimidad y aprovechar para hablar.

—Iba para Flavio —la informó Morales en un susurro.

—Vosotros teníais que haber cogido ese vuelo. Está visto que no se andan con chiquitas.

—Mica, mi padre ha muerto.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? —estaba sorprendida. La última vez que vio al hombre estaba bien.

—Ayer. El cáncer volvió a atacarle. No tenía fuerzas para combatir de nuevo.

—Rafí, lo siento, cielo.

—Mañana lo incineramos. Ya sé que no podrás ir. No te preocupes.

—Claro que voy, aunque tenga que disfrazarme.

—Flavio estará allí. Es mejor que no vengas.

—Qué calvario. Recuérdame que no vuelva a estar encubierta.

Rafaela le dedicó una sonrisa, le dio un abrazo con un beso en la mejilla y le dijo:

—Por cierto, quiero que me releven en mi misión.

—¿Por qué? —quiso saber Micaela asombrada por aquella petición tan inusual en su amiga.

—Porque acabo de enterarme de que Flavio es el chico con el que perdí la virginidad unos días antes de irme al ejército. ¿Te acuerdas que fuimos a una discoteca para celebrarlo?

—Sí, también celebramos tu décimo octavo cumpleaños. Te fuiste con un chico y no regresaste a tu casa hasta las ocho de la mañana. ¿Ese chico era Flavio?

—Correcto. Me está buscando.

—¿Cómo que te está buscando?

—Quiere encontrar a la chica que le dejó una nota en la almohada antes de que se despertara en la cama de aquel hotel. Creo que ha contratado a alguien para que la encuentre, para que me encuentre.

—¿Él sabe que eras tú?

—Me parece que no se ha dado cuenta. No le he dicho mi nombre. Me llama por mi apellido.

—Pues, entonces, sigue con tu misión. Solo sabe tu nombre y no se lo has dicho. No hay ningún problema —Micaela miró a su amiga sintiendo la ráfaga de amor que salía por su piel—. Estás enamorada de él.

—Creo que siempre lo he estado, en mi subconsciente. No quiero que estos sentimientos hacia él interfieran en mi trabajo.

—No lo harán, al contrario, te dará una razón más para querer protegerlo de todos los peligros a los que esté expuesto. Rafi, no te alejes de él. Con nadie más que contigo estará a salvo. Eres una de las mejores...

—¿Una de las mejores? —la interrumpió con el ceño fruncido.

—La segunda mejor, después de mí, por supuesto —Morales le dio un pequeño pellizco en el muslo y le dedicó una sonrisa—. En serio, no hagas que le ponga a otra como guardaespaldas cuando, estoy segura, estarás mordiéndote las uñas por saber cómo está.

—Está bien. Seguiré con mi misión.

Su amiga la abrazó para agradecersele y Morales se dirigió hacia el despacho mientras su compañera se quedaba en la recepción vigilando.

En cuanto los hermanos entraron en el despacho, Ferrán llamó a la guardia civil para preguntar por las nuevas noticias que pudieran tener sobre el caso. Estaba hablando con el comandante cuando vio entrar a Morales, pero no a

Micaela. Puso los ojos en blanco, colgó cuando terminó de hablar y salió del despacho.

Rafaela se sentó en el sofá al lado de Flavio que había apoyado los codos en los muslos y enterrado el rostro en sus manos.

—Debería ser yo el que tendría que estar muerto —confesó el hombre enjugándose las lágrimas que recorrían sus mejillas.

—No digas eso. Tal vez perdió el control.

—Imposible. He volado decenas de veces con Peter, ha sido mi instructor. Lo hemos pasado mal en alguna ocasión, pero siempre ha sabido resolverlo.

—Vamos a esperar los resultados de la investigación para sacar conclusiones. Estoy segura de que nos ayudará a entenderlo todo —le aconsejó la chica acariciándole la espalda.

—Eso espero porque todo esto me parece extrañísimo.

Capítulo 13

El teléfono del despacho de Ferrán en el aeropuerto sonó a las ocho en punto de la mañana sobresaltando a los hermanos y a Morales que se habían quedado dormidos en la silla y en el sofá.

Ferrán alargó el brazo para descolgarlo, tosió para aclararse la voz y preguntó:

—¿Diga? —Los ojos se le abrieron por completo al escuchar las noticias que la guardia civil tenía sobre el accidente—. Sí, claro. Tomaremos las medidas oportunas. Muchas gracias —miró a su hermano que se había incorporado en el sofá y lo informó—. No ha sido un accidente —apoyó los codos en la mesa—. Cortaron el tubo de combustible y los cables de los frenos entre otras cosas.

—Lo sabía. Sabía que no había podido ser un accidente. Peter era demasiado bueno para que un pequeño “accidente” lo hiciera caer.

—Ahora hay que preguntarse, ¿quién? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Y a quién iba dirigido realmente? Porque no creo que Peter tuviera un enemigo que quisiera verlo muerto —dijo Ferrán apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—Y mucho menos Frida —añadió Flavio.

—A lo mejor no lo conocíais tan bien. La gente cambia y guarda secretos —apuntó Rafaela acariciando la espalda tensa de su protegido.

—No lo creo. Hay algo que se nos escapa —pensó Ferrán en alto.

—Hermano, creo que... es posible que ese sabotaje fuera para mí —le confesó su hermano pequeño.

El semblante de Ferrán se puso aún más serio al mirar a su hermano.

—¿Por qué piensas eso? —quiso saber.

—Yo debería haber subido a ese helicóptero, no Peter. Lo cambié a primera hora ayer porque quería estar con Morales. Su padre ha muerto —añadió cuando vio la mandíbula en tensión de su hermano mayor.

—Pero ¿quién querría matarte a ti? Estamos en otro callejón sin salida —continuó Rafaela. No era bueno que empezaran a tener miedo.

—¿Y si han vuelto los que mataron a mamá y a...? —la pregunta de Flavio quedó interrumpida al ver la mirada negra y amenazadora de su hermano.

—Sabes que están en la cárcel y no van a salir de allí a menos que sea con los pies por delante y en un ataúd de hierro —ladró Ferrán con la voz aún más grave y atemorizante que nunca.

La puerta del despacho se abrió y Micaela asomó su cabeza dorada.

—Los empleados están llegando y murmuran sobre el accidente —les informó a los hermanos.

—Berta —llamó Ferrán por el intercomunicador—, ven al despacho.

Micaela le abrió la puerta a la chica dejándole paso y cerró detrás de ella.

—Berta, sentimos la pérdida de Peter. Ya sabes que puedes contar con nosotros para lo que haga falta, para ti y para tu bebé —le dijo Ferrán mientras Flavio se levantaba y abrazaba a la chica que había roto a llorar—. Puedes tomarte unos días libres para reponerte de este golpe, pero antes necesito que le des a mi chófer una lista completa y actualizada de nuestros empleados, incluyendo el servicio de limpieza. Los accesos y salidas que se han hecho con las tarjetas de los talleres y las grabaciones de las cámaras de seguridad.

La chica asintió con la cabeza. Flavio la dejó ir agarrada al brazo de Micaela y miró a su hermano.

—¿Crees que haya podido ser alguien del taller? —le preguntó a Ferrán que se había levantado y acercado a él.

—No lo creo, solo sigo las instrucciones de la guardia civil. Vamos, tenemos que hablar con los empleados —Ferrán salió del despacho y apretó el botón del intercomunicador para encender la megafonía—. Que todo el mundo vaya al salón de reuniones.

Berta le entregó la lista a Micaela, cogió su bolso y se encaminó con ella y Rafaela hacia el salón de reuniones.

Ferrán y Flavio las siguieron y ambos subieron al pequeño escenario al fondo de la enorme sala, aunque más bien parecía un hangar con muchas sillas plegables en filas. El mayor de los hermanos Merino encendió el micrófono y esperó a que todos se sentaran. Bajó un momento para pedirle los papeles a su chófer y volvió a subir.

—Buenos días a todos. Como ya sabéis, ayer perdimos a un gran hombre y a una estupenda mujer en un trágico accidente. La guardia civil ya está en marcha con la investigación para esclarecer lo que ha podido ocurrir. Os ruego que no habléis sobre ello en horas de trabajo y que apoyemos y ayudemos en la medida de lo posible a nuestra compañera Berta. Gracias.

Todos los empleados se levantaron y le dieron el pésame a la chica antes

de volver a sus trabajos.

—¿Puedes mandarlos tú? Tengo que irme —le preguntó Ferrán a su hermano entregándole los papeles.

—Claro. ¿Puedo ocupar tu despacho? Voy a quedarme por si vuelve a llamar la guardia civil.

—Vale. Mantenme informado —Ferrán bajó del escenario y se encaminó hacia Micaela—. Vamos. Berta, no dudes en pedir lo que necesites y vete a casa. Descansa y cuando te sientas con fuerza vuelves a tu puesto.

—Gracias, señor Merino.

La pareja emprendió el camino hacia el coche. Micaela abrió la puerta del piloto, pero Ferrán la cerró.

—No creas que me he olvidado de lo que pasó ayer —le dijo acorralándola entre el coche y su cuerpo.

—Yo sí lo he olvidado. ¿Qué pasó ayer? Ah, sí, le tiré a la piscina —respondió la chica riendo.

—No me refería a eso.

—Pues no hay otra cosa a lo que referirse.

—Sí que la hay. ¿Estás segura de que no te acuerdas?

—Segurísima.

—Muy bien. En ese caso, tendré que refrescarte la memoria.

Ferrán la besó con posesión y pasión, sosteniéndola entre sus brazos para evitar que pudiera escapar de nuevo.

La chica intentaba resistir aquél fuego devastador que la quemaba por dentro. No podía dejarse llevar por aquellos sentimientos que incluso podía saborear en su boca. Debía escapar, pero ¿cómo? Una idea pasó por su cabeza. Era demasiado brutal, pero no le quedaba otra. Tenía que cortar con todo aquello desde ya.

La joven se movió un poco para ponerse en un mejor ángulo, levantó la rodilla y golpeó la entrepierna de Ferrán con fuerza.

El beso se cortó al instante junto con un gruñido de dolor por parte de él.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó inclinado con las manos en sus partes vulnerables.

—Usted es el que se ha vuelto loco. No vuelva a besarme o lo denunciaré por acoso.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Ya le dije ayer que aquello no debería haber pasado. Y así debe seguir siendo. No me gustó ayer y no me ha gustado ahora. No vuelva a

hacerlo.

—Está bien. Me lo has dejado claro como el agua. Llévame con Teresa.

—¿Cuántas veces va a ver a esa mujer?

—Las que hagan falta —la voz del hombre cambió. Al parecer había estado equivocado con respecto a lo que había creído que ella sintió cuando se besaron en la piscina. Necesitaba hablar con Teresa.

Micaela hizo una mueca de disgusto al oír aquél nombre femenino, se sentó al volante y puso rumbo hacia la consulta. Aparcó en el descampado situado frente al bloque, sacó el móvil y vio que tenía mensajes de Isaac.

Ferrán se apeó del vehículo y cruzó la calle sin despedirse de su chófer.

La chica lo siguió con el rabillo del ojo hasta que entró en el portal y gritó con fuerza mientras golpeaba el volante con las manos. Necesitaba descargar lo que sentía de alguna manera. No sabía si podría aguantar mucho más tiempo aquella situación.

—Debes hacerlo, Micaela. Es tu deber, tu trabajo —se dijo a sí misma mirándose en el espejo retrovisor.

Desbloqueó su móvil, ignoró los mensajes de Isaac y buscó el número de la persona con la que necesitaba hablar en aquel momento.

—¿Diga? —preguntó la voz de Jesús por la otra línea.

—Hola, soy Micaela.

—Buenos días con alegría, caramelito. ¿Qué tal estás?

—Uf ¿Podemos empezar con una pregunta menos difícil?

—¿Qué ocurre, caramelito?

—Estoy en un problemilla sentimental.

—¿Un problemilla sentimental? Eso me huele a enamoramiento. Cuéntame.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio.

—Como empiece por el principio se nos hace de noche. Es un poco largo.

—Esas son las que más me gustan. Pero como seguramente tienes que seguir trabajando y tenemos un tiempo bastante limitado, pues resúmelo un poco, aunque no mucho —le dijo Jesús advirtiéndole que no se dejara ningún detalle en el tintero.

—¿Estás sentado?

—Ahora sí. Empieza.

—Vale. Ya sabes que hace cinco días que estoy como guardaespaldas encubierta de Ferrán Merino, desde ahora se llamará Gruñón. Desde el primer día que lo vi, sus emociones llamaron mi atención. Incluso en fotografía podía

sentir lo mismo que él.

—Desde ese accidente que tuvisteis las tres en el ejército no sois las mismas.

—Exacto. Como iba diciendo, sentía la culpa, la rabia, la furia a niveles desorbitados. Su carácter no ayudaba. No le he puesto el apodo de Gruñón por gusto. En una ocasión, me encontré con un viejo amigo del colegio, y las emociones de mi jefe me colapsaron, tanto que no sabía si lo sentía yo o él.

—Vaya, esto se pone interesante —la interrumpió Jesús dando un sorbo a la leche.

—Será para ti. Para mí es un quebradero de cabeza. Isaac y yo comenzamos a chatear por el móvil y, la verdad, no sé cómo dos personas pueden hablar tanto en una sola noche. Creía que el gusanillo del amor empezaba a bailar en mi estómago, hasta ayer.

—¿Qué pasó ayer?

—Ayer, Gruñón sonrió y me...

—¿Te qué? No me dejes en ascuas.

—Me besó.

—¿Te besó? Por Dios.

—Me besó. Sus emociones cambiaron drásticamente, sobre todo después de la primera consulta con Teresa —el nombre lo dijo con disgusto.

—¿Quién es Teresa y por qué la odias tanto? —quiso saber el hombre.

—Es la terapeuta de Gruñón y no es que la odie. No me cae bien, nada más.

—Ajá. O sea, que estás celosa.

—¿Celosa yo? Por favor, parece que no me conoces.

—Al contrario, porque te conozco puedo decirte con certeza que estás celosa.

—¿Vas a dejar de interrumpirme?

—Muy celosa —añadió confirmándolo con certeza—. Continúa.

—Bueno, que ese beso me descolocó. Es posible que Gruñón me guste un poquito, pero no puede ser.

—No te gusta un poquito, estás enamorada hasta la médula. ¿Y, por qué no puede ser?

—Porque es mi protegido. Soy su guardaespaldas, escondida detrás de un chófer. La primera regla es no enamorarte de tu cliente.

—Ya, claro. Pero la probabilidad de que algún día pasara está ahí. No puedes detener el destino. Cambiarlo sí, pero no detenerlo.

—El destino es un poco tocapelotas —Micaela lo puso en altavoz. El brazo le dolía ya de tenerlo en tensión.

—Esa boca, caramelito.

En cuanto esa frase salió del teléfono resonando en el interior del coche, la puerta del copiloto se abrió dejando paso a Ferrán que la miró con cara de pocos amigos.

—Tengo que dejarte. Hasta luego —la chica colgó antes de que Jesús hablara—. ¿A dónde lo llevo?

—Al concesionario, caramelito —respondió el hombre poniendo mala cara con aquella última palabra.

Micaela suspiró y se dirigió hacia el concesionario. Mientras esperaba a que su jefe regresara llamó a Isaac.

—Perdona que no te contestara. Estaba ocupada —se disculpó la chica descansando la cabeza en el reposacabezas del asiento y cerrando los ojos.

—No te preocupes. Como no has leído los mensajes, te lo digo ahora. ¿Cuándo tienes un día libre esta semana?

—El sábado por la noche. ¿Por qué?

—Porque quiero invitarte a cenar.

—En ese caso, me apunto.

—Fenomenal. ¿Te recojo...?

—No, mejor nos vemos en el restaurante.

—De acuerdo. Hasta el sábado.

Micaela colgó justo a tiempo. Ferrán se sentó y respondió la llamada de su móvil.

—¿Sí? Sí, soy yo. Sí, lo sé. Pues... —el hombre miró a la chica de reojo —. Sí, cuenten conmigo este año. De acuerdo. Muchas gracias. Llévame a mi casa —le dijo por fin a su chófer.

La joven arrancó el motor del *Lexus* y se incorporó a la autovía en dirección hacia la casa de Gruñón.

En cuanto Micaela aparcó en el garaje, Ferrán se bajó del vehículo y corrió hacia el interior de la casa.

—Qué prisas —murmuró la chica aún dentro del coche.

Como era lógico, la actitud del hombre había cambiado para con ella. El que lo amenazara de denunciarle por acoso lo había alejado, pero era lo mejor. Debía desenamorarse de él desde ya o todo aquello no acabaría bien para ninguno.

Un mensaje llegó a su móvil. Era Isaac con el nombre y dirección del

restaurante. Escribió un simple “OK” y lo envió. Tal vez tendría que darle una oportunidad a su amigo del colegio. Todo era más sencillo con él y, a estas alturas de su vida, no quería una vida amorosa complicada.

Desde que había tenido uso de razón había planeado casarse y tener hijos en un futuro. Lo había escrito todo por orden cronológico, todos los sueños que quería cumplir, incluso su vida profesional. Sacó un papel doblado y ennegrecido del bolsillo del pantalón, lo abrió y leyó mentalmente los pasos a seguir.

“1) A los 18 años, alistarse en el ejército.

2) A los 25 años, llegar a ser capitán del ejército de tierra.

3) A los 27 años, ser guardaespaldas.

4) A los 28 años, casarse.

5) A los 30 años, tener su primer hijo/a.

6) A los 32 años, tener su segundo hijo/a.

7) A los 65 años, jubilarse y dar la vuelta al mundo junto a su marido”.

Los tres primeros lo había conseguido a la edad indicada, pero el cuarto se le resistía. No había llegado a casarse, ni siquiera había encontrado al hombre adecuado. Se le estaba empezando a pasar el arroz, según su madre. Pero ¿qué podía hacer ella? Solo esperar a que su alma gemela apareciera en su vida de una puñetera vez.

Unos golpes en la ventanilla la hicieron levantar la mirada y guardar el papel. Ferrán abrió la puerta del coche y le dijo:

—¿Te vas a quedar ahí el resto del día?

—No —contestó la chica sacando la llave del contacto y apeándose del *Lexus*.

—¿Estás bien? —le preguntó el hombre preocupado.

—Sí, solo estoy cansada. ¿Va a salir?

—No. Puedes ir a descansar.

—Vale, gracias.

Micaela subió las escaleras de mármol con pesadez. Estaba agotada física y mentalmente. En cuanto entró en su habitación se tumbó en la cama y, en menos de un segundo, se quedó dormida.

Ferrán la siguió hasta que desapareció en su dormitorio, se acercó a la puerta y apoyó la oreja en ella. No se escuchaba nada. Se alejó para entrar en su cuarto cuando escuchó una música a lo lejos, pero que se acercaba con rapidez.

Marga apareció por el pasillo con el móvil de Micaela sonando en su mano.

—¿Ha visto a Micaela? —le preguntó la mujer acalorada por la carrera.

—Está durmiendo.

—Su novio la está llamando. ¿Qué hago, lo cojo?

—No. Dame, yo lo haré. Puedes ir a descansar, Marga.

—Gracias, señor. Hasta mañana.

Ferrán contempló la foto de Isaac en la pantalla del móvil y deslizó el botón rojo para cortar la llamada. Había un mensaje sin leer. Podía ver el nombre de un restaurante. Entró en su habitación y esperó a que el joven se desconectara. Lo dejó reposar unos minutos más por si acaso y leyó el mensaje.

—El sábado por la noche. Muy bien —murmuró bloqueando el móvil—. Allí nos veremos.

Capítulo 14

Un pequeño rayo de sol entró por la ventana de la habitación de Adam.

Gabriela se movió en la cama dándose la vuelta para quedar cara a cara con el hombre y abrió los ojos poco a poco, acomodándose a la luz de la mañana. Contempló el rostro de Adam unos segundos haciendo que las comisuras de su boca se elevaran formando una sonrisa de felicidad. Le acarició la mandíbula cuadrada con la punta de los dedos, pinchándose con la incipiente barba y despertándolo.

El hombre abrió los ojos y la abrazó pegándola a él con fuerza. Le dejó un beso en los labios y miró por encima del hombro de ella la hora que marcaba el despertador.

—Buenos días —la saludó rodando para quedar tumbado encima de ella.

—Buenos días. He tenido un gran sueño esta noche.

—¿Qué has soñado?

—Creo que tienes razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre vivir juntos. Deberíamos intentarlo, pero... —le advirtió haciendo desaparecer la sonrisa de los labios de él—. Pero no aquí, ni en mi casa.

—Entonces, ¿dónde? —quiso saber Adam extrañado.

—Jesús y yo hemos alquilado una casa con piscina para todo el verano. Nos mudaremos allí y si todo va bien cuando termine el verano, pues ya pensamos en donde seguir viviendo —le explicó.

—Una casa con piscina, ¿eh? De acuerdo. Me gusta la idea. ¿Cuándo nos mudamos?

Gabriela le sonrió, le dejó un beso en los labios y le susurró:

—Cuando quieras.

Adam le dio un beso y se levantó de la cama de un salto. Se acercó al armario, abrió el altillo y cogió dos maletas.

La chica se rio cuando él puso las maletas encima de la cama y las abrió para meter la ropa.

—No voy a darte tiempo para que cambies de opinión —le dijo Adam

cogiendo un montoncito de camisetas y pantalones y metiéndolos en la maleta.

—¿Se lo vas a decir a Alma o vas a venirte tú solo?

—Por supuesto, ahora se lo digo.

El hombre salió de la habitación corriendo y Gabriela lo escuchó despertando a la niña para darle la noticia.

La mujer sonrió al oír los gritos de alegría de la niña. Se llevó la mano al oído y preguntó a sus refuerzos:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Nadie ha intentado entrar —respondió Mayka.

—Bien, os mando la nueva dirección. Nos mudamos a un lugar más seguro. Descansad.

—Recibido.

La conexión se cortó justo a tiempo en el que padre e hija entraron en la habitación y se tiraron encima de la chica dejándole besos por todo el rostro.

—¿Puedo llamarte mamá? —le inquirió la pequeña agarrada al cuello de la chica.

—Lo vamos viendo —contestó Gabriela haciéndole cosquillas para quitársela de encima y respirar.

—Vamos a preparar la maleta. Ayuda a Alexa —le dijo Adam.

—Tú te acuerdas que tienes que trabajar, ¿verdad? —le recordó la joven levantándose de la cama y encaminándose hacia el baño.

—Pues sí que me acuerdo. Y tengo un as bajo la manga.

—¿Un as bajo la manga? —quiso saber la chica quedándose parada en el hueco de la puerta.

—Sí. Un as que, casualmente, vuelve hoy.

—Parece que lo tuvieras todo planeado.

—Si lo llego a planear no me sale bien —le dijo riendo.

Ya eran las ocho y media de la mañana cuando Adam y Alma esperaban en la puerta de entrada a Gabriela y Alexa, preparados con las maletas ya listas para llevarlas al coche e ir a la nueva casa.

—Vamos —las apremió la niña saltando nerviosa.

—Tranquila, la casa no se va a ir a ningún lado —le dijo su niñera cargando con su maleta seguida de su compañera.

—He llamado a mi hermano. Hay que recogerlo —informó Gabriela al hombre mientras cogía su bolso del respaldo de la silla.

—Vale. Vámonos, tropa —Adam las empujó con suavidad hasta el descansillo y cerró la puerta con llave.

Los cuatro bajaron hasta el garaje, metieron los bultos en el maletero y el hombre puso rumbo hacia donde Gabriela le indicaba. Estacionó en un paso de peatones y la chica corrió hacia el portal del bloque. Abrió la puerta y subió en el ascensor hasta la cuarta planta. Entró en su piso y casi se chocó con su hermano que salía de la cocina.

—¿Has preparado todo lo que te he dicho? —le preguntó a su hermano dejándole un beso en la mejilla.

—Todo guardado y algunas cosas escondidas. ¿Cómo has cambiado tan radicalmente de opinión sobre tu relación? —quiso saber Jesús dándole un bocado a una galleta con chocolate.

—Lo he pensado bien y así puedo protegerlo con mayor eficacia. ¿Qué mejor excusa para estar a su lado que ser su novia? Y también porque quiero.

—Lo sabía. Te conozco demasiado bien.

—Lo sé. Vamos.

Jesús ayudó a su hermana con las maletas y bajaron hasta la calle. Adam se bajó de la camioneta para saludar a su cuñado y abrió el maletero.

—Tenemos que ir al taller primero —le avisó Adam a la chica que se estaba abrochando el cinturón.

—Vale. Aprovecho y cojo mi coche.

El hombre puso rumbo hacia el taller, aparcó en la puerta y saludó al chico sentado en una moto.

—Buenos días, Arturo. Te presento a Gabriela, es la nueva administrativa. Él es mi empleado. ¿Qué tal las vacaciones? —le preguntó al muchacho.

—Encantado —estrechó la mano de la mujer—. Estupendas. Lo malo es volver al trabajo.

—Claro. Tenemos que hablar de un asuntillo. Vamos a la oficina —le informó Adam abriendo la puerta de aluminio.

—No vas a despedirme, ¿verdad? —inquirió Arturo con miedo.

—Por supuesto que no. Siéntate, por favor. Verás, he alquilado una casa para las vacaciones. Voy a cogerme unas vacaciones largas y quiero saber si te ves preparado para llevar el taller tú solo por un tiempo. Claro está, te buscaré una administrativa para que te eche una mano. Además, el sueldo aumentará hasta que regrese. ¿Cómo lo ves?

—Me halaga que confíes tanto en mí. Cuenta conmigo.

—Gracias, Arturo. Voy a venir esta semana para buscarte a la administrativa y dejártelo todo bien explicado —el muchacho le asintió y Adam regresó su atención a la chica—. Gabriela, dile a Alexa que se lleve la camioneta. Nos quedamos aquí y nos vamos en tu coche.

La chica avisó a su compañera y ésta se puso al volante para seguir las indicaciones de Jesús. Gabriela regresó al taller y se puso manos a la obra con el papeleo.

Alexa, Alma y Jesús llegaron hasta la casa alquilada. El hombre apretó el botón del mando para abrir la larga puerta negra y dejar ver la casa.

Los ojos de las chicas se abrieron de par en par al ver la edificación delante de ellas.

Una casa modular con la fachada blanca y las ventanas negras estaba delante de ellas. Los ventanales eran enormes y se podía ver el interior con facilidad.

—Deja la camioneta allí —le dijo el hombre señalando un techado anexo a la casa.

Alexa movió el vehículo y su mirada se desvió hacia las flores y árboles a su izquierda rodeando una piscina rectangular. Cuando el coche paró, Jesús se apeó y sacó las maletas. Subió los delgados escalones y entró por los ventanales del salón-comedor y cocina. Las tres estancias se habían integrado en una.

Las bocas de la chica y la niña cada vez se abrían más.

—Os enseñaré vuestra habitación.

Siguieron al hombre y entraron en la puerta de la izquierda al llegar a una pared con un zapatero blanco y otra puerta que daba al baño.

En cuanto el chico abrió la puerta y dejó las maletas encima de las camas, Alexa y Alma se miraron con una gran sonrisa en los labios.

La habitación era espaciosa, con las paredes pintadas en blanco, con dos camas gemelas y un armario empotrado enfrente de éstas. La ventana era grande, pero no había tanto peligro como con un balcón.

—Veo por vuestras caras que os gusta.

—Nos encanta —dijeron al unísono.

—Os dejo para que os instaléis. Mi habitación es la de enfrente. Si necesitáis algo, ya sabéis dónde encontrarme.

—Gracias. Ahora te ayudo con las maletas que han quedado en la camioneta —contestó Alexa.

—No tengas prisa. Voy a instalarme yo también.

A las dos de la tarde, la décima chica que había visto el anuncio de administrativa, salía de la oficina después de darle un apretón de mano a Gabriela.

La chica salió de la oficina y se acercó a Adam que arreglaba una furgoneta en ese momento.

—¿Me puedes explicar por qué tengo que elegir yo a la nueva administrativa? Tú eres el jefe.

—Sí, pero tú seguro que la elijas mejor que yo —Adam se limpió las manos en el trapo, la cogió de la cintura y la besó.

—Eres muy convincente —Gabriela miró hacia la puerta cuando escuchó el sonido de unos tacones. La undécima chica había llegado—. Voy a seguir. Me debes una muy grande —le advirtió a su jefe dejándole un beso rápido en los labios y alejándose para saludar a la muchacha.

El hombre la siguió con la mirada y una sonrisa dibujada en los labios. En cuanto la puerta de la oficina se cerró, el chico dio media vuelta y siguió con la reparación.

—Buenas tardes, soy Gabriela. Siéntate, por favor —le pidió a la chica castaña con mechas rubias y los ojos verdes como una esmeralda.

—Me llamo Karina. ¿Sigue disponible el puesto?

—Claro. Aunque me temo que por poco tiempo. Bienvenida, Karina.

—Gracias, Gabriela. Ponme al corriente —le dijo a su compañera cuando cerró la puerta de aluminio blanca.

—Al que me has visto besando es Adam Merino, mi protegido. Vamos a cogernos unas “vacaciones” y no quiero que el taller quede desprotegido. Tendrás que hacer de administrativa, pero atenta a lo que pase. Si ves algo

sospechoso, llámame —le explicó sonriéndole y gesticulando como si le hiciera la entrevista.

—De acuerdo. Solo una pregunta. ¿Desde cuándo te enrollas con tus clientes?

—Desde que le he conocido a él y me viene muy bien. Puedo estar cerca sin ninguna excusa mala.

—Vale. Mañana volveré para que me vayas explicando lo de administración.

—Hasta mañana y gracias de nuevo.

Ya casi eran las tres y Adam ya estaba preparado para cerrar. Dejó que la muchacha saliera, se despidió de Arturo y cerró con llave. Se acercó a la oficina y apoyó el hombro en el marco de la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Qué tal la chica? —le preguntó a Gabriela sin dejar de mirarla.

—Estupendamente. Mañana empieza a trabajar y así le puedo explicar cómo lo llevo todo.

—Genial. Ya queda menos para las vacaciones.

—Lista. ¿Nos vamos? —la joven recogió los papeles esparcidos por la mesa y apagó el ordenador.

—Vámonos.

Gabriela pitó para que su hermano abriera la verja, entró y dejó el coche detrás de la camioneta de Adam, en el camino de entrada enlosado con piedras. Bajaron del vehículo y entraron en la casa. El hombre estaba maravillado con la edificación, era espectacular.

Alma salió de la habitación y corrió a los brazos de su padre con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—Me encanta esta casa, papi. Sobre todo la piscina.

—Me alegro, princesa. ¿Qué te parece si la probamos?

—¡Sí! Voy a ponerme el bañador.

Adam la dejó en el suelo y la niña entró en el dormitorio junto a Alexa. El

hombre volvió la mirada hacia Gabriela, le dedicó una sonrisa traviesa y le preguntó:

—¿Te apuntas?

—Por supuesto.

—Las maletas están en vuestra habitación. He guardado la ropa en el vestidor —les informó Jesús sentándose en el sofá ataviado con un bañador y un polo verde pistacho.

—Gracias, hermano.

Después de cinco minutos, los cinco salieron al jardín, dejaron las toallas en una tumbona y se acercaron al borde de la piscina.

—Todos a la vez —les pidió Alma agarrada a la mano de su padre y Gabriela.

—Vale. A la una, a las dos y a las... dos y media —empezó a contar la chica—. Y a las... ¡tres!

Los cinco se impulsaron y saltaron hacia el agua salpicando el césped y las tumbonas con las toallas. Salieron a la superficie y Alma se rio.

—¡Qué chulo! —gritó contenta.

Pasaron la tarde dentro de la piscina jugando a la pelota y haciendo competiciones de natación.

—Los nadadores se preparan para empezar la carrera y ganar la gran medalla de oro rellena de chocolate —retransmitió Jesús sentado con Alma y Alexa en el borde de la piscina—. La carrera va a estar interesante. Hagamos una recopilación de las victorias de cada nadador. A la derecha tenemos a Adam Merino, ganador al estilo de mariposa. Y a la izquierda está Gabriela Vidal, ganadora al estilo de braza.

>>En esta carrera se decide todo. ¿Quién ganará? Nadadores, os recuerdo que el estilo elegido es de espaldas. Debéis tocar la pared del fondo antes de regresar. El primero que toque los escalones será el ganador —el chico se levantó y se quedó de pie en la pared del fondo de la piscina para comprobar que tocaban y no hacían trampas—. A mi señal. Preparados, listos... ¡ya!

Adam y Gabriela se impulsaron con los pies y comenzaron a nadar hacia atrás salpicando a Alma y Alexa que deban ánimos.

La chica tocó la pared un segundo más tarde que el hombre, pero no importaba. La recta final se acercaba y aceleró el ritmo alcanzándolo. Estaba a la misma altura y casi llegaron a los escalones cuando, por unos pequeños milímetros, Adam llegó primero.

—¡Y el ganador es Adam Merino! Señora y niña ha sido una competición

muy reñida, pero Adam ha conseguido la última victoria —comentó Jesús haciendo como si el público vitoreara.

El hombre miró a la chica que respiraba agitadamente por el esfuerzo, le ofreció la mano y la pegó a él cuando ésta se la estrechó.

—Has estado muy cerca —le dijo él dejándole un beso en los labios.

—No te preocupes, tengo todo el verano para ganarte —Gabriela lo besó, distrayéndolo para poder darle una ahogadilla.

La chica intentó alejarse mientras se reía, pero él la tenía atrapada entre sus brazos y la sumergió con él.

—Bueno, señoritas, me parece que estamos presenciando una pequeña revancha de enamorados —les dijo Jesús cogiendo la toalla de la tumbona y secándose los brazos y el pecho definido.

La mirada de Alexa solo sabía desviarse hacia el cuerpo del hombre. Era un movimiento involuntario que no podía controlar. ¿Cómo un chico que procesaba para ser sacerdote podía tener ese cuerpazo? <<¿Tendrán gimnasio en el seminario?>>, pensó con curiosidad la muchacha.

Alma se levantó y se acercó a los escalones de la piscina donde su padre y Gabriela se habían sentado. Le puso a su padre la medalla colgada en el cuello y le dejó un beso en la mejilla.

—Gracias por la entrega de la medalla, princesa.

—Y para la subcampeona un beso y un abrazo —le dijo la niña a la chica.

La joven la abrazó con fuerza y le dejó un fuerte y sonoro beso en la mejilla.

—Este premio es mejor —le confirmó Gabriela al hombre sacándole la lengua.

—Tengo hambre. ¿Qué vamos a cenar? —inquirió la niña.

—¿Qué tal unos *paninis* hechos por mí? —contestó Jesús dejando la toalla colgada de su cuello.

—¿Tú sabes hacerlos? —la niña parecía no creerlo.

—Claro, son muy fáciles. Ven, te voy a enseñar cómo se hacen.

Jesús, Alexa y Alma desaparecieron en el interior de la casa y Adam abrió la enorme moneda de chocolate ofreciéndole la mitad a Gabriela.

—Alergia al chocolate —le recordó negándole con la mano el trozo de chocolate—. ¿Qué te parece la casa? —quiso saber.

—Me encanta. El alquiler debe ser caro. Puedo pagar la mitad ya que vamos a estar aquí...

—No te agobies. Puedo pagarla. Pero si quieres aportar algo, te vas a

ocupar de la compra de víveres.

—¿De víveres? De acuerdo, eso es cosa mía.

—Vamos a cenar. Yo también tengo hambre.

Capítulo 15

Flavio colgó el teléfono por undécima vez y recostó la espalda en el respaldo de la silla del despacho.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Morales entrando y dejándole un café encima de la mesa.

—No. Siguen revisando todo lo que les mandé.

—No te agobies. Necesitan tiempo. En cuanto encuentren algo llamarán para informarte.

—Lo sé, pero me siento impotente. No puedo hacer nada para encontrar a los asesinos de Peter y Frida. ¿Y si se escapan? O lo que es peor, ¿y si lo vuelven a intentar con otros trabajadores?

—Los cogerán y pagarán lo que han hecho —Rafaela miró el reloj de su muñeca—. Flavio, tengo que irme. Quiero ver a mi madre.

—Claro. Vamos.

—No hace falta que vengas. No te preocupes.

—No voy a dejarte sola. No va a pasar nada porque me vaya unas horas. Además, les he dado mi móvil. Pueden localizarme si hay alguna noticia.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Vamos —el hombre se levantó cogiendo el móvil y salió del despacho.

Le dijo a la recepcionista dónde podía encontrarlo y se marcharon al cementerio donde la madre y los hermanos de Morales ya los esperaban para incinerar al padre de ésta.

La madre, los hermanos de Morales, Flavio y Rafaela le dieron el último adiós al padre de ésta y lo dejaron ir con lágrimas en los ojos. Le entregaron la urna con las cenizas a Pilar, la madre de la joven, y regresaron a la casa.

—¿Papá te comentó si quería que esparciéramos sus cenizas en algún lugar? —le preguntó su hija sentándose a su lado en el sofá.

—No, quería quedarse en casa. En nuestro hogar, con nuestra familia. Y

aquí se va a quedar.

Ya casi eran las nueve de la noche cuando el móvil de Flavio no había sonado en ningún momento. Lo miraba cada dos por tres por si se había ido la cobertura o la conexión y, a cada hora, llamaba al aeropuerto para saber si habían llamado al despacho. Pero no. Tampoco habían llamado allí.

El hombre estaba sumergido en sus pensamientos cuando el móvil, por fin, sonó. Miró el número y se desilusionó. No era la guardia civil. Se levantó de la silla y se fue hacia la cocina para contestar la llamada.

—Ya sé lo que me vas a decir. No has encontrado nada —contestó Flavio decaído. Nada le salía bien.

—Lo siento, señor. Es complicado encontrar a alguien con solo saber su nombre, sin apellidos.

Morales entró en la cocina para echarle un vistazo a las patatas que se estaban friendo para hacer una tortilla de patatas para cenar, le dedicó una sonrisa al hombre y regresó al salón.

El hombre la siguió con la mirada, observándola desde la puerta de la cocina mientras ella consolaba a su madre.

—Prueba con Rafaela Morales. 31 años. Pelirroja, ojos verdes. Un metro sesenta y ocho centímetros de altura. Quiero saberlo todo.

—De acuerdo. Intentaré tenerlo lo más pronto que pueda.

Flavio colgó y volvió al salón sin apartar su mirada celeste de la chica. Tenía la sensación de que era ella a la que buscaba desde hacía tantos años. Aunque también podía equivocarse. En el fondo esperaba que fuera ella.

Rafaela y Flavio llegaron de madrugada al piso de ella. La chica se quitó los zapatos en la entrada y se encaminó hacia el salón para sentarse con los pies encogidos en un rincón del sofá.

—¿Te apetece tomar algo? Puedo preparar algo rápido —le preguntó el hombre desde la puerta del salón. La chica no había probado la tortilla de patatas.

—No tengo hambre, gracias —contestó Rafaela dando unos golpecitos en

el sofá para que él se sentara.

El chico dio varios pasos hacia ella y se sentó a su lado cobijándola bajo su abrazo.

—¿Te quedas a dormir? —quiso saber ella.

—Por supuesto.

A la mañana siguiente, Flavio se despertó y miró a su derecha. Morales seguía dormida como un ángel, aovillada entre sus brazos. Se alejó con cuidado de ella y se levantó de la cama dirigiéndose al baño.

Cuando salió cinco minutos después, la chica se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos lentamente. Le dedicó una sonrisa al hombre y se estiró en la cama.

—Buenos días. ¿Has podido dormir? —le preguntó ella.

—Un poco. Tengo que irme.

—¿Te han llamado? ¿Hay alguna novedad?

—No, pero quiero estar allí por si llaman.

—Si me das cinco minutos me visto y voy contigo.

—No es necesario. Ve a ver a tu madre.

—Está bien, pero después iré contigo.

—Como quieras. Hasta luego —Flavio se acercó para dejarle un beso en los labios y se marchó.

Rafaela esperó a que la puerta se cerrara, se llevó la mano al oído y contactó con sus refuerzos por el auricular.

—Va al aeropuerto. En tres horas os relevo —les comunicó.

—Recibido.

La chica se preparó y salió de su apartamento caminando hacia la casa de su madre.

La casa se encontraba dos calles más abajo, por lo que no tenía que coger el coche. Llamó al timbre y le abrió su hermano Lucas. La saludó con un beso, un abrazo y una sonrisa.

Rafaela se dirigió al salón y vio a su madre sentada en el sofá sonriendo y llorando a la vez. La chica escuchó la voz de su padre proveniente de la tele, se sentó junto a su madre y observaron los vídeos domésticos que habían grabado durante los cuarenta y cinco años que habían estado casados.

—He decidido irme a Suiza con mi hermana —les informó Pilar a sus hijos.

—¿Por qué? —quiso saber Rafaela.

—Porque aquí hay demasiadas cosas que me recuerdan a vuestro padre y necesito respirar un poco.

—¿Te quedarás a vivir con ella? —le preguntó Eloy.

—Claro que no. Solo iré por unos días, para desconectar de todo este malestar —sus cinco hijos la miraban con tristeza—. No me miréis así. Necesito volver a respirar y aprender a vivir sin vuestro padre. No será fácil, pero tengo que intentarlo.

—Tienes razón, pero ¿no puedes intentarlo aquí? —le inquirió su hija.

—Cariño, todo lo que veo o escucho me recuerda a él. Así es muy difícil superarlo.

—¿Cuándo te irías?

—El viernes. Tenéis que buscarme el vuelo por el Internet ese.

—Yo te lo busco —respondió Valentín.

—Te vamos a echar de menos —le dijo su hija con las lágrimas agolpadas en los ojos.

—Y yo a vosotros, mis niños.

Los cinco abrazaron a su madre y Valentín cogió el portátil para buscar los vuelos hacia Suiza que salían el viernes.

—A ver. Desde Sevilla. Destino, Zúrich, Suiza. Avión directo. En turista. Fecha, 29 de junio. Solo ida. Buscar —informó el chico mientras lo apuntaba todo en la página web—. El más barato sale a 85€. No está mal. Y no vas a gastar en hotel.

—Vaya. ¡Qué invento este del *internet*! —se sorprendió Pilar mirando la pantalla del portátil.

—¿Te lo reservo? —le preguntó su hijo.

—Sí. Voy a llamar a vuestra tía.

Pilar cogió su móvil y llamó a su hermana. Rafaela la observaba sentada en el sofá. Las emociones de su madre cambiaban en un parpadeo, pero al final, se había quedado emocionada por aquél viaje que iba a emprender. Iba a ser difícil para ella y sus hermanos verla partir, sin embargo, era lo mejor. No podía verla sufrir y si así se distraía y no pensaba tanto en su pérdida, pues bienvenido sea.

Ya casi era la una de la tarde y Rafaela se levantó para despedirse. Debía seguir trabajando y Flavio la esperaba. Tenía la esperanza de que la investigación hubiera llegado a una nueva pista, aunque ella tenía muy claro que había sido un sabotaje dirigido hacia el pequeño de los hermanos Merino. No conocía a los asaltantes, pero los encontraría para detenerlos o, en el peor de los casos, matarlos.

La chica llegó al aeropuerto privado y llamó a la puerta del despacho. Flavio abrió la puerta con el móvil pegado a la oreja, le dedicó una sonrisa y regresó al escritorio. Rafaela cerró la puerta y se sentó en una de las sillas enfrente de él.

—Sí, de acuerdo. Muchas gracias por llamar —colgó el teléfono y miró a Morales—. ¿Cómo están tu madre y tus hermanos? —se levantó y se acercó a ella. Se inclinó apoyando las manos en los reposabrazos de la silla y le dejó un beso en los labios.

—Mejor, gracias. Mi madre se va el viernes a Suiza.

—¿A Suiza? ¿Por qué? —le preguntó sorprendido.

—Porque necesita respirar y allí vive su hermana, mi tía.

—¿Cuánto le cuesta?

—Ochenta y cinco euros. Solo ida. No sabe cuándo regresa.

—¿Ya lo ha comprado? —le inquirió Flavio con los ojos brillándole.

—¿Qué idea se te ha ocurrido? —Lo interrogó Rafaela conociendo aquella mirada—Y, sí, ha comprado ya el billete.

—Vaya, hombre —contestó con decepción—. Se me había ocurrido llevarla nosotros en uno de nuestros aviones. Así le sale gratis.

—No es mala idea, pero ya es tarde. ¿Con quién hablabas?

—Con la guardia civil. En los vídeos no ven nada sospechoso y tampoco en las entradas y salidas de los empleados. Así que siguen sin ninguna pista de quién ha podido ser.

—¿Almorzamos?

—Claro. Voy a llamar a mi tío para que nos prepare la mesa.

Capítulo 16

El fin de semana por fin llegó y, con ello, la cena de Micaela e Isaac. La chica había estado aquellos días atrás concienciándose de que al que de verdad quería era a su amigo del colegio. Se lo repetía cada vez que Ferrán mencionaba a la dichosa terapeuta a la que visitaba de lunes a viernes a las ocho de la mañana. La joven intentaba ignorarlo cuanto podía. Se alejaba de él para no meter la pata ni en su trabajo ni en el terreno sentimental. Podía sentir las emociones descontroladas del hombre y eso la mataba poquito a poco. Cada vez que la miraba de reojo sentía deseo, claro que lo sentía al igual que el de ella, multiplicado por dos. Pero no podía dar rienda suelta a todo aquello. Debía concentrarse en su trabajo y olvidarse del gruñón que la volvía loca en muchos sentidos.

La joven salió de la ducha, se acercó a la cama y se embutió en el vestido rojo ceñido y un poco fruncido en la cintura que se había comprado mientras esperaba a que su jefe saliera de la terapeuta. Se calzó con unos zapatos negros con el tacón de aguja, se peinó, se maquilló y cogió el bolso. Se cercioró de que todo estaba en su sitio y salió de la habitación con la mirada en el suelo. No quería ver la puerta del dormitorio de Gruñón. Bajó las escaleras y se metió en su coche.

Micaela llegó al restaurante donde Isaac había reservado una mesa y lo vio. Estaba guapísimo con aquel traje azul oscuro. Se bajó del vehículo cuando hubo aparcado y se acercó a él abrazándolo y dejándole un beso en la mejilla.

—Estás preciosa. ¿Cenamos? —le preguntó él dejándole paso.

—Sí, por favor.

El restaurante era todo lujo. Las lámparas de araña iluminaban las mesas cubiertas por manteles de tela blanca con una rosa bordada en una esquina.

—Guau. Un plato de aquí debe de costar como la entrada de un piso —le susurró Micaela mientras seguían al maître hasta la mesa.

Isaac disimuló una carcajada y se sentaron.

—¿Saben lo que *tomagán*? —les preguntó el maître con acento francés.

—El mejor vino que tenga —respondió el chico ojeando la carta.

El maître hizo una pequeña reverencia con la cabeza y se alejó.

—Isaac, vas a tener que pedir un crédito para pagar esta cena. Con uno más baratito también me hubiera conformado.

—No te preocupes. Y no soy tan cutre como para llevarte a cenar a un McDonald o algún otro de comida basura. Pide lo que quieras.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

El somelier ya les había traído el vino y habían pedido la comida cuando la cara de Isaac se descompuso.

—¿Estás bien? —quiso saber Micaela preocupada.

—No mires, pero tu jefe acaba de entrar por la puerta.

—¿Qué? Imposible —la chica miró hacia atrás con disimulo y los ojos se le abrieron de par en par—. ¿Qué coño hace aquí? —murmuró con los dientes apretados. Volvió la mirada hacia su acompañante y le cogió la mano que tenía apoyada en la mesa—. Tranquilo, seguro que no puede quedarse sin reserva. Ignórale —le dijo acariciándole la mano con el pulgar.

—Creo que sí tiene reserva.

—No la tiene. Mira, todas las mesas están ocupadas.

—Está bien. No está aquí. Lo ignoramos y se irá.

—Exacto. ¿Qué tal te va en la academia de verano? —le preguntó Micaela para entretenerlo y que se olvidara de Ferrán.

—Estupendamente. Me lo paso genial con esos diablillos. Podrías ir algún día y hablar de tu trabajo.

—¿De mi trabajo? No creo que les interese ser el chófer de un rico gruñón —respondió ella sonriendo.

—¿Por qué no? Seguro que tienes anécdotas divertidas y eso sí que les gusta.

—Me lo pensaré.

—Menuda sorpresa. ¡Qué casualidad! —Dijo Ferrán agarrando la mano de su acompañante—. El mundo es un pañuelo.

—Un pañuelo demasiado pequeño. ¿Qué hace... —la pregunta de Micaela se quedó interrumpida por unos segundos cuando vio a la chica que lo acompañaba agarrada de su mano—, aquí?

—Supongo que lo mismo que vosotros, cenar —miró a su compañía cuando ésta tosió—. Perdón, ella es Teresa. Teresa, ellos son Micaela e Isaac, su amigo.

—Mi novio —rectificó ella lanzándole cuchillos con la mirada a su jefe

—. Teresa, ¿por casualidad eres terapeuta?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—No sabía que tenía permitido salir con sus pacientes.

—Bueno, Fer es más que un paciente para mí —contestó la chica con una voz rasgada, pero atractiva.

—Qué tengáis buen provecho. Vamos —Ferrán guio a la terapeuta hasta la mesa detrás de Isaac y se sentaron.

Micaela se terminó el vino que tenía en la copa de un sorbo y se levantó.

—Perdona, tengo que ir al baño —se disculpó con su amigo.

La chica cogió el bolso que había dejado en la silla de al lado y se encaminó hacia los aseos. Abrió la puerta de un manotazo y tiró el bolso contra la pared.

—Me cago en todo lo que se menea —murmuró con los dientes apretados. Se llevó la mano al auricular de su oído y gritó—: ¡Candy! ¡Ángela! ¿Dónde estáis?

—En la puerta del restaurante. ¿Qué pasa? ¿Por qué nos gritas? —quiso saber la primera con su voz dulce e inocente.

—¿Por qué no me habéis avisado?

—¿Por qué te vamos a avisar en tu noche libre? —preguntó Candy con incredulidad.

—Porque yo estoy aquí en el restaurante con Isaac.

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad!

—Y una mierda. Ha debido de averiguarlo de alguna manera. No sé cómo ni por qué, pero lo averiguaré. No os vayáis. Seguid vigilando.

—Recibido.

Micaela cogió el bolso del suelo, se miró en el espejo y se arregló un poco el pelo.

—Tranquila, pórtate como es debido y no te alteres. Ignóralo —se dijo retocándose los labios con el brillo labial.

La joven respiró hondo dos veces y salió del aseo tropezando y cayendo a los brazos de Ferrán que estaba apoyado en la pared, esperándola.

—¿Te encuentras bien? —le inquirió preocupado.

—Fantásticamente —contestó la chica alejándose con rapidez de él—. ¿Qué hace aquí? Y no me diga que ha sido una casualidad.

—Pues eso es lo que es. Vengo mucho a este restaurante y quería que Teresa lo conociera.

—¿Seguro? —la muchacha no estaba muy convencida de aquella

explicación.

—Muy seguro.

—Le pido que no nos moleste, al igual que nosotros no les molestaremos.

—De acuerdo. No tenía intención de molestaros.

—Genial, gracias —Micaela dio un paso para volver a la mesa, pero Ferrán la detuvo.

—¿Desde cuándo es tu novio?

—Eso a usted no le importa. Solo es mi jefe —se zafó del agarre y se marchó.

Con mucha dificultad, la joven le dedicó una sonrisa a Isaac y cogió la mano que él le ofreció.

—No sabía que éramos novios —le susurró dejándole un beso en la mano.

—Solo era cuestión de tiempo, ¿no?

—Cierto.

Ferrán regresó a la mesa con Teresa, sentándose enfrente de ella para poder ver a su chófer.

—Tere, ¿te gustaría acompañarme a una gala benéfica mañana? No quiero ir solo —le preguntó sin mirar a su empleada.

—Me encantaría, Fer.

—Mi chófer y yo te recogeremos sobre las nueve, ¿te parece bien?

—Me parece estupendo.

La conversación siguió y Micaela intentaba no prestar atención, pero era muy difícil.

Terminaron de cenar e Isaac pidió la cuenta. Ferrán y Teresa se levantaron y se acercaron a la mesa de la pareja.

—Ya nos vamos, pareja —les anunció Ferrán cogiendo el papel con la cuenta que traía un camarero—. Yo invito.

—No hace falta, gracias. Yo puedo pagarlo —Isaac le quitó la factura de la mano.

—No lo dudo, pero yo quiero invitaros.

—Ya le he dicho que no hace falta. Me puedo permitir esta cena o no hubiese venido.

—Bueno, ya está. Señor, váyase ya, por favor —le pidió Micaela con el

ceño fruncido.

—Vamos, Fer. Hasta otra y encantada de conoceros —Teresa tiró de su paciente para hacerlo andar y se marcharon.

Micaela miró a Isaac que había dejado su tarjeta de crédito en la bandeja de plata junto al papelito con la factura.

—Perdona por...

—No. No eres tú la que tienes que pedir perdón.

El camarero regresó para darle la tarjeta al chico y recoger los platos sucios.

—Gracias por la cena. Estaba todo delicioso —le agradeció la chica caminando hacia su coche.

—A ti por aceptar.

—Hasta la próxima.

—Micaela —Isaac la agarró de la mano, rodeó su cintura con la otra y la besó.

La chica le devolvió el beso rodeándole el cuello con sus brazos y pegándolo a ella con fuerza. Intentaba que aquel beso la abrasara por dentro y por fuera como una ola de fuego, pero no lo consiguió. Aquel beso le pareció insípido y aburrido.

Isaac paró y apoyó la frente en la de ella con la respiración agitada y una sonrisa en los labios.

—He soñado con este momento desde quinto de primaria —le confesó él.

Micaela fingió que también respiraba con agitación y le sonrió al oír aquello.

—Tengo que irme —le dijo deseosa de que la soltara.

—Te llamo mañana.

La chica asintió, le aceptó un pequeño beso en los labios y se fue. Conducía de camino a la casa Merino cuando sintió una opresión en el centro del pecho. Se llevó la mano al torso y respiró hondo varias veces. Entró en la finca, dejó el coche en el garaje detrás de la casa y subió a su habitación. Se quitó el vestido y los zapatos y se tumbó en la cama. Su móvil sonó cuando le llegó un mensaje de Isaac, pero no lo abrió. Buscó el número de Jesús y dudó. Era tarde. Si lo despertaba la regañaría y no tenía ganas de que la riñeran. Dejó el aparato en la cama y se quedó bocarriba, mirando al techo, hasta que escuchó un ruido proveniente de la habitación de Ferrán. La joven se levantó de la cama, abrió el maletín y observó las cámaras. El dormitorio estaba a oscuras. Una sombra se movió por la habitación cuando entró por el balcón y

se escondió en el vestidor.

—Mierda —blasfemó corriendo hacia la puerta—. Mariana, tenemos visita en la habitación de Ferrán. Ya sabía yo que ese balcón traería problemas.

—En cuanto pueda voy. Aquí en la entrada también hay movimiento —contestó su compañera con la respiración agitada por la carrera.

—Candy, Ángela, ayudar a Mariana —les ordenó Micaela antes de salir de su dormitorio y entrar en el de su jefe.

—No pueden. No están —respondió Mariana.

Micaela caminó hacia el baño, abrió la ducha y se escondió detrás de la puerta.

El sospechoso no tardó ni dos minutos en entrar con una pistola en la mano. La chica se acercó con sigilo y le agarró del cuello en una presa con los brazos para dejarlo inconsciente, pero el hombre logró soltarse y arremetió contra ella. La golpeó contra la puerta y le asestó un puñetazo en el estómago para luego cogerla del cuello y levantarla del suelo mientras apretaba más fuerte. La joven levantó la pierna y le asestó una patada en la entrepierna. Cuando el hombre la soltó inclinado de dolor, ella le asestó un golpe con la culata del arma y lo dejó inconsciente. Escuchó cerrarse la puerta de la habitación y maldijo en silencio. <<¿Qué hago? Piensa, Micaela>>, se dijo escuchando los pasos que se acercaban al baño.

La chica cerró el agua después de mojarse y abrió la puerta saliendo del servicio ataviada con las bragas y el sujetador, y tambaleándose.

—¡Oiga! ¿Qué hace en mi dormitorio? —le preguntó la chica fingiendo que estaba borracha mientras se tapaba los pechos con las manos.

—¿Estás borracha? —inquirió Ferrán sorprendido.

—No —contestó ella disimulando la carcajada—. No me cambie de tema. ¿Qué hace en mi habitación?

—Este es mi cuarto. El tuyo está enfrente.

—Sí, hombre. ¿Para qué ha entrado en mi habitación? ¡Ay, madre! ¿No irá a propasarse conmigo?

—Claro que no.

—Uf, menos mal. Yo sabía que en el fondo, muy en el fondo, fondo, usted es buena gente —Micaela dio un paso hacia la cama y cayó encima mojada y riéndose.

—Vamos, anda —el hombre la ayudó a levantarse y la guio hasta la puerta.

—¿A dónde vamos, guapo? ¡Uy! Se me ha escapado. Es mi jefe, tengo que

tener más respeto hacia usted —salieron al pasillo y el chico la llevó hasta su dormitorio—. No me ha dicho a dónde vamos.

—Te estoy llevando a tu cama.

—¿Para qué? ¿Quiere dormir conmigo? Pillín.

—Si durmiera contigo por la mañana me denunciarías por acoso sexual.

—Ja, ja. ¡No, qué va! Si yo se lo pido no es acoso. ¿Se quedaría si se lo pido?

—En las condiciones en las que te encuentras, no. Por la mañana no te acordarías de que me lo has pedido y me denunciarías por acoso.

—Y dale con el acoso. Está usted obsesionado con eso.

—Nunca se había quejado ninguna empleada de acoso, así que le tengo respeto a esa palabra.

—Ah. Entonces, ¿todas se han dejado seducir por usted? —quiso saber la chica cayendo bocarriba en la cama, pero incorporándose con los codos apoyados en el colchón.

—No he seducido a ninguna.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? —Ferrán asintió con las manos apoyadas en las caderas—. ¿Alguna vez se ha enamorado?

—Una.

—¿Y qué se siente al estar enamorado?

—Todas las emociones a la vez. Felicidad con solo una sonrisa. Tristeza cuando paso solo un minuto sin verla. Alegría cuando escuchas su voz. Deseo cuando sus labios pronuncian tu nombre —el hombre observó el rostro de su chófer, ensimismada escuchándole. Él se quedó a unos centímetros de los labios de ella, con las manos apoyadas en el colchón—. Fuego cuando sus dedos acarician tu piel. Tú deberías saberlo. Estás enamorada de Isaac, ¿no? —se levantó dejándola tumbada con la respiración agitada y el corazón golpeándole con fuerza en el pecho.

La chica regresó del sueño y volvió a incorporarse.

—Por supuesto. Solo quería saber si le pasaba a todo el mundo. ¿Qué tal su cita con Ternera?

—Teresa —la corrigió—. Muy bien. Mañana me va a acompañar a una gala benéfica.

—Me alegro por usted. A lo mejor ella consigue que sonría de nuevo.

—Es probable. ¿Quién sabe? ¿Te ayudo a ponerte el pijama?

—No. No utilizo pijama. Da mucha calor y no puedo dormir —Micaela se puso de pie en la cama mirándole con una sonrisa traviesa y llevando las

manos al broche del sujetador—. ¿Si me quito la ropa interior pasa algo?

—Creo que debería irme ya —Ferrán se dio media vuelta y agarró el pomo de la puerta.

—Aún no hemos acabado, entreténlo un poco más —le comunicó Mariana arrastrando al hombre inconsciente del baño hasta el balcón.

Micaela corrió hacia su jefe y cerró la puerta cuando él la abrió. Lo miró a los ojos negros que brillaban extrañamente y se echó a sus brazos, besándolo con pasión. El fuego que sintió aquella noche en la piscina volvió a aparecer, abrasándola de arriba abajo.

El hombre se quedó quieto durante unos segundos, frenando las ganas de cogerla en brazos y llevarla a la cama, pero fue inútil cuando sintió la piel caliente de ella rozando la suya. La agarró de la cintura levantándola y la llevó hasta la cama cuando ella le rodeó con las piernas. Cayeron en el colchón sin dejar que el beso bajara de intensidad, al contrario, cada segundo iba a más.

<<Micaela, ¿qué estás haciendo? Lo estás estropeando todo>>, se regañó sin poder parar aquella locura que ella misma había empezado.

—Ya está, jefa. Todo despejado —la informó Mariana por el auricular.

<<¿Y cómo hago para parar esto? Y peor aún, ¿cómo hago para no querer hacerlo?>>, se preguntó buscando en su baúl de ideas.

Los labios de Ferrán continuaban besándola por cada rincón de su cuerpo hasta que, sin previo aviso, se alejó de ella negando con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —quiso saber la chica con la piel ardiendo por el deseo.

—No voy a aprovecharme de ti. Quiero que recuerdes cada segundo, cada beso que te dé.

El hombre salió de la habitación rápido como una bala y se metió derecho bajo la ducha de agua fría.

Micaela se quedó petrificada en la cama, observando fijamente la puerta cerrada. Resopló decepcionada y cerró los ojos.

—Madre mía. ¿Estás loca, Micaela? —se preguntó en un susurro. No había podido parar y si él no lo hubiera hecho, a esas alturas estaría desnuda bajo el peso de él—. Loca de remate —sentenció tumbándose de lado y aovillándose avergonzada de su comportamiento.

Capítulo 17

Gabriela corrió junto a Alma por las escaleras mecánicas del centro comercial para llegar a las taquillas del cine.

—Eres rápida —la elogió la chica con la respiración agitada.

—¿Cuál vamos a ver?

—No sé. ¿Cuál te apetece a ti?

—Pues... Jurassic World 2.

—¿Te gustan los dinosaurios? —quiso saber la mujer.

—Sí.

—De acuerdo. Cinco entradas para Jurassic World 2, por favor —le dijo a la chica de la taquilla.

—¿Van a querer palomitas? Tenemos la oferta de dos menús medianos por cinco euros.

—Póngame dos menús.

Con las entradas ya en las manos, Gabriela y Alma bajaron hacia el restaurante donde Adam, Alexa y Jesús habían cogido sitio para cenar antes de ver la película.

—¿Cuál vamos a ver? —preguntó Adam separando las sillas de la mesa para que las dos se sentaran, cada uno a un lado.

—Jurassic World 2. Lo ha elegido ella —respondió la chica sentándose y cogiendo la carta para echarle un vistazo.

—Mmmm, me encanta Chris Pratt —añadió Alexa dando un sorbo a su bebida.

Terminaron de cenar y se encaminaron hacia el mostrador para comprar las palomitas y entrar en la sala para ver la película. En la sala solo había cuatro gatos. Se sentaron en sus butacas y Alma comenzó con las palomitas. Los anuncios empezaron y no parecía que fuese a entrar más gente.

Las luces se apagaron y la película comenzó. Las dos chicas estaban

atentas a la pantalla, pero también a cualquier movimiento sospechoso por cualquiera de los presentes.

La película llegaba a su fin y nadie había dado motivos para sospechar de ellos, aun así, las chicas no bajaron la guardia. Se levantaron de los asientos y se dirigieron hacia la puerta de salida. Rodearon el centro comercial hasta llegar a los ascensores y bajaron hasta el garaje.

Gabriela dejó que Adam condujera su coche y regresaron a la casa alquilada vigilada por Mayka y Rebeca.

El hombre aparcó detrás de su camioneta y llevó a su hija en brazos hasta la habitación que la niña compartía con su niñera. Alma se había quedado dormida por el camino y no quería despertarla. Gabriela los siguió para abrir la puerta y la cama mientras Alexa hacía una pequeña inspección para quedarse ambas más tranquilas.

Alexa le echó un vistazo a todo el terreno y contactó con los refuerzos.

—Todo en orden. Vamos a descansar —informó en un susurro.

—Recibido —contestaron sus compañeras al unísono.

La chica escuchó unos pasos a su espalda y se volvió con la mano preparada en el arma que llevaba escondida en la espalda.

—No hagas eso, te podría haber matado —le informó a Jesús soltando el aire que había contenido.

—Perdón, no volverá a pasar. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Supongo que sí.

—¿Cómo llegaste a ser guardaespaldas? ¿Por qué escogiste esta profesión?

—Por mi padre. Él también era guardaespaldas. El pobre esperaba tener, al menos un hijo, pero tuvo tres y las tres somos mujeres. Intentó por todos los medios que ninguna siguiera sus pasos, sin embargo, cuanto más nos lo prohibía más nos gustaba. Un día estábamos de compras en el centro comercial y tres hombres entraron en la tienda donde nos encontrábamos con la hija de su jefe. Nos escondió a las cuatro en los probadores y él se enfrentó a los ladrones.

>>Las cuatro nos asomamos, desoyendo sus órdenes, y lo vimos desarmándolos y dejándolos inmovilizados para que la policía se los llevara. Observamos las caras de miedo que los clientes habían tenido y, después, sus rostros alegres y aliviados cuando mi padre los capturó. Todos le dieron las gracias y aquello hizo que me decidiera —la chica caminó hacia la casa, al lado de Jesús, sonriendo al recordar la valentía de su padre—. Mis hermanas

cumplieron los dieciocho años y se alistaron en el ejército. Mi padre puso el grito en el cielo, pero nos apoyó de todos modos.

—¿Tú también te alistaste a los dieciocho? —quiso saber el joven con curiosidad.

—Sí. Casi le da un infarto cuando se lo dije.

—Me imagino. ¿Tus hermanas, entonces, también son guardaespaldas?

—Una es el refuerzo de Rafaela y otra el refuerzo de Micaela.

—Vuestro padre debe de estar angustiado, pero orgulloso de vosotras.

—Lo está, o eso espero.

Llegaron a la casa y se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Alexa miró a su espalda y le dijo:

—Mañana me cuentas cómo llegaste a la conclusión de que querías ser sacerdote.

—Hasta mañana.

La muchacha entró en la habitación y observó la bonita estampa que tenía delante. Adam y Gabriela se habían tumbado a cada lado de la niña y, mientras él le leía un cuento, ella acariciaba con suavidad el pelo negro de la pequeña con una sonrisa de felicidad en los labios.

—Y colorín colorado, este cuento se ha acabado —leyó el hombre cerrando el libro y levantándose con cuidado después de dejarle un beso en la frente a su hija.

Alexa los despidió con un gesto de la mano y se tumbó en su cama cuando se hubo puesto el pijama. Se quedó bocarriba, mirando fijamente el techo y pensando en el hombre prohibido que dormía en la habitación de enfrente. <<¿Qué le habrá llevado a querer ser sacerdote?>>, se preguntó con curiosidad.

Adam salió del baño anexo a la habitación y se tumbó en la cama, al lado de Gabriela, abrazándola.

—¿Sabes qué? —Le preguntó el hombre achuchándola con fuerza—. Podría acostumbrarme a esto muy rápido.

—¿A qué?

—A estar así contigo todos los días, a todas horas.

—¿Sabes qué? —Gabriela le dejó un beso en los labios—. Yo también.

El hombre le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y la besó con pasión rodando para quedar encima de ella.

Capítulo 18

Flavio cogió la bandeja con los filetes de lomo empanados y la fuente llena de patatas fritas, y las dejó en la mesa del comedor, delante de los hermanos de Rafaela. Se sentó al lado de Pablo, enfrente de Valentín, y miró la hora en el reloj de su muñeca. Casi eran las diez de la noche y no parecía que la diversión comenzara. Les echó un vistazo a los cuatro hombres y otro más detallado a Morales. Estaban tristes y decaídos por la partida de su madre. Debía animarlos o acabaría con una depresión de caballo él también.

—Levantaros, nos vamos —les dijo cogiendo la mano de la chica y tirando de ella.

—¿A dónde? —quiso saber Eloy.

—A vivir. Os voy a animar o acabaré deprimido en un rincón de esta casa.

Flavio los levantó a todos de las sillas y los guio hasta la salida. Cogió las llaves de la furgoneta de Lucas y cerró la puerta del piso. Los obligó a montarse en el vehículo de nueve plazas y se dirigió hacia los locales donde aparcó. Cogió la mano de Rafaela para ayudarla a bajar y los condujo hasta el karaoke.

—Buenas noches, canijo —saludó Flavio al portero del local.

El hombre de dos metros de altura, ciento cincuenta kilos de puro músculo y las manos tan grandes como dos raquetas de ping-pong lo abrazó con una sonrisa.

—¿Cómo tú por aquí, Grandullón?

—He traído carne nueva. Ellos son Eloy, Lucas, Pablo y Valentín. Y ella es Morales, mi novia.

—Vaya, vaya. Entrad —el hombre abrió la puerta del local y la música sonó con estruendo mientras una chica cantaba encima de un escenario.

La voz de la mujer llegó hasta sus oídos. Los gallos y gritos de ésta perforaban el tímpano y casi no acabó la canción cuando el animador la interrumpió al ver a Flavio entrando por la puerta.

—Bueno, ¿qué ven mis ojos? ¿Es real o estoy soñando? —El animador hizo sombra con su mano en los ojos para ocultarlos un poco del foco que tenía enfrente—. Señoritas y señores, acaba de entrar el hombre tres veces

campeón de karaoke del local “La Estrella”. Por favor, démosle un fuerte aplauso a... ¡Flavio Merino! ¡Qué cante! —gritó por el micrófono mientras un foco alumbraba al susodicho.

Flavio saludó con recato, pero pronto se vino arriba alabado por la muchedumbre y el animador. Miró a Rafaela con una sonrisa y le susurró:

—¿Te atreves a cantar conmigo?

—No tengo ganas de esto, Flavio.

—Venga, por fis. Cantamos una de Pimpinela y así puedes gritarme.

—¿Puedo gritarte yo en su lugar? —le preguntó Valentín.

—No, solo ella puede gritarme. Vamos. Desconecta un poco de todo —le aconsejó el chico apoyando su frente en la de ella—. Por fis.

—Vale, pero solo una.

—Hecho. Después cantarán tus hermanos —añadió cuando ninguno de los cuatro podían oírlo.

La pareja subió al escenario, cogieron los micrófonos y saludaron al animador.

—Señoras y señores, deleitémonos de estas voces. ¡Qué suene la música!

La música de “Olvidame y pega la vuelta” empezó a sonar y Rafaela tragó saliva. Estaba nerviosa delante de todos esos desconocidos con sus ojos clavados en ella. La letra apareció en las pantallas delanteras y traseras del escenario y la chica comenzó a cantar.

Los ojos de Flavio se abrieron como platos, sorprendido por la voz de ella. Era espectacular, tanto que le recordaba al tono de Malú.

La canción siguió sonando y, poco a poco, la joven se destensó, incluso parecía estar cómoda allí arriba gritándole a Flavio.

Sus hermanos disfrutaban de aquella escena sentados a una mesa y bebiendo unas cervezas.

Los aplausos resonaron en el local cuando la canción terminó. La pareja saludó al público y bajaron del escenario. Se dirigieron a la mesa donde los hermanos de ella se habían sentado y pidieron unas bebidas.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó Flavio mirando a sus cuñados.

Los cuatro se miraron y negaron con la cabeza.

—No pienso subirme ahí para hacer el ridículo —contestó Eloy dando un sorbo a su cerveza.

—Nadie hace el ridículo. ¡Ya lo tengo! Vamos a cantar una canción de los Backstreet Boys.

—Ni de coña —respondieron al unísono.

—¿Por qué no? —quiso saber Flavio.

—Esto lo tengo que grabar —se rio Rafaela sacando el móvil para grabarlos.

—No voy a cantar —sentenció Eloy.

—Ni yo —añadieron los demás.

—Venga, no seáis saboríos. Solo una canción, por fa —les pidió Flavio con las manos juntas y un pucherito en su boca.

—Que no.

—Pues nada. Pero os aseguro que antes de que acabe la noche conseguiré que cantéis, aunque sea una canción —les advirtió dando un sorbo a su cerveza.

Eran las doce de la noche y Flavio estaba a punto de cumplir su advertencia. Eloy, Lucas, Pablo y Valentín se habían estado hartando de cervezas, instigados por Flavio e ignorados por Rafaela que había averiguado el plan del hombre desde la primera ronda a la que invitó.

—¿Os animáis a cantar? —les preguntó Flavio con dificultad.

Había seguido el ritmo de sus cuñados y también estaba borracho.

—Por supuesto. Vamos —contestaron al unísono levantándose de la silla de un salto y volviendo a quedar sentados.

El equilibrio de ninguno era el mejor. Subieron al escenario a gatas, cogieron el micrófono con las dos manos y empezaron a moverse al ritmo de la canción “Quit playing games” de los BSB.

Rafaela sacó el móvil y los grabó mientras intentaba contener la risa.

Cuando la canción terminó, los cinco bajaron agarrados unos a otros y muertos de risa.

—Ha sido genial —les gritó su hermana aplaudiendo—. Deberíamos irnos ya. Es muy tarde.

—Hermanita, es sábado. Hay que divertirse —le dijo Lucas agarrándose a la mesa para no caerse.

—No, hermano. Ya es domingo. Y voy a tardar al menos una hora en acostaros a los cinco. Vamos.

—Está bien, pero con la condición de que volveremos otro día —le pidió Valentín.

—Claro. Y tendréis que cantar otra vez.

—Hecho. ¿Verdad, cuñados? —aseguró Flavio.

—Verdad —respondieron al unísono los cinco mientras afirmaban con la cabeza.

—Vamos, Backstreet Boys —los llamó la chica.

Rafaela encabezó la marcha hasta el coche, ayudando a todos para que entraran y se abrocharan el cinturón.

—La próxima vez llamamos a un taxi —murmuró ella impidiendo que Pablo cayera de espaldas a la acera.

Cuando consiguió que todos estuvieran dentro con los cinturones abrochados, se dirigió al piso de su madre. Los dejaría dormir allí a todos porque no estaba dispuesta a llevarlos a sus respectivas casas. Subieron en el ascensor, entraron en el piso y Rafaela los guio a sus habitaciones.

Los primeros fueron Lucas y Eloy que dormían en el mismo dormitorio desde que nacieron. Los segundos fueron Valentín y Pablo. Y, por último, Flavio. Lo llevó hasta la habitación que ella había ocupado desde niña y lo dejó caer en la cama.

—¿Por qué tu habitación da tantas vueltas? —le preguntó el hombre tumbado bocarriba en la cama mientras ella lo descalzaba.

—Mi habitación no es la que da vueltas, es tu cabeza.

—Pues va demasiado rápido para mi gusto.

—Vamos, levanta. Voy a quitarte la camisa.

—Mm, la camisa. ¿Hacemos cositas esta noche? —la voz de Flavio era seductora acompañada por su penetrante mirada celeste.

—No creo que te dé tiempo. En menos de dos minutos caerás dormido.

O no. Los dos minutos no habían pasado cuando Flavio se quedó dormido en los brazos de la chica mientras ella lo desnudaba.

—Vale, me he equivocado por un minuto —murmuró Rafaela dejando al chico de vuelta en la cama con cuidado.

Se desvistió ella, se desmaquilló, se tumbó al lado del hombre rodeándole la cintura con el brazo y se quedó dormida agotada por el trabajo que aquellos cinco le habían dado.

Capítulo 19

Micaela estaba sentada en la cocina tomándose un café y esquivando a Ferrán como podía. No podía mirarle a la cara después de lo que hizo la noche anterior. Se le caía la cara de vergüenza solo de pensarlo.

Marga se sentó enfrente de ella con un té y una sonrisa en los labios cuando la puerta de la cocina se abrió dejando paso a Ferrán. Los ojos negros del hombre se clavaron en su chófer, que tuvo que tragar saliva para poder hablarle sin tartamudear.

—¿Necesita algo, señor? —le preguntó Marga adelantándose a la chica.

—Solo recordarle a Micaela que hay que recoger a mi pareja antes de ir a la gala de esta noche —respondió el hombre sin apartar la mirada de la muchacha.

—Me acuerdo de ello, señor —apuntó la chica disimulando la tensión que sentía en aquel momento.

El hombre asintió y se marchó. La chica soltó el aire que había estado conteniendo y se relajó un momento.

La mirada escudriñadora de Marga se clavó en ella poniéndola nerviosa otra vez. Esa mujer parecía que podía leer la mente.

—Voy a limpiar el comedor —la mujer se levantó y desapareció por la puerta.

Pero no había pasado ni un minuto cuando la puerta se volvió a abrir para dejar paso a Ferrán.

—¿Se le ha olvidado algo, señor? —le inquirió Micaela levantándose de la silla de un salto.

—¿Recuerdas lo que pasó anoche?

—Sí, señor. Cené con mi novio, volví aquí y me acosté.

—¿Nada más?

—Nada más, señor. ¿Por qué?

—Por nada. Te espero en el coche en una hora.

El hombre salió de la cocina hecho una furia y subió los escalones de dos en dos hasta su habitación.

Micaela se dejó caer en la silla, apoyó los codos en la mesa y enterró la

cara en sus manos. Otra vez la opresión en el pecho que no la dejaba respirar. Cogió y soltó el aire un par de veces, buscó su móvil y llamó a Jesús.

—¿Diga? —preguntó el hombre por la otra línea.

—Hola. Ya sé que es tarde, pero tengo que hablar con alguien. ¿Puedo?

—Por supuesto.

Micaela inhaló y exhaló, y le contó a Jesús todo lo que había pasado.

—Me sigo preguntando por qué no puede ser —le inquirió él cuando la chica terminó de narrar.

—Porque es complicado. Le estoy mintiendo desde que lo conocí. ¿Cómo crees que se sentirá cuando lo descubra?

—Pero si es amor del bueno, lo olvidará.

—Ya, ahí está el problema. ¿Y si no es amor del bueno?

—En ese caso, el destino tendrá a alguien mejor reservado para ti.

—Pues está tardando en venir —se quejó ella caminando hacia su habitación para cambiarse los zapatos y bajar poco después al garaje.

—Ten paciencia, aunque ya sé que careces de ella. Solo te queda esperar lo que tenga que pasar.

—Gracias por escucharme.

—No hay porqué darlas. Ya sabes dónde encontrarme.

La chica se despidió de Jesús lanzándole un beso y colgó cuando Ferrán llegó al garaje detrás de ella. Los ojos color miel de la chica lo recorrieron de arriba abajo. Ese esmoquin negro y la pajarita le quedaban de miedo. <<Micaela, sé fuerte. Resiste>>, se dijo entrando en el coche después de él.

Por suerte, aquella vez el hombre se sentó en los asientos traseros, pero aún podía verlo por el retrovisor, con el pelo negro azabache engominado hacia atrás.

—Detente delante del portal, aunque te quedes en doble fila —le dijo el hombre mientras le enviaba un mensaje a Teresa para que bajara.

La chófer estacionó delante del portal, le abrió la puerta a la terapeuta y cerró con demasiada fuerza. Se sentó al volante y puso rumbo hacia donde se celebraba la gala.

—Estás preciosa —la agasajó Ferrán dejándole un beso en la mano con demasiada lentitud.

—Tú estás guapísimo.

Micaela puso los ojos en blanco y continuó el camino hacia la gala. Aparcó en el garaje subterráneo cercano al hotel y siguió a la pareja hacia el interior de la celebración.

El hotel era puro lujo, tanto que Micaela se estaba quedando ciega con tantas luces reflejadas en el mármol rojo del suelo.

En cuanto Ferrán entró en el salón, todos los presentes lo saludaron con entusiasmo y sorpresa.

La chica observó a su alrededor con las manos en la espalda, cerca de la pistola que tenía escondida.

Una leve música sonaba de fondo y Ferrán sacó a bailar a Teresa. De reojo, vio a su chófer pegada en una pared, observando a todos los que les rodeaban. La canción cambió y el hombre se ausentó un momento. Se acercó a recepción y cogió la llave de una habitación que el empleado le ofreció cuando comprobó la reserva.

Micaela lo siguió con la mirada y se le revolvió el estómago cuando vio que cogía la llave y se la guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta. <<Tranquila. No te alteres>>, se dijo intentando controlarse. Vio que su jefe volvía al salón y continuaba bailando con la terapeuta cuando no charlaba con alguno de los asistentes.

Ya casi era media noche y la fiesta aún seguía en su apogeo. Los camareros iban y venían con bandejas llenas de copas con champán, diversos vinos y algún que otro licor. Micaela continuaba en su posición cuando su móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. Miró quién era y descolgó.

—Isaac, no puedo hablar. Estoy trabajando.

—Lo sé. Estás preciosa en esa pared. Pareces un cuadro.

La chica miró a su alrededor y lo vio. ¿Qué hacía él allí? Isaac colgó y salió de las cocinas ataviado con el traje de los camareros y una bandeja con canapés en la mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la chica poniendo la mejilla para esquivar el beso dirigido hacia sus labios.

—Le estoy ayudando a mi hermana. Es la encargada del catering.

—¡Qué coincidencia!

—Sí. ¿Quieres bailar?

—No creo que ninguno de los dos debamos. Estamos trabajando.

—Ven —el chico la cogió de la mano, dejó la bandeja en una mesa y llevó a la chica hasta la terraza de la cocina—. Aquí sí podemos.

—Tranquila, yo vigilo —la informó Candy por el auricular.

—Está bien, pero solo una —le dijo Micaela a su amigo que le sonrió.

Las manos de él rodearon la cintura de la joven mientras los brazos de ella rodearon el cuello de él, apoyando la cabeza en su hombro.

—Te noto tensa —le susurró.

—Tendría que estar en el salón esperando a mi jefe. No quiero que tenga una excusa para echarme.

—No creo que se vaya todavía. Estaba muy feliz con su acompañante.

Los agujeros nasales de Micaela se dilataron para coger aire lentamente y soltarlo aún más lento. El solo pensamiento de aquella mujer tocándolo la estaba matando. Pero no iba a caer. Llevaba toda la noche aguantando y no iba a echarlo todo a perder.

—Ya, pero basta que no me vea para que se le antoje irse.

—Tienes razón. Será mejor que los dos volvamos a nuestro trabajo.

Isaac paró de bailar, le dejó un beso en la mejilla y la chica se fue. Micaela salió de la cocina y buscó a su jefe con la mirada.

—Está detrás de ti —la informó Candy desde la otra punta del salón.

La chófer iba a darse la vuelta cuando Ferrán llegó a ella, la cogió de la mano y tiró de ella hasta el ascensor de recepción.

—¿Qué hace? —le inquirió la chica cuando vio el rostro pétreo y la mirada asesina de él.

Ferrán no le contestó. Salió del ascensor cuando paró en la sexta planta, abrió la puerta de la habitación y tiró de ella hasta el interior.

La habitación blanca y gris estaba iluminada por decenas de velas repartidas por toda la estancia y alumbrando un camino con una alfombra de pétalos de rosas rojas que llevaban hasta la cama donde había hecho un corazón con más pétalos.

—Me parece que se ha equivocado de chica —le dijo Micaela sintiendo de nuevo la opresión en el pecho—. Iré a buscar a su... —la frase fue interrumpida por un beso del hombre.

—No me he equivocado —le susurró entre besos.

—¿Qué está haciendo?

—Lo que debí hacer ayer y no lo hice porque no te acordarías de nada.

—¿Ayer? —preguntó intentando parecer extrañada.

—Sí, ayer. Pero esta noche estás sobria y no pararé.

El hombre enmarcó el rostro de la chica entre sus manos y la besó con pasión, deseo, anhelo y posesión.

La voz de David Bisbal comenzó a sonar en la habitación con su canción “Cuidar nuestro amor”, y esa fue la gota que colmó el vaso. La resistencia de la joven llegó a su límite. Sus manos escalaron por el cuerpo del hombre deshaciéndose de la chaqueta del esmoquin y la camisa blanca con el fajín.

La ropa de ambos cayó al suelo mientras ellos caían en la cama. Los dedos del hombre dejaron una estela de fuego allí por donde acarició la piel ardiente de la muchacha, atrapada bajo su cuerpo.

—¿Micaela? —la llamó Candy por el auricular.

La chófer desconectó el auricular sin que su jefe se diera cuenta y dejó que la boca de éste la recorriera de la cabeza a los pies.

Ferrán trepó por el cuerpo de la chica regando cada rincón de besos. Plantó sus labios en los de ella mientras lentamente la invadía.

Sin embargo, la paciencia no era la mejor virtud de la chica. Levantó las caderas y lo introdujo por completo en su interior. Un escalofrío los recorrió y Ferrán se movió a un ritmo mortalmente lento para ella.

—Más rápido —le suplicó.

—Sh. No hay porqué acelerar las cosas.

El hombre la besó y, poco a poco, intensificó el ritmo respondiendo a sus súplicas. Las embestidas eran más rápidas y más salvajes. Sus bocas no se separaron en ningún momento.

Una nueva embestida hizo que la chica llegara hasta el cielo y bajara de golpe al paraíso cuando el hombre se dejó caer sobre ella, teniendo cuidado de no aplastarla.

Mientras se recuperaban, Ferrán no dejó de besarla en el cuello, en el hombro, en el rostro... No se cansaba de besarla.

—¿Qué hemos hecho? —le preguntó Micaela mirando al techo, pero volviendo la mirada hacia él cuando se incorporó para mirarla.

—El amor. Aunque espero no encontrar mañana una denuncia por acoso encima de mi mesa —le dijo dedicándole una pequeña y leve sonrisa.

—Podría, pero no lo voy a hacer.

—Menos mal.

—¿Cómo hemos llegado a esto? Es mi jefe.

—¿Puedes dejar de hablarme de usted y de repetir que soy tu jefe?

—¡Ay, madre! Isaac.

Un gruñido salió de la garganta de Ferrán y la besó.

—Ese nombre es tabú —murmuró.

—Acabo de engañarle con mi jefe.

—Se acabó, estás despedida. Ya no soy tu jefe. Y, sobre Isaac —pronunció el nombre con dificultad—, ¿de verdad estás con él?

—Yo diría que sí. Tengo que hablar con él —Micaela iba a levantarse, pero el hombre no se quitó de encima.

—No vas a verlo. Mándale un mensaje.

—¿Un mensaje? Eso es de cobardes y yo no lo soy.

—Pues voy yo contigo.

—¿Cómo va... vas a venir conmigo? No, ni hablar. Yo hablaré con él. A solas.

—Pero no ahora.

Ferrán la volvió a besar haciendo que se olvidara de aquella idea.

—Puede esperar a mañana —apuntó la chica dejándose llevar de nuevo.

Ferrán se despertó sobresaltado, miró a su izquierda y vio a Micaela durmiendo a su lado. Se movió con cuidado y se levantó de la cama para dirigirse hacia el baño. Se mojó la cara para dejar a un lado las pesadillas y volvió a la habitación.

La chica se había dado la vuelta y tenía los ojos abiertos y una sonrisa en los labios.

—Creía que había sido un sueño —le confesó ella siguiéndolo con la mirada hasta que llegó a ella y la besó.

—No ha sido un sueño.

—Deberíamos regresar a tu casa.

—¿Por qué? Yo estoy muy bien aquí —le dijo Ferrán aferrándola bajo su cuerpo.

—Yo también, pero hay que regresar a la realidad.

—Estamos en la realidad y no pienso moverme de aquí.

El hombre le dejó varios besos en el cuello y en el pecho.

—¿Por qué me lo pone...pones tan difícil? —le inquirió ella intentando aguantar las ganas.

—No es nada difícil. Además, solo son las cinco de la madrugada. ¿Crees que no se darán cuenta de nuestra llegada?

—Cierto, por eso llegaremos como empleada y jefe.

—No. Ayer te despedí.

—Ese despido no es oficial y ya te dije que el único que puede echarme es tu padre.

—De acuerdo, le diré a mi padre que te despida cuando volvamos.

—Necesito el dinero. Seguiremos como hasta ahora y aquí no ha pasado nada.

—¿Que no ha pasado nada? ¿Estás segura? Puedo refrescarte la memoria si no lo recuerdas con claridad —le propuso acariciándole el interior del muslo con la punta de los dedos.

El corazón de la chica golpeó en su pecho avisándola del deseo que se avecinaba.

—No, no. Para —Micaela se armó de valor y detuvo la mano de él justo a tiempo—. No hace falta refrescarme la memoria. Pero nuestra relación como empleada y jefe no puede cambiar.

—A ver si lo he entendido. ¿Me estás diciendo que mantengamos nuestra relación sentimental en secreto? —le inquirió extrañado.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que me miren como la novia del jefe. Y, seguramente, pensarán que quiero dar un braguetazo.

—No me convences.

La chica le dedicó una sonrisa y las tornas se cambiaron. Con una rapidez asombrosa, la joven se quedó sentada a horcajadas encima del hombre mientras le inmovilizaba las manos a cada lado de la cabeza. Se inclinó hacia él haciéndole cosquillas con el pelo dorado que caía en cascada, y le besó en los labios.

—Por favor, vamos a guardar el secreto. Por lo menos hasta que esté preparada para recibir las miradas condescendientes —le pidió la chica con una voz seductora y matándolo de deseo con el movimiento de su cadera en la entrepierna de él.

Ferrán gruñó de frustración cuando levantó la cabeza para besarla y ella lo esquivó.

—¿Lo harás? —lo interrogó la joven.

—Está bien, pero quiero dejar claro que no estoy de acuerdo.

—Gracias.

Micaela acercó sus labios a los de él, dejó de hacer fuerza para retenerlo y él volvió a dominar la situación.

Ya amanecía cuando Micaela y Ferrán se vistieron y regresaron a la casa como ella quería, siendo de nuevo empleada y jefe.

Sobre las doce de la mañana, a una hora considerable para llamar a una persona, la chica llamó a Isaac para poder quedar con él en alguna cafetería. Sin embargo, no sabía cómo, su amigo había entendido el porqué de su llamada.

—No te preocupes, Micaela. Os vi subir ayer a la habitación y, al no salir cinco minutos después, me imaginé lo que estaba pasando —le anunció él con la voz un poco abatida.

—Lo siento, Isaac. No fue mi intención hacerte daño.

—Lo sé. No pasa nada. Solo te pido una cosa.

—¿Cuál?

—Que te haga feliz.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la muchacha mientras una pequeña lágrima escurridiza resbalaba por su mejilla.

—Gracias —le dijo ella de corazón.

Capítulo 20

Los días pasaban y la relación de las tres guardaespaldas con los hermanos Merino, iba viento en popa. Cada día que pasaba y, sin proponérselo, se enamoraban más el uno de la otra.

Gabriela y Adam seguían viviendo en la casa alquilada junto a Alma, Alexa y Jesús.

Rafaela y Flavio habían decidido hacía solo unos días irse a vivir juntos al apartamento de él.

Y Micaela y Ferrán continuaban con su relación secreta. Sin embargo, algo sospechaban los más allegados. Ferrán cada vez sonreía un poco más y hasta parecía que su fuerte carácter se había aplacado considerablemente.

Micaela entró en silencio en la habitación de Ferrán, se acercó a la cama y se tumbó a su lado. Le acarició los labios con la punta de los dedos y le dejó un beso.

—Felicidades, Gruñón —le dijo despertándolo con una gran sonrisa de felicidad.

—¿Gruñón? —preguntó extrañado.

—Así te he llamado desde que te conocí con ese carácter tuyo, solo que nunca te lo he dicho porque eres mi jefe.

—Qué graciosa —Ferrán la atrapó en sus brazos y rodó para quedar encima de ella—. Gracias.

Sus labios atacaron la boca de la chica con pasión y deseo cuando el despertador sonó. El hombre ignoró el aparato estridente, pero Micaela no pudo.

—Tenemos que irnos —lo informó intentando resistir el ataque de deseo de sus besos y caricias.

—Soy el jefe, puedo tomarme el día libre y, además, es mi cumpleaños. Una razón más para faltar.

—Hoy no puedes faltar. Es la reunión mensual.

—Podría decirle a mi padre que lo haga él.
—¿Y qué excusa vas a darle?
—Que quiero pasar el día de mi cumpleaños en la cama con mi novia.
—Ahora el gracioso eres tú.
—Llevamos ya un mes juntos, ¿por qué sigues queriendo que nadie lo sepa?
—Porque no quiero ser el centro de atención.
—Pues vas a tener que asimilarlo. Algún día tendremos que decirlo.
—Pero ese día aún no ha llegado —le rodeó la cintura con las piernas y rodó para quedar encima de él—. Vístete, tenemos que irnos. Te espero en el coche —le dio un último beso y se fue.

Veinte minutos después, Ferrán entró en el garaje, se sentó en el asiento del copiloto y atendió la llamada de su móvil.
—Buenos días, hermano. ¡Felicidades! —le gritó Flavio haciendo que tuviera que apartar el móvil del oído para no quedarse sordo.
—Gracias.
—¿Lo vas a celebrar esta noche en el restaurante del tío?
—Sí, como todos los años. ¿Por qué?
—Por confirmar mi asistencia y la de mi novia.
—Hasta esta noche.
Estaba a punto de guardar el teléfono cuando volvió a sonar.
—¡Felicidades, tito! —le deseó Alma a voz en grito por la otra línea.
—Gracias, princesa. ¿Me has comprado algún regalo? —una sonrisa se dibujó en los labios del hombre.
—Sí, pero es una sorpresa. Se va a poner papi. Hasta luego, tito.
—Felicidades, hermano —le dijo Adam.
—Gracias. Nos vemos esta noche en el restaurante.
—Por supuesto.
Ahora sí logró guardar el móvil y miró a Micaela que lo observaba con una gran sonrisa de oreja a oreja.
—¿Por qué me miras así? —le inquirió extrañado.
—Porque se te ha iluminado la cara cuando has hablado con tu sobrina.
—Es la única que tengo. Pongámonos en marcha o no acabaremos nunca.

En toda la mañana, Ferrán no pudo salir de la sala de reuniones del concesionario para ver el balance mensual de cada una de las empresas, incluido el aeropuerto y, por suerte, a las tres de la tarde consiguieron terminar.

Micaela dejó el *Lexus* en el garaje y le abrió la puerta a su jefe que hablaba por teléfono. Le cogió el maletín y lo siguió hasta su habitación. Dejó el maletín encima de la cama y se disponía a irse cuando Ferrán se interpuso en su camino cerrando la puerta y colgando la llamada.

—¿No se te olvida nada? —le preguntó a la chica.

La joven miró a su alrededor para verificar que todo estaba en su sitio y clavó su mirada desconcertada en la de él.

El hombre se llevó el dedo índice a los labios y la acercó a él agarrándola de la cintura.

—Mi beso de hasta luego.

La chica le dedicó una sonrisa, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—Hasta luego —le dijo ella saliendo de la habitación.

Por fin llegó la noche y la celebración del cumpleaños de Ferrán. Padre e hijo ya estaban listos para ir al restaurante y entraron en el garaje donde Micaela y Mariana los esperaban apoyadas en el *Lexus*.

La mirada de Micaela recorrió el cuerpo de Ferrán de arriba abajo, extasiada por lo bien que se amoldaba el traje azul oscuro al cuerpo torneado del hombre. Éste le dedicó una sonrisa y le hubiera dado un beso si su padre no hubiese estado allí.

Las mujeres abrieron las puertas de los asientos traseros y los dos hombres se sentaron.

Micaela arrancó el motor y puso rumbo hacia el restaurante de Dante, el hermano de Gaspar. Se apearon del vehículo cuando la chica consiguió estacionar en un hueco y se dirigieron hacia el local en el que ya se podía escuchar la música y las conversaciones de todos los invitados.

En cuanto Ferrán entró, todos se acercaron a él para felicitarlo y abrazarlo. Adam se lo pensó durante unos segundos al ver a su padre al lado de su

hermano, pero su hija tiró de él para que se acercara.

Gaspar le dedicó una sonrisa a su hijo mediano y le estrechó la mano.

—Hijo, quiero disculparme contigo —le dijo el señor Merino bajo la atenta mirada de Ferrán y Flavio—. No tenía derecho a decidir por ti y lo lamento. Siento el daño que te hice y nunca podré perdonármelo.

El rostro de Adam estaba confundido y sorprendido. ¿Desde cuándo su padre reconocía sus errores? ¿Desde cuándo su padre se disculpaba? Miró a sus dos hermanos extrañado y ambos asintieron con la cabeza para confirmar que era verdad. No estaba soñando. Su padre se estaba disculpando de corazón.

—Fui injusto en juzgar a tu esposa sin conocerla antes y me arrepiento de ello —continuó Gaspar con los ojos celestes brillantes por las lágrimas que retenía por vergüenza—. ¿Me perdonas?

Adam lo observó con atención durante unos segundos y abrazó a su padre intentando contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

Ferrán sonrió y cogió a Alma en brazos.

—Papá, ella es Alma, tu nieta —la presentó dejándole un beso en la mejilla.

Gaspar ya no pudo contenerse más y las lágrimas resbalaron por sus mejillas cuando la cogió en brazos y recibió un beso de su nieta después de tantos años sin conocerla.

—Bueno, ya vale de lloriqueos. Estamos en una fiesta, así que ¡a bailar!
—gritó Dante antes de darle volumen a la música.

Micaela estaba apoyada en una pared, cerca de uno de los ventanales, observando que no había peligro ni sospechosos a la vista. Sintió que alguien se le acercaba y desvió la mirada hacia Ferrán.

—Si todos supieran que eres mi novia no tendrías que estar aquí sola —le dijo ofreciéndole un refresco.

—Gracias. No te preocupes, estoy bien.

—Pero...

—Te lo compensaré esta noche —le susurró la chica con una sonrisa pícaro.

—Vale, no insisto, de momento —le advirtió dando un sorbo a su copa de

champán.

—¿Por qué tú bebes champán y a mí me traes un mísero refresco? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Porque tú estás trabajando y yo no.

Flavio estaba bailando con Morales cuando su móvil vibró en el interior del bolsillo de su pantalón vaquero. Miró el número, se disculpó con la chica dejándole un beso y se alejó hasta la cocina vacía del restaurante.

—¿Qué has averiguado? —preguntó descolgando con rapidez. La curiosidad lo estaba matando.

—Debo decirle que me ha costado encontrar el historial de esta chica que, por cierto, es muy grande. Además, es la chica que buscaba.

—Lo sabía —la felicidad inundó el cuerpo de Flavio al descubrir que Morales, su Morales, era Rafaela, la chica con la que había estado soñando durante tantos años y con la que perdió la virginidad.

—Me veo en la obligación de decirle otra cosa sobre la señorita.

—¿El qué?

—Señor, Rafaela Morales no es en realidad auxiliar de vuelo.

—¿Ah, no? —la sonrisa de Flavio fue desapareciendo poco a poco.

—En realidad es guardaespaldas y usted su misión.

—¿Cómo que soy su misión?

—Su padre ha contratado a una agencia de guardaespaldas para que proteja a su familia. Micaela Velasco, copropietaria de la agencia, cuida de su hermano Ferrán. Gabriela Vidal de su hermano Adam junto a Alexa Martínez que se ocupa de su sobrina. Y Rafaela Morales le protege a usted —le explicó el detective leyendo el informe completo.

Flavio se acercó a una de las ventanas redondas de la puerta de la cocina y observó a la chica que bailaba con Alma y Gabriela.

—¿Señor Merino? —lo llamó el detective.

—Gracias por la información. Mañana tendrás tu dinero.

Flavio colgó sin poder creer lo que había oído. ¿Era posible que le hubiera mentado? ¿Por qué su padre no les había avisado de que había contratado a guardaespaldas?

—No puede ser verdad —murmuró.

¿Había sido mentira todos los besos y caricias que le había dado? Imposible. Aquello no podía fingirse con tanta facilidad. Se calmó, respiró hondo y salió de la cocina con una sonrisa forzada. Siguió bailando con Rafaela y su sobrina e intentó olvidar lo que el detective le había dicho.

—¿Estás bien? —le preguntó la chica con Alma en brazos.

—Sí, no te preocupes.

Había llegado la hora de que Ferrán soplara las velas de la tarta que Dante le había hecho con amor y delicadeza.

La tarta constaba de dos pisos y en el de abajo había clavado treinta y seis velas de colores.

Ferrán cogió aire y sopló apagándolas todas, ayudado por sus hermanos y su sobrina.

Micaela lo vio desde el ventanal con una sonrisa dibujada en sus labios que se desvaneció cuando vio un puntito rojo en la frente de todos los hermanos.

Ferrán estaba a punto de agarrar el cuchillo para cortar la tarta cuando escuchó a su chófer gritar:

—¡Al suelo!

Y poco después la sintió caer sobre él. Un segundo más tarde las balas volaban en el interior del restaurante haciendo añicos las botellas, las copas y el mobiliario de madera.

Micaela se arrodilló sacando un arma de su espalda y disparó hacia los tiradores que se acercaban por la acera.

—Ve detrás de la barra, ¡ya! —le ordenó a su jefe para ponerlo fuera del alcance de las balas.

Gabriela, Rafaela, Alexa y Mariana se apostaron detrás de unas columnas para devolver los disparos con sus armas.

Micaela se llevó la mano al oído y contactó con los refuerzos.

—¡Venid todas aquí! ¡Nos atacan! —les ordenó abatiendo a uno de los tiradores.

—Estamos de camino —contestaron al unísono.

La ráfaga de balas duró unos minutos que parecieron una eternidad y seis mujeres entraron en el local.

—¡Micaela! ¡Gabriela! ¡Rafaela! ¡Alexa! ¡Mariana! —gritó una de ellas llamándolas preocupada.

—Estamos bien —respondió Micaela saliendo de detrás de una columna. Se dio media vuelta y se asomó detrás de la barra—. ¿Estáis todos bien? —les preguntó a los Merino.

Gaspar asintió, ya que sus hijos parecían estar en otro mundo.

—¿Qué coño ha sido eso?! —gritó Ferrán incorporándose furioso.

—Hijo, puedo explicarlo —le dijo su padre intentando calmarlo.

Micaela dio un paso atrás. Por primera vez en su vida tenía miedo. No miedo por lo que pudiera pasarle a ella sino a lo que pudiera pasarle a él.

—¿Desde cuándo tienes una puñetera pistola?! —le inquirió a su chófer zafándose del agarre de su padre.

—Creo que es el mejor momento para tener una reunión familiar.

Gaspar llevó a sus hijos a la cocina con ayuda de Dante y les contó lo que pasaba.

—¡Estamos en peligro y a ti se te ocurre que lo mejor es ocultárnoslo! —Ferrán estaba furioso, pero no por la mentira de su progenitor sino por la de Micaela.

Los gritos cesaron cuando todos los invitados se habían marchado y los hombres Merino salieron de la cocina.

Flavio fijó su mirada en la de Rafaela que lloraba en silencio. Se acercó a ella con el ceño fruncido y le dijo:

—Quiero que te vayas de mi apartamento esta noche —y sin más se marchó.

Adam le quitó a Alma de los brazos a Gabriela.

—Tenías razón. Me has decepcionado. Estás despedida —se dirigió a la calle junto a su hermano menor.

Ferrán miró a Micaela con el ceño fruncido y casi con cara de asco.

—Ahora entiendo la insistencia de mantenerlo en secreto. Creo que ya tengo derecho a despedirte. No quiero volver a verte.

Los tres hermanos se montaron en la camioneta de Adam y se marcharon ante las súplicas de Gaspar y Dante.

Las tres chicas dejaron salir las lágrimas que se habían agolpado en sus ojos y una opresión en el pecho las impedía respirar.

Jesús se acercó a ellas y las cobijó bajo su abrazo para calmarlas.

Después de cinco minutos, Micaela respiró hondo, se acercó a Gaspar y le informó:

—Debería contratar a otra agencia. Gracias por todo y cuídese.

—Gracias a vosotras. Estoy seguro de que mis hijos entrarán en razón y volverán.

—Nuestro trabajo ha terminado. Mi tía se pondrá en contacto con usted para todo el papeleo. Adiós.

—Chicas, no podéis ir así —las intentó parar Dante.

—Ha sido un placer conocerte, Dante. Tal vez nos veamos alguna vez.

—Por supuesto. Podéis venir cuando queráis. Ya tenéis mi número —las abrazó a las tres y una lágrima recorrió la mejilla del hombre.

Micaela podía sentir su tristeza, podía sentir la tristeza de todos los que se encontraban en la sala, pero no podía dejar que aquello la hundiera. Se tambaleó hacia la salida y salió agarrada a Mariana.

Se repartieron en los coches de Candy, Bárbara y Rebeca, y se dirigieron a la agencia.

Vicenta las recibió con los brazos abiertos y preocupada por la palidez de sus rostros.

—Mis ángeles, lo siento mucho. El señor Merino me ha llamado y me lo ha contado todo. No tenéis que estar tristes, vosotras habéis cumplido con vuestro trabajo. Mañana mismo me ocupo del papeleo. Id a descansar. Mañana será otro día —la mujer le dejó un beso en la mejilla a su sobrina y le asignó a Mayka para que la llevara y se asegurara de que llegaba a su casa.

Micaela entró en su apartamento, se despidió de su compañera y cerró la puerta. Apoyó la espalda en la puerta y se deslizó poco a poco hasta el suelo. Las lágrimas brotaron de sus ojos como cataratas sin poder pararlas. Se aovilló en el suelo y lloró hasta que ninguna lágrima se quedó dentro de ella.

Capítulo 21

Dos meses después.

Todo estaba preparado para la recaudación de esa noche. Gabriela, Micaela y Rafaela dejaron los últimos jarrones en el centro de las mesas redondas, se miraron con una sonrisa de satisfacción y se marcharon al apartamento de la primera para cambiarse para la ocasión.

Micaela se estaba calzando con los tacones de aguja negros cuando su móvil sonó encima de la mesita auxiliar del salón. La foto de Isaac apareció en la pantalla. Descolgó poniendo el altavoz y se dirigió hacia el baño para maquillarse.

—Buenas noches, Isaac —lo saludó dejando el móvil encima del lavabo.

—¿Preparada para esta noche?

—Sí. Todo listo. En quince minutos salgo para allá. Dejaré tu nombre apuntado en la lista.

—De acuerdo. Por cierto, tengo que darte una noticia.

—¿Buena o mala?

—Espero que buena. Después hablamos.

—Hasta luego.

La chica se pintó los labios de rojo, se dio un último repaso al vestido negro largo un poco escotado y regresó al salón para coger su bolso.

—Gabriela, Rafaela ¿estáis listas?

—Sí —contestaron al unísono saliendo de la habitación de Gabriela.

—Vamos.

Las tres se dirigieron al hotel enfrente del edificio, saludaron al portero y, mientras Gabriela y Rafaela entraban en la sala asignada para celebrar la recaudación, Micaela le dio el nombre de Isaac al portero para que lo dejara pasar.

Cuando la chica entró en la sala, varias voluntarias más se acercaron a ella para agradecerle la ayuda.

En las mesas de la primera fila, las más cercanas al escenario, se habían sentado los niños y niñas del área de cáncer del hospital y sus caras radiaban felicidad cuando las diez voluntarias, incluidas Gabriela, Rafaela y Micaela,

se acercaron para saludarlos y jugar con ellos hasta que los invitados llegaron al salón.

Micaela estaba haciéndole cosquillas a una niña cuando sintió una mano en su hombro. Levantó la mirada y se encontró con los ojos verdes de Isaac que la miraba con una gran sonrisa.

—¿Qué tal? No has tenido problema para entrar, ¿no? —le preguntó la chica dejando a la niña en la silla sentada y levantándose para darle dos besos en las mejillas al chico y un gran abrazo.

—Ningún problema. Gracias por la invitación.

—No hay de qué. ¿Qué tenías que decirme?

—Bueno, quiero que sepas que lo he pensado mucho antes de decidir lo que hacer. No ha sido fácil, pero creo que es la mejor decisión.

—No tengo ninguna duda de que has sido meticuloso en tu decisión.

Isaac abrió la boca para contarle la noticia, pero fue interrumpido por la música que comenzó a sonar y por la gente que empezó a entrar en el enorme salón dorado.

—Después hablamos —le dijo él alejándose para sentarse en la mesa de la esquina, al fondo del salón.

Micaela se volvió a sentar y entretuvo a los niños sentados a su alrededor hasta que todo el mundo se hubo sentado.

La recaudación marchaba bien, pero aún no habían llegado al mínimo para que las investigaciones siguieran adelante. La directora de la organización se reunió con las voluntarias en la mesa asignada para ellas y las informó.

—Chicas, esto es genial. Hemos recaudado una cantidad considerablemente alta, pero no llegamos al mínimo para las investigaciones. ¿Qué podríamos hacer para aumentar la recaudación?

Las diez se miraron sin saber qué decir. No se les ocurría nada.

—Bueno, yo... hace unos días vi una película. La protagonista ponía un stand de besos en una feria para recaudar fondos para fin de curso. Podríamos subastarnos nosotras, o más bien, un beso de nosotras, y así conseguir lo que nos falta —propuso Linda, una de las voluntarias más jóvenes.

La directora se quedó mirándola, pensando en lo que había dicho. Se incorporó unos segundos para echar un vistazo a los hombres del salón, apoyó

las manos en la mesa y sonrió.

—Es una idea genial.

—¿En serio? ¿De verdad piensas que estos hombres ricos van a dar dinero para darle un beso a alguna de nosotras? —le inquirió Micaela totalmente desconcertada con aquella propuesta.

—¿Y por qué no? Sois todas preciosas, con un cuerpo diez y alguno habrá desesperado por hincaros el diente.

—Yo flipo —dijo Rafaela con una carcajada y dando un sorbo a su copa de champán.

—Voy a anunciarlo. ¿Quién quiere ser la primera?

—La que lo ha propuesto —contestó Gabriela bebiendo agua.

—Estupendo. Vamos, Linda.

Las dos mujeres subieron al escenario y la directora encendió el micrófono. Carraspeó para aclararse la voz y comenzó a hablar.

—Buenas noches a todos y muchas gracias por asistir a esta recaudación de fondos tan especial. Y, por supuesto, gracias por vuestros donativos. Sé que todos habéis puesto de vuestra parte, pero me temo que no llegamos a lo mínimo establecido. Por esa razón, una de las voluntarias nos ha dado una idea para aumentar las donaciones. A mí me ha parecido original y, espero que a vosotros también.

>>Mis diez voluntarias van a subastar un beso suyo. Ya sabéis cómo van las subastas, ¿verdad? El que más puje se lleva el beso. Y, para empezar, será subastado el beso de Linda, ya que ha sido su idea —narró la directora.

Se echó a un lado con el micrófono para que pudieran ver bien a la chica y dio comienzo a la puja. Los hombres solteros se levantaron de sus asientos, observaron a la chica de arriba abajo casi sin pestañear y uno de ellos levantó la mano para ofrecer la inimaginable cantidad de mil euros.

Micaela, Gabriela y Rafaela se miraron con los ojos saliéndoseles de las órbitas. ¿Mil euros por un beso? El mundo se estaba volviendo loco.

Linda sonrió y varios hombres más pujaron hasta llegar a los cinco mil euros.

—¡Vendida! —Gritó la directora con energía—. Ven a recoger tu premio.

El hombre subió al escenario y besó a la chica con ternura.

Una a una las voluntarias fueron subiendo al escenario para ser subastadas hasta que solo quedaron Micaela, Gabriela y Rafaela.

Las tres se miraron. Ninguna quería subir a ese escenario. Volvieron la mirada hacia las mesas de los niños y tragaron saliva con dificultad.

—Todo sea por una buena causa —dijo Rafaela terminándose de un sorbo el champán, se levantó y subió al escenario donde la directora la esperaba.

—Muy bien, hombres. Ella es Rafaela. Voy a hacer un resumen de su vida porque no tenemos toda la noche —anunció la directora haciendo reír a los presentes—. Ésta chica ha sido militar, Comandante del ejército del aire ni más ni menos, pero actualmente es guardaespaldas. Como lo oís. Y debo decir que es una de las tres mejores que conozco. Como podéis comprender, su beso es más caro, pero valdrá la pena deshacerse de unos cuantos miles de euros por el beso de una heroína. ¿Quién hará la primera puja?

—Cinco mil euros —propuso un hombre en la segunda fila de mesas.

—Muy buen comienzo, sí señor —lo alabó la directora.

La puja siguió subiendo hasta llegar a los veinte mil euros.

—Veinte mil a la una, veinte mil a las dos y... —contó la directora.

Un nuevo e inesperado pujador salió a la luz.

—¡Cuarenta mil euros! —gritó el desconocido escondido detrás de un hombre altísimo y con el rostro serio.

—Vaya. Cuarenta mil a la una, cuarenta mil a las dos y... ¡vendida al desconocido del fondo! ¿Podría dejar que le veamos, por favor?

Rafaela tenía la mirada fijada en el fondo del salón con curiosidad por saber quién se había gastado cuarenta mil euros en un beso suyo.

El desconocido salió de detrás del hombre-armario y los ojos de la chica se abrieron de par en par al tiempo que su sonrisa se desvanecía.

—Menuda sorpresa. ¡Flavio Merino! —anunció la directora entusiasmada por su presencia en aquella recaudación.

En cuanto aquel nombre salió de la boca de la mujer, Micaela y Gabriela se levantaron de un salto y lo miraron. No podía ser él. Las dos observaron a su alrededor buscando a Ferrán y Adam, pero ellos parecían no estar allí. Se quedaron un poco decepcionadas, pero era lo mejor. Había sido un proceso doloroso olvidarlos y no querían volver a recaer en aquella pesadilla. Las dos se dejaron caer en sus asientos y miraron a su amiga. Las piernas le temblaban bajo el vestido azul marino largo.

—Suba a por su premio —lo apremió la directora haciendo que Rafaela volviera a la realidad.

La chica siguió a Flavio con la mirada hasta que llegó a la primera fila de mesas. La respiración se le aceleró, recordó la última mirada de él y bajó del escenario para salir corriendo del salón. No podía. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas sin control.

El hombre corrió detrás de ella, seguido de cerca por el hombre-armario que lo había ocultado.

Gabriela estaba dispuesta a ir con su amiga, pero Micaela la detuvo. Podía sentir lo que ambos sentían y necesitaban tiempo para hablar.

—Estará bien —le dijo para calmar a su compañera.

—Bueno, esto ha sido un poco extraño, pero vamos a seguir. Aún quedan dos chicas por ser subastadas. Señores, vayan sacando sus talonarios porque ahora le toca a Gabriela —informó la directora con entusiasmo.

La joven le dio un buen trago a su copa de agua y subió al escenario dedicando la mejor de sus sonrisas.

—Bellísima. Es amiga de Rafaela y guardaespaldas también, aunque anteriormente, Capitana del ejército de tierra.

—¡Cinco mil euros! —gritó el hombre de la tercera fila.

—¡Estupendo!

Las cantidades subieron hasta una cantidad a la que Gabriela no había llegado a ver ni en sueños.

—¡Veinticinco mil a la una, veinticinco mil a las dos...! —de nuevo la cuenta fue interrumpida por la voz de un hombre desconocido.

—¡Cuarenta mil euros! —exclamó el hombre levantando la mano por encima de la cabeza de otro hombre-armario con cicatrices en el rostro.

—¿Alguien más sube la apuesta? —Quiso saber la directora—. ¡Vendida por cuarenta mil euros! Recoge tu premio, hombre desconocido.

Todas las miradas se volvieron para mirar al fondo del salón y quedar con las bocas abiertas por la sorpresa de aquella presencia.

Los ojos de Gabriela se abrieron como platos cuando el rostro de Adam apareció. La mirada de reproche que él le había dedicado en su último encuentro llegó a su memoria. La chica se llevó una mano al estómago y con la otra se tapó la boca cuando una arcada subió por su garganta.

—¡Adam Merino, señoras y señores! Esto sí que es una sorpresa —informó la directora cada vez más emocionada por todo lo que estaba pasando.

Gabriela miró a Micaela unos segundos, pero antes de que Adam llegara al escenario, ella se marchó a toda velocidad. El hombre corrió detrás de ella seguido a su vez por el hombre-armario cicatrizado.

Micaela los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por la puerta. Se levantó de su asiento y echó un vistazo al salón. Por un lado quería que él estuviera allí, pero por otro lado, no quería. Estaba enfadada con él por la

manera en la que la había echado de su vida. Vio a Isaac en la esquina, de pie y sonriéndole mientras la saludaba con un movimiento de la mano. Ella le devolvió el saludo y la sonrisa, esperando extrañamente que él pudiera pujar por ella.

—Bueno, aún queda la última voluntaria, aunque no por ello la peor. Al contrario, Micaela es la jefa y amiga de las dos anteriores, además de la Capitana del ejército de tierra. Como ven, es preciosa y el ejercicio del ejército le ha dado estas espectaculares curvas que a más de uno vuelve loco. Vamos, solteros, pujen —narró la directora.

—¡Mil euros! —gritó Isaac levantando la mano.

La chica le dedicó una gran sonrisa agradecida y otro hombre levantó la mano para doblar la apuesta.

La puja cada vez subía más e Isaac casi no podía apostar. Tenía algunos ahorros, pero no tantos.

—Treinta y cinco mil a la una, treinta y cinco mil a las dos... —por tercera vez la cuenta de la directora fue detenida por una apuesta más de última hora.

—¡Cuarenta mil euros! —rugió la voz de un hombre escondido detrás de un hombre corpulento, ancho de espaldas y calvo.

Sin embargo, el anterior apostador no iba a quedarse callado.

—¡Cincuenta mil euros! —arremetió el apostador negándose a que le arrebataran el beso de aquel ángel.

—Vaya, parece que tenemos una pequeña disputa —observó la directora acercándose a Micaela.

—¡Sesenta mil euros! —contraatacó el desconocido sin siquiera inmutarse.

Micaela miró a Isaac, pero sabía que él no pujaría. Aquella suma de dinero ya se había ido de su presupuesto y, por lo que parecía, él tampoco podía ver al desconocido.

La cantidad subía a un ritmo escalofriante hasta que el desconocido llegó a los cien mil euros.

El primer apostador se quedó callado, pensando en si seguir o no. Negó con la cabeza y se retiró sentándose en su silla.

—¡Vendida por cien mil euros! ¡Madre mía! —gritó la directora nerviosa—. Venga a la luz y a por su premio, señor.

Micaela observó con atención y sus ojos se entrecerraron cuando vio al que menos esperaba que pujara por un beso suyo.

—¡Ferrán Merino! Vaya, los hermanos Merino al completo, señoras y señores. Recoja su premio, señor Merino —lo invitó la directora con demasiado entusiasmo.

Las manos de Micaela se cerraron en dos puños mientras apretaba los dientes para contener las ganas de pegar a aquel gruñón idiota. Las emociones de él llegaron hasta ella haciéndola tambalear y volver a sentir la opresión en el pecho y la falta de aire en sus pulmones.

Ferrán estaba a unos pasos del escenario cuando la chica salió corriendo del salón con lágrimas resbalando por sus mejillas. El hombre fue detrás de ella seguido del hombre-armario número tres y de Isaac.

Capítulo 22

Rafaela entró en el bar del hotel gritándole a Flavio que la dejara en paz, pero él no hacía caso.

Flavio le hizo una señal al hombre-armario que lo seguía para que se quedara atrás y cogió la mano de la chica para hacerla parar.

La joven hizo que las tornas cambiaran. Con un rápido movimiento llevó el brazo del chico a su espalda haciendo que hincara una rodilla en la moqueta del bar.

—Que me dejes en paz —le susurró al oído antes de alejarse de él hasta la barra. Le pidió una copa al barman y se la bebió de un trago.

Rafaela volvió la mirada hacia Flavio que continuaba arrodillado y se bebió la segunda copa.

—Está bien, me lo merezco. Debí dejar que te explicaras, pero entiéndeme tú a mí también. Cuando por fin te encuentro resulta que eres mi guardaespaldas. No es así como esperaba volver a encontrarte —gritó el hombre haciendo que todas las miradas se clavaran en ellos.

La chica le dio la espalda aguantando las ganas de llorar.

—Por favor, Morales. Te echo de menos. ¿Te acuerdas de nuestra primera cena en tu casa? Me preguntaste qué haría si llegara a encontrar a Rafaela —la chica se mordió el labio inferior reteniendo las lágrimas en sus ojos—. Te dije que primero la besaría, después le haría el amor y, por último, aunque no por ello menos importante, me casaría con ella —con una pequeña señal de él, el DJ cambió la música para poner la canción “¿Sabes?” de Reik, la canción que describía bastante bien su relación. Con este incentivo, las palabras de Flavio causaban más efecto en la chica.

La joven dio media vuelta para mirarlo y sus ojos se abrieron de par en par al verlo aún de rodillas y con un anillo de diamantes en la mano.

—Éste era el tercer paso, pero he decidido ponerlo en primer lugar. Rafaela Morales, mi primer y único amor, ¿me harías el hombre más feliz del mundo casándote conmigo? —añadió el chico con una gran sonrisa seductora en sus labios.

Rafaela se bebió de un trago la copa que tenía en la mano, respiró hondo y

caminó hacia él con el ceño fruncido. Se paró unos segundos delante de él y emprendió el camino hacia la salida con las lágrimas resbalando por sus mejillas. Siguió adelante con la mirada al frente y tropezando con un hombre. Por el rabillo del ojo vio a Flavio en la puerta del bar y sin pensarlo dos veces, enmarcó el rostro del desconocido y lo besó.

—¿Por qué has tardado tanto en venir, cariño? —le preguntó al hombre agarrándolo del brazo y guiándolo al interior del salón.

Flavio los siguió con la mirada desconcertado por todo lo que estaba pasando, se guardó la cajita de terciopelo rojo en el bolsillo de la chaqueta y regresó al salón. Ya la había perdido dos veces, no volvería a cometer el mismo error por tercera vez.

Buscó a Rafaela con la mirada y la vio hablando con el hombre al que había besado.

—Disculpe, señor Merino, ¿podría entregarme el cheque? —le preguntó la directora con una sonrisa amable en los labios.

Flavio la miró y recordó la subasta. Una sonrisa se dibujó en sus labios, miró a la chica y le hizo un gesto a la directora para que esperara. Emprendió el camino hacia Rafaela con las manos en los bolsillos y una sonrisa victoriosa en su boca.

—Perdón, ¿qué tal? Siento interrumpir la conversación, pero he venido a cobrar mi premio —se disculpó empujando al hombre sutilmente para alejarlo de la chica.

—¿Qué premio? —quiso saber la chica con el ceño fruncido.

—El premio por el que voy a pagar cuarenta mil euros.

—Debe de ser un gran premio para valer esa cantidad —dijo el desconocido dando un sorbo a su champán.

—La verdad es que sí, es un gran premio —respondió Flavio sin apartar la mirada de la chica.

La joven le negó con la cabeza advirtiéndole que no lo hiciera, pero Flavio la ignoró. La agarró de la cintura, la pegó a él y la besó apresándola con fuerza para que no pudiera huir o pegarle.

Rafaela intentó zafarse de aquel agarre, pero la tenía bien atrapada y sus labios no se lo estaban poniendo fácil. No quería que se diera cuenta de que sus besos eran su debilidad. La dejaban fuera de combate, aunque ella se negara a admitirlo. Sintió que los brazos de él se debilitaban y la chica levantó los brazos para rodearle el cuello. Sin embargo, Flavio la detuvo, le dedicó una sonrisa arrogante y le dijo:

—Cuarenta mil euros bien invertidos. Toda suya, amigo.

El hombre se dio media vuelta y se acercó primero a la directora para entregarle el cheque y después hacia Linda, la voluntaria que había propuesto la subasta.

Las piernas de Rafaela temblaban, su corazón latía con fuerza y su respiración se había agitado como con cada beso que recibía de aquel hombre. Se bebió el champán de un sorbo, respiró hondo y se sentó, o se caería al suelo tontamente.

La gala benéfica seguía adelante y el coqueteo de Flavio hacia Linda también. De vez en cuando miraba de reojo a Rafaela y, en alguna que otra ocasión, había sentido su mirada asesina clavada en él.

Rafaela se mordió el labio inferior por décima vez en una hora, desvió la mirada de Flavio y la clavó en el atractivo doctor Vergara que no dejaba de coquetear con ella, aunque ella había tenido algo de culpa al besarle en recepción.

—¿Por qué te especializaste en pediatría? —le preguntó la chica acariciándole el dorso de la mano con la punta de los dedos.

—Porque me encantan los niños. Son la inocencia personificada y, aunque parezca mentira, dan menos lata que los adultos.

—¿En serio? —una carcajada salió de la garganta de la joven cuando el doctor le asintió—. ¿Quién lo iba a decir?

Las carcajadas de Rafaela llegaron hasta los oídos de Flavio que no lograba concentrarse en el coqueteo con Linda. <<¿Por qué tiene que tocarle tanto?>>, se preguntó el chico al límite del infarto. Se levantó de la silla quitándose la chaqueta y entregándosela al hombre-armario que lo seguía a todas partes. Se acercó a zancadas a Rafaela, la cogió de la mano, tiró de ella y se la echó al hombro para llevársela de allí.

El doctor Vergara se levantó para rechistar, pero una mirada del hombre-armario lo acalló.

Flavio salió del salón, pidió una habitación en la recepción del hotel hablando por encima de los gritos de la chica y soportando sus puñetazos en la espalda. Cogió la tarjeta que el recepcionista le ofreció y entró en el ascensor.

—¡Suéltame! ¡Que me sueltes, imbécil! —le gritó la chica aporreando la

espalda del hombre.

—No voy a soltarte, así que cálmate.

—¡Suéltame! No quiero ir contigo a ningún lado.

—Pues no vas a tener más remedio que ir porque no te voy a soltar. Y me da igual que me pongas la espalda morada.

Los gritos de la chica se aplacaron al llegar a la séptima planta. Flavio abrió la puerta y dejó caer a la joven en la cama sin miramiento alguno.

—Quédate en la puerta, Iván. Te llamaré si necesito tu ayuda — le dijo al hombre-armario que le entregó la chaqueta.

En cuanto la puerta se cerró, Rafaela apoyó la espalda en el cabecero de la cama y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Parece que tienes guardaespaldas nuevo —le escupió son sorna.

—No he tenido más remedio. Despedí a mi último guardaespaldas injustamente —Flavio dejó la chaqueta en el brazo del sillón celeste enfrente de la cama y se sentó en él.

—Y te das cuenta de ello dos meses después.

—He tardado un poco en comprenderlo todo, pero tú también deberías entenderme a mí. En aquel momento solo pensé en que todo lo que habíamos vivido había sido una mentira.

—¿Incluso lo que sentía por ti desde hacía doce años? —Le inquirió la chica—. Descubriste que yo era Rafaela, a la que estabas buscando y, aun así, no me diste ni una oportunidad para explicarme.

—Lo descubrí esa misma noche, aunque ya tenía mis sospechas. Y no dejé que te explicaras porque estaba furioso y dolido. Pero, después de pensarlo durante una semana, día y noche, y la charla de mi tío Dante y mi padre, lo vi todo con mayor claridad. Quiero hacerte una pregunta y que me respondas mirándome a los ojos. ¿Fingiste lo nuestro?

Rafaela tragó saliva con dificultad, pero sin apartar la mirada de él contestó:

—No.

Una sonrisa se dibujó en los labios del hombre, gateó por la cama hasta llegar a ella y, cuando estaba a punto de besarla, ella apartó la cara.

—Eso no significa que te haya perdonado —le dijo levantándose para alejarse de él.

—¿Perdonado? —preguntó extrañado.

—Me hiciste daño, mucho daño, y no sé si podría volver a confiar en ti.

—Rafaela, te quiero y quiero que lo nuestro funcione.

—Con eso no basta. ¿Cómo sé que no volverás a desconfiar de mí? ¿Cómo sé que no volverás a irte sin dejar que te dé una explicación? No puedo dejar de pensar en eso. Y, si te soy sincera, mi corazón no soportaría un nuevo golpe por tu parte. Me niego a volver a sentir ese dolor —la chica se rodeó la cintura con sus brazos, intentando encontrar seguridad y fuerza para no caer en sus redes de nuevo.

—Cariño, nunca volveré a desconfiar de ti. He aprendido la lección — Flavio se bajó de la cama para acercarse a ella y abrazarla, pero la negación de ella lo detuvo a solo unos centímetros.

—No puedo.

—Sí, puedes. Podemos superar esto juntos. Por favor, dame una oportunidad para demostrártelo. Te prometo que en el momento en que tú digas que se acabó, te dejaré ir. No te detendré, pero deja que al menos lo intentemos —le suplicó el hombre con los ojos brillándole por las lágrimas retenidas.

—No creo que debamos. Volveremos a hacernos daño.

—No lo haremos. No nos haremos más daño —el chico no pudo resistirlo más y enmarcó el rostro de ella para que lo mirara a los ojos.

De pronto, los ojos de Rafaela se quedaron en blanco y el miedo se reflejó en su rostro. Las piernas le fallaron y Flavio la cogió en brazos y la tumbó en la cama preocupado.

—Rafaela —la llamó desesperado.

El helicóptero explotó al poco tiempo de despegar y los pedazos de metal cayeron al asfalto, alrededor de la chica.

—Rafaela —la volvió a llamar Flavio poniendo un paño empapado de agua en la frente de ella.

Los ojos de la muchacha volvieron a tomar color y se incorporó sobresaltada. Sudaba a borbotones y lloraba a lágrima viva sin que pareciera que tuviera consuelo.

—Tranquila. Todo está bien. Está bien —la intentó consolar el chico sin entender qué pasaba.

La chica se calmó un poco cuando Iván llamó a la puerta.

—Señor, acaba de llamar Berta. Tiene que hacer un vuelo hacia Barcelona. El piloto asignado está descompuesto —le informó el hombre-armario.

—Gracias, Iván.

—No —le dijo la chica agarrándolo para que no se fuera de su lado—. No

te vayas.

—Volveré lo antes posible.

—No lo harás.

—¿Cómo? —Flavio estaba desconcertado.

La joven respiró hondo y cogió fuerzas para contarle de carrerilla.

—Si queremos que nuestra relación dure, necesitamos comunicación y no tener secretos el uno con el otro —el hombre asintió y ella prosiguió—. Hace unos años, tuve un accidente en Afganistán. Los médicos no apostaban por mi vida, pero logré recuperarme.

>>Durante el mes que estuve en coma, tuve un sueño muy extraño y cuando desperté, esos sueños se hicieron realidad. Mi padre me dio la mano en uno de esos sueños y perdí el conocimiento. En el sueño vi a mi padre en el hospital, ingresado y recibiendo quimioterapia. No hice caso a ese sueño hasta unas semanas después, cuando todo fue real. Le habían descubierto un cáncer y debían extirparlo con quimio.

—¿Qué me estás queriendo decir? —quiso saber Flavio empezando a acojonarse un poco por lo que estaba oyendo.

—Que puedo ver algo del futuro. Se llama precognición y, normalmente, es para avisarme de algún peligro.

—¿Qué peligro?

—Si subes a ese helicóptero, morirás.

El rostro del hombre se descompuso quedándose blanco como la leche. Apoyó la espalda en el cabecero de la cama y fijó la vista en la pared de enfrente, pensando en todo lo que la chica le había contado.

—Flavio —lo llamó ella dos minutos más tarde.

La mirada de él se clavó en la de ella, se levantó de la cama, cogió la chaqueta y la mano de la chica y salió de la habitación.

—¿A dónde vamos? —le inquirió Rafaela intentando seguir el ritmo de él con los tacones.

—Al aeropuerto. Quiero comprobarlo.

—Lo sabía. Desconfías de mí, como siempre —contestó ella zafándose de su agarre.

—No estoy desconfiando, pero es un poco extraño que puedas ver eso, ¿no?

—No estoy loca, si es eso lo que te preocupa. Vamos, ya verás que no me lo he inventado ni imaginado.

Iván los llevó hasta el aeropuerto privado de la familia Merino y Flavio hizo que uno de los mecánicos fuera para echarle un vistazo al helicóptero.

—Señor, tenía razón. Alguien ha cortado los cables. Todos y cada uno de ellos —le confirmó el mecánico.

Flavio miró a Rafaela que se había sentado con las piernas y los brazos cruzados mientras asentía con la cabeza.

—Señor, ¿es posible que ella lo haya hecho? —le preguntó Iván en un susurro.

El joven miró al guardaespaldas y le dijo:

—No es nada viable esa hipótesis. Se cancelan todos los vuelos hasta nueva orden. Quiero que le echéis un buen vistazo a todos y cada una de las aeronaves del aeropuerto. Sin excepción —le ordenó al mecánico.

Flavio se acercó a la chica seguido del hombre-armario.

—Y ahora creerás que yo he tenido algo que ver en ese sabotaje —le afirmó la chica levantándose de la silla.

—No lo creo —respondió él, aunque no con mucha convicción en el fondo de su ser.

—Ya. Llévame a mi casa.

La joven emprendió el camino hacia el coche y apartó la mano del hombre cuando éste iba a cogérsela.

Iván estacionó enfrente del edificio de Rafaela y ésta se apeó seguida de Flavio.

—Que te vaya bien —se despidió la chica abriendo la puerta acristalada del portal.

—¿Que me vaya bien? ¿Te estás despidiendo de mí?

—Eso es exactamente lo que hago.

—¿Por qué?

—Porque acabas de hacer lo que dijiste que no harías. Has vuelto a desconfiar de mí. Nunca vas a confiar y nuestra historia se acaba aquí. No voy a sufrir de nuevo.

—Confío en ti al cien por cien.

—No lo haces. Flavio, es mejor dejarlo aquí o acabaremos mal. Espero que llegues a ser feliz.

—No seré feliz sin ti.

—Lo serás —la puerta acristalada se cerró alejándolos.

El hombre le pidió a la chica que abriera, pero ella subió por las escaleras con las lágrimas resbalando por sus mejillas como cataratas, entró en su apartamento, cerró con llave y dio rienda suelta al llanto aovillada en el suelo del recibidor.

Capítulo 23

Gabriela entró justo a tiempo en el retrete para vomitar. Adam entró detrás de ella, pero la chica le dio con la puerta en las narices al entrar en el cubículo con el inodoro.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

—¡Vete! —le gritó antes de volver a vomitar.

—Gaby, tenemos que hablar.

—Te equivocas, no tenemos nada de qué hablar. Lárgate.

—No me iré hasta que no me escuches.

—No quiero escucharte.

—Pues no vas a tener más remedio si te encierras ahí.

Gabriela cogió un poco de papel para limpiarse la boca, bajó la tapa del inodoro antes de darle a la cisterna y se sentó.

—¿Qué quieres? —le inquirió para que acabara lo antes posible y poder irse a su casa.

—Te echo de menos y Alma también —contestó Adam con la frente apoyada en la puerta—. He tenido tiempo para pensar y reflexionar sobre todo lo que pasó.

—Cincuenta y nueve días para ser exactos.

—Sí, muchos días. Y todos y cada uno de ellos te he extrañado. Siento haber actuado como lo hice, pero me sentí traicionado y...

—Y decepcionado.

—Sí, pero me he dado cuenta de que no puedo estar sin ti. Me haces falta, mucha falta, y mi hija también. Todos los días, a todas horas pregunta por ti y no sé cómo explicárselo —la voz del hombre estaba apagada.

—Yo también echo de menos a Alma. Es mejor que no nos veamos. Tenemos que seguir con nuestras vidas y tú decidiste que esas vidas se separaran.

—Lo sé y no sabes cuánto me arrepiento. Pero ahora estoy aquí para recuperar esa vida, juntos.

Gabriela intentaba que su llanto siguiera siendo silencioso, pero era muy difícil teniéndolo a tan poca distancia. Podía oler su colonia de Hugo Boss, la

que ella le compró en una ocasión.

—¿Dónde está Alma? —quiso saber la chica sonándose la nariz en el papel.

—Con mi padre. Son inseparables —el hombre dibujó una sonrisa en su boca y esperó unos segundos a que ella siguiera hablando, pero no lo hizo—. Gaby, te quiero.

Las lágrimas brotaban de los ojos de la joven como dos ríos embravecidos. No podía parar de llorar. Una nueva arcada la hizo levantarse y vomitar.

—Déjame entrar, por favor —le suplicó él.

—Ni hablar.

—Gaby, por favor. Al menos déjame saber qué te ocurre.

—Solo es un virus gastrointestinal.

—¿Has ido al médico?

—Claro —contestó como si hubiera dicho una estupidez.

—¿Por qué no te has quedado en tu casa, recuperándote?

—Porque ya había prometido asistir.

—Ya has cumplido tu promesa. Déjame llevarte a casa.

—No. Voy a quedarme un poco más. Quiero asegurarme de que recaudamos lo suficiente para las investigaciones y que los niños vuelven bien al hospital.

—Déjame ayudarte entonces.

—No hace falta. Ve con Alma, ella te necesita más que yo.

—Mi padre puede ocuparse de ella mientras yo me ocupo de ti.

—No quiero que te ocupes de mí. Quiero que te vayas.

—Pues tenemos un problema porque no me voy a ir.

Gabriela cerró las manos en dos puños, tiró de la cisterna, respiró hondo y salió del cubículo con el rostro serio. Se lavó la cara y se enjugó la boca.

—Haz lo que quieras, pero déjame hacer mi trabajo en paz —le dijo mirándolo reflejado en el espejo mientras se secaba las manos.

Tiró los papeles en la basura y salió del servicio a paso ligero y decidido. Entró en el salón donde se estaba celebrando la recaudación y se sentó en una de las mesas con los niños. En menos de dos segundos la hicieron reír y olvidarse de sus problemas, hasta que el problema volvió a entrar en el salón y no dejó de mirarla.

La directora se acercó a Adam con una sonrisa y le dijo:

—Disculpe, señor Merino. No me ha dado el cheque de la subasta.

El hombre la miró y recordó la puja. Le extendió un cheque a la mujer y clavó su mirada en la chica que reía mientras jugaba con los niños. Se acercó a ella con una sonrisa triunfante, la cogió de la mano haciendo que se levantara y la besó agarrándola con fuerza ante la reticencia de ella.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —quiso saber la chica intentando aparentar indiferencia ante aquél beso que la había desarmado.

—He cobrado mi premio —contestó él con la frente apoyada en la de ella, sintiendo su calor.

La joven necesitaba alejarse de él, pero no quería. Quería que se quedara así para el resto de su vida.

La música cambió a un ritmo más lento y la voz de Alejandro Fernández se escuchó por los altavoces cantando “Hoy tengo ganas de ti” junto a Christina Aguilera.

—Baila conmigo —le dijo el hombre guiándola hacia la improvisada pista de baile en el centro del salón.

Gabriela le rodeó el cuello con los brazos para seguir el ritmo y apoyó la cabeza en el hombro de él.

El estribillo iba a comenzar y Adam acercó la boca al oído de ella para cantarle:

Quiero en tus manos abiertas buscar mi camino,

Y que te sientas mujer solamente conmigo,

Hoy tengo ganas de ti, hoy tengo ganas de ti...

Quiero apagar en tus labios la sed de mi alma,

Y descubrir el amor, juntos cada mañana.

Hoy tengo ganas de ti, hoy tengo ganas de ti.

Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos de la chica al escuchar su sensual voz, casi tan parecida a la del propio Alejandro Fernández, cantándole aquellas palabras. Levantó la mirada para observarlo.

Adam le enmarcó el rostro con las manos y le enjugó las lágrimas con los pulgares al tiempo que le decía:

—Te quiero, Gaby. Y nunca podré dejar de quererte.

El chico se inclinó un poco y la besó con suavidad y ternura. Una luz blanca los arropó y la chica escuchó la voz de la mujer en su oído.

—Díselo.

Los ojos de Gabriela se abrieron para mirarla y volverlos a cerrar en negativa. No se lo diría, aún no.

Capítulo 24

Micaela salió corriendo del hotel derecha hacia su coche, y seguida muy de cerca por Ferrán que la agarró del brazo antes de que pudiera abrir la puerta del piloto.

—¡Suélteme! —le gritó la chica intentando zafarse del agarre.

—Tenemos que hablar.

—Se equivoca, señor Merino. No tenemos nada de qué hablar. Y le recuerdo que ya no soy su empleada, así que suélteme.

Ferrán abrió la boca para replicar, pero el grito de un hombre lo interrumpió.

—¡Micaela! —la llamó Isaac desde atrás del hombre-armario que impedía que se acercara a ella.

—No vas a irte hasta que no hables conmigo de lo nuestro —continuó Ferrán ignorando a Isaac.

—Ya le he dicho, señor Merino, que no tenemos nada de lo que hablar y, mucho menos, de lo nuestro, ya que, señor Merino, no hay nada nuestro —respondió la chica enfatizando las palabras y vocalizando con claridad.

—Deja de llamarme “señor Merino”, sabes que no me gusta. Vamos al restaurante del hotel para hablar con tranquilidad.

—Y dale Perico al torno. Usted y yo no tenemos nada de qué hablar. Ya lo dijo todo el día que me despidió.

—No lo dije todo. No dije lo más importante.

—Pues ya no quiero escucharlo, es más, le voy a decir lo mismo que me dijo usted a mí. No quiero volver a verlo. Váyase.

—¡Ya la has oído! Vete —añadió Isaac con una sonrisa triunfante en los labios.

—¡Fer! ¿Qué ocurre? He encontrado el móvil. Estaba en el coche —dijo la terapeuta siendo interceptada por un hombre vestido con un traje negro.

Micaela reconoció a la chica. Era la terapeuta a la que Ferrán visitaba todas las mañanas. Miró a su jefe con el ceño fruncido y se dio la vuelta para abrir la puerta del coche.

El hombre cerró la puerta de un manotazo y la agarró del brazo.

—Déjeme en paz —le advirtió la chica con los dientes apretados.

—No, hasta que me escuches.

—No quiero escucharle y tampoco quiero verle. Lo que quiero es que me deje de una puñetera vez y se vaya con su amiguita a otra parte —le gritó señalando a la terapeuta.

—Solo quiero que me escuches. Solo cinco minutos, por favor.

—¡Micaela! He decidido que sí, seré el padre de tu hijo —vociferó Isaac intentando deshacerse del agarre del hombre-armario.

El forcejeo de la chica y el hombre se terminó en menos de un segundo al escuchar aquello. La chica guio su mirada hacia su amigo con una sonrisa de oreja a oreja en los labios.

El ceño de Ferrán se frunció observando primero al chico y después a la chica. Aquella sonrisa tan feliz de ella hizo que su estómago se revolviera de celos. El hombre se agachó, se echó a la joven al hombro y se dirigió hacia el *Lexus* mientras sus dos guardaespaldas se ocupaban de Isaac y la terapeuta.

—¿Qué coño hace? ¡Suélteme ahora mismo! —le dijo Micaela sin parar de moverse para que la soltara.

El hombre no contestó. Abrió el coche, metió a la chica en los asientos traseros, se sentó al volante y se marchó a toda velocidad por la carretera.

—¡Pare el coche! —le gritó Micaela quitándose los zapatos y pasándose al asiento del copiloto.

Ferrán la ignoró y puso el seguro en los cerrojos de las puertas.

—¡Que pare el coche!

El hombre entró en el aparcamiento subterráneo del hotel y estacionó en un hueco vacío.

—¿Por qué me ha traído aquí? —quiso saber la chica al ver el letrero del hotel con luces de neón.

Recordaba aquel hotel con todo detalle. En una de esas habitaciones había estado con él, dando por fin rienda suelta a su pasión, a su deseo, a su amor. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, pero no las dejó salir. Tragó saliva y la congoja que se le había quedado atascada en la garganta.

Ferrán salió del coche, lo rodeó y abrió la puerta del copiloto.

—Sal —le ordenó el hombre con la voz grave y seria.

—No. Lléveme a por mi coche.

—Sal del coche o te saco yo.

Micaela levantó su mirada color miel hacia él y le dijo:

—No.

El hombre cogió aire, la agarró del brazo, tiró de ella para sacarla del vehículo y se la llevó al hombro de nuevo.

—Déjeme en paz. Al final voy a coger complejo de saco de patatas.

—Buenas noches, señor Merino. Su habitación está preparada —lo saludó el recepcionista detrás del mostrador de cristal templado.

—Gracias —Ferrán cogió la llave y se dirigió al ascensor.

Las puertas del elevador se abrieron y una pareja de ancianos se quedaron mirando a la extraña pareja que esperaban para subir.

—Disculpen, ¿me dejarían su móvil para hacer una llamada? —Les preguntó Micaela desde el hombro del hombre—. Este hombre me está secuestrando.

—No le hagan caso. Mi novia es una bromista. Que descansen. Buenas noches —respondió Ferrán antes de salir del ascensor y caminar hacia la habitación.

Abrió la puerta y dejó a la chica en la cama sin mucho cuidado. Ella se levantó y corrió hacia la puerta, pero él la detuvo cogiéndola por la cintura y pegándola a él.

—¡Suélteme, señor Merino, de una puñetera vez!

—No me hables de usted y no te voy a soltar hasta que no hablemos como dos adultos.

—Es muy terco, señor Merino. No quiero ni tenemos nada de qué hablar.

—¿Estás embarazada? —le inquirió pegando sus labios al oído de ella.

—Eso no es de su incumbencia.

—¿De cuánto?

—Eso tampoco es de su incumbencia.

Ferrán la soltó y Micaela se dio media vuelta para quedar frente a él.

La mirada negra del hombre estaba clavada en ella como si fuera una espada que la atravesaba.

—¿Es mío? —quiso saber él con la voz más suave.

La chica se quedó quieta, observando el rostro expectante de él. Podía sentir el nerviosismo del hombre y la emoción de que el hijo que esperaba fuese de él. Tragó saliva mientras se sentaba en el borde de la cama y respondió:

—No estoy embarazada —Ferrán estaba desconcertado—. Voy a inseminarme y le pedí a Isaac que fuese mi donante de esperma.

—¿Por qué?

—Porque siento que se me escapan las posibilidades de ser madre. Aún no he encontrado a ningún hombre y ya voy tarde con mis planes.

El chico se arrodilló delante de ella, le cogió las manos entre las suyas y le enjugó la lágrima que resbalaba por su mejilla.

—No se te escapa ninguna posibilidad. Y el hombre ya lo has encontrado. Caramelito, te quiero. Desde el primer día que te vi. Estos dos meses sin ti han sido un infierno y no sabes cuánto me arrepentí de irme sin dejar que me dieras una explicación.

—A buenas horas mangas verdes —la chica se soltó de las manos de él y se alejó enjugándose las lágrimas—. No puedo. ¿Cómo sé que no volverá a pasar? Me echaste de tu vida. Y creo que fue lo mejor. Tal vez eso nos sirvió para darnos cuenta de que no estamos hechos el uno para el otro.

—No digas eso. No fue lo mejor. Sin ti me he sentido perdido y no quiero que vuelvas a dejarme. Nunca —Ferrán llegó hasta ella en dos zancadas y le enmarcó el rostro entre sus manos—. Te quiero y quiero casarme, tener hijos y envejecer a tu lado.

Las lágrimas no dejaban de emanar de los ojos de la chica. Sabía que decía la verdad, podía sentirlo con total claridad, como si fuera de ella, pero no podía olvidar aquella fría mirada que le dedicó la última vez. Aquella mirada la había matado como si le hubieran disparado en el corazón.

Los labios de Ferrán se posaron en los de ella con suavidad y dulzura, sin embargo, ella lo alejó despacio y negó con la cabeza sin poder parar de llorar.

—No puedo. No quiero volver a sufrir ni que tú vuelvas a sufrir —le confesó la chica.

—Yo sufriré si no estás conmigo. Dame otra oportunidad, por favor. Prometo que no volveré a echarte de mi vida sin que me des una explicación.

—No es tan fácil. No tienes ni idea de cómo me sentí cuando me miraste y me dijiste que no querías volver a verme. Me mataste con aquella mirada.

—Lo siento. No debí hacerlo ni decirlo, pero entiéndeme. Me sentí engañado. Creí que lo nuestro solo había sido un engaño, una treta para poder estar a mi lado y protegerme. Sentí que solo lo habías hecho por trabajo.

—No lo hice por trabajo, aunque me ayudó para tenerte más vigilado.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Ferrán.

—Vuelve conmigo, por favor. Te necesito. Estoy harto de que ese armario

andante me siga a todos lados como una sombra. Tú eras más discreta y una alegría para la vista.

—Por algo soy la mejor en mi trabajo —le dijo la chica sin ninguna modestia.

—¿Vas a volver conmigo?

—¿Como empleada o como pareja?

—Ambas. Te quiero siempre cerca de mí, que nunca más te vayas de mi lado.

—Tengo que pensármelo. Últimamente tengo mucho trabajo, no puedo comprometerme con otro cliente.

—Tendré que aguantar al armario andante, pero sí puedes ser mi prometida. Para eso no tienes trabajo.

—¿Prometida? ¿Cuándo hemos pasado de novios a prometidos?

—Cierto, ha sido un poco brusco y muy poco romántico por mi parte — Ferrán se acercó a la cómoda enfrente de la cama y encendió la radio haciendo que la voz de David Bisbal sonara en toda la habitación cantando “Cuidar nuestro amor”. El hombre sacó una caja de terciopelo rojo del bolsillo de su chaqueta, se arrodilló delante de ella y le preguntó—: Caramelito, ¿me harías el inmenso placer de casarte conmigo?

La chica se quedó paralizada ante aquella inesperada propuesta. Las lágrimas brotaron de sus ojos como cataratas. Observó el rostro del hombre durante unos segundos y, después, respondió:

—Sí.

Una gran sonrisa de oreja a oreja se dibujó en la boca del hombre, le puso el anillo en el dedo, se levantó y la cogió en brazos para besarla. La dejó en la cama con cuidado y no dejó de besarla mientras ella le quitaba la chaqueta y le desabrochaba la corbata y la camisa.

—Te quiero. Te quiero... —le susurró él entre besos.

El sol entró por la ventana de la habitación del sexto piso del hotel, despertando a Micaela. Abrió los ojos lentamente, dándose la vuelta en la cama para que la claridad no la deslumbrara. Movi6 el brazo por el colch6n vacio y abri6 los ojos al instante. Se mir6 el anillo de plata con una peque6a piedra con forma de coraz6n y de color 6mbar en el centro, y se incorpor6

buscando a Ferrán por la habitación.

—¿Gruñón? —lo llamó levantándose de la cama.

Caminó desnuda por el dormitorio hasta llegar a la puerta del baño. Abrió la puerta y escuchó el agua de la ducha cayendo sobre el cuerpo desnudo del hombre. La chica entró de puntillas, abrió la mampara de cristal de la ducha y recorrió las gotas de agua que se deslizaban por la espalda del hombre.

—Buenos días, Gruñón —lo saludó rodeándolo con los brazos y dejándole un beso en la espalda mojada.

—Buenos días, caramelito.

El hombre se dio media vuelta, la pegó a él y la besó llevándola hasta el agua que caía de la ducha.

Las manos de él recorrieron el cuerpo de la chica hasta llegar al trasero para levantarla como si de una pluma se tratase.

La joven le rodeó la cintura con las piernas, apretándolo contra ella. Un pequeño grito de Micaela se quedó ahogado en el interior de la boca del hombre cuando su espalda tocó los fríos azulejos blancos con su piel ardiente.

La boca de Ferrán continuó por su cuello, besando la cicatriz de ella como si pudiera curarla. La penetró despacio, esperando que ella le suplicara, pero no lo hizo. La chica movió la cadera e hizo que la penetrara por completo. La embistió una y otra y otra vez hasta que sintió el estremecimiento de la chica al llegar al clímax. La sostuvo durante unos segundos más, después la dejó en el suelo de la ducha para enjabonarla y cogió un albornoz del perchero para arroparla con él y secarla.

—Tenemos que mirar la fecha —le dijo él anudándole el albornoz.

—¿Ya no sabes qué día es hoy? Sábado, veintinueve de septiembre.

—No me refería a esa fecha, sino a la de la boda.

—¿Ya quieres pensar en la fecha de la boda? —le preguntó sorprendida.

—No quiero darte mucho tiempo para que te lo pienses mejor y decidas no casarte.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la chica, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—Tienes razón. Hay que hacerlo rápido antes de que cambie de opinión.

—Qué graciosa te has despertado, ¿no?

—Sí, además de contenta y feliz al ver este anillo en mi dedo. Por cierto, ¿por qué una piedra ámbar y no un diamante?

—Por la sencilla razón de que el ámbar me recordó al color de tus ojos y el diamante no.

Alguien llamó a la puerta de la habitación interrumpiendo el beso de la pareja.

—Espero que sea una urgencia —gruñó el hombre alejándose de la chica para abrir.

—Señor Merino, ¿va todo bien? —le preguntó la voz grave de un hombre.

—Todo va estupendamente, Sebas.

—Estaré aquí fuera si necesita algo.

—De acuerdo, gracias.

La chica se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero de madera y siguió a Ferrán con la mirada mientras éste gateaba por la cama para llegar hasta ella.

—Tendremos que irnos —le dijo la chica enmarcándole el rostro entre sus manos para acercarlo un poco más a ella.

—No. Hoy no vamos a salir de esta habitación. Mañana, desgraciadamente sí, porque tenemos que almorzar en el restaurante de mi tío, como todos los domingos.

—¿Tenemos? —inquirió sorprendida.

—Tenemos. Tú vienes conmigo, caramelito.

—¿Por qué?

—Porque eres mi prometida y quiero que vengas conmigo. Además, tenemos que dar la noticia de nuestro compromiso.

—¿Tan pronto? ¿Y si cambio de opinión durante la noche?

—No vas a cambiar de opinión porque si, por casualidad, cambias de opinión te secuestro y ya está.

—Eso no va a pasar porque puedo reducirte en un santiamén. Te recuerdo que estuve en el ejército —respondió Micaela posicionándose mejor para poder rodar y quedar encima de él, inmovilizándole las piernas y los brazos.

—Ya, pero tengo un as bajo la manga.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Se llama Sebastián y está haciendo guardia en la puerta.

—Eso no vale —se quejó la chica acercándose a los labios de él, pero sin besarlo.

—Es mi guardaespaldas, por lo que hará lo que yo le mande.

El agarre de la chica dejó de hacer fuerza durante un segundo, lo que Ferrán aprovechó para deshacerse de ella, rodar y dejarla bajo su cuerpo.

—Se ha despistado, capitana —le informó el hombre agarrándole los brazos con una mano y desabrochándole el albornoz con la otra para, después,

llevar su boca al pecho de ella, capturándole el pezón.

La respiración de la joven se agitó, pero el hombre la torturó durante unos minutos más. Ese día iba a hacerle el amor hasta caer exhaustos. Tenía que recuperar los días que había pasado sin poder tocarla, besarla, acariciarla o simplemente verla, aunque solo fuera unos segundos.

Capítulo 25

El timbre del piso de Gabriela resonó en el silencio del apartamento despertando a la pareja que yacía desnuda en la cama de matrimonio. Los dos abrieron los ojos sobresaltados y se incorporaron en la cama mirándose con desconcierto. Ambos se levantaron y mientras Adam se abrochaba los pantalones, Gabriela se puso un albornoz y cogió el arma que tenía escondida en el cajón de la mesita de noche.

La pareja se encaminó hacia la puerta con los pies descalzos y en silencio. La chica miró por la mirilla y vio al hombre-armario con cicatrices en su rostro. Había visto a ese hombre antes. Miró a Adam escondiendo el arma en el bolsillo del albornoz y abrió.

—Señor Merino, deberíamos irnos —dijo el hombre cicatrizado.

—Buenos días, Santi. No voy a irme. Puedes tomarte el día libre. Yo voy a estar bien con ella.

—No puedo hacer eso, señor.

—Pues quédate en la puerta vigilando.

—Muy bien, señor. Aquí estaré.

—Gracias, Santi.

Adam cerró la puerta y miró a Gabriela encogiéndose de hombros.

—¿Es bueno en su trabajo? —le preguntó la chica sentándose en el sofá.

—Bueno, no tan bueno como mi antigua guardaespaldas, pero es aceptable.

El hombre se sentó a su lado dejándole un beso en la punta de la nariz y la estrechó entre sus brazos.

—¿Y de quién fue la culpa de que tu antigua guardaespaldas se fuera?

—Claramente mía.

Estaban viendo la tele cuando escucharon un porrazo en la puerta seguido de un grito:

—¡Gabriela!

Aquella voz la conocía. La chica se levantó de un salto del sofá y abrió la

puerta. En cuanto la puerta se echó a un lado, allí estaba el hombre-armario de rodillas y con el rostro colorado por la fuerza del brazo de Jesús en su cuello. No podía respirar.

—Jesús, suéltalo. Es el guardaespaldas de Adam —lo informó su hermana.

—¿Adam? —preguntó sorprendido al verlo detrás de su hermana. Soltó al hombre-armario y se acercó a su cuñado—. ¿Cómo tú por aquí?

—Ya ves. He recuperado lo que perdí.

—Estupendo, pero deberías cambiar de guardaespaldas. Es fácil dejarlo fuera de combate.

—Ya lo he visto. No sabía que supieras hacer eso.

—Yo enseñé a Gabriela.

—Bueno, hermanito, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en el seminario?

—Lo he dejado.

—¿Qué? —preguntó la pareja al unísono.

—Lo he dejado —repitió Jesús sentándose en el sofá.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? —quiso saber su hermana sentándose a su lado con la preocupación reflejada en su rostro.

—Tranquila, no es nada malo. Desde que me fui he estado pensando y he llegado a muchas conclusiones.

—¿Qué conclusiones?

—La primera, que la existencia de un ser superior no es muy cierta, hay muchas incongruencias. La segunda, que no puedo refugiarme, aislarme del mundo por lo que pasó hace tantos años. La tercera, que creo que he vuelto a vivir durante esas semanas con vosotros en aquella casa. Y, por último, quiero que me hagas un favor —contestó enumerándolas con los dedos.

—Cualquier cosa que necesites, ya lo sabes.

—¿Podrías contactar con aquel niño? Quiero hablar con él, saber que no fue mi culpa.

—Puedo intentarlo, pero tienes que saber que no te lo puedo prometer.

—De acuerdo. Inténtalo, por favor.

—Está bien. Dame unos minutos.

Gabriela cerró los ojos con la mano de su hermano entre las suyas y parecía que ya no estaba allí.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Adam observando cómo los ojos cerrados de la chica se movían rápidamente.

—Sh —respondió Jesús sin apartar la mirada de su hermana.

La joven abrió los ojos diez minutos después y clavó su mirada frente a

ella.

—Está aquí —le informó a su hermano.

—¿Está bien? —quiso saber Jesús.

La chica miró la reacción de la pequeña luz blanca y contestó:

—Lo está. Está feliz, libre y no tiene miedo.

—¿Seguro?

—Sí. No te culpa por lo que pasó. Aquel accidente fue su liberación, su salvación.

—Gracias —le agradeció a su hermana aliviado, quitándose un gran peso de encima.

La luz blanca desapareció y Gabriela recibió un abrazo de su hermano.

Jesús se levantó, cogió su macuto y se fue a la habitación para dejar sus cosas.

Adam miró a la chica desconcertado. ¿Qué había pasado?

—¿Qué me he perdido? —interrogó el hombre esperando una explicación.

—Algo complicado y difícil de creer.

—¿Cómo de difícil?

—Muy difícil.

—Cuéntamelo.

—Me vas a tomar por loca.

—Inténtalo —la animó él lleno de curiosidad.

—Hace tres años, mientras estaba en el ejército, tuve un accidente junto con Micaela y Rafaela, nos dejé en coma durante un mes. Cuando me desperté, tenía unas sensaciones muy extrañas. Unos días después, esas sensaciones solo aparecían cuando...

—¿Cuándo qué?

Gabriela abrió la boca para contestar, pero el móvil de Adam se escuchó en el dormitorio en aquel momento.

—Ve a cogerlo. Puede ser Alma.

El hombre corrió a la habitación y descolgó.

—Hola, papá.

—Hijo, tienes que venir a casa —le dijo Gaspar con la voz entrecortada.

—¿Le ha pasado algo a mi hija?

Gabriela se quedó en la puerta expectante y preocupada.

—No, Alma está bien. Es mi hermano. Lo han secuestrado.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Anoche. No ha abierto el restaurante esta mañana y me ha llegado una

carta. Piden diez millones de euros.

—Voy para allá —colgó y buscó su camisa y su chaqueta con nerviosismo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gabriela siguiéndole con la mirada.

—Han secuestrado a mi tío Dante.

—Voy contigo.

La chica se vistió, avisó a su hermano y llamó a sus amigas de camino a la casa de Gaspar.

Cruzaron la verja de hierro, dejó el coche delante de la puerta de entrada y corrieron hacia el interior de la casa.

Gaspar abrazó con los ojos llorosos a su hijo y se le iluminó la cara al ver a Gabriela.

—Gracias por venir tan rápido —le agradeció el hombre saludando a la chica y a Jesús.

—¿Puedo ver la carta? —le preguntó la chica.

—Claro. Está en mi despacho.

—¿Dónde está Alma? —quiso saber Adam.

—En la cocina con su guardaespaldas.

Adam le dejó un beso en los labios a Gabriela y puso rumbo a la cocina para estar con su hija. La chica, en cambio, se dirigió al despacho de Gaspar para ver la carta que le habían enviado. La puerta de entrada se volvió a abrir para dejar entrar a Ferrán y Micaela.

—¿Cómo ha pasado esto? —inquirió Ferrán abrazando a su padre y clavando su mirada negra en el guardaespaldas de éste.

—He estado tan pendiente de nosotros que no he pensado que pudieran hacerle daño a mi hermano —confesó Gaspar abatido.

—Tranquilízate, papá.

—No llegarán a hacerle nada, señor Merino. Lo encontraremos antes —le aseguró Micaela.

—Gracias. Gabriela está en mi despacho viendo la carta que me han mandado.

—Me reuniré con ella.

La chica se dirigió al despacho y encontró a su amiga leyendo la carta. Se acercó a ella cerrando la puerta y se sentó en una silla.

—Parece muy convincente —la informó Gabriela sentándose en la otra silla.

—No son unos novatos. Creo que esto es demasiado peligroso.

—Lo era desde el principio.

—Sí, y nunca nos percatamos de que Dante también podía ser un blanco de los secuestradores.

Gabriela asintió con la cabeza dejando la carta encima del escritorio. El móvil le sonó en el bolso, lo cogió con rapidez y descolgó.

—Dime, Rafi.

—Sé dónde lo tienen. Nos vemos allí.

—En cinco minutos estamos allí.

Las chicas se levantaron de las sillas de un salto y salieron del despacho. Flavio había llegado unos minutos antes y estaba abrazando a su padre.

—Rafaela lo ha encontrado. Vamos a reunirnos con ella y a traerlo sano y salvo —anunció Micaela antes de dejarle un beso en los labios a Ferrán.

Salieron de la casa, se montaron en el *Lexus* y salieron de la finca a toda velocidad hacia donde Rafaela las esperaba para salvar a Dante de las manos de sus secuestradores.

Capítulo 26

Rafaela estaba plácidamente dormida en su cama cuando su móvil sonó estridentemente en el silencio de la habitación. Alargó el brazo para agarrarlo de la mesita de noche y preguntó:

—¿Diga?

—Rafi, han secuestrado a Dante. Necesitamos tu ayuda —contestó la voz de Gabriela por la otra línea.

Los ojos verdes de la chica se abrieron de golpe y se levantó de la cama para prepararse y salir cuanto antes.

—Iré al restaurante. Es posible que obtenga alguna pista —le respondió a su amiga antes de colgar para calzarse con unas zapatillas de deporte, coger su arma y salir de su apartamento.

Condujo a toda velocidad por la autovía y se desvió para llegar al restaurante, ahora cerrado, de Dante. Estacionó en un paso de peatones y se acercó a la puerta del local. La rozó con los dedos y la imagen del hombre sentado y atado a una silla en medio de un almacén abandonado llegó hasta ella con claridad. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón vaquero y llamó a Gabriela.

—Sé dónde está. Os mando la ubicación y nos vemos allí.

Colgó, se montó en el coche y salió disparada hacia la dirección que tenía en la mente.

Rafaela estaba agazapada detrás de su coche mientras vigilaba el almacén abandonado donde tenían retenido a Dante. Observaba con los prismáticos cuando escuchó que se acercaba un coche por el camino de tierra. Reconoció el vehículo, pero no se levantó. Sus amigas salieron del vehículo y se agacharon hasta llegar a ella.

—Lo tienen ahí dentro —las informó Rafaela dejándole los binoculares a Gabriela.

—No veo nada.

—Lo sé. No sé cuántos hay dentro.

Gabriela sintió un escalofrío cuando notó que una luz blanca la tocó en el hombro para llamar su atención. La chica miró a su derecha y vio a la mujer de rostro angelical que cuidaba de Adam y Alma. La luz le sonrió y desapareció.

—Tenemos que hallar la manera de acercarnos para reconocer el terreno —dijo Micaela pensando en un plan.

Otro coche se acercó a toda velocidad hasta ellas dejando ver a Mariana, Alexa, Bárbara y Ángela cuando se apearon del automóvil.

—¿Qué sabéis? —las interrogó Mariana.

—No mucho. Solo sabemos que está ahí dentro —contestó Micaela.

—Y que está relativamente bien —añadió Rafaela.

—Eso no es mucho. Es más bien nada —respondió Bárbara.

—Hay siete hombres. Cinco abajo y dos en la primera planta vigilando el exterior —anunció Gabriela cuando la luz blanca regresó.

—Vale, eso ya es algo. Tendremos que acercarnos muy sigilosas y muy invisibles —dijo Alexa preparando el arma.

—De acuerdo. Rodearemos el edificio, buscaremos otra entrada —propuso Micaela sacando su arma de la funda y poniéndose en marcha.

Las siete chicas se escabulleron agachadas entre la maleza rodeando el almacén. Micaela se pegó a la pared ennegrecida y se acercó al hueco donde antaño había habido una ventana. Avisó a sus compañeras con gestos y entró por la ventana en silencio. Le ordenó a Bárbara y Ángela que subieran para encargarse de los dos vigilantes mientras las demás seguían hacia delante rodeando a los hombres en el centro del almacén.

Micaela se escondió detrás de una columna y se llevó un dedo al oído para encender el auricular.

—Preparadas —contestaron todas al unísono en un susurro.

—Tened cuidado con Dante. Quiero algo... —Micaela miró a su espalda al sentir que algo la oprimía en el costado.

—Diles que suelten las armas —le ordenó una voz ronca al oído.

—Mariana, Alexa, Gabriela, Rafaela, soltad las armas —les dijo la chica dejando la suya en el suelo y saliendo de detrás de la columna con las manos en alto.

—¿Micaela? —la llamó Dante maniatado a una silla.

Miró a las demás chicas que salieron de las columnas y se le abrieron los ojos de par en par antes de comenzar a reír.

—¡Cállate! —le gritó uno de los secuestradores arreándole un golpe en la

cara con la culata del arma.

Los rostros de las chicas se pusieron rojos de rabia. Pagarían por aquel ataque con creces.

—Vete con tus amigas —le aconsejó el secuestrador a Micaela empujándola.

Cuatro de las armas apuntaron a las chicas mientras el otro apuntaba a Dante. Amartillaron las pistolas y estaban a punto de disparar cuando las balas volaron por la estancia haciendo caer inmóviles a los cinco hombres.

Dante miró a las cinco chicas sin comprender lo que había pasado.

—¿Cómo habéis hecho eso? —preguntó desconcertado.

Unos pasos resonaron por las dos escaleras de metal dejando ver a dos chicas más, armadas con las ametralladoras de los vigilantes.

—¿A quién han visto? —inquirió una de ellas acercándose a Alexa.

—A Micaela.

—Pero, ¿cuántos ángeles sois? —quiso saber Dante mientras Micaela, Gabriela y Rafaela lo desataban y lo ayudaban a levantarse.

—Muchos, señor Merino, pero no hacía falta que viniéramos toda la corte celestial para acabar con estos tipos —contestó Mariana recogiendo su arma.

—Me alegro de veros, ángeles.

—Nosotras también, Dante. Vámonos de aquí —Micaela pronunció la última palabra y escuchó las sirenas de la policía.

—Los habrá llamado Vicenta —dijo Bárbara—. Deberíamos esperar fuera.

Dante se apoyó en Micaela y Gabriela y las acompañó al exterior del almacén.

Bárbara, Alexa y Ángela se alejaron para traer los coches y que el hombre se pudiera sentar.

Tres coches patrulla de la policía llegaron hasta ellos y las puertas traseras se abrieron dejando salir a Ferrán, Adam, Flavio y Gaspar. Los cuatro se acercaron a Dante para abrazarlo. Ferrán y Adam estrecharon a Micaela y Gabriela entre sus brazos dejándoles besos por todo el rostro.

—Estaba preocupado. No sé si voy a poder vivir con tu profesión —confesó Ferrán entre beso y beso.

—Vas a tener que aprender, Gruñón —le susurró ella.

—¿Vais a tener problemas con la poli por esto? —quiso saber Adam sin apartar sus brazos de Gabriela.

—No. Nuestra agencia es como un departamento dentro de la policía,

privada, pero de la policía —respondió la chica.

—Qué bien atado lo tenéis.

—Vámonos a casa —les dijo Ferrán caminando junto a Micaela hasta el *Lexus*.

Rafaela terminó de hablar con uno de los policías de lo que había pasado en el almacén cuando vio por el rabillo del ojo que Flavio se acercaba a ella. Le clavó su mirada verde, dio media vuelta y se alejó de él.

Pero Flavio no se detuvo. La siguió hasta el coche y abrió la boca para hablarle.

—No —contestó la chica entrando en su vehículo y cerrando para que el hombre no pudiera entrar.

Encendió el motor y se marchó reprimiendo las ganas de llorar. La joven aparcó en el garaje de su edificio y entró en su piso. Se quitó las zapatillas de deporte y se puso las zapatillas de andar por casa para estar más cómoda. Se sentó en el sofá tapándose con la manta blanca y encendió la televisión.

Se quedó dormida viendo la película que estaban echando y se sobresaltó cuando su móvil resonó en la estancia. Estiró el brazo para cogerlo, descolgó y preguntó con la voz adormilada:

—¿Sí?

—Rafaela, necesito que vayas a la casa de Gaspar Merino —le dijo Vicenta con su dulce voz.

—¿Para qué? —preguntó extrañada.

—Nos ha vuelto a contratar.

—¿En serio?

—Sí. Te veo en su casa en media hora, ¿de acuerdo?

—Si no hay más remedio.

La chica colgó, se despezó en el sofá y se dirigió al recibidor para calzarse de nuevo. Cerró la puerta y se montó en el ascensor para bajar al garaje. Arrancó el motor y puso rumbo a la casa de Gaspar Merino.

Cruzó la verja de hierro cuando ésta se abrió y dejó el coche delante de la

puerta de entrada a la casa. Se apeó del vehículo y entró en la casa junto a Vicenta que la esperaba en el hueco de la puerta.

—Buenas tardes a todos —saludó Rafaela cuando entró en el comedor donde se había reunido la familia y sus compañeras.

—Ya sabéis que anoche secuestraron al señor Dante Merino y, por ello, su hermano nos ha vuelto a contratar —anunció Vicenta—. Sé que hubo incidentes la última vez que os elegí para esta misión, pero ahora todo es diferente. No es necesario que estéis como encubiertas, sin embargo, el señor Merino y yo hemos decidido que, a los ojos de desconocidos, sí lo seáis. Además, va a haber un cambio —continuó dejando unos papeles encima de la mesa—. Todas vais a volver con vuestros respectivos protegidos a excepción de Rafaela. Tú vas a ser desde ahora guardaespaldas de Dante Merino.

—¿Y quién va a ser la mía, entonces? —quiso saber Flavio indignado con ese cambio.

—Será Karina —respondió Vicenta señalando a la chica castaña con mechas rubias y los ojos verdes esmeralda.

Adam se la quedó mirando pensativo hasta que recordó dónde la había visto antes.

—¿Tú también eres guardaespaldas? ¿Había alguien cerca de mí que no lo fuera? —preguntó recordando a la chica como la administrativa que había sustituido a Gabriela durante las vacaciones que se tomaron para vivir juntos.

—Sí, tu empleado y tus clientes —le aseguró Gabriela con una sonrisa traviesa.

—¿Ha quedado todo claro? —inquirió Vicenta queriendo terminar de una vez.

—Sí —contestaron al unísono las mujeres.

—Voy a llamar a Samanta y a Sonia para que sean tus refuerzos. Se reunirán con vosotros en el restaurante —le informó a Rafaela.

Vicenta se despidió de todos y se marchó.

—Pues si todo está listo, me gustaría irme a descansar. Está siendo un día muy largo —apuntó Dante levantándose de la silla con dificultad.

—Nos vemos mañana, tío —se despidió Ferrán dejándole un abrazo.

Rafaela le ofreció su brazo para que se agarrara y se dirigieron hacia el coche. La chica lo ayudó a sentarse y a abrocharse el cinturón de seguridad con rapidez. Sabía que Flavio los había seguido y esperaba el momento para hablar con ella a solas, pero ella no tenía ganas de hablar con él. No había nada de qué hablar. Ya se lo había dicho todo y no iba a repetirlo. Caminó

rápido hasta el asiento del piloto, se sentó cerrando la puerta en las narices del chico, arrancó y se fue sin mirar atrás.

Dante se agarró con fuerza a la puerta y le preguntó:

—¿Hay algún fuego que apagar?

—¿Cómo? —la chica no sabía a qué se refería.

—¿Por qué vas tan rápido? ¿Tienes prisa?

La joven miró la velocidad en el velocímetro y levantó el pie del acelerador. No se había dado cuenta de que iba a ciento ochenta kilómetros por hora. Y ya sabía de quién era la culpa. Había estado tan concentrada en alejarse de Flavio que había acelerado sin darse cuenta.

—Así que, tú no has perdonado a Flavio como tus compañeras a Ferrán y Adam, ¿no?

—No.

—¿Puedo saber el motivo?

—Pues, porque su sobrino no confía en mí y si no hay confianza, tarde o temprano, todo se va a freír espárragos, haciendo que ambos suframos sin sentido.

—¿Cómo sabes que no confía en ti?

—Porque me lo ha demostrado y, si no le importa, no quiero seguir hablando del tema.

Llegaron al restaurante, Dante encendió las luces y entró en la cocina.

La chica echó un vistazo por el local buscando cualquier tipo de dispositivo electrónico de escucha o alguna cámara. Estaba mirando por la barra cuando escuchó un gran jaleo de ollas en la cocina. Entró y se encontró a Dante para empezar a preparar lo suficiente para cocinar los platos de la carta de esa noche.

—Debería descansar esta noche. Está magullado y se mareará. Se lo digo por experiencia —le aconsejó la chica acercándose a él.

—No te preocupes. Soy fuerte. Podré aguantarlo —en cuanto la última palabra salió de su boca, la cocina empezó a moverse como si estuviera en una noria.

La chica lo agarró antes de que se cayera al suelo y lo apoyó en la encimera.

—Sí, es muy fuerte —le dijo con sarcasmo.

—Es posible que sí tenga que descansar esta noche.

—Tiene toda la razón. Le acompaño a su casa. Por cierto, ¿dónde vive?

—Arriba —contestó señalando el techo con el dedo.

—Mejor, así no tengo que mover el coche. En esta calle es muy difícil aparcar.

—Te voy a dar el mando del garaje. Así no tienes que estar buscando hueco.

Subieron la escalera de metal gris de la cocina y entraron en la buhardilla que Dante había restaurado como un estudio.

—Solo hay una cama, así que no sé dónde vas a dormir —le informó el hombre sentándose en el borde de la cama.

—No se preocupe. No me quedo a dormir. Unas compañeras me relevan por la noche. Pero tranquilo, ellas se quedan en el coche a menos que apriete este botón que yo le voy a dar —respondió Rafaela entregándole un pequeño mando con un botón rojo.

—Qué moderno.

—Descanse. Estaré en el sofá si necesita algo.

—Gracias y, por favor, no me llames de usted, me haces parecer viejo.

—De acuerdo, jefe.

Dante se tumbó en la cama y la chica se sentó en el sofá cogiendo el libro que tenía en el bolso.

Capítulo 27

Ferrán se despertó con una sonrisa en los labios, que desapareció cuando se dio la vuelta y se encontró solo en su cama. Se levantó de un salto, abrió la puerta de su habitación y se quedó parado cuando vio a Micaela abrochándose los cordones de las zapatillas de deporte sentada en el borde de la cama.

—¿A dónde vas? —le preguntó el hombre cruzándose de brazos y apoyando el hombro en el marco de la puerta.

—Al cumpleaños de mi madre.

—¿Vas a ir sola?

—Sí. ¿Con quién quieres que vaya? —la chica cogió su móvil y lo guardó en la mochila.

—Conmigo.

La joven lo miró y se levantó para acercarse a él con una sonrisa en los labios.

—¿Contigo? ¿Quieres venir conmigo al cumpleaños de mi madre? Te advierto que estará toda mi familia.

—Bueno, teniendo en cuenta que vamos a casarnos, yo diría que sería mucho mejor conocerlos antes de la ceremonia, ¿no crees?

—Cierto. Está bien. Ponte algo de ropa, ¿no? ¿O vas a ir en calzoncillos?

—Desnudo gano mucho.

Micaela se rio, le dejó un beso en la boca y lo guio hasta la habitación.

—Vístete. Te espero en el coche —le dijo antes de irse.

Micaela dejó la mochila en el asiento trasero de su coche y Ferrán llegó ataviado con unos vaqueros y un polo azul marino. Llevaba una pequeña bolsa blanca de papel que metió en el maletero.

—¿Qué es eso? —quiso saber la chica.

—Un regalito para tu madre. Espero que le guste.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo compré ayer. Me dijiste que iba a ser el cumpleaños de tu madre,

aunque no me preguntaste si quería ir contigo.

—No lo pensé. Siempre he ido sola. La costumbre.

—Vas a tener que cambiar de costumbres, caramelito.

—Ya. Vamos. No quiero llegar tarde.

Ambos se montaron en el coche y se pusieron en marcha. La chica salió a la autovía y se dirigió hacia las afueras. Entró en la urbanización y paró en la casa con la valla amarilla y el número 70 en la puerta. Micaela cogió su mochila y el regalo, cerró el coche y abrió el cerrojo de la verja negra de hierro.

Frente a la barbacoa estaba Roberto, el hermano de Micaela, al que Ferrán ya conocía. Un niño con cara de bueno, moreno y de ojos color miel corrió hacia la chica para abrazarla con efusividad.

—¡Tita! —le gritó el niño.

—Hola, ratoncito.

—¿Quién es este señor?

—Se llama Ferrán y es mi novio.

—¿Tienes novio, tita? —preguntó el niño con sorpresa.

—Sí. No era necesario ese tono de sorpresa, enano. Vete a jugar —miró a Ferrán que sonreía—. Él es Michael, mi sobrino. El hijo de mi hermano Roberto que está en la barbacoa con mi padre, Antonio. Vamos, te voy a presentar.

La chica le cogió la mano y se acercaron a la mesa donde estaban sentadas cuatro mujeres mientras los hombres se ocupaban de preparar la mesa, abrir las sombrillas para tener sombra y de la barbacoa para hacer las chuletas, los chorizos y las hamburguesas.

—Felicidades, mamá —le deseó Micaela dejándole un beso en la mejilla a una de las mujeres.

—Gracias, hija.

—Familia, os presento a Ferrán, mi prometido —les dijo la muchacha abrazando al hombre—. Ferrán, ella es Remedios, mi madre. Enfrente de ella está su hermana, mi tía Estefanía. A su lado, mi prima Candy y ella es Lana, mi cuñada.

—Encantado, señoras. Felicidades —le dejó un beso a su suegra cuando ésta se levantó para saludarlo—. A ti te conozco de algo, ¿verdad? —le inquirió a Candy que le estrechó la mano.

—Ayudo a Micaela y a Mariana en la vigilancia. Seguro que me habrá visto por los alrededores —contestó la muchacha sentándose de nuevo.

—Ya decía yo que me sonaba. Tutéame, por favor.

Candy le dedicó una sonrisa agradecida y Micaela se lo llevó hacia la barbacoa para presentarles a los hombres de la familia.

—Buenos días —los saludó la chica repartiendo besos—. Hombres de la familia, os presento a Ferrán, mi prometido.

—¿Prometido, nena? —preguntó un hombre rubio con canas por las sienes, ojos color miel, alto y de piel morena.

—Sí, papi. Cariño, él es Antonio, mi padre. El que está bebiendo es Ramón, el marido de mi tía. El de su lado es David, su hijo. Y el que no se aleja de la barbacoa es Roberto, mi hermano.

—Ya nos conocemos —dijo el aludido estrechándole la mano y entregándole un botellín de cerveza.

La carne de la barbacoa se acabó en un abrir y cerrar de ojos. Michael estaba asombrado con los trucos de magia que Ferrán le hacía.

—Pero, ¿cómo lo haces? Papi, el novio de la tita es mago.

—Ya lo veo, ratoncito. ¿Jugamos a las pelis? —preguntó Roberto a toda la familia.

—¡Sí! Chicos contra chicas —contestó Candy emocionada.

—Os vamos a dar una paliza, hermanita —la informó David con burla.

—Eso ya lo veremos.

Michael entró en la casa y salió con una caja azul llena de papeles doblados. Lo dejó encima de la mesa mientras los equipos se agrupaban y echaron a suerte quién empezaba. La suerte decidió que comenzaran las chicas, por lo que Candy metió la mano en la cajita, removió los papeles y sacó uno. Lo leyó en silencio y sonrió.

Roberto preparó el cronómetro y la chica comenzó a hacer las señas para que las mujeres adivinaran la película.

—¡La bella y la bestia! —gritó Micaela cuando su prima hizo como si gruñera como una bestia.

—¡Sí! ¡Punto para las chicas! —Candy se acercó a su equipo chocando los cinco con todas.

—Turno de los chicos. A ver... —dijo David removiendo los papeles. Miró la película y comenzó con la mímica cuando Lana le dio al reloj.

David resopló. No era fácil hacer esa peli. Dibujó un cuadrado en la mesa e hizo como si tirara unos dados.

—Es un juego de mesa —apuntó Roberto pensando en algún título.

Su primo se puso las manos debajo de las axilas y se puso a saltar como un mono.

—Un niño mono —añadió su padre sin entender a su hijo.

—Un juego de mesa, un niño mono —recapituló Ferrán pensativo—. ¡Jumanji!

—¡Sí, señor! —vociferó David abrazándolo.

Cada uno de los componentes de cada equipo pasaron por la caja para ver la película que tenía que representar con mímicas y todos acertaron. Había un empate, por lo que hicieron una última ronda para desempatar. Por parte del equipo de las chicas salió Micaela y, por el equipo de los chicos salió Ferrán. Sacaron un papel de la caja para los dos y empezaron con las señas.

La chica hizo como si estuviera en una barca remando y después bailó como en Hawái.

—¡Vaiana! —exclamó Candy como si no hubiera un mañana.

—¡Sí! ¡Olé tú! —le dijo su prima abrazándola y saltando de alegría.

—Bueno, ya está. Ya hay ganadoras. Hijo, vamos a por los regalos —Antonio soltó el botellín en la mesa al levantarse de la silla y entró en la casa para sacar la tarta y los regalos.

Roberto cogió la tarta de yema tostada y nata con las dos velas del número cinco encendidas y salió empezando a cantar.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz!

Remedios sopló las velas y la inundaron de regalos.

Ya había anochecido cuando Ferrán y Micaela regresaron a casa de Gaspar. La chica dejó el coche en el garaje y ambos subieron a la habitación de él.

—No tenías porqué regalarle nada a mi madre y menos algo tan caro —le dijo ella dejando la mochila en la butaca y quitándose las zapatillas de deporte.

—No ha sido ninguna molestia. Además, así puedo llevármela a mi terreno

para que no me prohíba casarme con su hija.

—A eso se le llama soborno.

—Sí, pero en ocasiones, viene de maravilla.

Ferrán la agarró de la cintura y la besó. Micaela le rodeó el cuello con los brazos y lo guio hasta la cama mientras le quitaba el polo y le desabrochaba el cinturón y los pantalones.

Capítulo 28

Alexa esperó en el patio del colegio hasta que Alma y sus compañeros de clase entraron en el edificio. Los profesores ya estaban advertidos de que no debían dejar que la niña se fuera con cualquiera, solo con su familia o, en su defecto, con su niñera, de la cual ya tenían constancia en dirección y secretaría.

La chica cogió el móvil de su bolsillo trasero del vaquero y leyó de quién era el mensaje. <<¿Jesús?>>, se preguntó sorprendida. Estaba escribiéndole cuando recibió una llamada entrante de él.

—No sabía que te dejaran tener móvil en el seminario —le dijo la chica al descolgar con una sonrisa en los labios.

—Y no lo dejan. Ese pantalón te queda muy bien —respondió él.

La joven levantó la mirada, buscando a su alrededor y lo vio. Estaba apoyado en la puerta del copiloto del coche de ella y ataviado con un chaleco negro y unos vaqueros un poco desgastados. <<¡Ay, madre, dame fuerzas para no tirarme a sus brazos!>>, suplicó la chica tragando saliva con dificultad.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber la chica con curiosidad.

—Le he estado dando muchas vueltas desde que me fui y he llegado a una conclusión.

—¿Qué conclusión?

—¿Me acompañas a desayunar y te lo cuento todo?

La muchacha asintió encantada de pasar la mañana a su lado y se dirigieron a la cafetería en la esquina del colegio. Se sentaron en una mesa de la terraza, al solecito, y el camarero les atendió. Pidieron unos cafés con unas tostadas y Jesús cogió aire para armarse de valor y contarle todo a Alexa.

—Tú dirás —le dijo la chica con los oídos muy abiertos para no perder ningún detalle.

—Te debo la explicación de cómo llegué al seminario. Yo... antes de entrar en el seminario, era parte del cuerpo de seguridad perteneciente a los GEOS.

—¿Eras un GEO? ¿En serio? —inquirió la muchacha con los ojos abiertos de par en par ante la sorpresa. Ahora entendía cómo podía tener ese cuerpo tan

moldeado.

—Sí. En una misión con rehenes, un niño fue herido por su propio padre y, cuando creíamos que ya se había rendido, el hombre se inmoló con el niño en brazos. Dos de mis compañeros murieron y otros cuantos fuimos heridos. Después de que me dieran el alta en el hospital, intenté volver a mi trabajo, pero no pude. Cualquiera persona me parecía sospechosa de que llevara explosivos y las pesadillas tampoco ayudaban.

—Pero lo que hizo ese hombre no fue culpa tuya. No podías saber que actuaría de esa manera —lo intentó consolar la chica cogiéndole involuntariamente la mano.

—Lo sé. Me metí en el seminario para escapar de mi antigua vida, pero eso no era suficiente. Ahora lo he comprendido. Me ha llevado tiempo, pero lo he entendido.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Voy a buscar trabajo. No sé de qué, pero algo encontraré.

El camarero trajo el desayuno y ambos le hincaron el diente a las tostadas. Estaban hambrientos.

—Podría ayudarte a buscar empleo, si quieres —se aventuró a decir Alexa dando un sorbo a su café.

—Toda ayuda es buena.

Terminaron el desayuno en silencio. Jesús no sabía cómo decirle lo que tenía previsto decirle. Aunque debía hacerlo. Cuanto antes lo supiera ella, antes se quedaría él con un peso menos encima. Le dio un último sorbo a su café y miró a la chica fijamente.

—Alexa —la llamó para captar su atención—. Quiero confesarte otra cosa.

—¿El qué? —inquirió curiosa.

—Dejar el seminario no ha sido lo único en lo que he estado pensando. En realidad, lo que te voy a decir es lo que me ha llevado principalmente a dejar de ser sacerdote.

—Estás empezando a preocuparme —le advirtió la joven.

—Tranquila —contestó cogiéndole la mano con ternura—. No es nada malo. Aquellos días en la casa alquilada me hicieron darme cuenta de que estaba vivo. Y eso me lo hizo ver una persona —la chica no apartó la mirada del rostro del hombre. Casi no parpadeaba—. Alexa, me he enamorado... de ti.

En cuanto esas palabras salieron de sus labios, los ojos de la muchacha se

abrieron de par en par ante la sorpresa. No creía que pudiera llegar a tener esa posibilidad. Se había quedado en shock.

—Alexa —la llamó Jesús intranquilo.

—Perdona, creo que he soñado despierta y no he entendido lo que has dicho.

—He dicho que estoy enamorado de ti.

—¡Ay, madre! ¿Entonces, no lo he soñado? ¿Lo has dicho de verdad?

Jesús le dedicó una sonrisa mientras asentía con la cabeza.

—Pero, pero... Me he quedado sin palabras.

—Ya lo veo —el hombre se rio y se sentó en la silla al lado de la chica cogiéndole las manos—. Me gustaría saber lo que piensas sobre ello.

—¿Lo que pienso? He soñado con este momento desde que te conocí, pero no he llegado a pensar en lo que diría porque nunca creí que tuviera esta posibilidad.

—¿Eso significa que sientes lo mismo que yo? —preguntó el hombre desconcertado.

—Por supuesto que sí —respondió ella sonriendo de felicidad.

—Menos mal —Jesús acarició el rostro de la chica con la punta de los dedos y se acercó a ella poco a poco.

Los labios del hombre se posaron en los de la chica con suavidad y ternura. La respiración de ambos se aceleró haciendo que el beso se intensificara hasta que, sin previo aviso, escucharon un carraspeo cerca de ellos.

Los ojos de la pareja se abrieron y Jesús vio al camarero que les dejó la cuenta encima de la mesa.

Alexa miró la hora en el reloj de su muñeca y respiró hondo para recomponerse.

—Alma está a punto de salir —le informó ella dejando el importe de la cuenta encima de la mesa.

—Claro. Te acompaño. Quiero ver a mi sobrina política.

La pareja se levantó y se dirigió hacia la puerta del colegio con las manos entrelazadas y una sonrisa enamorada en la boca. Aguardaron en el patio hasta que Alma salió del edificio, vio a Jesús con una sonrisa de alegría y el rostro iluminado, y corrió hacia ellos cuando su profesora se cercioró de que era la niñera de la pequeña.

La niña se agarró al cuello del hombre, abrazándolo con fuerza cuando éste se incorporó con ella y le rodeó la cintura con el brazo para sostenerla.

—Hola, brujita. ¿Me has echado de menos? —la saludó el hombre caminando hacia la salida.

—¡Sí! No me llames brujita.

—¿Por qué? Eres una brujita buena y preciosa con esa pequeña verruguita en la nariz.

—A mí no me gusta.

—Vaya. Pues a mí me encanta.

—Papi ha regresado con Gaby. No vas a irte, ¿verdad?

—No. He vuelto para quedarme.

—¡Bien! Ahora voy a tener tres titos súper mega híper guapos.

—Gracias por el piropo.

—Hay que comprar el pan antes de irnos —les informó Alexa caminando hacia la tienda en una de las pequeñas calles al lado del colegio.

—¿Puedo coger alguna chuche? —preguntó la niña muy a gusto en los brazos de Jesús.

—Unas poquitas —le advirtió su niñera entrando en la tienda.

Alma no sabía por cuál golosina decidirse, así que lo echó a suertes. Alexa le pagó a la dependienta y los tres salieron de la tienda para dirigirse hacia el coche de la chica. Sin embargo, cuando estaban cruzando el paso de peatones, una furgoneta negra se interpuso dejando salir a tres hombres enmascarados y armados.

Jesús dio unos pasos hacia atrás, alejándose con la niña en brazos mientras Alexa les hacía frente. La chica derribó a dos de ellos, pero el tercero consiguió llegar hasta Jesús y la niña.

El enmascarado se acercó al hombre con un cuchillo en la mano. Jesús dejó a la niña en el suelo, detrás de él, y esperó a que el secuestrador atacara. Cuando lo hizo, el joven esquivó el arma afilada, agarró el brazo del enmascarado y le asestó un puñetazo en el rostro haciéndole retroceder.

Alexa miró a su espalda y vio a su, ahora novio, pegando a uno de los secuestradores.

Los tres enmascarados huyeron en la furgoneta y Alma agarró con fuerza la mano de su tío. Tenía miedo, pero no estaba dispuesta a llorar.

Jesús volvió a coger a la niña en brazos, abrazó a Alexa dejándole un beso en la cabeza y se dirigieron al coche para llegar cuanto antes a la seguridad de la casa.

—Buenas tardes, hermano. ¿Qué haces aquí? —lo saludó Gabriela dejándole a él y a la niña un beso en la mejilla.

—Nos han atacado a la salida del colegio —la informó Alexa.

—¿Estáis bien? ¿Estás bien, princesa? —le preguntó a la niña cogiéndola en brazos para calmarla y, de paso, calmarse a sí misma.

—Sí, mami. Alexa y el tito Jesús han acabado con ellos —respondió la pequeña.

Gabriela miró a su hermano sorprendida por aquella noticia.

—Si él no hubiera estado la habrían cogido —añadió la niñera agarrando la mano del hombre.

—Bueno, me parece que me he perdido muchas cosas. Vamos al salón — Gabriela los guio hasta el salón y le entregó la niña a Adam.

—Hola, princesa. ¿Qué tal el cole? —le inquirió su padre besándola.

—Bien, papi.

—Han intentado secuestrarla —anunció la mujer.

Los ojos de todos los presentes se abrieron como platos y empezaron a preguntarle a la niña cómo estaba.

—Está bien. Tranquilos —les dijo Alexa al ver la cara de desconcierto de la pequeña.

—No vamos a poder salir de la protección de la casa —concluyó Gaspar abrazando a su nieta.

—Papi, quiero aprender a defenderme —expuso la pequeña sentada en el regazo de su abuelo.

—No vas a aprender tal cosa. Eres pequeña aún —contestó Adam negando con la cabeza.

—Pero papi, si sé cómo defenderme será más difícil que me lleven con ellos —le explicó la niña.

—Para eso tienes a Alexa, princesa.

—Yo quiero aprender. ¡Quiero ser una princesa guerrera! —exclamó Alma cerrando los puños delante de su cara.

—No —concluyó Adam.

—Hijo, creo que nuestra princesa tiene razón. Es más, todos deberíamos tomar unas clases de defensa. Al menos se lo pondremos más difícil a nuestros enemigos —apuntó Gaspar observando a sus hijos con expectación.

Los tres hermanos se miraron dubitativos y clavaron sus ojos en sus guardaespaldas.

—Tiene razón —dijo Ferrán después de pensarlo durante unos minutos.

Adam miró a Gabriela que le asintió levemente. Volvió su mirada hacia su hija y contestó:

—De acuerdo. Pero no te ilusiones tanto. Solo serán unos pequeños movimientos básicos para defenderte.

—¡Bien! ¿Cuándo empezamos?

Todos los presentes se rieron ante aquella pregunta y Marga los avisó para que fueran al comedor para almorzar.

Alexa y Jesús le contaron a Gabriela lo que había pasado entre ellos. Durante unos segundos la chica se quedó mirándolos con el semblante serio.

—¡Ay, madre! No te ha gustado la noticia, ¿verdad? —le preguntó su compañera agarrando con fuerza el brazo del hombre.

—Hermana...

—¡Me encanta! —Exclamó Gabriela abrazándolos con efusividad—. ¿En qué vas a trabajar?

—Pues no lo sé, pero mañana mismo me pongo a ello.

—Me alegro mucho por ti, por los dos.

—Gracias —contestó la pareja al unísono.

Alma salió del salón corriendo hacia Jesús que la cogió en brazos.

—¿Cuándo empezamos con las clases? —quiso saber la niña.

—Supongo que dentro de unas horas, cuando hayas terminado los deberes, brujilla —contestó Gabriela.

—No soy una brujilla, soy una guerrera.

—Vale, pero la guerrera tiene que hacer sus deberes o no batallará nada.

—Está bien. Los voy a hacer muy, muy ¡rápido!

Jesús dejó a la niña en el suelo y ésta salió corriendo escaleras arriba.

Alexa le dejó un beso al hombre en los labios y siguió a la pequeña para ayudarla y tenerla vigilada.

—Bueno, hermano, ahora que estamos solos, ¿saben nuestros padres lo que has hecho? Se alegraron mucho cuando les dijiste que serías sacerdote.

—Aún no les he dicho nada. Y me da que no lo verán con muy buenos ojos lo que he hecho y, mucho menos, lo que voy a hacer.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó su hermana con curiosidad.

—Voy a intentar volver a mi trabajo. Bueno, no al que tenía, pero sí a

alguno de oficina.

—Estupendo. Y tienes razón, no les va a gustar eso. Y tampoco que estés con una chica atea.

—Me da igual. Ya tuve su odio, no me va a sorprender a estas alturas.

—Muy bien dicho. ¿Vas a llevarla para que la conozcan?

—No estoy seguro. No quiero incomodar a Alexa con la actitud de nuestros padres. ¿Tú vas a llevar a Adam?

—Ni de coña. No los veo desde que me alisté en el ejército. No me hacen falta para ser feliz.

—¿Y a nuestros hermanos?

—Con ellos hablo de vez en cuando, así que supongo que lo dejaré caer en alguna conversación.

—Opino lo mismo.

Gaspar estaba sentado en el sofá negro y azul marino del salón, rodeado por sus hijos y las guardaespaldas de todos ellos, cuando cayó en la cuenta de algo.

—Mi hermano también debería de quedarse en la casa —anunció al acordarse de lo que había pasado días atrás y reacio a que volviera a ocurrir mientras él estuviera vivo.

—Cierto, papá. Él también está en la mira de nuestros enemigos —afirmó Flavio pensando en que Rafaela estaría más cerca de él.

—Mariana, ¿puedes llamar a Dante y pasármelo? —le preguntó Gaspar tendiéndole a la chica su móvil recién comprado que aún no manejaba como era debido—. Voy a hablar a mi despacho.

Guardaespaldas y protegido entraron en el despacho y cerraron la puerta.

Alma entró corriendo en el salón seguida de Alexa. La niña estaba emocionada por empezar ya las clases de defensa personal. Se sentó en el regazo de su padre y clavó su mirada celeste en Gabriela.

—¿Empezamos ya? —quiso saber la pequeña.

—¿Has hecho todos los deberes? —inquirió la chica.

—Todos. ¿Vamos ya?

—Está bien, vamos.

Todos se levantaron y Gaspar salió del despacho con Mariana a su

espalda.

—¿A dónde vais? —preguntó el hombre.

—A empezar con las clases de defensa, abuelo —respondió su nieta saltando de nerviosismo.

—Vamos, entonces.

—¿Qué te ha dicho el tío? —lo interrogó Flavio esperando que la respuesta fuera sí.

—Pues al principio ha dicho que no, pero le he convencido para que venga. En unas horas estarán aquí.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Flavio y siguió a los demás hasta la sala que ocuparían para el entrenamiento.

Mariana y Micaela serían las encargadas de llevar el ritmo de las clases, por lo que se quitaron los zapatos y se pusieron al frente para que todos las vieran bien.

Alma se puso en primera fila, enfrente de Mariana. Por fin aprendería cómo defenderse de aquellos hombres que querían hacerle daño para llegar hasta su abuelo. Pelearía con todas sus fuerzas para que no pudieran llegar hasta ella ni ahora ni nunca.

Mariana les enseñó la primera llave haciéndola despacio con Micaela para que la vieran con claridad.

Alma hizo la llave a la perfección con Alexa y la niñera la felicitó. La pequeña apuntaba maneras después de todo.

Adam observó a su hija con asombro y, después, a Gabriela que la miraba con una gran sonrisa de orgullo en los labios.

—Me parece que estamos dando alas a un nuevo ángel —le murmuró Jesús a su hermana.

—Tal vez.

La clase terminó una hora antes de la cena, aunque a Alma no le hubiera importado estar más tiempo entrenando. Quería aprender todo lo necesario cuanto antes y que ninguno de esos hombres malos la cogiera indefensa.

La verja de hierro se abrió para dejarle paso al coche de Rafaela con Dante sentado en el asiento del copiloto. La chica paró delante de la puerta y ayudó al hombre a salir del coche y subir los escalones del pequeño porche donde los esperaba Gaspar, Mariana, Flavio y Karina.

Gaspar abrazó a su hermano y lo guio hasta el interior de la casa donde los demás miembros de la familia le dio la bienvenida.

—Tío, ¿tú también vas a dar las clases? —le preguntó la niña al recién llegado.

—¿Clases de qué?

—De defensa personal. Le voy a dar una paliza a cualquiera de esos hombres malos que se atreva a acercarse —respondió la pequeña frunciendo el ceño y dando puñetazos y patadas al aire.

—Creo que hemos creado un monstruo —dijo Gaspar con su mirada clavada en su nieta.

—¿Por qué crees que no quería que aprendiera? —le inquirió su hijo Adam bufando.

—Vamos, te acompaño a tu habitación —Gaspar ayudó a su hermano a subir las escaleras y lo guio hasta la puerta enfrente de su habitación. Quería tenerlo él también vigilado.

—Y yo te enseño tu dormitorio —le anunció Flavio a Rafaela con una sonrisa.

—Yo no me quedo. Estaré por el día, pero no por la noche —contestó la chica soltando la maleta de Dante en el pie del hombre.

El chico se llevó la mano al pie con una mueca de dolor.

—Micaela, cuñada guapa, Rafaela debería quedarse en la casa a dormir, ¿no crees? Así puede cuidar de mi tío las veinticuatro horas del día —le inquirió Flavio. Sabía que ella se lo ordenaría y Morales no tendría más remedio que acatar las órdenes.

—Eres un... —empezó a decir la chica en un murmullo con los dientes apretados.

—Por supuesto que se queda. Como todas nosotras —aseguró Micaela sabiendo que aquella afirmación la llevaría a una reprimenda de su amiga en privado.

—Te acompaño a tu habitación —le dijo Flavio cogiendo la maleta de su tío y subiendo las escaleras con una gran sonrisa triunfante en sus labios.

Rafaela le dedicó una mirada asesina a su amiga y compañera, y siguió al hombre a regañadientes.

Rafaela guardó su ropa en el armario de la habitación que le había sido asignada. Desgraciadamente, le habían dejado ocupar el dormitorio enfrente del cuarto de Flavio y al lado de Dante.

Bajó las escaleras hasta el recibidor y le dedicó una sonrisa a su amiga Gabriela y una mirada asesina a Micaela.

—Muchas gracias por tu apoyo —le dijo con sarcasmo.

—Lo siento, pero tiene razón. Si te quedas aquí podrás vigilar a Dante mejor, al igual que nosotras a los demás.

—Ya, pero vosotras sois también sus parejas. No quiero estar bajo el mismo techo que ése —se quejó Morales frunciendo los labios.

—Seguro que no es para tanto. Te quiere, puedo asegurártelo.

—Ya sé que puedes asegurármelo, pero no pienso volver con él hasta que aprenda a confiar en mí.

—Bueno, pues mientras aprende, nosotras tenemos trabajo. Voy a hacer un reconocimiento con Mariana por los alrededores. Estad en alerta y con la radio activada —las informó Micaela caminando hacia la puerta.

Gabriela y Rafaela activaron los auriculares y se acercaron a las ventanas que flanqueaban la puerta principal.

—¿Se lo has dicho ya? —le preguntó Rafaela a su amiga.

—No. No sé cómo decírselo. Ni siquiera estoy segura de que lo nuestro vaya a seguir adelante.

—Bueno, esta vez vas con la verdad por delante. ¿Por qué no iba a funcionar?

—Supongo que no hay nada que nos separe ahora —pensó en voz alta—. Se lo diré cuando encuentre el momento oportuno.

—Por cierto, me he enterado de que tienes cuñada nueva del hermano que menos esperabas —le anunció con una sonrisa.

—Sí. La verdad es que ha sido una sorpresa. Alexa siempre me ha caído bien.

—¿Tus padres saben ya lo que ha pasado con Jesús?

—No, aún no. No creo que tarde mucho en decírselo.

—Despejado —escucharon a Micaela por el auricular.

—Micaela, acaban de llegar Samanta y Sonia —la informó Candy desde la verja de hierro.

—Déjalas pasar. Ayudarán con la vigilancia y a Rafaela cuando vaya al

restaurante con Dante.

—A este paso nos vamos a congregarnos aquí toda la corte celestial —apuntó Rafaela riendo.

—Bárbara y Verónica haréis guardia esta noche. Ya sabéis qué hacer si veis algo sospechoso —les ordenó Micaela subiendo los escalones del porche.

La chica entró por la puerta cuando Ferrán bajaba por las escaleras de mármol ataviado con solo el pantalón del pijama.

—Caramelito, ¿vamos a dormir? —le preguntó con cara de sueño.

—Por supuesto, gruñón mío. Voy ahora mismo —le dejó un beso en los labios y el hombre volvió a subir.

Micaela miró a sus amigas con una sonrisa pícaro y siguió al hombre cobijándose debajo de su brazo cuando llegó a su altura.

—Que descanséis —le deseó a sus compañeras.

Gabriela y Rafaela sonrieron y las dos se dirigieron hacia sus respectivas habitaciones.

Rafaela entró en su habitación y se desnudó para darse una ducha rápida antes de dormir. Dejó que el agua cayera sobre ella destensándola. No le gustaba la idea de estar en la misma casa que Flavio, pero al parecer, no le quedaba más remedio.

La chica se estaba relajando después de estar en alerta todo el día, cuando sintió una caricia por ambos brazos y un cuerpo que se pegaba a ella por su espalda.

—Buenas noches, Morales —le susurró Flavio al oído.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la chica al notar el aliento de él haciéndole cosquillas en el cuello y, por unos segundos, cerró los ojos para disfrutar de sus caricias.

Casi un minuto después, los ojos de la joven se abrieron, levantó la pierna y la bajó con fuerza hacia el pie del hombre. Cuando Flavio se alejó con las manos en el pie y dando saltitos mientras se quejaba del dolor, Rafaela salió de la ducha y se enrolló la toalla alrededor del cuerpo.

—Eso te pasa por entrar en duchas ajenas —le dijo la chica con los brazos cruzados a la altura del pecho y el ceño fruncido—. No vuelvas a entrar si no

te invito a hacerlo.

—Tenía que intentarlo. Casi me rompes el pie.

—Qué exagerado. Vuelve a tu habitación y si vuelves a entrar, entonces sí te romperé el pie o puede que otra cosa —le advirtió echando un pequeño vistazo a la entrepierna del hombre.

Flavio se tapó con las manos y una mueca de dolor en su rostro.

—Eres una sádica.

—Lárgate.

El hombre salió de la ducha y, unos segundos después, de la habitación con su ropa arrugada en una pelota y tapándose sus zonas pudendas.

Morales lo siguió y cerró la puerta con el pestillo para que no entrara de nuevo sin invitación.

—Voy a tener que acostumbrarme a echar el pestillo —murmuró quitándose la toalla para ataviarse con el pijama y descansar por fin.

Capítulo 29

Gabriela estaba a los pies de la escalera de mármol esperando con paciencia a que Adam, Alma y Alexa bajaran para poder ir a dar un paseo por los alrededores de la finca y, así, que la niña la conociera.

Adam por fin bajó junto a Alexa y con Alma de la mano.

—Cariño, ¿sabes montar a caballo? —le preguntó el hombre a Gabriela dejándole un beso en los labios.

—¿Por qué? —inquirió confundida.

—Porque he pensado que podríamos dar ese paseo en caballo. Hace tiempo que no monto y me apetece.

—Bueno, no es que sea una gran amazona, pero no se me da mal.

—Vamos a los establos, entonces —dijo el hombre con entusiasmo acercándose a la salida.

Alma siguió a su padre saltando emocionada. Alexa se encontró con su compañera, le dedicó una sonrisa y ambas emprendieron la marcha hacia los establos, observando a su alrededor, en alerta por lo que pudiera pasar.

Caminaban hacia los establos cuando, de pronto, el móvil de Gabriela sonó. La chica sacó el aparato del bolsillo del pantalón vaquero y leyó el nombre de la pantalla. Descolgó y contestó con alegría:

—Buenos días, ¿qué tal estás?

—Gaby, papá se está muriendo —le respondieron por la otra línea.

—¿Cómo? —la joven perdió la sonrisa y se quedó parada en medio del jardín.

—Tiene un tumor en el cerebro. Ya casi no le queda tiempo.

—¿Cuándo...?

—Gaby, quiere vernos. Quiere ir en paz con todos sus hijos.

La joven se quedó sin habla, tragó saliva con dificultad y sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, pero no llegaron a caer.

—Gabriela, ¿me has oído?

—Sí.

—Yo voy a ir. ¿Nos vemos allí?

—Sí.

La chica colgó y Adam se acercó a ella preocupado al ver su rostro pálido.

—¿Qué ocurre?

—Me temo que el paseo tendrá que esperar. Tengo que ir a ver a mi padre.

Los cuatro regresaron a la casa, se montaron en la camioneta de Adam y pusieron rumbo hacia el piso de Gabriela para recoger a Jesús.

La chica llamó a su hermano por el camino y, en cuanto llegaron a la calle, Jesús ya estaba esperándolos con el rictus blanco por la noticia sobre su padre.

Media hora después, los cinco llegaron a la casa de los padres de Gabriela y Jesús. Se apearon de la camioneta y la chica se quedó parada con la mano aún en la manilla de la puerta del vehículo. Su respiración se agitó y tuvo que apoyarse para no caerse.

Adam estaba dispuesto a ir a por ella, pero su cuñado lo detuvo. El hermano de la chica se dirigió a ella y la abrazó.

—Estoy contigo. Todo saldrá bien. Vamos —le susurró al oído.

Gabriela cogió la mano que su hermano le ofrecía, respiró hondo y comenzó a andar hacia la casa. Llamaron juntos al timbre y un chico rubio, con ojos verdes, alto y piel blanca abrió. El rostro se le iluminó al ver a los recién llegados y los abrazó con fuerza.

—Gracias por venir —les agradeció el chico con una sonrisa.

—¿Cómo está? —le preguntó Jesús.

—La mayor parte del tiempo delirando. Yo aún no me he atrevido a verlo.

—¿Están todos aquí? —quiso saber la chica conteniendo las lágrimas.

—Están reunidos en el salón —la vista del hombre se desvió hacia las tres personas que esperaban detrás de Gabriela y Jesús—. ¿Quiénes son?

Los dos hermanos miraron hacia atrás y extendieron las manos. Adam cogió la mano que la chica le ofrecía y se acercó a ella con su hija en brazos. Lo mismo hizo Alexa junto a Jesús.

—Él es Adam, mi novio, y ella es Alma, su hija —los presentó la chica rodeando la cintura del hombre con su brazo.

—Ella es Alexa, mi novia —dijo Jesús dejándole un beso en la cabeza a la chica—. Chicos, él es Tomás, uno de nuestros hermanos.

—Encantado de conoceros. ¿Has dejado el seminario? —interrogó a su hermano asombrado por la noticia.

—Sí. Por ella.

—Vaya. ¡Me encanta! ¡Qué romántico, hermanito! —exclamó Tomás en un susurro—. Vamos, entrad.

Cruzaron el hueco de la puerta detrás de Tomás y lo siguieron hasta el salón donde se habían congregado todos los hermanos.

Delante de ellos, sentados en los sofás y en sillas, había ocho hombres y una mujer con los ojos enrojecidos por el llanto y los rostros casi traslúcidos, pero al ver a los recién llegados, se iluminaron y se levantaron para abrazarlos. Gabriela y la otra chica desaparecieron en medio de los nueve hombres cuando se juntaron en una piña.

—Todo saldrá bien. Todo saldrá bien —decía Tomás mientras los demás asentían con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

Diez minutos más tarde, todos se sentaron y Gabriela presentó a todos.

—Ellos son nuestros hermanos: Pedro, Santiago, Juan, Andrés, Tadeo, Mateo, Felipe y Simón. Y ella es nuestra hermana María. A Tomás ya lo conocéis. Chicos, ellos son Adam, Alma y Alexa. ¿Dónde está Soledad? —les inquirió a sus hermanos.

—En la habitación con papá —respondió María tapándose con la rebeca negra—. ¿Queréis tomar algo? ¿Tenéis hambre?

—No, gracias. ¿Podemos entrar?

—Por supuesto. Papá os está esperando —contestó la chica mirando a su hermana y a sus hermanos Jesús y Tomás.

Los tres se miraron dubitativos. Aun no estaban muy convencidos sobre el arrepentimiento de su padre. Pero ya no había marcha atrás. Respiraron hondo, se cogieron de las manos y se dirigieron al dormitorio de sus padres. Se agarraron las manos con más fuerza y Gabriela llamó.

—Adelante —le respondió una voz femenina al otro lado de la puerta.

La joven agarró el pomo, lo giró y abrió la puerta para ver a un hombre demacrado en la cama y una mujer con ojeras y ojos enrojecidos sentada en un sillón al lado de la cama.

La mujer clavó su mirada celeste en sus tres hijos y se levantó para abrazar a Jesús ignorando a los otros dos.

—Cielo, tu padre quiere que tú le des la extremaunción —le dijo su madre llorando en su pecho.

—Mamá, eso no va a ser posible —contestó Jesús. Su madre lo miró

extrañada—. He dejado el seminario.

La mujer se llevó las manos a la boca horrorizada por lo que había escuchado y las lágrimas brotaron de sus ojos como cataratas.

—¿Qué hemos hecho mal para merecer esto? —Se preguntó la mujer en voz alta y clavando su mirada llena de reproches en su hija Gabriela y su hijo Tomás—. ¿Cuál de los dos te ha convencido para dejar el seminario?

Los dos aludidos bufaron ante lo que su madre había dicho.

—Ninguno. Yo he decidido dejarlo. Mamá, me he enamorado y no quiero perderla por ser sacerdote.

El rostro de la mujer se desencajaba cada vez más con cada explicación de Jesús.

—Esto no os lo voy a perdonar nunca. No os vais a llevar a ninguno más de mis hijos al infierno —les advirtió la mujer a Gabriela y Tomás mientras se sentaba en el sillón ignorándoles de nuevo.

—¿Sabes qué? Hace años que os considero muertos para mí. No voy a aceptar las disculpas de papá. Espero que, cuando tú estés en su misma condición, no tengas ganas de arrepentirte de echar de tu lado a tres de tus hijos. Hasta siempre, Soledad —se despidió Gabriela antes de salir de la habitación como una ráfaga de aire.

Tomás miró a su madre, después a su padre que dormitaba en la cama y salió sin decir nada.

—¿Y tú te consideras católica y cristiana? Adiós, mamá —Jesús se alejó, cogió la mano de Alexa y tiró de ella hacia la salida.

Sus hermanos y hermana se quedaron confundidos al verlos salir de aquella manera tan atropellada. María se acercó a la habitación y vio a su madre.

—¿Qué ha pasado? —le inquirió sin entender nada.

La mujer solo se encogió de hombros quitándole importancia y se inclinó hacia la cama para agarrar la mano de su marido. María negó con la cabeza, desaprobando la actitud de su madre, cerró la puerta y se dirigió hacia la salida para encontrarse con sus hermanos que estaban dispuestos para marcharse.

—¡Esperad! ¿Qué ha ocurrido? —quiso saber la chica.

—Hermana, mamá no va a cambiar nunca y no voy a darle el placer a papá para que se vaya con la conciencia tranquila. Lo siento, pero no puedo —le explicó Gabriela al bajar la ventanilla de la camioneta.

—Dale una oportunidad, por favor.

—María, acaba de dejar claro que no va a perdonar ni a Tomás ni a Gabriela, incluso los ha culpado por una decisión que yo mismo he tomado —aportó Jesús apoyando su mano en el hombro de Gabriela.

—¿Qué decisión? —inquirió su hermana sin entenderlo.

—He dejado el seminario y mamá cree que alguno de ellos dos me ha influenciado para ello.

—No sabía que lo habías dejado. Al fin te has dado cuenta de la razón que te llevó a entrar en el seminario y que al entrar no cambiarías nada —añadió María comprendiendo la decisión de su hermano. Él le asintió aferrando la mano de Alexa con fuerza—. Por favor, no os vayáis.

—Yo no puedo, lo siento —se disculpó su hermana cogiendo la mano de la chica.

—Hacedlo por mí, por nuestros hermanos. Vosotros también sois parte de esta familia y tenéis derecho a estar cerca de nuestro padre en sus últimos momentos. Por favor, no nos dejéis solos en un momento como este.

Gabriela miró a sus hermanos y después a Adam. Éste le asintió levemente para hacerle saber que haría lo que ella quisiera. La chica seguía dubitativa ante la idea de volver a poner los pies bajo el mismo techo que su madre, pero su hermana tenía más razón que una santa. Tampoco quería dejar solos a sus otros hermanos y más aún, aguantando a su madre. La joven salió del coche seguida de Jesús y los tres miraron a Tomás que seguía sentado delante del volante de su automóvil con la mirada fija en la fachada de la casa.

—Está bien —desistió el joven apeándose del vehículo—. Que conste que lo hago por mis hermanos y no por esa señora.

María les dedicó una sonrisa de agradecimiento y abrazó a los tres. No podían estar separados en un momento tan delicado. Y ella se encargaría de mantener a raya a su madre. No consentiría estar lejos de sus hermanos por culpa de ella.

Entraron de nuevo en la casa y los hermanos de Gabriela trajeron más sillas para que todos pudieran sentarse.

Tras tres horas hablando para ponerse al día todos los hermanos, la puerta de la habitación de los padres de Gabriela se abrió para dejar paso a Soledad, la madre de todos ellos. La mujer se quedó parada en el hueco de la puerta al

ver tanta expectación.

—Mamá, ¿necesitas algo? —le preguntó María levantándose de un salto de su silla.

—Necesito que estos pecadores se vayan de mi casa —gruñó la mujer con el semblante serio y el reproche y el odio reflejados en sus ojos.

Gabriela bufó y se mordió la lengua para no responderle a aquella mujer.

—Mamá, para —le advirtió María intentando guiarla al interior de la habitación.

—No voy a parar. Ellos son los culpables de la enfermedad de vuestro padre.

—¿Nosotros somos los culpables? ¿Segura? Quizás es un castigo divino por repudiar a sus hijos, sangre de su sangre —Gabriela ya no pudo callarse más.

Soledad miró a su hija con cara de asco.

—Lo que está matando a mi marido son vuestras acciones, pero ¿qué se puede esperar de una asesina? Tu padre es otra de tus víctimas inocentes, al igual que la primera persona a la que te quitaste del medio.

—Mamá, ¡ya está! ¡Se acabó! —alzó la voz María sorprendiendo a todos los presentes, pero por desgracia, eso no fue suficiente para su madre.

—¿Lo ves? Ahora tú también estás en contra mía. Tiene cara de ángel, pero es el demonio reencarnado —lloriqueó Soledad señalando a Gabriela—. Primero me quitó a mi nieto, mi primer nieto, y ahora me quiere quitar a mi marido y a mis hijos.

Los ojos de Adam se clavaron en el rostro serio de su novia. Los ojos celestes de la chica estaban vidriosos, pero no bajó la mirada. Al contrario, su mentón se levantó aún más mientras abrazaba con fuerza a Alma que se había sentado en su regazo.

—Mamá, déjalo ya. No digas nada de lo que después te puedas arrepentir —le aconsejó María empujándola hacia la habitación.

—No voy a arrepentirme. Me imagino que ese chico es su novio —dijo señalando a Adam—. ¿Y esa niña? Será de él, pero con otra mujer. No se parece en nada a ella —continuó señalando a Gabriela con desprecio—. Si fuera de ella, esa niña no hubiera visto la luz nunca. Porque es una asesina. Desde que nació lo supe. En cuanto le vi los ojos supe que algo no iba bien dentro de ella. El diablo hizo de las suyas con ella y la estuvo enseñando hasta que fue lo suficientemente capaz de cometer el mayor de los pecados. Y no tuvo ni remordimientos ni compasión, aun siendo sangre de su sangre —

escupió Soledad sin dejar de mirar a su hija repudiada.

Gabriela, por su parte, tampoco desvió la mirada de su madre y no dejó que ninguna lágrima que se agolpaban en sus ojos se escapara.

Jesús miró a Alexa y con un leve movimiento de cabeza le dijo que se llevara a Alma fuera de la casa. La chica lo entendió y con sigilo cogió la mano de la niña, tiró de ella y las dos salieron de la vivienda.

Adam agarró la mano de su novia al verla temblar en el muslo de la chica al quedarse sin el soporte de la niña.

—Mamá, no es el momento adecuado para esto. Papá se está muriendo en la habitación contigua, ¡por Dios! —le recordó María intentando una vez más que su madre regresara al lado de su padre.

—Por la cara que pone él me atrevo a decir que no sabe nada de lo que estamos hablando —arremetió de nuevo Soledad sin tregua—. Vaya, así que además de asesina también es mentirosa.

—Bueno, ya está. Se acabó. Vámonos —Adam se levantó de la silla, ayudó a Gabriela, le echó una pequeña mirada a Jesús y los tres se marcharon.

—Gracias a Dios —dijo Soledad mirando al techo con las manos levantadas.

Una lágrima recorrió la mejilla de María al saber el dolor que su madre le estaba causando a su hermana. Parecía que disfrutaba humillándola.

—Si lo que querías es acabar sola, te felicito, lo has conseguido. Desde ahora, Soledad, estás muerta para nosotros —le anunció Pedro, su primogénito, levantándose con sus hermanos y marchándose con Gabriela, Tomás y Jesús.

La mujer se quedó petrificada ante aquellas palabras y observó con miedo como uno por uno, sus hijos se alejaban. Miró a su izquierda encontrándose con la mirada llorosa de María.

—Tú te lo has buscado, mamá.

La chica soltó la mano de su madre y siguió a sus hermanos sin poder dejar de llorar.

Gabriela se sentó en la camioneta y las lágrimas brotaron de sus ojos como cataratas. Adam la abrazó, dejando que ella enterrara el rostro en su pecho.

Alma se subió por el asiento del piloto y la cubrió con su cuerpecito.

—No llores, mami.

Al oír esas palabras, Gabriela lloró más aún. Podía sentir la fuerza del abrazo de Adam, pero también la de la pequeña.

—¿Nos vamos? —le preguntó el hombre cuando sintió que el llanto remitía un poco.

La chica asintió, levantó la mirada hacia él y después miró a Alma que estaba en su espalda, agarrada como un koala.

—Gracias, princesa —le agradeció a la pequeña.

—Ahora soy princesa guerrera, mami.

—Cierto. Perdona mi falta de memoria.

Alma se trasladó a los asientos traseros junto a Jesús y Alexa, y Adam se sentó al volante.

—Bueno, ¿queréis venir a ver mi ensayo? —les preguntó Tomás acercándose a la ventana del copiloto.

—Eso nos ayudará a despejarnos de todo este mal rollo —añadió Pedro con todos sus hermanos asintiendo detrás de él.

—Vaya, va a ser un ensayo en familia, literalmente —apuntó Tomás haciendo que todos dibujaran una sonrisa en sus bocas—. Seguidme.

Tomás se subió en su *Mini Couper* negro con el techo y los retrovisores en rosa con cuatro de sus hermanos y se puso en marcha hacia el local donde trabajaba todas las noches.

Aparcaron en el aparcamiento privado para los clientes y Alma abrió los ojos y la boca de par en par al ver el edificio.

—Mira, papi. Otra Giralda, pero en pequeñita —le dijo la pequeña señalando la escultura del tejado.

—¿En qué trabaja vuestro hermano? —preguntó Adam leyendo el cartel de neón ahora apagado.

—Baila —respondió Gabriela saliendo de la camioneta con una sonrisa cómplice con Jesús.

—Creo que nos va a sorprender ese baile —añadió Alexa siguiéndolos hacia el interior del local.

—Sentaos mientras me cambio —les ofreció Tomás dirigiéndose hacia unas escaleras a un flanco de la barra.

—Esto promete —apuntó Adam observando todo el local.

La estancia era enorme y muy espaciosa. Muchas mesas redondas ataviadas con unos pequeños manteles dorados y un candelabro en medio estaban repartidas por todo el local. Al fondo había un escenario negro y brillante con cortinas rojas que, de momento, ocultaban a los artistas.

Se sentaron en varias mesas y esperaron con impaciencia a que Tomás saliera al escenario. Alma no paraba de correr rodeando las mesas para entretenerse.

Después de esperar media hora, Tomás por fin habló desde detrás de las cortinas.

—¿Estáis preparados para pasarlo bien? —preguntó el hombre con el micrófono.

—¡Sí! —gritaron todos al unísono y aplaudiendo.

Las cortinas se descorrieron y ahí estaba Tomás, ¿o no? Una persona con una peluca roja como el fuego estaba en medio del escenario ataviado con un vestido rojo de lentejuelas, zapatos de tacón y guantes morados en las manos, como una Jessica Rabbit, pero en real, tan real que incluso se había maquillado y puesto unas tetas postizas.

—¡Madre mía de mi vida y de mi corazón! —Exclamó Adam riendo al ver a su cuñado vestido de aquella guisa—. ¿Es Drag Queen? —le inquirió a Gabriela en el oído.

La chica asintió riendo por la cara de sorpresa de la niña que se había quedado parada en medio del local.

—Música, por favor —pidió la versión real del dibujo caminando hacia su posición.

Las cortinas volvieron a taparlo y la voz de la chica que doblaba al dibujo animado comenzó a sonar. La pierna depilada de Tomás salió de forma sensual por el medio de las telas, éstas se descorrieron otra vez y el hombre caminó de forma sensual hasta el filo del escenario.

La actuación fue igual a la del dibujo, incluso interactuó con sus hermanos y Adam como si fueran el público de la película.

Gabriela, María, Alexa y Alma no podían parar de reír mientras los chicos seguían el juego de Tomás a la perfección.

El hombre volvió al escenario y las cortinas lo ocultaron. Cuando la música acabó, regresó con su público que le aplaudía, vitoreaba y silbaba con energía. Jessica Rabbit hizo una reverencia y bajó del escenario para encontrarse con Alma que se echó a sus brazos.

—¿De verdad eres Tomás? —le preguntó la niña intentando encontrar algún rastro del hombre.

—Soy yo, sí. El maquillaje hace maravillas, pequeña. ¿Os ha gustado? —les dijo a sus hermanos cuando se acercó a ellos.

—Nos ha encantado. Lo haces igual —contestó Alexa impresionada.

—Gracias. Podéis venir a verme esta noche, o cuando queráis.

—Esta noche no, pero ten por seguro que el viernes me tienes aquí en primera fila —afirmó Adam asombrado.

—Genial. Bueno, ahora vamos a hacerles unas preguntas a los nuevos miembros de la familia. Sentaos, por favor —Tomás se sentó en una silla con las piernas cruzadas y miró a Adam, Alexa y Alma con expectación.

—¿Cómo os conocisteis? —quiso saber María con la ilusión reflejada en sus ojos celestes.

—Bueno, Gabriela se hizo pasar por mi administrativa cuando en realidad era mi guardaespaldas —contestó Adam recordando aquellos momentos.

—¿A qué os dedicáis? —interrogó Pedro dando un sorbo a la botella de agua que Tomás le trajo.

—Yo soy guardaespaldas. Ahora mismo cuido de esta señorita —respondió Alexa haciéndole cosquillas a la niña.

—Soy licenciado en derecho, pero no ejerzo. Tengo un taller de mecánica —añadió Adam.

—Estupendo, ya tengo mecánico particular. Le tengo que hacer una revisión a mi coche, ¿cuándo puedo llevártelo? —le inquirió Tomás poniendo morritos.

—Cuando quieras.

—Vale, ahora le toca a la pequeña de la familia. A ver, Alma, ¿qué te gustaría ser de mayor? —Tadeo la sentó en su regazo y le abrió la botella de agua para que le diera un sorbo.

—Quiero ser una princesa guerrera, pero como sé que lo de princesa no se puede, pues solo guerrera. Seré guardaespaldas como mami, Micaela, Rafaela, Alexa y todas las demás.

—Eso ya lo veremos —murmuró su padre.

Después del interrogatorio que duró una hora y media, todos se levantaron

para irse. Ya eran las ocho de la tarde y el local tenía que empezar a prepararse para abrir a las nueve.

Tomás se despidió de todos y ayudó a sus compañeros.

Gabriela se montó en la camioneta después de despedirse de sus hermanos y su hermana, y Adam puso rumbo hacia la casa de su padre cuando hubo dejado a su cuñado Jesús en el apartamento de Gabriela.

Adam aparcó la camioneta en el garaje y dejó que Alexa se adelantara con Alma para poder hablar con su novia.

—Ya sé lo que quieres saber —le dijo la chica apoyándose en la puerta del vehículo cuando se apeó.

—¿Y me lo vas a contar? —el hombre se quedó enfrente de ella con las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

—Cuando tenía dieciséis años, un amigo y yo volvíamos a casa después de ver una película en el cine. Era tarde y los autobuses ya habían terminado, así que cogimos un taxi. Mientras el taxista conducía, nosotros no paramos de hablar de la película y no nos dimos cuenta de adónde nos llevaba en realidad aquel hombre que, después me enteré, no era taxista.

>>Se metió por un campo alejado de viviendas y nos apuntó con un arma. Nos maniató y tapó la boca a los dos. Le dio una paliza a mi amigo, sin venir a cuento. Cuando casi ya no podía casi respirar de la cantidad de sangre que emanaba de su boca, el hombre le disparó en la cabeza. Se volvió hacia mí, desgarró el pantalón y las bragas que llevaba puestas y me violó.

>>En todo ese tiempo recé para que alguien nos encontrara, pero no ocurrió nada. El hombre, por llamarlo de alguna manera, me violó una y otra vez hasta que se cansó y me dejó tirada en medio del campo, semidesnuda y afónica de tanto gritar. Se abrochó el pantalón, me apuntó con el arma y disparó. Cuando sentí el impacto de la bala en mi sien, me dejé caer al suelo y cerré los ojos.

>>El proyectil solo me había rozado, aunque él creyó que me había matado. Seguí con los ojos cerrados hasta que dejé de escuchar el motor del coche. Me levanté como pude y caminé hacia la carretera para pedir ayuda. La ayuda llegó con rostros de ángeles. Micaela y Vicenta, actualmente mi jefa y tía de mi amiga, me ayudaron.

>>Me llevaron al hospital, llamaron a mis padres y se quedaron conmigo todo el tiempo, incluso cuando mis padres llegaron. El médico entró en mi habitación y contó todo lo que ese hombre me había hecho. Sin embargo, el desgraciado me había dejado un regalito. A los dos meses empecé a sentirme

mal y mis padres me llevaron al médico. Estaba embarazada —soltó Gabriela del tirón mientras las lágrimas recorrían sus mejillas—. No quería tener ese bebé, pero mi madre se opuso. No le importaba que fuera una vida creada por una violación, por la fuerza. Me armé de valor y me fui de mi casa. Micaela me acogió en la suya y su familia entendió lo que me pasaba. Me ayudaron a abortar y, desde ese día, para mis padres soy una asesina. No entendían que aquel bebé me recordaría toda mi vida cómo vino al mundo.

—¿Volviste a tu casa?

—No. Mi abuela paterna me acogió. Terminé el bachillerato y a los dieciocho años me alisté al ejército. Me enseñaron a defenderme y es lo mejor que he hecho en toda mi vida. Nunca más me sentí indefensa, invulnerable. Excepto cuando tuve el accidente junto a mis amigas. Micaela, Rafaela y yo estuvimos durante un mes en coma y, cuando despertamos, todas al mismo tiempo, ninguna era la misma.

—¿A qué te refieres con que no eráis las mismas? —le preguntó Adam extrañado.

—Las tres despertamos con un sexto sentido que antes no teníamos. Yo, por ejemplo, puedo ver y hablar con fantasmas.

Los ojos negros del hombre se abrieron como platos ante aquella confesión.

—¿Te estás quedando conmigo? —quiso saber el hombre sin verle la gracia a aquella broma.

—Te estoy hablando en serio. Me viste hacerlo en mi apartamento cuando Jesús regresó del seminario después de dejarlo. Me comuniqué con el niño que murió en una de sus misiones.

—¿Cómo sé que no me estás tomando el pelo? —le inquirió aún un poco reacio a lo que estaba oyendo.

—Tu esposa os protege a ti y a Alma. Era rubia, ojos celestes, mandíbula cuadrada y tenía una verruga en la nariz, en el lado derecho, igual que Alma —le describió la chica viendo la luz blanca a la derecha del hombre con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Vale, ahora me estás dando miedo —le confesó él cruzándose de brazos al sentir un escalofrío.

—Te llamaba Bombón —añadió la chica.

Adam abrió la boca al darse cuenta de lo que Gabriela podía hacer.

—¡Madre mía! De acuerdo, te creo. Te creo mucho. ¿Alguna otra cosa más que confesarme?

—La verdad es que sí. No quería decírtelo hasta estar segura, pero creo que es el momento.

—Me estás asustando.

—Cariño, estoy... —respiró hondo y lo soltó—. Estoy embarazada.

El rostro del hombre y su cuerpo fue cambiando a cada segundo que pasaba. De estar casi temblando de miedo pasó a estar sonriendo de oreja a oreja y a levantar a la chica en brazos y dar vueltas con ella.

—Adam, me estoy mareando —le informó reteniendo una arcada.

—¡Voy a ser padre, otra vez! Vamos —dejó de dar vueltas y la llevó hasta el recibidor de la casa—. ¡Familia!

A los pocos segundos las cabezas de todos se asomaron por la barandilla de las escaleras y por la puerta de la cocina.

—¿Qué ocurre con tantos gritos? —preguntó Gaspar ayudando a su hermano a llegar a la escalera.

—¡Familia, voy a ser padre! —los gritos de Adam resonaban en toda la casa.

—Hermano, ya eres padre —le anunció Flavio como si nada.

—Voy a ser padre otra vez, ceporro.

Todos se miraron durante unos segundos, asombrados por la noticia.

—¡Voy a tener un hermanito! —dijo Alma bajando la escalera a todo correr y abrazando a Gabriela y a su padre.

—¡Enhorabuena! —las felicitaciones llegaron cuando la noticia llegó al cerebro de cada uno de los presentes y fue analizada.

—¡Felicidades, hermano! —Flavio y Ferrán abrazaron a Adam levantándolo del suelo cuando éste soltó a Gabriela.

—¿Y cómo se va a llamar? —quiso saber Alma pensativa.

—Princesa, aún no sabemos si será hermanito o hermanita, pero en cuanto lo sepamos, nos ponemos a la búsqueda del nombre, ¿vale? —respondió la chica con una sonrisa.

La niña asintió convencida con aquella respuesta, cogió la mano de Alexa y ambas subieron a la habitación.

—Bueno, vamos a dormir. Mañana lo celebraremos como es debido —propuso Gaspar ayudando a Dante.

Todos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Gabriela y Adam se tumbaron en la cama después de darse una ducha juntos y se quedaron dormidos abrazados y acariciando el vientre de la chica que ya empezaba a notársele la barriguita.

Capítulo 30

La alarma del móvil sonó en el silencio de la habitación. Ferrán alargó el brazo hasta el aparato y lo apagó. Le dejó un beso en la sien a Micaela, despertándola.

—Caramelito, tenemos que irnos —la informó levantándose de la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó adormilada.

—Las seis de la mañana.

—¿Las seis? ¿A dónde hay que ir tan temprano?

—Tengo cita a las siete con Teresa.

En cuanto ese nombre salió de la boca del hombre, los ojos de la chica se abrieron de golpe para clavar su mirada color miel en él.

—¿Sigues yendo a terapia?

—Más o menos. He estado yendo estos meses en los que no has estado conmigo y me ha ayudado mucho.

—¿Y para qué vas a ir?

—Tengo que contarle una cosa. Venga, levántate o llegaremos tarde.

—Qué pena —Micaela se levantó de la cama y se fue a su habitación para vestirse.

A las seis y media bajaron juntos las escaleras y entraron en el garaje. Ferrán abrió la puerta y la chica condujo hacia la consulta de la terapeuta.

La chica iba a quedarse en doble fila para esperarlo, pero él le señaló un hueco para que aparcara.

—Quiero que subas conmigo —le dijo el hombre.

—Lo mismo me voy a aburrir.

—Vamos.

La pareja se apeó del coche y se dirigió al portal del edificio. Se montaron en el ascensor y subieron hasta la segunda planta. Ferrán llamó al timbre y la terapeuta abrió con una gran sonrisa en los labios y abrazando al hombre con entusiasmo.

Micaela respiró hondo para no matar a la chica y carraspeó con disimulo para que el abrazo terminara.

—Pasa, Fer. ¿Cómo te ha ido el fin de semana? —la muchacha se echó a un lado.

—Bien. ¿Te importa que pase mi guardaespaldas?

—Claro que no. Sentaos, por favor. Hace tiempo que no has vuelto a terapia, ¿a qué se debe este cambio?

—En realidad, bueno... Se acerca el día de... de lo que pasó hace tiempo y, estoy pensando en algunas cosas que me gustaría haber hecho antes de que ellas se fueran —respondió Ferrán sentándose en el diván mientras Micaela lo hacía en la silla que había enfrente.

—¿Estás seguro de estar acompañado durante la sesión? —le inquirió Teresa señalando con los ojos a la chica.

La guardaespaldas puso los ojos en blanco y se mordió el labio inferior para no arrancarle la cabeza a esa mujer.

Ferrán le dedicó una sonrisa a su prometida y asintió.

—Sí, ya es hora de que conozca la historia —apuntó el hombre sin apartar la mirada de su chica.

—¿Estás seguro? —le preguntó la terapeuta con sorpresa. El hombre volvió a asentir—. Está bien. Cuéntale qué fue lo que ocurrió. Desde el principio.

El hombre cogió aire y lo soltó despacio sin apartar su mirada negra de la dorada de Micaela.

—Hace casi dos años, cuando mi padre y yo estábamos trabajando, recibimos una llamada telefónica. Un hombre con la voz distorsionada nos informó del secuestro de mi madre y de mi... prometida —Micaela se sentó en el borde de la silla y con las manos apretando sus muslos. Estaba deseando de estar a su lado—. En un principio creímos que era una mentira y una broma de muy mal gusto. Llamé al teléfono de mi madre. No me lo cogió. Lo intenté con el teléfono de Karen, pero tampoco me lo cogió. Mi padre continuaba hablando con el secuestrador. Le pidieron medio millón de euros. Como es lógico, no podíamos llamar a la policía, por lo que no lo hicimos.

>>Mi padre retiró el dinero de varias cuentas en esa misma mañana, siguiendo las instrucciones del secuestrador. Le pidieron que fuera solo, pero yo le seguí junto a la policía. Cuando llegó al punto acordado, dos coches se presentaron con un conductor en cada vehículo y los rehenes en el primero.

>>El secuestrador del primer vehículo se apeó y ayudó a salir a mi madre. Mi padre les tiró el macuto lleno de billetes al centro y el raptor empujó a mi madre hacia mi padre. Mi madre pasó el macuto de billetes y continuó caminando hacia su marido con el rostro lleno de lágrimas. El hombre cogió el macuto, lo abrió y caminó hacia atrás apuntando a mis padres con el arma.

Cuando estaba a la altura del coche, disparó y corrió hacia su compañero para huir. Mi madre cayó al suelo, yo salí de mi escondite y la policía persiguió a los asesinos. Mi madre murió en brazos de mi padre.

—¿Qué ocurrió con su prometida? —quiso saber Micaela volviendo a sentir el dolor, la rabia, la culpa y la impotencia de él como la primera vez.

—Me acerqué al coche que habían dejado abandonado y abrí la puerta del asiento trasero. Karen estaba allí sentada y... muerta.

Micaela no lo resistió más. Se levantó de la silla con las lágrimas resbalando por sus mejillas, se sentó al lado del hombre y lo abrazó y besó.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Los ojos marrones de Teresa se abrieron como platos al ver cómo la chófer de su paciente lo besaba en los labios y lo consolaba.

—Ahora entiendes mi carácter — le dijo Ferrán recibiendo los besos como una medicina milagrosa.

Un carraspeo atrajo la atención de la pareja. Teresa estaba asombrada.

—Veo que no es solo tu chófer, ¿verdad?

—No. También es mi guardaespaldas —añadió el hombre con una sonrisa. Micaela le dio un pellizco en el brazo—. ¡Ay! Vale, además de mi chófer y mi guardaespaldas es mi prometida.

—Menuda sorpresa. ¿Y cuándo pensabas contármelo, Fer?

—Mira, ya que sabes que soy su prometida, te voy a decir dos cositas. Primera, no tengas tanta confianza para llamarlo Fer, es tu paciente, nada más. Y segundo, no creo que sea necesario saludarlo con un abrazo tan efusivo —le advirtió Micaela mirando a la terapeuta con cara de pocos amigos.

Ferrán y Teresa se miraron asombrados, pero unos segundos después, ambos rompieron a reír a carcajadas. La chica pasó su mirada desconcertada de uno a otra.

—Tranquila, Micaela. No tengo ninguna intención de seducir a mi primo —contestó Teresa haciendo que la prometida de su paciente abriera la boca estupefacta y que sus mejillas se colorearan de rojo.

—¿Primo? —interrogó anonadada y avergonzada.

—Teresa es la hija de mi tío Josep, el hermano de mi madre —le explicó él abrazando a su prometida.

—Tenías razón, Fer. Me cae muy bien —añadió la terapeuta cruzando las piernas.

—Eres malo, Gruñón. Me hiciste pensar que te interesaba —le acusó Micaela.

—En realidad, eso fue idea mía —aclaró la chica—. Me contó lo del beso y le sugerí que te diera celos. Y, por lo que parece, hizo efecto.

A las ocho de la mañana, Micaela y Ferrán salieron de la consulta cogidos de la mano hasta que llegaron al portal. La guardaespaldas le sugirió a Teresa que no dijera nada sobre el compromiso de su primo, ya que estaban en el punto de mira y eso no ayudaría.

La pareja se montó en el *Lexus* después de que Micaela se asegurara de que no había rastro de bomba o algún sabotaje. Se dirigieron a la casa de Gaspar y reunieron a la familia y a los empleados en el comedor.

—Buenos días. Sé que estáis todos emocionados por todos los acontecimientos surgidos en estas semanas. Y también sabéis que alguien quiere hacer daño a esta familia —narró Micaela señalando a los presentes—. Os pido, por favor, que no contéis a nadie fuera de esta casa las buenas noticias: compromisos, bebés... todo debe quedar aquí. No quiero darle a los malos ningún motivo u objetivo con los que hacernos daño. Además, Marga, cuando salgas a comprar comida para reabastecer los víveres, irás acompañada por alguna de mis ángeles o, incluso, por mí. Nadie, absolutamente nadie, debe ir solo. ¿Entendido?

—Entendido —contestaron todos al unísono.

—Genial. Ángeles, en la oficina están investigando sobre quién los está amenazando. Tenemos que estar en alerta las veinticuatro horas del día. Haremos turnos. Me ocuparé de ello esta tarde y os lo comunicaré.

—Recibido —respondieron por los auriculares y en la estancia.

Mientras Ferrán revisaba su correo electrónico y algunas facturas en el despacho de su padre, Micaela se puso a preparar los turnos nocturnos para que siempre estuviera la casa vigilada. Necesitaba algunos ángeles más para que ninguna cayera exhausta de cansancio. Cogió su móvil que descansaba al lado de ella, en el sillón, y llamó a su tía.

—Tía, voy a necesitar a más ángeles en casa de la familia Merino. Solo para las noches. No quiero que ningún minuto del día esté sin vigilar. ¿Habéis

averiguado algo más?

—No, sobrina. Seguimos investigando. Y, sobre lo de tener más ángeles, dalo por hecho. Mándame un correo con cuántas más y con el horario que hayas preparado —contestó Vicenta por la otra línea.

—De acuerdo. Manténme informada. Gracias.

Dejó el móvil en el sillón y se levantó para acercarse a Ferrán.

—¿Has terminado? —le preguntó él levantando la mirada hacia ella y alejándose de la mesa con la silla para que se sentara en su regazo.

—Casi. ¿Me dejas mandar un correo?

—Claro —contestó dándose unas palmadas en el muslo para que se sentara.

Micaela se sentó en su regazo con un toque de sensualidad y se puso con el ordenador para mandarle el correo a su tía.

—Caramelito, no hagas eso —le advirtió Ferrán cuando la chica se movió encima de su entrepierna.

—No estoy haciendo nada. Solo mando un correo electrónico —se excusó ella moviéndose un poco más.

—Que conste que yo te he avisado —le dio la vuelta y la ayudó a ponerse a horcajadas.

La chica le sonrió y pegó sus labios a los de él. Las manos de ella abrieron la camisa de él y acarició su pecho con la punta de los dedos. Los besos se intensificaron y sus respiraciones se aceleraron al ritmo de los latidos de sus corazones.

De pronto, alguien llamó a la puerta y abrió sin esperar una respuesta. La cabeza de Alma se asomó por el hueco y miró a la pareja.

—Es hora de las clases. ¿Qué hacéis? —preguntó sin entender por qué Micaela estaba sentada de aquella manera encima de su tío.

—Pues no, ya no está la pestaña en el ojo —dijo la chica después de soplar en el ojo del hombre.

—Menos mal, me estaba haciendo daño. Bueno, vamos a las clases —les anunció Ferrán levantándose de la silla y dejando a Micaela delante de él.

—Venga, vamos. No quiero perder ni un segundo de la clase —les apremió la niña esperando a que se movieran.

—Ve tú delante, princesa —le ofreció la chica sintiendo la erección del hombre en la parte baja de la espalda.

—Vale, pero no tardéis.

Alma se fue corriendo y la joven se echó a reír.

—No te rías. Suerte que no habíamos ido más lejos sino a ver cómo lo explicamos.

—Piensa en otra cosa para bajar la culebrilla.

—¿Culebrilla? —inquirió el hombre indignado por aquel apelativo.

—Pero juguetona —se excusó la chica caminando hacia la puerta con una sonrisa traviesa.

—Qué simpática eres, Cuchicuchi.

Micaela le sacó la lengua con burla y corrió hacia la habitación que habían habilitado como sala de entrenamiento, para empezar con las clases de defensa personal.

Ya llevaban ocho días de entrenamiento y Alma avanzaba a pasos agigantados. La niña había sido capaz de abatir a Mariana en la primera prueba de defensa.

Cada día que pasaba, Adam tenía más miedo de lo que le pudiera pasar a su hija y, aún más miedo le daba que a Alma le gustaba más y más aquellas clases.

Gabriela, por su parte, estaba más orgullosa de la pequeña. Y cada día estaba más convencida de que la niña no cambiaría de opinión sobre la profesión que desempeñaría cuando fuera mayor. En aquella habitación estaba naciendo un nuevo ángel para la agencia.

Alexa se acercó a su cuñada sin dejar de mirar cómo la pequeña realizaba las llaves que Mariana y Micaela les enseñaban a los Merino.

—Alma es muy buena —le murmuró Alexa a su compañera.

—Lo sé.

—¿Crees que algún día será un ángel como nosotras?

—Sí, aunque ese día su padre, probablemente, morirá de un infarto.

Las dos chicas se rieron al mirar a Adam cayendo en la colchoneta cuando Mariana lo derribó.

—Acabará comprendiéndolo. O eso espero —apuntó Alexa recordando a su padre cuando sus hermanas y ella se alistaron en el ejército.

Las clases terminaron y Alma se entristeció. Quería seguir entrenando para estar preparada para lo que pudiera pasar.

—¿Por qué no podemos seguir una horita más? —preguntó la niña con los labios fruncidos.

—Porque es tarde y mañana hay cole. No se puede aprender todo en un día, princesa —contestó Adam guiándola hacia la salida de la sala.

—Jo, papi.

—Venga, guerrera, vamos a la ducha —Alexa la encaminó escaleras arriba.

—Estas clases me van a dar muchos quebraderos de cabeza —predijo Adam llevándose los dedos a la sien para darse un masaje.

—Qué exagerado.

Ferrán salió del baño desnudo y mojado, y se acercó a Micaela gateando por la cama. Le dejó un suave beso en la mejilla para que ella dejara de leer el libro y otro beso en la punta de la nariz cuando ella lo miró.

—¿Qué te pasa últimamente que siempre estás excitado? —inquirió la chica sintiendo algo extraño por parte de él.

—Bueno, he pensado que ya que nos vamos a casar y tú casi te inseminas para tener un bebé con... ése, pues, ¿por qué no tenemos un bebé?

—Ya. Ése se llama Isaac y, en cuanto a tu idea de tener un bebé, me parece estupendo, pero... —la sonrisa del hombre se esfumó de sus labios y se levantó de la cama para ponerse los pantalones del pijama—. Pero no creo que sea el momento adecuado. Gruñón —le llamó la chica acercándose a él para abrazarlo y dejarle un beso en el cuello—, estáis en peligro y nosotras también al protegeros. El bebé no estaría seguro.

Ferrán lo meditó durante unos segundos sin apartar su mirada de ella y acabó asintiendo.

—Tienes razón, no es el momento adecuado. En cuanto cojáis a los malos nos pondremos a ello.

—De acuerdo, jefe. Sin embargo, mientras llega ese día podemos practicar.

—Toda la razón del mundo, caramelito.

Capítulo 31

Ya han pasado veinte días desde el secuestro de Dante y las heridas han ido curando sin contratiempos.

Es viernes y esta noche Dante quiere volver ya a la cocina de su restaurante, por lo que informó a su guardaespaldas de que saldría esa mañana a comprar los ingredientes para la cena.

Rafaela y Dante entraron en el mercado de abastos y recorrieron la primera planta de derecha a izquierda, dejando todos los pedidos encargados para que los envíen al restaurante.

El hombre se paró en la pescadería y la chica miró a su alrededor asegurándose de que estaba a salvo. En uno de esos vistazos, vio que alguien los observaba escondido detrás de una columna. La joven siguió con su labor sin apartar su atención del intruso que los vigilaba.

—Dante, no te alarmes. Alguien nos sigue —le informó la muchacha con disimulo.

—¿Qué? —los ojos del hombre se llenaron de miedo.

—Tranquilo, no te pongas nervioso. No estás solo. Estamos contigo, ¿de acuerdo? —El hombre respiró hondo y agarró el bastón con fuerza—. ¿Has terminado? —asintió—. Vale, vamos al coche. Descubriremos al fisgón.

Los dos caminaron hacia el ascensor para bajar al aparcamiento del edificio. Rafaela ayudó a Dante a sentarse en el asiento del copiloto, le susurró algo al oído y se alejó, escondiéndose detrás de un todoterreno negro, preparada con el arma en la mano. Observó la figura del hombre que se acercaba a Dante con sigilo.

Rafaela rodeó la columna para quedar a la espalda del fisgón y colocó su arma en la cabeza tapada por el sombrero.

—Yo que tú no lo haría —le advirtió la chica.

Dante levantó la mirada y los ojos se le abrieron de par en par.

—¿Flavio? ¿Qué haces aquí? —le preguntó su tío sorprendido y aliviado.

—¿Se puede saber en qué coño estás pensando? —le gritó la joven enfadada y con el arma aun apuntándolo.

—Solo quiero hablar contigo. Y como cada vez que lo intento huyes de mí,

pues he pensado en cogerte desprevenida. Pero ya veo que no es fácil — respondió Flavio—. ¿Puedes apartar la pistola de mi cabeza?

La chica la apartó guardándola en la funda y dio un paso atrás cuando él se dio la vuelta para mirarla.

—Rafaela, tenemos que hablar.

—Ya te he dicho mil y una vez que no tenemos nada de qué hablar.

—Sí tenemos que hablar. No quiero perderte de nuevo.

—Pues, lo has hecho. Flavio, sabes tan bien como yo que lo nuestro no va a ningún lado.

—¿Por qué no? Yo te quiero y tú a mí...

—¿Que yo te quiero? ¿Quién dice eso?

—Yo, y tu cuerpo cuando tiembla cada vez que me acerco a ti —el chico dio un paso hacia ella haciéndola chocar con el coche que estaba aparcado a su espalda.

—No tiemblo —la chica tragó saliva con dificultad y levantó el mentón.

—¿Segura? Porque si no fuera por ese coche estarías ahora mismo en el suelo —le dijo el chico acercándose un poco más a ella.

Rafaela sintió el aliento del hombre en su rostro y un escalofrío recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza.

—Menos humos, fantasma. Por suerte, no todas las mujeres nos tiramos al cuello del primero que nos dice cuatro florituras que han encontrado por Internet. Por cierto, ¿dónde está Karina?

—Aquí —contestó la aludida saliendo de detrás de una columna.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —quiso saber Flavio.

—Te ha seguido todo el tiempo —respondió Rafaela sabiendo que así era. <<Ya podría haberme avisado>>, pensó.

—¿Me has dejado espacio para irme? —preguntó el chico con asombro. No había podido darle esquinazo.

—Llévatelo. Y, Karina, si lo encierras en un cuarto sería muchísimo mejor —le propuso Rafaela guiñándole un ojo.

—Lo tendré en cuenta.

Karina se llevó a Flavio y Morales se marchó con Dante hacia el restaurante.

Cuando la pareja llegó al restaurante, Marcelo, el subchef, ya estaba esperando en la puerta. Rafaela ayudó a Dante a salir del coche y Marcelo cogió las llaves que su jefe le entregó para abrir el local.

—Marcelo, asegúrate de que el pedido está completo —le dijo Dante

entrando en la cocina y sentándose en un taburete alto.

—No te preocupes, jefe. Lo tengo todo controlado.

Rafaela entró en la cocina después de comprobar que todo estaba en orden y sin moros en la costa.

—¿Todo bien? —le inquirió su protegido sin dejar de mirar cómo Marcelo cortaba la cebolla en dados iguales.

—Todo bien. No te preocupes. Buenas tardes, Marcelo —lo saludó la chica dedicándole una sonrisa.

—Buenas tardes, preciosa. ¿Tienes hambre?

—No, pero gracias.

El timbre de la puerta trasera sonó y la joven abrió. Al ver quién era resopló de fastidio.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

—Vengo a echarle una mano a mi tío. ¿Tampoco puedo ayudarlo? —le preguntó Flavio cruzando los brazos.

—Déjalo pasar, Rafaela. Le vendrá bien la ayuda a mi subchef —gritó Dante sentado en el taburete cansado de la caminata de las compras.

La chica se echó a un lado para que Flavio y Karina pasaran. El hombre se quitó la cazadora, se remangó y se puso el delantal para no mancharse.

—¿A qué te ayudo, Marcelo?

—Si me puedes ir pelando las patatas estaría estupendo.

Los dos hombres siguieron cortando y pelando las verduras para la sopa mientras las chicas vigilaban.

Marcelo dejó de cortar zanahoria, se limpió las manos en el mandil y salió de la cocina. Cuando salió del servicio secándose las manos vio a Rafaela mirando por el ventanal. Se acercó a ella con una sonrisa en los labios y le dio un pequeño toquecito en el hombro para llamar su atención.

—Hola. ¿Ya habéis terminado?

—No, aún queda un poco. Rafaela, quería preguntarte... Mañana es mi día libre y quería invitarte a cenar, si tú quieres.

—¿Me estás proponiendo una cita?

—Sí.

—Está bien, acepto. Pero pagamos a medias.

Un carraspeo sonó en la estancia proveniente de las puertas abatibles de la cocina. Flavio los miraba con los dientes apretados y el ceño fruncido.

—Si ya has terminado de ligar, ¿podrías seguir cortando verduras? Yo tengo que irme.

—Claro. Gracias por la ayuda —Marcelo le estrechó la mano a Flavio y éste se lo devolvió con más fuerza.

—Que os sea leve la noche —Flavio se dio media vuelta y salió del restaurante seguido de Karina.

Ambos caminaron derechos hacia el coche de la chica cuando una furgoneta negra frenó antes de atropellarlos. Cuatro hombres enmascarados salieron del vehículo armados, dispararon a Karina en la cabeza y asestaron un golpe a Flavio en la nuca dejándolo inconsciente. Lo cargaron en la furgoneta y se alejaron a toda velocidad por la calle.

Rafaela se alejó del ventanal del comedor del restaurante y se encaminaba hacia la cocina cuando escuchó un disparo proveniente de la calle. Corrió hacia la puerta, la abrió y vio la furgoneta negra derrapar en el suelo cuando el conductor aceleró. La chica sacó su arma y disparó al vehículo, pero éste se alejó dando tumbos. Se llevó la mano al auricular de su oído y buscó a Karina. A lo lejos vio el cuerpo de la chica en el suelo, inmóvil. Corrió hacia ella y se agachó a su lado. La bala había entrado y salido de su cabeza. Una lágrima resbaló por la mejilla de la chica mientras le cerraba los ojos a su compañera.

—Ángeles, Karina está... muerta —informó por la radio del auricular de su oído.

—¿Qué?! ¿Qué ha pasado? —preguntaron todas al unísono con la voz acongojada.

—Han secuestrado a Flavio. La han asesinado.

—Os quiero a todas allí. ¡Ya! —les ordenó Micaela con premura.

—¡Rafaela! ¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Dante acercándose a ella y quedando impresionado al ver el cadáver de Karina.

—Se han llevado a Flavio.

—Madre de mi vida. ¿Por qué? ¿Qué quieren de nosotros?

—No lo sé, pero lo averiguaremos. Traeremos a Flavio de vuelta como hicimos contigo. Y por el bien de los secuestradores, espero que no le hagan daño —sentenció la chica agarrando el collar de Karina con el corazón alado, al igual que el que llevaban todas las ángeles.

Capítulo 32

Micaela estaba en el despacho de Ferrán, en el concesionario, leyendo el último mensaje que su tía le había mandado con toda la información que había podido reunir sobre quién estaba amenazando a la familia Merino. Seguían sin saber nada. La chica estaba respondiendo a su tía cuando sus dedos se quedaron petrificados y su rostro blanco como la leche. Se llevó la mano al oído y levantó la mirada hacia Ferrán.

El hombre le devolvió la mirada con una sonrisa que se esfumó cuando vio una lágrima resbalar por la mejilla de ella. Se levantó de un salto de la silla y se arrodilló delante de ella enjugándole las lágrimas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó preocupado.

—Os quiero a todas allí. ¡Ya! —respondió la joven levantándose, cogió la mano de Ferrán y corrió hacia el *Lexus*.

—Caramelito, ¿qué pasa? ¿Por qué tanta prisa?

—Han secuestrado a Flavio y matado a Karina —le informó saliendo del aparcamiento a toda velocidad.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par al escuchar la noticia. Se llevó las manos a la cara con miedo y preocupación.

—Micaela... —empezó a decir con la voz rota.

—Lo sé. No le pasará nada. Te lo prometo —le dijo la joven sintiendo lo mismo que él. De nuevo la rabia, el dolor, la culpa y la impotencia aparecieron dentro de él sin poder evitarlo. La misma situación se repetía.

Ferrán apretó la mano de ella para tener la fuerza necesaria para volver a pasar por aquella situación y no volverse loco.

Gabriela y Adam estaban sentados en un banco del parque mientras observaban cómo Alexa, Jesús y Alma jugaban a la pelota.

De pronto, los rostros de las mujeres cambiaron de la felicidad a la tristeza en un abrir y cerrar de ojos. Ambas se llevaron una mano al oído y preguntaron con la voz acongojada:

—¿Qué ha pasado?

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas preocupando a los hombres que no entendían lo que estaba pasando.

—Recibido —contestaron al unísono ante la orden de su compañera.

Los cinco corrieron hacia la camioneta y Gabriela se puso al volante mientras Alexa se sentaba de copiloto y los demás en los asientos traseros.

—¿Podéis decirnos qué ha ocurrido? —quiso saber Adam sujetándose a la puerta cuando Gabriela cogió una curva a demasiada velocidad.

—Han secuestrado a Flavio y matado a Karina —contestó la chica acelerando.

Los dos hombres y la niña se quedaron mirándolas boquiabiertos, impresionados por la noticia.

La ambulancia ya estaba en la calle del restaurante de Dante cuando varios coches llegaron derrapando. Todos los ángeles y la familia Merino se apearon de los vehículos y corrieron hacia Rafaela y Dante que veían cómo la ambulancia se llevaba el cuerpo sin vida de la chica.

—Infórmanos —le dijo Micaela a su compañera después de abrazarla.

—No lo vi. Me alejé del ventanal cuando salieron, después escuché el disparo y fue cuando vi a la furgoneta irse.

—¿Viste la matrícula?

—No tenía.

—¿Has intentado buscarlo? —le preguntó refiriéndose a su don.

—Sí, pero no veo nada —las lágrimas brotaron de sus ojos sin control.

Micaela y todas las demás la abrazaron formando una piña.

—Ángeles, tenemos trabajo. Pongámonos en marcha. Rafaela, vuelve a intentarlo —la chica la guio hasta el interior del local y la sentó en una de las mesas.

Gabriela le entregó el móvil de Flavio que se le debió de caer mientras lo metían en el vehículo y esperó a que su amiga encontrara dónde lo tenían retenido.

Rafaela cogió el aparato entre sus manos y cerró los ojos a la espera de la información. Pero no ocurrió nada. Las lágrimas salían de sus ojos como cataratas. ¿Por qué no lo veía?

Micaela sintió la frustración de su compañera, se sentó a su lado y le cogió las manos entre las suyas.

—Tranquilízate. Es posible que los nervios te estén bloqueando. Dante, ¿podrías traerle una tila?

—Por supuesto, pero ¿no deberíais estar buscando a mi sobrino?

—Eso hacemos. Samanta y Sonia están buscando la furgoneta negra.

—¡Madre mía! Estamos volviendo a vivir un infierno —anunció Gaspar sentándose con las chicas y enterrando el rostro entre sus manos.

—No te preocupes, suegro. Rafaela lo encontrará —afirmó Gabriela consolando al hombre.

—¿Y cómo lo va a encontrar aquí sentada? —murmuró Ferrán al oído de su prometida.

Micaela se levantó guiándolo hasta la cocina.

—Tengo que contarte una cosa. Cuando Gabriela, Rafaela y yo estábamos en el ejército, tuvimos un accidente que nos dejó en coma. El día que despertamos, todas a la vez, algo cambió en nosotras. No éramos las mismas de antes —le narró la chica dando vueltas por la cocina, nerviosa—. Las tres sentíamos cosas que antes no podíamos.

—¿A qué te refieres? —le preguntó el hombre sin entenderla.

—Gabriela sentía escalofríos cada vez que un... un espíritu se aparecía ante ella.

—Espera. ¿Has dicho espíritu? ¿Fantasma? —estaba desconcertado.

—Sí. Ella puede ver y hablar con fantasmas. Ya sé que es difícil de creer, pero puede demostrártelo. Rafaela, al tocar a alguien o algún objeto que pertenezca a una persona, puede ver el futuro de esa persona. De ahí que esté tocando el móvil de tu hermano. Y así fue como encontró a tu tío. Y yo... —se quedó callada sin saber cómo decírselo.

—¿Tú, qué?

—Yo puedo sentir las emociones de los demás. Como ahora que estoy sintiendo tu desconcierto ante lo que estás escuchando.

—¿Cómo es eso posible? ¿Cómo sabes que no es lo que sientes tú?

—Porque cada persona es diferente, tiene su propia aura y cada aura un sabor distinto. Tu aura, al principio, era amarga como tu carácter —le contestó con una sonrisa—. Ahora tiene un sabor más agrisado ya que tus sentimientos están entre la felicidad por lo nuestro y la tristeza por la desaparición de tu hermano. Crees que volverá a pasar lo mismo que con tu madre y tu prometida.

Los ojos de Ferrán parpadearon con rapidez al darse cuenta de que tenía

toda la razón. Era verdad. Estaba triste por lo que pudiera pasar o que pasara lo mismo que con su madre.

Micaela le dedicó una sonrisa sabiendo que la creía. Le rodeó la cintura con sus brazos para abrazarlo y descansar la cabeza en su pecho.

—No ocurrirá lo mismo que aquella vez. Lo traeremos sano y salvo como a tu tío. Te lo prometo —le afirmó ella dejándole un beso en los labios.

—Estoy seguro de que así será.

Por supuesto que sería así. Confiaba en ella como en él mismo.

Teresa estaba recogiendo el portátil de la oficina cuando su móvil sonó, sobresaltándola. Miró la foto de su primo Ferrán y descolgó.

—Buenas noches, primo. No me digas que quieres otra cita.

—Teresa, ¿estás sentada?

—No. ¿Por qué?

—Será mejor que te sientes. ¿Te has sentado?

—Sí. ¿Qué ocurre? Me estás asustando —le dijo la chica sentándose en la silla del escritorio.

—Han secuestrado a Flavio.

—¿¿Qué?! ¿Por qué? ¿Quién?

—No lo sabemos. Nuestros guardaespaldas ya están buscándolo.

—¿Dónde estáis?

—En el restaurante de mi tío Dante.

—Voy para allá.

Ferrán no tuvo tiempo de decirle que no hacía falta que fuera, la chica le colgó antes de que él pudiera abrir la boca.

La joven cogió el bolso y corrió hacia su coche con las lágrimas agolpadas en sus ojos.

En quince minutos llegó al restaurante y entró en el local como un torbellino. Gaspar y sus hijos la miraron durante un segundo y la abrazaron para consolar su llorera.

—¿Se sabe algo? —quiso saber la muchacha con hipidos.

—Aún no. No dan con la furgoneta en la que se lo han llevado —respondió Gaspar dejando un beso en la frente de ella—. Gracias por venir.

—Aquí estoy para lo que os haga falta.

Eloy, el hermano de Rafaela, estaba sentado en el sofá de la casa de su madre cuando escuchó que su teléfono móvil sonaba en la cocina, encima de la encimera. Dejó el mando de la tele en el sofá y se levantó con un suspiro. Cogió el aparato y descolgó al ver la foto de Micaela, amiga y compañera de su hermana.

—Hola, Mica. ¿Ocurre algo?

—Eloy, necesito que vengas para ayudarnos, sobre todo a tu hermana.

—¿Qué le pasa a mi hermana? —le preguntó preocupado.

—Está en shock. Han secuestrado a Flavio.

—¿A Flavio? ¿Por qué?

—Hace varios meses que toda su familia está en peligro. Aún no sabemos quién quiere hacerles daño. ¿Puedes venir, por favor?

—Por supuesto. Mándame la ubicación. En diez minutos estaré allí.

El teléfono del hombre pitó al recibir el mensaje de la chica con la dirección, se puso las zapatillas de deporte y se marchó. Llegó a la ubicación indicada y abrazó a Micaela cuando la vio en la puerta del restaurante.

—¿Dónde está? —le inquirió Eloy con preocupación.

—Dentro. Intenta encontrarlo, pero no lo consigues. Vamos.

La chica lo llevó hasta su hermana que estaba mirando fijamente el móvil de Flavio entre sus manos.

Eloy se sentó al lado de Rafaela, agarró sus manos captando su atención y le dedicó una leve sonrisa.

—Se lo han llevado —le informó ella con las lágrimas agolpadas en sus ojos.

—Lo sé, Rafi, pero lo vamos a encontrar. Juntos lo vamos a encontrar.

—No puedo verlo.

—No puedes porque estás bloqueada y nerviosa. Rafi, tienes que relajarte. Deja que la información fluya por tu cuerpo. ¿Por qué no duermes un poco? Eso te ayudará a relajarte.

—No quiero dormir. No dormiré hasta que no lo encuentre —le dijo su hermana con la voz acongojada.

—Rafi, si no duermes te enfermarás. Y si te enfermas no podrás hacer nada por él.

—No sé cómo no me di cuenta antes. No debí alejarme del ventanal. Si no me hubiera alejado los habría visto y parado antes de que ocurriera todo.

—Mi niña, no ha sido culpa tuya. ¿Cómo ibas a saberlo tú? Los secuestradores son imprevisibles. Nadie sabe cuándo actuarán.

—Pero si les hubiera dado la mano a alguno de los dos, lo hubiera visto.

—No pienses así. No es culpa tuya. Ven aquí —la pegó a él para abrazarla y reconfortarla—. Voy a ordenar que un helicóptero sobrevuele Sevilla entera si es necesario para encontrarlo.

—Gracias, hermano. No sé qué haría sin ti.

Teresa preparó una tila y se la llevó a Rafaela. La escuchaba llorar y se le partía el alma. Dejó la taza humeante encima de la mesa y vio el cogote del hombre que abrazaba a la chica con cariño y ternura.

—Rafaela, tómate la tila. Te sentará bien y te relajará —le ofreció la terapeuta haciendo que la pareja la mirara.

Los ojos verdes de Eloy se clavaron en los marrones de la muchacha. No podía apartar la mirada de ella por más que lo intentaba para salir a llamar a la comisaría y dar la orden de que el helicóptero saliera.

Rafaela le dio un pequeño sorbo al líquido humeante y miró a su hermano y a la chica. Ambos se habían quedado quietos, casi sin pestañear.

—Hermano, ella es Teresa, prima de Flavio. Teresa, él es Eloy, mi hermano mayor —los presentó la joven con una leve sonrisa en los labios.

—Encantado —el hombre se levantó en toda su altura y extendió la mano para estrechársela.

En cuanto las manos de ambos se tocaron, la pareja sintió un escalofrío que recorrió el cuerpo de los dos de arriba abajo.

—Hermano, ¿no ibas a pedir un helicóptero? —le inquirió Rafaela.

—Sí. Claro. Ahora vuelvo.

Eloy salió del restaurante mirando de vez en cuando a su espalda para echarle un vistazo a Teresa.

—Gracias por la tila —le agradeció Morales a la chica.

—De nada. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Está soltero. Es inspector de policía y sí, le has gustado.

La terapeuta se quedó mirándola sorprendida durante unos segundos hasta que sintió que el rostro se le ponía rojo como un tomate. Le dedicó una sonrisa tímida y se marchó al interior de la cocina junto a sus primos y su tío.

Flavio abrió los ojos despacio. Estaba desorientado. La cabeza le dolía horrores. Se llevó la mano a la parte trasera de la cabeza y se tocó el chichón que alguien le había hecho. Se miró las manos atadas y, después, a su alrededor. Estaba dentro de un vehículo.

—¿Qué ha pasado? —murmuró sentándose con la espalda apoyada en el respaldo del asiento del piloto.

Unas voces se escucharon en el exterior de la furgoneta y no parecía una conversación agradable.

—¡Joder! No deberías haberle disparado a la chica —dijo una de las voces.

—Si no la hubiera matado nos habría aniquilado ella. ¿O ya no te acuerdas de lo que pasó en el almacén cuando cogimos al hermano del objetivo?

—Por suerte para nosotros no estábamos allí o estaríamos criando malvas con los demás —añadió un tercero.

—Bueno, ya basta. He llamado al jefe. Se pondrá en contacto con el objetivo mañana por la mañana. Así que, nos toca hacer guardia para vigilarlo —anunció un cuarto hombre.

<<¿Qué harán conmigo cuando tengan lo que quieren?>>, se preguntó Flavio recordando a su madre y su trágica muerte junto a la prometida de su hermano Ferrán. <<Espero que yo no tenga el mismo final>>.

Capítulo 33

Eloy sacó una cápsula del bolsillo de su pantalón vaquero, la abrió y la echó en la décima tila que Teresa le preparó a Rafaela.

La terapeuta lo miró con los ojos abiertos y el hombre le guiñó un ojo moviendo el líquido humeante con la cucharilla, cogió la taza y se la llevó a su hermana.

El hombre subió las escaleras hacia la buhardilla de Dante y le entregó la taza a Rafaela que no había soltado el móvil de Flavio en ningún momento.

La joven le dio un sorbo al líquido caliente y las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Rafaela, ¿por qué no duermes un poco? Échate en mi cama —le ofreció Dante enjugándole la lágrima escurridiza que bajaba por su pómulo.

—Sí, mi niña. Duerme un poco —añadió Eloy llevándola hacia la cama.

Su hermana parecía un zombi. Arrastraba los pies por el suelo mientras caminaba hacia la cama con el móvil de Flavio aún en sus manos y su mirada clavada en él.

Eloy la ayudó a tumbarse, la tapó con una manta y le dejó un beso en la frente. Se dio media vuelta y se sentó en el sofá, al lado de Teresa. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos cansados.

—Tú también deberías descansar —le dijo la joven observándolo de arriba abajo y mordiéndose el labio inferior para reprimir las ganas de besar sus labios suaves y llenos.

—Lo sé, pero estoy pensando en hacer otras cosas mejores.

—¿Cómo qué?

—Como, por ejemplo, hablar contigo. Conocerle.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la muchacha, apoyó el codo izquierdo en el respaldo del sofá, la cabeza en la mano y con una pierna doblada para poder ver el perfil del hombre mejor.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó la joven emocionada.

—¿Tienes novio, marido o novia?

—No tengo novio —contestó con una sonrisa.

—Bien, vamos bien. ¿A qué te dedicas?

—Soy terapeuta. Y tú eres inspector.
—¿Cómo lo sabes?
—Me lo dijo tu hermana.
—¿Qué te gusta? Comida, lo que te gusta hacer, en fin... todas esas cosas.
—Me encantan las pelis de terror, la comida mejicana, el voleibol, bailar salsa y me encanta cocinar, sobre todo postres.
—Vamos muy, pero que muy bien.

—¡Rafaela, ayúdame! —gritó Flavio mientras lo metían a la fuerza en la furgoneta negra.

Los ojos cerrados de la chica se abrieron de golpe incorporándose en la cama y agarrando el móvil con fuerza.

Eloy se sentó en la cama y abrazó a su hermana que lloraba desconsolada.

—No lo protegí. Me lo quitaron delante de mis narices —sollozó en el pecho de su hermano.

—No te hagas eso, Rafi. No te culpes.

La chica lloró en el pecho de su hermano sin control. No podía parar. No lo encontraba. ¿Por qué no lo veía? ¿Por qué su don no servía?

—No sé qué hacer para encontrarlo —se quejó la muchacha.

—No te preocupes. Relájate y todo volverá a su cauce.

—Tal vez... Quizás, yo pueda ayudarla —se ofreció Teresa desde los pies de la cama.

—¿Cómo?

—Soy terapeuta. Te puedo llevar a un sitio relajante sin que te muevas de la cama.

Rafaela miro a su hermano dubitativa y después a la terapeuta.

—Por intentarlo que no quede. ¿Qué hago? —inquirió Morales dejando la taza vacía en la mesita de noche.

—Tumbate y cierra los ojos. ¿Me dejas? —le preguntó a Eloy para que la dejara en su sitio. El hombre se levantó—. Deja la mente en blanco. Concéntrate solo en tu respiración y en mi voz —Teresa puso música relajante en su móvil, pero bajita, sin que ésta pudiera influir en la joven—. Imagina que estás tumbada en el césped, en medio de un precioso prado lleno de flores y mariposas revoloteando en busca de su néctar. Sientes el sol calentando tu

piel. El silencio reina en el lugar y sientes que un sueño reparador se apodera de ti.

>>Una pequeña mariposa se posa en tu mano, acariciándola suavemente. Las flores rozan tu piel al compás de la leve brisa que sopla a tu alrededor. En ese silencio, escuchas que el viento te susurra al oído algo que no consigues oír. Tienes que concentrarte. Tus oídos se abren curiosos ante el susurro. Rafaela, ¿qué quieres que el viento te conteste?

Las manos de la chica se aferraron al móvil de Flavio y, por fin, la imagen llegó a ella.

Flavio estaba vivo, atado dentro del maletero de un vehículo.

Los ojos de la joven se abrieron y se clavaron en su hermano.

—Está vivo. Lo tienen dentro de un vehículo. No he podido ver nada más —le informó para que el helicóptero lo buscara con premura.

Eloy asintió, cogió su móvil y llamó al piloto. No podían perder tiempo.

—Gracias por la ayuda, Teresa —le agradeció Rafaela.

Micaela y Gabriela entraron en la buhardilla e informaron a su compañera.

—¿Has dormido bien? —se preocupó Micaela.

—Sí. Sé que está vivo y dentro de un vehículo, presupongo que en el interior de la furgoneta. No he podido ver nada más.

—Algo es algo. Samanta y Sonia han encontrado la furgoneta, pero estaba vacía. Han debido de cambiar de vehículo —le anunció Gabriela sentándose en el borde de la cama al sentir un mareo.

—Digo yo —añadió Jesús sobresaltándolas al entrar por la puerta—, ¿por qué no le pides a uno de tus... tus amigos que lo busque? —le dijo a su hermana sin querer decir fantasma.

—No es mala idea.

En ese momento, Gaspar entró corriendo con el móvil en la mano y diciéndoles con un dedo en sus labios que se mantuvieran callados.

—Ya estoy solo —le avisó el hombre al interlocutor de la otra línea.

—Muy bien, escuche atentamente. Tengo a su hijo menor en mi poder, en sus manos está el que siga vivo o se reúna con Dios en el cielo —habló una voz masculina con acento colombiano.

—¿Qué tengo que hacer?

—Se va a montar en su coche y va a ir a la ubicación que le voy a mandar. Cuando llegue, mi abogado le hará entrega de unos papeles. Esos papeles son un contrato de venta. Usted me va a vender su aeropuerto privado con sus aviones, avionetas y helicópteros. Una vez esté firmado, mis hombres le

entregarán a su hijo sano y salvo. En caso de que se niegue a firmar, le mandaré a su hijo en trocitos. ¿Lo ha entendido?

—Sí. Quiero una prueba de que mi hijo está vivo —le impuso Gaspar. Hubo un silencio en la línea, el ruido de una puerta corredera abriéndose y, después, una respiración agitada.

—¿Papá? —lo llamó Flavio.

—Hijo, ¿estás bien? —le inquirió su padre.

Rafaela se levantó de la cama y se acercó al hombre para escuchar la voz del chico más de cerca.

—Sí. No me han tocado.

—No te preocupes, hijo.

—Te vamos a sacar de ahí. Confía en mí —le aseguró Rafaela con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—No tarde, señor Merino —le dijo el colombiano antes de colgar.

—Chicas, ¿qué hacemos? ¿Qué hago? —les interrogó el hombre nervioso.

—Tranquilízate, suegro. Vamos a trazar un plan y no vas a perder ni a Flavio ni el aeropuerto. ¿Sabes el nombre del hombre que te ha llamado? —le inquirió Micaela.

—Sí. Ahora sí sé quién es. Se llama Rigoberto Restrepo. Es un narcotraficante colombiano. Hace unos meses se reunió conmigo para que le vendiera el aeropuerto y así poder meter la mercancía con más facilidad. Le dije que no. Él se marchó sin amenazarme, pero ya veo que la sonrisa que me dedicó no era de amabilidad o resignación —contestó Gaspar sentándose en el borde de la cama. Su móvil pitó—. Es la ubicación.

—Muy bien —Micaela se llevó la mano al auricular del oído—. Ángeles, reuniros en la buhardilla de Dante.

—Recibido —respondieron al unísono.

—Gabriela, intenta lo que Jesús te ha dicho antes. Suegro, vas a ir a ese encuentro y vas a firmar los papeles, pero intenta demorarlo todo lo que puedas. Mientras él está firmando, nosotras salvaremos a Flavio. No me fio que lo dejen volver cuando hayas firmado —explicó Micaela a los presentes—. Avisaré a Eloy para que nos ayude y así se llevará a la cárcel a un narco más.

Gabriela estaba en el suelo con las piernas flexionadas y cruzadas, los ojos cerrados y concentrada para comunicarse con el espíritu.

—¡Gaby! —la llamó Alma subiendo las escaleras hacia la buhardilla.

—Sh —chistó Micaela cogiendo a la niña antes de que tocara a su compañera y le tapó la boca.

La pequeña la miró sin saber lo que pasaba. ¿Qué estaba haciendo?

Gabriela abrió los ojos y miró a algo que los demás no podían ver. Le dedicó una sonrisa con una leve reverencia de la cabeza y habló:

—¿Podrás encontrarlo?

—Por supuesto —contestó la luz blanca, el espíritu de una mujer morena, ojos negros, rostro redondo y piel blanca.

La luz desapareció en un parpadeo y Gabriela clavó su mirada en la niña que la miraba perpleja y sin entender nada.

—Ya está en marcha —le informó a Micaela—. ¿Qué quieres, princesa?

—¿Vamos a entrenar hoy?

—No, cielo. Tenemos trabajo. Te prometo que cuando esto termine, entrenaremos el doble para recuperar las clases, ¿de acuerdo?

—Vale. Se lo voy a decir a papi. Se va a alegrar —añadió en un susurro.

La niña bajó las escaleras y las compañeras de Micaela subieron saludando a la pequeña.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber Mariana.

—En cuanto sepamos dónde está exactamente retenido nos pondremos en marcha —le dijo Micaela sentándose en el borde de la cama, al lado de Rafaela que miraba fijamente el móvil de Flavio.

Gabriela clavó su mirada en un hueco vacío entre Alexa y Mariana, y asintió.

—Gracias —contestó la chica con una sonrisa—. Sé dónde está —les informó a sus amigas.

—Pongámonos en marcha —les ordenó Micaela levantándose a la par que Rafaela.

Capítulo 34

Gaspar suspiró por enésima vez mirando hacia el frente mientras Mariana se dirigía hacia la ubicación que el narcotraficante le había mandado.

—Tranquilícese, señor Merino. No pasará nada. Solo siga con el plan y verá que, en menos de lo que canta un gallo, volvemos a su casa con su hijo.

—Lo sé. Confío plenamente en vosotras, pero no puedo dejar de estar nervioso.

—Todo saldrá bien. Samanta, estamos llegando. Le daré la vuelta al coche para que lo puedas ver mejor —le informó a su compañera por el auricular.

—Recibido.

Mariana dio la vuelta con el coche cuando llegó al punto indicado y un hombre salió del otro vehículo aparcado en medio del solar derrumbado. Ella y Gaspar se apearon y se acercaron al abogado trajeado, joven y atractivo que sujetaba un maletín.

—¿No le dijo que viniera solo? —le reprendió el abogado con desconfianza.

—Es mi chófer. Me han prohibido conducir por el ataque al corazón que me dio hace unos años.

—No estoy armada, si es eso lo que le preocupa —añadió la chica levantándose y abriéndose la chaqueta negra del traje para que comprobara de que no llevaba armas.

El abogado se relajó un poco, agarró el maletín y lo abrió con una mano.

—Firme y nos podremos ir cada uno a su casa a descansar —dijo el hombre sacando el contrato y entregándoselo a Gaspar.

El hombre observó el papel durante unos segundos. No podía hacerlo. ¿Y si salía mal como la vez anterior? ¿Y si las chicas no conseguían salvar a su hijo antes de que fuera tarde? Gaspar levantó la mirada hacia Mariana y ésta le asintió y sonrió con confianza.

—Parece que está solo. No veo a nadie por los alrededores —le informó Samanta por el auricular.

—Firme de una vez, no tengo todo el día y seguro que su hijo tampoco —le premió el abogado con cansancio.

—No le escuches. Haz como que lo lees mientras yo hago otra cosa —le susurró su chófer apoyando una mano en el hombro del hombre para darle fuerzas.

Gaspar respiró hondo y la obedeció. Leyó la primera línea y sintió que la joven se alejaba de él.

—Así que usted es abogado, ¿no? —le preguntó Mariana acercándose a él y rodeándole—. Tiene usted un traje muy bonito y caro. Su cliente debe de ser muy generoso con usted.

—Bueno, lo que me paga me lo gano con creces. No es fácil ser el abogado de uno de los mayores narcotraficantes del mundo.

—Claro. Y le pagará también un plus de peligrosidad. Aunque, me parece extraño que lo mande solo a reunirse con un desconocido.

—No creo que ese viejo pueda hacerme mucho daño —se burló el joven con una sonrisa en los labios.

—Sí, cierto. Y si se pone mal la cosa, con echar a correr tiene suficiente. No creo que un viejo pueda alcanzar a un joven atlético como usted —le dijo Mariana coqueteando—. ¿Puedo? —le inquirió señalándole el bíceps. La sonrisa del hombre se ensanchó y asintió—. Vaya, estoy impresionada. Nunca hubiese pensado que debajo de este traje hubiera tanto músculo. Si no lo toco no lo creo.

—Eso no es lo único que hay debajo de este traje. Te puedo asegurar que desnudo gano mucho, sobre todo si la compañía lo merece —Mariana se mordió el labio inferior con suavidad mientras le sonreía con sensualidad—. ¿Qué te parece si, después de que terminemos aquí, te invito a mi casa?

—Mm, me parece una muy —la chica se acercó a él, quedándose a pocos centímetros de su boca—, pero que muy... mala idea —levantó la rodilla y le asestó un golpe en la entrepierna haciéndole inclinar hacia delante de dolor—. Muy mala idea. Señor Merino, no firme —le anunció a su jefe mientras ataba al abogado con bridas y lo dejaba sentado en el suelo de albero del solar—. Tu carísimo traje se va a ensuciar un poco —le susurró al oído—. Tengo al abogado. ¿Estáis listas? —preguntó por el auricular.

—Estamos listas. Que haga la llamada —contestó Micaela.

Mariana registró todos los bolsillos de la chaqueta y del pantalón del abogado hasta que encontró el móvil de “empresa”.

—Muy bien, vamos a acabar con esto lo antes posible, como ha dicho antes. Va a llamar a su jefe y le va a decir que el contrato ya está firmado —le anunció la chica ofreciéndole el aparato.

—¿Y si no lo hago?

—Una bala acabará en medio de sus ojos.

—No estás armada.

—No, pero no pensaré que soy tan estúpida como para venir sola, ¿verdad? —la joven le señaló con la cabeza al pecho del hombre.

Un puntito rojo subió del pecho del abogado hasta el entrecejo. Los ojos del joven se abrieron de par en par sin saber de dónde había salido ese puntito ni de dónde estaba el francotirador.

—Llámele o morirá antes de que se dé cuenta que una bala le ha atravesado la cabeza —le advirtió la muchacha.

—Presiona el uno, está en marcación rápida —respondió el joven tragando saliva con dificultad. Mariana tocó el número, dio dos toques y alguien lo cogió por la otra línea.

—Infórmame —contestó una voz masculina.

—Firmado —dijo el abogado sin apartar la mirada de la chica.

La chica colgó, tiró el móvil al suelo y lo pisó rompiéndolo.

—Adelante —ordenó por el auricular—. Has hecho bien —le anunció al abogado.

—Será mejor que me matéis. Si no lo hacéis vosotros lo hará Rigoberto en la cárcel —le pidió el hombre con resignación.

Micaela estaba agazapada entre unos matorrales cercanos a los hombres que vigilaban la furgoneta negra, esperando con paciencia a que Mariana le anunciara que ya podían ponerse en marcha. Vio a un hombre de pelo blanco y una capa de abrigo salir de lo que parecía un hotel en ruinas y decirle a sus esbirros que acabaran con el secuestrado.

Micaela miró a Rafaela para que se quedara quieta. De pronto, cuando ya los nervios de todas estaban a flor de piel, escucharon la voz de Mariana por el auricular.

—Ahora —ordenó Micaela saliendo de su escondite y disparando a los esbirros del narcotraficante.

Abatieron a los dos que vigilaban la furgoneta mientras Eloy se ocupaba de los del interior del hotel en ruinas. Francotiradores apostados en lo que fuera la azotea dispararon contra las chicas, los policías y la furgoneta. Una de

esas balas proyectó en el depósito de la gasolina del vehículo haciéndola volar por los aires.

La respiración de Rafaela se detuvo al ver el vehículo envuelto en llamas.

Micaela cayó al suelo por la onda expansiva. Miró a su alrededor buscando a Alexa y la vio tumbada a pocos metros de ella. Podía ver cómo se movía con dificultad para levantarse.

Rafaela se levantó del suelo y corrió hacia la furgoneta incendiada.

—¡Flavio! ¡Flavio! —gritó dirigiéndose al vehículo.

Micaela la agarró junto a Alexa, deteniéndola.

—¡Soltadme! —intentó zafarse del agarre de sus compañeras mientras las lágrimas recorrían sus mejillas negras por la explosión.

—Tranquila. Cálmate. No puedes hacer nada —le dijo Micaela con los ojos vidriosos y casi en un susurro, casi abatida por los sentimientos que le llegaban de su amiga.

—No. No. ¡No! —exclamó Rafaela dando rienda suelta al llanto y aferrándose a los brazos de sus amigas cuando las piernas le fallaron.

Sin previo aviso, una ráfaga de balas se acercó a ellas desde la azotea del hotel.

Las chicas se agacharon cubriendo a Rafaela con sus cuerpos, pero una nueva ráfaga se acercaba. Micaela y Alexa agarraron los brazos de su amiga y tiraron de ella refugiándose detrás de uno de los coches patrulla.

Los policías dispararon al tirador y lo abatieron. Dentro del hotel seguían escuchándose algún disparo.

Eloy esperó a la señal de Micaela y se hizo camino hacia el hotel en ruinas. Él y su equipo abatieron a varios esbirros de Rigoberto. El inspector recorrió las ruinas del hotel en busca del narcotraficante.

—¡Rigoberto Restrepo, ríndase! ¡Está rodeado! ¡No conseguirá escapar! —le informó Eloy caminando despacio por el recibidor del hotel y entrando en lo que parecía un gimnasio.

Algunas de las máquinas aún seguían allí llenas de polvo, telarañas y con óxido por las lluvias que había caído sobre ellas. El inspector le hizo una señal a sus dos compañeros para que se alejaran cada uno hacia un lado. Él siguió hacia delante, con el arma levantada y preparada para disparar. Caminó

con sigilo y despacio, observando cada rincón. Llegó hasta una puerta desvencijada y la abrió con cuidado. Una enorme piscina se extendía por la estancia.

Sin previo aviso, por una tubería enorme que daba a la piscina, salió agua a borbotones y el hombre frunció el ceño. El inspector continuó andando un poco más hasta que vio un bulto que se movía en la parte más profunda de la piscina. Levantó la pistola, apuntándola hacia Rigoberto que salía de detrás de la tubería.

—Baje la pistola o su amigo acabará muy mal —le dijo el narcotraficante apuntándolo con su arma.

—No tienes escapatoria. El hotel está rodeado y solo quedas tú. Tus hombres están muertos. Corta el agua y ríndete.

Flavio se despertó de la inconsciencia en la que uno de los esbirros de su secuestrador le había inducido. Estaba atado a una silla de hierro y sentía sus piernas mojadas. Miró hacia arriba y vio al hermano de Rafaela apuntando con un arma al jefe de sus secuestradores.

—¡Eloy! —lo llamó con los ojos abiertos de par en par al observar cómo el volumen del agua subía con rapidez.

—Tranquilo, te sacaré de ahí en unos segundos.

La carcajada de Rigoberto hizo eco en la habitación.

—¿Qué le hace pensar que vivirá para salvarlo? —le preguntó sin poder parar de reír.

—Porque yo tengo algo que tú no —contestó el inspector sin apartarle la mirada.

—¿El qué? Si puedo saberlo.

—Compañeros.

Al segundo de pronunciar esa palabra, el estruendo de un disparo resonó en la estancia haciendo que Rigoberto cayera de rodillas en el suelo de baldosas con una bala incrustada en su pierna derecha. El hombre levantó la mirada hacia el inspector y, después, alzó el brazo con el arma. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando otra bala voló hacia él impactando en el entrecejo del narcotraficante.

Eloy bajó el arma aún humeante y respiró hondo.

—¡Eloy! —Lo llamó Flavio intentando dejar la cabeza fuera del agua—. ¡Una ayudita!

El inspector corrió hacia la manilla para cortar el agua, pero no estaba.

Rigoberto la había roto.

—Mierda —blasfemó.

Eloy se quitó la cazadora y se tiró al agua para desatar a Flavio. Sacó una navaja del bolsillo del pantalón vaquero y cortó las bridas que sujetaban al joven a la silla de metal. Lo ayudó a subir por las escaleras y caminaron hacia la salida mientras sus compañeros se ocupaban del cadáver de Rigoberto.

Micaela y Alexa estaban abrazadas a Rafaela mientras ella lloraba sin consuelo. Micaela se enjugó las lágrimas y levantó la mirada hacia la puerta destruida del hotel. En ese momento, Eloy salía de allí ayudando a alguien a caminar. La chica entrecerró los ojos intentando reconocer al hombre y los abrió de par en par cuando lo reconoció.

—Rafaela, mira a tu hermano —le dijo a la joven con una sonrisa.

—¿Le ha pasado algo? —se preocupó Morales. <<Es lo único que me falta>>, pensó desconsolada.

—No, está bien. Pero mira hacia allí —le aconsejó su amiga señalando a los dos hombres que se acercaban a ellas.

Rafaela levantó la mirada y divisó a su hermano. Tenía la ropa y el pelo mojado. Desvió la mirada hacia el hombre a su lado, también estaba empapado. Los ojos de la joven se abrieron como platos, se levantó de un salto y corrió hacia él.

—¡Flavio! —lo llamó abrazándolo con fuerza y besándolo sin dejarle respirar.

Eloy observó a su hermana desconcertado por sus ojos enrojecidos, pero contento porque se había dado cuenta de que no podía vivir sin ese hombre.

—¿Por qué tienes los ojos así? —le preguntó a su hermana.

—Creíamos que estaba muerto. La furgoneta ha explotado y se suponía que él estaba dentro —contestó Micaela llegando a ellos con Alexa.

—¿Por qué estáis mojados? —quiso saber Alexa.

—Rigoberto lo había atado a una silla y estaba llenando la piscina para ahogarlo —respondió el inspector sacándose la camisa del pantalón.

Rafaela continuaba besando a Flavio. No podía creer que estuviera vivo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —le decía la muchacha después de cada beso.

—Y yo a ti.
—No vuelvas a hacerme esto —le advirtió la chica.
—Micaela, ¿qué ocurre? Infórmame —le pidió Mariana por el auricular.
—Está bien. Lo tenemos. Rigoberto está muerto. Nos vemos en casa de Gaspar.
—Recibido.
—¿Te encargas tú del papeleo? —le preguntó Micaela a Eloy.
—Claro. Me reuniré con vosotras cuando esté todo listo.
—Gracias por todo. Vámonos, ángeles.

Mariana paseaba por alrededor del abogado, vigilándolo. Gaspar estaba sentado en el asiento del coche con el corazón en un puño y el estómago revuelto. <<¿Qué estará pasando?>>, se preguntó con nerviosismo.

—Mariana, me estoy asfixiando. ¿Puedo salir? —le preguntó Samanta meneando la mano para que algo de fresco llegara a su rostro.

La aludida apretó el botón de la llave del coche y abrió el maletero.

Una chica castaña salió del maletero y respiró hondo después de estirarse.

—El maletero de un coche nunca es cómodo, aunque el coche sea de lujo —anunció la chica acercándose a Gaspar.

Mariana miró el reloj de su muñeca y se llevó la mano al oído.

—Micaela, ¿qué ocurre? Infórmame —le pidió por el auricular. Esperó la respuesta y asintió cuando la recibió—. Flavio está a salvo.

—Menos mal. Gracias, muchas gracias —agradeció Gaspar abrazando a Samanta y Mariana, y respirando aliviado.

—Rigoberto está muerto —le informó al abogado la chica. Sacó una navaja del bolsillo del pantalón y cortó las bridas que ataban las manos del hombre—. Si yo fuera usted, cambiaría de clientes, aunque no le den tantos lujos.

—Supongo que debería agradecértelo, ¿no?

—No hace falta. Váyase.

El abogado cogió el maletín, le dedicó una sonrisa agradecida a la joven y se marchó en su *Mercedes Benz*.

—Ahora puedo ir delante —festejó Samanta levantando los brazos.

—Vámonos. Estarás deseando ver a tu hijo —le dijo Mariana al hombre

que la volvió a abrazar.

Los tres se montaron en el coche y la chica aceleró poniendo rumbo hacia la casa.

Micaela aparcó delante de la casa de su suegro y se apeó del coche junto a Alexa, Rafaela y Flavio.

Ferrán, Adam, Gabriela, Alma, Jesús, Dante, Teresa y todos los empleados salieron a su encuentro y abrazaron a Flavio con fuerza.

Ferrán y Jesús abrazaron a las chicas dejándoles un beso de alivio en los labios.

—Te quiero. Me tenías con el corazón en la boca. ¿Hay alguna posibilidad de que cambies de profesión? —le preguntó Ferrán en un susurro a su prometida.

—Ninguna, Gruñón.

—Estábamos todos preocupados y muy nerviosos —las informó Jesús abrazando a su chica.

—Bueno, ya estamos aquí. Sucias, pero sanas y salvas.

Escucharon el motor de un coche que se acercaba y estacionaba para dejar salir a Gaspar corriendo para abrazar a su hijo menor.

—Lo siento, hijo. Lo siento —se disculpó el hombre.

—Tranquilo, papá. No fue culpa tuya.

—Vamos dentro.

Tras contar todo lo sucedido, Teresa se sentó al lado de Micaela y su primo Ferrán, se acercó a la chica y le preguntó:

—¿Dónde está Eloy?

—Terminando el papeleo. Cuando termine vendrá. ¿Por qué? —inquirió con curiosidad.

—Por nada. Solo me preocupo por el hermano de la novia de uno de mis primos.

—Ajá. Claro. Solo es eso. Porque no te gusta, ¿verdad?

—Puede que un poco.

—Tranquila, no tiene ni un rasguño. Vendrá en un rato.

Teresa asintió y suspiró aliviada sin siquiera darse cuenta.

Llamaron a la puerta y Marga abrió. Dejó paso a la visita y la guio hasta el salón, donde estaban todos reunidos. Eloy cruzó el hueco del arco de la puerta y recibió un abrazo de Teresa.

—Gracias por el recibimiento —le dijo él sintiendo los latidos del corazón de la chica en su pecho.

—De nada —la chica se separó de él con el rostro rojo como un tomate ante la atenta mirada de los presentes—. Voy a... a... —titubeó y salió de la habitación.

—¿Qué tal, hermanito? —le inquirió Rafaela con una sonrisa en los labios.

—Bien. El papeleo ya está hecho. ¿Cómo te encuentras, cuñado? —le interrogó a Flavio con las manos en los bolsillos.

—Estupendamente. Gracias por no dejar que me ahogara.

—No hay de qué. Tengo que irme. Cuidaros —les dijo a la pareja.

—Adiós. Por cierto, lleva a mi prima a su casa cuando terminéis la cita y, Eloy, mucho cuidado. Me has salvado, pero ella es de mi sangre —le advirtió Flavio guiñándole el ojo.

El inspector le dedicó una sonrisa, dio media vuelta y se fue.

Capítulo 35

Eloy salió de la casa de la familia Merino y se encontró con Teresa apoyada en el capó del coche con los brazos cruzados, esperándolo con una sonrisa en los labios cuando lo vio salir.

—¿Ahí es a dónde ibas? —le preguntó él señalando el vehículo mientras se acercaba a ella.

—Sí. Me gusta mucho y, el dueño, aún más —respondió incorporándose.

—Le haré llegar tu mensaje a mi hermano, el dueño del coche —Teresa lo miró sorprendida y avergonzada, con el rostro rojo como un tomate—. Es broma. Sube.

La terapeuta le frunció el ceño, abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—¿A dónde vamos? —quiso saber la chica abrochándose el cinturón de seguridad.

—A cenar. Tengo hambre.

El hombre salió de la finca y condujo por la autovía saliendo poco después por una vía de servicio y entrando en el barrio. Estacionó en un hueco y caminó junto a ella hasta el restaurante italiano de la otra acera.

—Sígueme, por favor —les pidió el encargado llevándolos a una mesa para dos—. Aquí tienen la carta. Les daré unos minutos para que se decidan. ¿Qué desean tomar?

—Vino blanco —respondió Teresa acomodando la servilleta en su regazo y cogiendo la carta del menú para echarle un vistazo.

—Yo un refresco de naranja, por favor —la chica lo miró por encima de la carta del menú—. Tengo que conducir.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la joven y siguió leyendo los platos de la carta.

Cenaron mientras hablaban sobre ellos y se rieron cuando un espagueti se quedó colgando fuera de la boca de la chica.

—¿Cómo te decidiste por ser terapeuta? —le inquirió él dando un bocado

a una porción de pizza.

—Cuando tenía quince años, mis padres me dieron la noticia de que tendría un hermanito o hermanita. Yo estaba igual de feliz que ellos por la noticia. Lo habían estado intentando desde poco después de tenerme a mí, pero nunca cuajó.

>>Una semana más tarde, mi madre estaba en el banco haciendo un ingreso cuando entraron unos atracadores. La cosa se puso fea y dispararon a mi madre en el vientre, haciendo que perdiera el bebé. Desde ese día, mi madre cayó en una depresión muy grande y mi padre contrató a una terapeuta para ayudarla. Yo me quedaba detrás de la puerta escuchando la conversación y, poquito a poco, aquella mujer hizo que mi madre volviera a la vida. Aquello mi impresionó y decidí convertirme en lo mismo que esa mujer. Quería hacer que la persona que se encontraba en lo más profundo de su ser volviera a resurgir con más fuerza.

—Vaya, me has dejado sin palabras.

—¿Y tú? ¿Cómo llegaste a ser policía?

—Inspector jefe de policía, si no te importa —Teresa le sonrió y esperó su respuesta—. Pues, mi padre era policía y mi abuelo, y el padre de mi abuelo. Somos ya cinco generaciones de policías y, supongo que algo se me quedó en la sangre. Siempre me gustó ayudar a los demás, defender a los débiles de los abusos y, sobre todo, leer las novelas de Sherlock Holmes. Lo tuve muy claro desde que he tenido uso de razón.

—Tú lo tuviste mucho más claro que yo. ¿Nunca pensaste en hacer otra cosa? Otro oficio menos peligroso, por ejemplo.

—No. Podría haber sido otra cosa, pero no sería tan interesante como ser policía. Y no me importa arriesgar mi vida por salvar a alguien.

—¿Has pensado que, tal vez, a tu futura esposa no le guste? No debe ser bueno estar intranquila cada día y noche por la vida de su marido, preguntándose si volverá con vida o no.

—Pues no lo he pensado. Esa pregunta se la podrías hacer a mi madre. Ella lo supo llevar muy bien.

—Se lo preguntaré si algún día llego a conocerla.

Terminaron de cenar y salieron a la calle para dirigirse al coche.

—Gracias por la cena —le dijo la chica mirando a su alrededor.

—¿Qué buscas?

—Un taxi para volver a mi casa.

—¿Qué te hace pensar que voy a dejarte ir sola en taxi a tu casa? —la mirada de la chica se clavó en los ojos verdes de él—. Sube.

Eloy se acercó a ella para poder abrir la puerta del copiloto y sus miradas se volvieron a encontrar.

Teresa posó sus labios en los de él y el hombre le rodeó la cintura con sus brazos pegándola aún más a su cuerpo.

La intensidad del beso se hizo cada vez más pasional. La espalda de la joven se apoyó en la puerta del coche y las manos de ambos recorrieron el cuerpo del otro calentándolo por segundos hasta llegar a estar febriles.

La terapeuta podía sentir la erección del hombre sobre su vientre y él podía notar los pezones erectos de ella clavándose en su pecho, aun ella teniendo el sujetador y la camisa puestos.

De repente se escuchó varios silbidos y una voz gritó:

—¡Bien hecho, macho!

El beso se terminó dejándolos con la respiración entrecortada y el corazón golpeando con fuerza en sus pechos.

Eloy apoyó la frente en la de ella, respiró hondo y sonrió.

—Te llevaré a tu casa —le dijo con la voz ronca.

Esta vez sí abrió la puerta del coche y ella entró. El hombre rodeó el vehículo y puso rumbo hacia la dirección que ella le había dicho. Estacionó delante del portal, se bajó para abrirle la puerta y la acompañó hasta la puerta negra de hierro y cristales.

—¿Quieres subir? —le preguntó la chica sacando las llaves del bolso.

—¿Quieres que suba? —inquirió él a su vez.

—Quiero que subas —sus ojos se quedaron clavados en los del hombre.

—Quiero subir —afirmó él con el deseo reflejado en sus ojos verdes.

La chica abrió la puerta y caminó hacia el ascensor. Esperaron en silencio a que el cubículo bajara, entraron y la joven apretó el botón con el tres en relieve.

En cuanto las puertas del elevador se cerraron, ambos se miraron durante unos segundos antes de besarse de nuevo. El hombre la aprisionó entre la pared y su cuerpo, levantándola del suelo al poner sus manos en el trasero de ella.

Las piernas de la joven se enroscaron alrededor de la cintura de él

pegándolo más a ella, saboreando su boca.

La puerta del ascensor se abrió después del pitido que avisaba de que habían llegado a la planta y Eloy salió dirigiéndose con ella agarrada a su cintura hacia la derecha.

—No. Izquierda —le avisó ella sin poder parar de besarlo y enredando sus dedos en su pelo negro con algunas canas por las sienes.

El hombre cambió de dirección y chocó contra la puerta de madera.

Teresa intentó atinar con la llave en la cerradura sin apartar su boca de la de él, pero fue inútil. Se separó a regañadientes y abrió la puerta de par en par.

Eloy entró en el piso y siguió las instrucciones de ella para llegar hasta el dormitorio después de cerrar la puerta con el pie.

La camisa de la terapeuta voló por el pasillo hasta caer al suelo junto a la de él.

Cruzaron el hueco de la puerta y se dirigió hacia la cama sin encender la luz de la habitación. ¿Para qué? No necesitaban ver para saber lo hermoso que eran sus cuerpos. Cayeron a la cama y Teresa se dio contra algo más bien blando.

Un grito salió de aquel bulto tumbado en la cama y la luz se encendió dejando ver a un hombre con el pelo rubio casi blanco, ojos negros, piel blanca y una mueca de dolor en el rostro bien parecido.

—¿Papá?! —gritó Teresa levantándose con Eloy de un salto y quedándose delante de él para tapanle el pecho desnudo y la evidencia de su erección en el pantalón vaquero—. ¿Qué haces aquí?

—Pues hacerte una visita y, por lo visto, fastidiarte el revolcón —respondió el hombre con una sonrisa traviesa mientras apoyaba la espalda en el cabecero.

—¿Por qué no me has avisado? Ya sabes que no me gustan las sorpresas.

—Y ahora sé por qué no te gustan.

—Te di las llaves para una urgencia.

—Está bien. Tranquila. Me voy a dormir a la otra habitación y vosotros seguid con lo vuestro. No quiero cortaros el rollo —anunció el hombre levantándose. Caminó hacia la puerta y la pareja se movió para quedar de nuevo frente a él—. Que lo paséis bien —añadió con un guiño de ojo antes de cerrar la puerta detrás de él.

—Madre mía.

—No, padre tuyo —la corrigió Eloy sin apartar la vista de la puerta

cerrada.

—Lo siento. No pensé que pudiera estar aquí.

—No te preocupes. Menuda primera impresión con el suegro.

Ambos se echaron a reír. Teresa se dio la vuelta entre los brazos de él, le acarició el pecho y los abdominales con la mirada clavada en sus ojos verdes y se mordió el labio inferior.

—¿Por dónde íbamos? —le preguntó ella con la voz ronca y sensual a la vez.

El inspector le dedicó una sonrisa lasciva, la levantó para que volviera a enredar sus piernas alrededor de su cintura y la tumbó en la cama besándola con pasión, deseo, anhelo y casi posesión.

Las manos de la chica recorrieron el cuerpo del hombre hasta llegar al botón del pantalón vaquero.

El chico levantó la cabeza y la paró con su mano.

—Tu padre no volverá a entrar, ¿no? Porque una cosa es verme sin camisa y otra cosa es verme desnudo completamente y con la espada en alto —le dijo él echando un vistazo de reojo a la puerta cerrada.

Teresa se echó a reír, le empujó con suavidad para que se quitara de encima, se levantó dirigiéndose hacia la puerta y echó el pestillo. Dio media vuelta para mirarlo, se desabrochó el pantalón negro y regresó a la cama.

Él estaba sentado en el borde de la cama y asintió con aprobación cuando ella cerró a cal y canto. La siguió con la mirada hasta que llegó a él, le bajó la cremallera y terminó de quitarle el pantalón. Le acarició el vientre plano y besó su ombligo.

Ella hundió los dedos en su pelo, se inclinó y lo besó en la boca llevándolo hacia atrás para tumbarlo en la cama. Puso una pierna a cada lado de las caderas del hombre, le desabrochó el pantalón y se lo quitó ascendiendo después, dejándole besos por las piernas, subiendo por el vientre y volviendo a posar sus labios en su boca.

Eloy la agarró con fuerza, pegándola a él y rodando para quedar encima de ella. Sus manos revolotearon hasta el sujetador desatándolo y dejando en libertad los erectos pezones que le daban la bienvenida. Metió uno en su boca saboreándolo, chupándolo, lamiéndolo y dejándole pequeños y suaves mordiscos que después aliviaba con un beso.

Un gemido salió de la garganta de la chica mientras sus manos enterradas en su pelo lo incentivaban a que continuara.

El hombre bajó una de sus manos hacia la entrepierna aún tapada con las

braguitas de la chica y la acarició por encima de la tela. Levantó la fina tela de encaje por un lado y la rozó con sus dedos haciendo que arqueara la espalda y otro gemido saliera de su boca.

Las manos de la muchacha llegaron hasta los calzoncillos del hombre cuando éste reptó por su cuerpo para capturar el tercer gemido de ella en su boca. La chica siguió el camino hacia la entrepierna de él con la mano y le bajó el bóxer dejando la espada en libertad y dispuesta para entrar en la batalla.

Aquello fue lo que hizo que Eloy no aguantara más la espera. Echó a un lado la tela de encaje que lo separaba del paraíso y la embistió. Otro gemido de ella se escuchó en la habitación con un gruñido de él.

Entró y salió del interior de la joven una y otra vez, atrapando sus gemidos en cada beso.

La chica agarró con fuerza el trasero del inspector y lo apretó contra ella siguiendo el ritmo de las embestidas. Cambió sus manos por los pies para poder acariciarlo por la espalda, los brazos y enterrar los dedos en su pelo.

Ya estaba a punto de llegar al clímax y él atrapó su último grito, amortiguándolo en su boca mientras él también se dejaba ir unos segundos después.

Eloy apoyó la frente en la de ella con la respiración agitada.

—Creo que... voy a quedarme un ratito así. Ni puedo ni quiero moverme de aquí —la informó con los ojos cerrados.

—Yo tampoco quiero que te muevas. Quédate así siempre —le pidió ella haciendo que los ojos de él se abrieran para mirarla.

—Siempre.

Flavio y Rafaela subieron las escaleras hasta la habitación de él. Ella lo ayudó a tumbarse en la cama y le dejó un beso antes de encaminarse hacia la puerta.

—Morales, ¿puedes acercarme una cajita que hay en el primer cajón de esa cómoda? —le pidió señalando al mueble de madera oscura a un lado de la puerta.

La chica abrió el cajón, cogió la cajita y se la llevó.

—¿Para qué la quieres? —le preguntó ella entregándosela.

—Para hacer una cosita —Flavio se levantó de la cama, agarró una mano de la chica y se arrodilló.

—¿Qué estás haciendo?

—Rafaela Morales, ¿me harías el inmenso favor de casarte conmigo?

Las lágrimas brotaron de los ojos de la joven, le dedicó una sonrisa y asintió con la cabeza. No podía hablar.

—Te amo —le dijo él poniendo el anillo en el dedo de la chica.

Flavio se levantó y ella lo abrazó y besó con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

Capítulo 36

La mañana llegó en lo que a Gabriela le pareció un suspiro. No había podido dormir bien por las náuseas que el embarazo le provocaba.

Adam le dejó un beso en la sien mientras acariciaba el vientre de ella.

—¿Cómo estás? —le preguntó cerca del oído.

—Mejor. Ya podría darme las náuseas por la mañana y no por la noche.

—Pronto se irán. Vamos a desayunar. Hoy se van todas, ¿no?

—Sí. Volveré cuando salga de la reunión.

—¿Le vas a decir lo que hablamos anoche? —inquirió curioso.

—Sí. Es mejor así —Gabriela entristeció acariciándose el vientre.

—Todo saldrá bien. No te preocupes. Lo entenderán —Adam le dejó un beso en los labios y la ayudó a levantarse.

Se dirigieron al comedor y se sentaron después de saludar a todos los presentes.

Todos los ángeles estaban allí para despedirse. La misión había terminado y debían volver a la agencia para la siguiente misión.

Hubo lágrimas de tristeza por parte de todos y un abrazo colectivo.

—Entonces, ¿las clases se han acabado? —quiso saber Alma con los labios fruncidos.

—Yo te seguiré entrenando, princesa —le dijo Gabriela.

—Y yo vendré cuando pueda para entrenar también —añadió Mariana recibiendo con mucho agrado el abrazo de la niña.

Todas se subieron a los coches y se marcharon.

Micaela, Gabriela y Rafaela les dejaron un beso a sus respectivos hombres y siguieron a sus compañeras.

—Bueno, ya hemos vuelto a la normalidad —dijo Dante abrazando a su hermano y a su sobrino Flavio.

Los ángeles llegaron a la agencia y se sentaron en la sala de reuniones para recibir la nueva misión.

Vicenta entró en la sala con las carpetas en las manos y saludó a sus chicas.

—Bueno, ya tenemos una nueva misión. Por cierto, el martes incineran a Karina. Espero veros a todas allí.

—Yo tengo algo que deciros —anunció Gabriela levantándose de la silla—. Lo he estado pensando y me voy a dar de baja hasta que nazca el bebé. No quiero correr el riesgo de perderlo.

—Lo cierto es que yo ya había contemplado eso y he pensado que podrías seguir trabajando, pero aquí en la oficina. Lejos del peligro —la informó Vicenta—. Si quieres, claro.

—Me gusta más estar en las misiones, pero al menos así no estaré todo el día encerrada y aburrida. Gracias, jefa. Acepto el puesto.

—Estupendo. A ver, aquí tenéis el expediente con toda la información. Lleváoslo a casa, echadle un vistazo y mañana os espero aquí a primera hora para empezar cuanto antes.

Las chicas cogieron las carpetas y se fueron.

Micaela, Gabriela y Rafaela regresaron a la casa de la familia Merino y entraron hasta el salón donde los hombres esperaban jugando a la consola con Alma. En ese momento le tocaba a Flavio y corría sin moverse del sitio para ganar la carrera junto a su sobrina.

—¡No! —Gritó cuando la niña llegó a la meta—. Otra vez me has ganado. ¿Cómo lo haces?

—Práctica, pequeño tío, práctica —respondió la pequeña haciendo reír a todos.

Los hombres miraron hacia el hueco de la puerta al escuchar las risas femeninas y los tres hermanos se acercaron a ellas para besarlas. Ellos se sentaron en el sofá y sentaron a las chicas en sus regazos abrazándolas.

—He estado pensando en varias cosas durante la noche —empezó a decir Gaspar mirando a sus hijos y sus nueras—. Primero, ¿cuándo pensáis casaros?

—Pues mañana deberíamos ir a ver las fechas disponibles —apuntó Ferrán mirando a su prometida que le asintió.

—Bien. Segundo, ¿dónde viviréis?

—Supongo que tendremos que ir mirando casas. Mañana llamaré a las inmobiliarias —contestó Flavio dejándole un beso a Rafaela en los labios.

—No. Me gustaría, si os parece bien, que os quedéis a vivir todos aquí. La casa es grande, hay habitaciones para todos y así no me quedaría solo cayéndome el techo encima.

—Papá, ¿estás seguro? Te aviso que los bebés lloran mucho. No queremos molestarte —le explicó Adam acariciando el vientre de Gabriela.

—Hijo, ya me perdí la infancia de una nieta, no voy a cometer el mismo error y no me va a molestar. Vosotros también fuisteis bebés y he salido ileso —respondió Gaspar abriendo los brazos en cruz para que vieran que seguía de una pieza.

—Bueno, yo no veo ninguna excusa para salvarnos de ésta —dijo Flavio mirando a su padre con una sonrisa.

—Yo tampoco —añadió Adam.

—Ni yo —apuntó Ferrán después de que Micaela le asintiera.

—Gracias. Y tercero, ¿cómo se va a llamar el bebé? —continuó enjugándose las lágrimas y mirando a su hijo mediano y a su nuera.

—No lo hemos pensado —respondió su hijo.

—Si es niña me gustaría Amalia y si es niño Aidan —informó la chica observando el rostro del padre de la criatura.

—No me parecen mal. Me gustan.

—¿Y cuándo sabremos el sexo? Hay que ir preparando su habitación —propuso el futuro abuelo.

—La semana que viene tengo la ecografía. Esperemos que se deje ver —le informó su nuera—. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿No os importa?

—¿Cómo nos va a importar, papá? Vas a ser su abuelo.

Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos del hombre y la pareja se levantó para abrazarlo.

—Gracias. Soy muy feliz. Aunque más feliz sería si pronto me llenáis la casa de bebés. Así estaré entretenido —les advirtió a sus otros dos hijos.

—Oye, a mí no me mires. Desde esta noche ya estoy a trabajos forzados —anunció Ferrán llevándose una colleja por parte de Micaela.

—¿A que me busco a otro futuro padre? —le inquirió ella con el semblante serio.

—Eso no lo digas ni en broma, caramelito.

—Pues no me enfades, Gruñón.

—Haya paz, por favor —puso orden Gaspar abrazando a Alma y sentándola en sus piernas.

—Ha empezado él, suegro.

—Hijo, deja a mi nuera tranquila. No es bueno estresarse cuando se busca un bebé.

—Está bien. Por ahí te vas a librar, caramelito.

—Qué gracioso eres, Gruñón.

Ferrán la agarró por la nuca y la acercó a él para besarla.

—Vale, esto ya se está poniendo para mayores de dieciocho años —dijo Gaspar tapándole los ojos a la niña.

—El almuerzo está servido, señor —le informó el mayordomo desde la puerta.

—Gracias, Braulio. Vamos a comer que ya tengo un agujero de hambre en el estómago —anunció Gaspar levantándose con Alma agarrada a su mano.

Capítulo 37

Nueve meses después.

Ya estaba todo listo en el jardín para recibir a los invitados que llegaban a la finca emocionados. Era el mejor acontecimiento del año.

Los tres hermanos Merino estaban listos junto al improvisado altar. Estaban nerviosos y con motivos. Aquel día iba a ser el mejor de sus vidas y querían que todo saliera a la perfección.

Por décima vez se arreglaron la corbata plateada y se palmearon la espalda el uno al otro.

—Tranquilizaros. Todo va a salir a la perfección —les reconfortó Gaspar acercándose a ellos con el pequeño Aidan en sus brazos.

—Gracias, papá —le agradeció Adam dejándole un beso en la frente a su hijo.

La orquesta apostada en el flanco izquierdo del altar, comenzó a tocar las notas de la canción “Cuidar nuestro amor” de David Bisbal. Alma empezó a caminar por el pasillo entre las dos hileras de sillas plegables y tiró los pétalos de rosas rojas.

Unos segundos después, Micaela se encontraba de pie junto a su padre, ataviada con un traje de encaje por el torso con escote en V y falda de gasa desde la cintura hasta la cola. Un cinturón de perlas plateadas separaba el encaje de la gasa de la falda. Sus curvas torneadas se ajustaban al vestido. Su pelo dorado caía en cascada, ondulado y con unas trenzas en la parte superior para agarrar la tiara de pequeñas flores que rodeaba su cabeza.

La chica se agarró al brazo de su padre y caminó por el pasillo con su mirada clavada en Ferrán que la contemplaba con una gran sonrisa de oreja a oreja. Micaela y su padre llegaron a la altura de Ferrán y Antonio le entregó su hija a su yerno.

—Estás preciosa, caramelito —le dijo él agarrándola de la mano.

—Y tú estás muy guapo, Gruñón.

La música cambió tocando los acordes de la canción. Ahora se podía escuchar “Hoy tengo ganas de ti” cantada por Alejandro Fernández y Christina Aguilera. Alma volvía a recorrer el pasillo, esta vez dejando caer pétalos de

rosas blancas.

Gabriela apareció al final del pasillo junto a Gaspar que sujetaba a Aidan en sus brazos. La chica agarró el brazo de su suegro y caminó por el pasillo ataviada con un vestido blanco con mangas en los hombros, con el escote en V fruncido, un cinturón plateado rodeando su cintura y la falda con un poco de cola arrastrando por el césped. El pelo castaño de la joven estaba recogido en un moño con una pequeña peineta de broche.

Gaspar le entregó su nuera a su hijo y Adam le cogió la mano entre las suyas con una sonrisa en los labios.

—Mi reina, estás hermosa —le piropeó él.

—Mi rey, tú estás guapísimo.

La orquesta volvió a cambiar los acordes tocando la canción “¿Sabes?” de Reik.

Alma recorrió el pasillo por tercera vez echando rosas amarillas. Al fondo estaba Rafaela, radiante con su vestido de encaje con escote en V y talle de sirena que acababa con un volante en la falda para que la pequeña cola arrastrara. Le recogieron el pelo rojo en un moño intrincado coronado con una tiara plateada.

La chica agarró el brazo que Dante le ofreció y caminaron por el pasillo hacia Flavio que la observaba embelesado y con una sonrisa de amor en sus labios.

—Estás buenísima, Morales —le susurró al oído cuando su tío se la entregó.

—Lo mismo digo, Comandante.

La ceremonia culminó con el beso de las tres parejas siendo ya maridos y mujeres.

La comida comenzó a salir de la cocina y los brindis por parte de los padres y las madres de las parejas, excepto los de Gabriela que, en su defecto, lo hizo su hermano mayor, Pedro.

—En nombre de todos los hermanos de Gabriela, que somos muchos, os deseo toda la felicidad del mundo y que vuestro amor no se acabe nunca. Por vosotros —Pedro levantó la copa de champán y bebió un sorbo.

Gabriela se levantó de la silla y lo abrazó con las lágrimas resbalando por

sus mejillas.

Cuando la comida terminó de llegar, la orquesta comenzó a tocar “Me pierdo contigo” de Chayanne y la vocalista a cantar con una voz dulce y romántica que le iba de maravilla a la canción. A falta de Chayanne, esa chica era buena y lo hacía estupendamente.

Las tres parejas salieron a la pista de baile construida a un lado del jardín, delante de la orquesta. Los tres matrimonios sonreían y se miraban embelesados y enamorados. De vez en cuando se daban un pequeño beso y volvían a abrazarse.

La canción terminó y, mientras los invitados aplaudían, los hermanos se miraron con una sonrisa traviesa, se quitaron los zapatos, cogieron a las chicas en brazos y corrieron hacia la zona de la piscina.

Las chicas los miraron sabiendo lo que iban a hacer.

—Ni se os ocurra —les advirtió Rafaela agarrada con fuerza al cuello de Flavio.

Los hermanos se echaron a reír y, sin previo aviso, saltaron hacia la piscina. Cayeron al agua empapándole los vestidos y despeinándolas.

Las chicas salieron a la superficie buscando a sus maridos.

Los hombres sacaron la cabeza riendo y las agarraron de la cintura para dejarles un beso en condiciones en la boca.

Micaela rodeó el cuello de Ferrán con sus brazos y lo besó.

—Aquí empezó nuestro camino, un poco tortuoso, hacia la felicidad —le dijo el hombre sin poder dejar de besarla.

—Sí. Ese día comenzó mi tormento, Gruñón —las manos de la chica llegaron hasta la cabeza del hombre y, de pronto, lo empujó hacia abajo para darle una ahogadilla.

Micaela nadó hasta las escaleras, pero el hombre la cogió por la pierna y tiró de ella.

—Eres mala, caramelito.

—Me has mojado mi vestido de novia y me has destrozado el peinado.

—Ven aquí —tiró de ella y la besó atrapándola entre sus brazos—. Así pareces una sirena. Y sigues igual de preciosa. Mojada, pero preciosa.

—¿Qué voy a hacer contigo, Gruñón?

—Besarme, abrazarme, acariciarme, quererme, darme unos hijos preciosos y, sobre todo, una vida llena de amor y felicidad.

—¿Todo eso?

—Sí. No te va a dar tiempo de tanto, así que tienes que empezar ya, ahora

mismo.

—Está bien. Vamos por parte. Primero has dicho besarte —le dejó un beso en la boca—. Abrazarte —lo achuchó con todas sus fuerzas—. Acariciarte —le rozó la mandíbula con la yema de los dedos—. Quererte. Lo hago desde antes de ese primer beso en esta piscina. ¿Qué iba después? —le preguntó pensativa.

—Darne unos hijos preciosos.

—Cierto. Pues, debo comunicarte, Gruñón, que dentro de siete meses tendrás a tu primogénito o primogénita.

Las comisuras de Ferrán se elevaron formando una sonrisa de oreja a oreja y atrapó su boca con pasión.

—Te amo —le dijo él entre beso y beso.

—Y yo a ti. Con respecto a lo último que me has pedido, vivir una vida llena de amor y felicidad, no lo dudes. Tengo toda la vida para hacerlo.

El hombre atrapó la boca de su esposa, pero esta vez no la soltaría nunca.

Epílogo

28 de diciembre de 2029.

Finca de la familia Merino. Sevilla.

—Cumpleaños feliz, te deseamos Alma, cumpleaños feliz —cantaron todos antes de que la chica soplara las velas clavadas en la tarta de nata y yema tostada.

—Permiso, por favor. Quiero ser la primera en darle el regalo —anunció Vicenta haciéndose camino hacia ella—. Espero que te guste.

Alma cogió el sobre marrón, lo abrió con manos temblorosas y sacó el papel. Lo leyó y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¿Qué es, princesa? —le preguntó su padre grabando con el móvil todo lo que sucedía.

—Es mi licencia de guardaespaldas —contestó Alma con la voz acongojada.

—Pero ahí no queda la cosa. Tengo dos regalos más —añadió Vicenta entregándole una carpeta con un expediente—. Tu primera misión comienza el lunes.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la joven. ¿Qué más podía pasarle?

Vicenta sacó una cajita de terciopelo de su bolso y la abrió. Una cadena plateada con un corazón alado descansaba en el acolchado de la cajita.

—Aquí tienes tu colgante de Ángel de la Guarda. Todas mis chicas y yo tenemos uno y, ahora tú, formas parte de nuestra familia —le anunció la mujer abrochándole la cadena.

Ahora sí, las lágrimas brotaron de los ojos celestes de la chica como cataratas.

Gabriela se acercó a su hija y la abrazó con una sonrisa en sus labios.

—Enhorabuena. Ya eres un Ángel.

—Gracias, mamá. Papá —lo llamó. Sabía que aquella noticia no le estaba haciendo mucha gracia, aun así, la había apoyado en su decisión de seguir los pasos de su madre—. ¿Qué opinas?

—Que estoy muy orgulloso de ti, princesa. Pero, por favor...

—Tendré cuidado —lo interrumpió Alma. Siempre le había dicho lo

mismo.

—Bueno, bueno. La fiesta tiene que continuar y esos no son los únicos regalos que hay para ti. ¡Regalos para mi princesa guerrera, por favor! — exclamó Gaspar con la voz un poco ronca.

—¡Qué siga la fiesta! —gritó Dante dándole volumen a la música.

Sobre la autora

Maryah Well es el seudónimo bajo el que se esconde María del Carmen C. Pozo. Nació en Sevilla en 1987.

Desde pequeña inventaba historias, pero no llegaban a salir de su carpeta. No se dio cuenta de que le encantaba escribir hasta que en 2012 decidió mandar su primer relato a un concurso literario, desgraciadamente, no ganó.

El género que más le gusta es la novela de highlanders y la novela romántica y/o erótica, teniendo muy presente a sus autoras favoritas, como son: Megan Maxwell, Christine Feehan, Nora Roberts, Lara Adrian, Elísabet Benavent, entre otras.

En marzo de 2019 publicó su primer libro en Amazon: “Elementales I: Fuego”.

En mayo de 2019 publicó su segundo libro en Amazon: “Recuerdos Olvidados”.

Y en Julio de 2019 publicó su tercer y cuarto libro en Amazon para el concurso literario de éste: “Fiera Oculta (Depredadores 1)” y “Amor Complicado (Ángeles de la Guarda 1)

Podéis seguirla en su página de Facebook: Maryah Well (Escritora); en Wattpad o en Litnet: Maryah Well.

